

LA VENTANA DE JUDAS

POR
CARTER DICKSON



se

Lectulandia

El Caso: Avory Hume es encontrado muerto con una flecha atravesándole el corazón —en un estudio con persianas de acero bajadas y una pesada puerta cerrada con llave desde dentro. En la misma habitación James Caplon Answell yace inconsciente, con la ropa desarreglada como si se hubiese peleado.

El Abogado defensor: un viejo detective arisco y gruñón, Sir Henry Merrivale, que demuestra ser excelente en los juicios —aunque su túnica se rasga con gran estruendo cuando se levanta para exponer el caso.

La Acción: antes de que H. M. pueda comenzar su defensa, Answell, su cliente, se levanta y grita que es culpable. Sir Henry no se lo cree. Pero las pruebas, las evidencias circunstanciales y su propia confesión apuntan a su culpabilidad. Así que el gran detective se pone serio y deja pasmado al público de Old Bailey con una reconstrucción del crimen lógica y convincente.

Lectulandia

Carter Dickson

La ventana de Judas

Henry Merrivale - 7

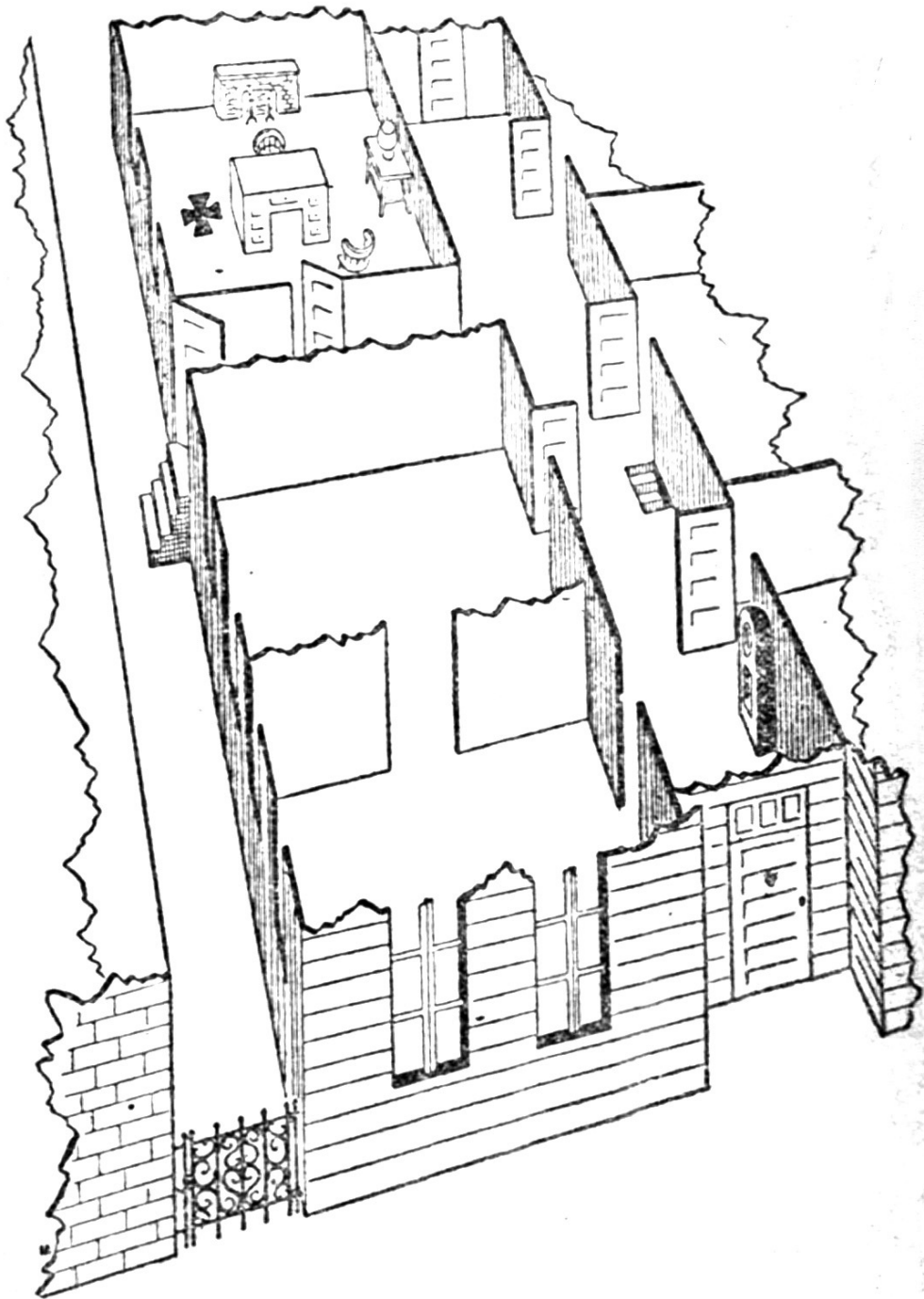
ePub r1.0

Titivillus 14.11.2018

Título original: *Título*
Carter Dickson, 1953
Traducción: Léonie García Olano
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



PRÓLOGO

LO QUE PUDO HABER OCURRIDO

EN LA NOCHE del sábado 4 de enero, un joven que pensaba casarse fue a una casa de la calle Grosvenor para conocer a su futuro suegro. No había nada excepcional en este joven, salvo que era un poco más rico que la mayoría. Jimmy Answell era alto, simpático y rubio. Nada complicado, resultaba muy agradable a todos. Su pasatiempo preferido e igual al nuestro era leer novelas policiales. A veces bebía por demás, y hacía el ridículo, como nos ocurre a todos. Por último, y como heredero de la fortuna de su difunta madre, podía ser considerado como un buen partido.

Conviene recordar todos estos datos mientras nos ocupemos del caso de asesinato perpetrado con la flecha pintada.

He aquí la nómina de los hechos que precedieron a su visita a la casa del número 12 de la calle Grosvenor:

En una reunión de Navidad, en Sussex, Answell conoció a Mary Hume. Su enamoramiento fue repentino y profundo. Se declararon su amor doce horas después de haberse conocido, y el día de Año Nuevo ya estaban de novios. Aprovechando todo esto, el capitán Reginald, quien los había presentado y era primo de Answell, pidió a éste cincuenta libras prestadas. Jimmy le dio a Reg un cheque por cien libras, e hizo otras locuras por el estilo. Mary escribió la noticia de su noviazgo a su padre, recibiendo como respuesta sus felicitaciones.

Este signo era halagüeño. El señor Avory Hume, director del Capital Counties Bank, y anteriormente gerente de la sucursal en St. James de dicho banco, no era hombre que tomase tales asuntos a la ligera. Su personalidad se caracterizaba por una equilibrada mezcla de integridad y recelos como lo había demostrado desde el principio de su carrera en una ciudad industrial en el norte del país. Por estas razones, cuando el 4 de enero, Jim Answell tuvo que abandonar por un día la casa en que estaba como huésped e ir, por negocios impostergables a Londres, se propuso visitar en seguida a su futuro suegro. Pero al partir, un detalle le resultó incomprensible. Cuando Mary fue a despedirle a la estación a las 9 de la mañana, no pudo comprender por qué causa, el rostro de ella estaba tan pálido.

Pensaba en esto mientras se dirigía a la calle Grosvenor, un poco después de las 18. No le había sido necesario llamar a Avory Hume. El buen señor había telefonado esa tarde al departamento de Answell, y le invitó a su casa. Había estado amable, pero de una cortante frialdad, y Answell, distraídamente, supuso que éste era el tono apropiado para semejante ocasión: «Estoy al tanto de lo que pasa, y me parece conveniente que hablemos sobre mi hija. ¿Puede venir esta tarde a las seis?».

No era precisamente muy efusivo, meditó Answell. El buen señor podía, por lo menos, haberle invitado a cenar. Para colmo, llegaba tarde a la cita: una blanca y

espesa niebla detenía el tráfico, y su taxi debía andar muy despacio. El recordar la expresión asustada de Mary le preocupaba. ¡Demonios, Hume no podía ser tan ogro! Y si lo fuese, su respetuoso yerno sabría cómo manejarlo. Pero todas estas ideas no tenían sentido. ¿Por qué estaba nervioso? En esta época, turbarse al visitar por primera vez la familia de su novia era cómico y ridículo.

Y no se trataba de un asunto cómico.

La casa número 12 de la calle Grosvenor era, como se lo había supuesto, una mole sólida y amarillenta con incómodas ventanas balcón. Un mucamo ceremonioso le hizo pasar a un bien amueblado vestíbulo, en el cual se oía el tictac de un reloj de pie, cuyas agujas marcaban las 18:10.

—Soy... el señor Answell —dijo Jimmy—, el señor Hume me espera.

—Sí, señor. ¿Me permite su sombrero y su sobretodo?

En este momento, sin ningún motivo, a Jim se le cayó su sombrero. Era un sombrero hongo, que rebotó y cruzó todo el vestíbulo. El joven se ruborizó al verse parado como un tonto entre los elegantes muebles, y al observar con cuánta calma el mucamo recogía su sombrero. Y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Me dejaré el sobretodo puesto —farfulló Jim Answell, y al decir esta tontería su voz resonó casi amenazante—. Quiero ver en seguida al señor Hume.

—Sí, señor. ¿Quiere seguirme, por favor?

La habitación, a la cual fue conducido, quedaba al fondo de la casa. Al pasar Jim al lado de la amplia escalera del vestíbulo, se dio cuenta de que alguien lo miraba desde arriba, y alcanzó a ver el rostro, aún atrayente, de una mujer que usaba anteojos. Era, seguramente, la señorita Amelia Jordan de quien sabía por Mary que, desde muchos años atrás, vivía con ellos y prestaba servicios a su padre. Se preguntó el joven si también el doctor Spencer Hume, hermano del dueño de casa, estaría oculto en algún rincón espiándole.

Su guía abrió la puerta de una habitación de techo alto que, con la sola excepción de haber en ella un aparador, estaba amueblada como una oficina. Había una lámpara moderna de las usuales en los estudios, que daba luz sobre una mesa escritorio nueva, colocada en el centro de la pieza. Otro rasgo de oficina (o aun de caja fuerte) estaba dado por las dos ventanas: ambas cerradas, y cuyos postigos parecían de acero. Esta habitación había sido antes una pieza de estar, fría, de techo alto. Estaba decorada a la antigua, empapelada de negro, había en ella unas pocas y viejas sillas y sobre las paredes dibujos dorados ya borrosos. Al entrar, en la pared frente a la puerta, se veía una chimenea de mármol blanco, pomposamente desprovista de todo adorno. El único que había en la habitación estaba colgado de la pared y encima de la chimenea: era un triángulo formado por tres flechas.

Éstas habían sido pintadas de diferentes colores, y llevaban fechas inscriptas y visibles; pero las tres plumas, colocadas en la parte posterior de cada flecha, estaban torcidas y reseca. El triángulo llevaba en el centro una placa de bronce o medallón.

El padre de Mary Hume se levantó del sillón, y la luz de la lámpara, colocada sobre el escritorio, iluminó su rostro. Acababa de cerrar un tablero de ajedrez y de guardar las piezas dentro de una caja, que apartó hacia un lado. Avory Hume era un hombre de altura mediana, sólido y vigoroso, de unos sesenta años, y con ojos de mirada grave. Tenía escasos cabellos, antes negros y ahora canosos, que estaban peinados cuidadosamente hacia un lado y cubrían en parte su poderoso cráneo. Llevaba puestos un traje de paño gris, un cuello alto y pasado de moda, y una corbata torcida. Al principio a Answell no le gustó la expresión de sus ojos un tanto saltones, pero esta impresión cambió.

—Puede retirarse, Dyer —le dijo al mucamo—. Saque el auto y tráigalo a la puerta para la señorita Jordan. —El tono de su voz era indefinido. La mirada que dirigió a su huésped no fue ni cordial ni hostil, sino también meramente indefinida—. Siéntese, por favor. Me parece que tenemos mucho de que hablar.

Hume esperó hasta que la puerta estuviese cerrada. Después se sentó en el sillón detrás de su escritorio y estudió sus manos, mirándolas con detenimiento. Estaban bien cuidadas, y sus dedos eran anchos y fuertes. Dijo de repente:

—Veo que mira mis trofeos.

Answell, ruborizándose y sintiéndose muy incómodo, dejó de mirar las flechas colocadas en la pared detrás de su huésped. Se fijó sin embargo que la flecha que formaba la base del triángulo era de un sucio color amarillento grisáceo, y llevaba inscripta la fecha 1934.

—¿Le atrae tirar con arco, señor?

—Cuando yo era niño y vivía en el Norte, manejábamos allí arcos muy pesados, de casi veinte kilos, con tanta frecuencia como los niños de aquí juegan al cricket y al fútbol. En esta región, en cambio, es un deporte raro y elegante. —La voz pausada dejó de oírse. Avory Hume daba la impresión de estudiar cada idea, meditarla a fondo e inspeccionarla con tanto cuidado, como si se tratara de una casa que le interesase—. Soy miembro de la Real Sociedad de Arqueros, y de la de Guardabosques de Kent. Estas flechas son trofeos del gran blanco, o concurso anual, de los Guardabosques de Kent. Aquel que primero toca el oro...

—¿El oro? —interrogó su huésped, dándose cuenta de que esas últimas palabras habían sido dichas con un siniestro énfasis.

—El centro del blanco. Quien primero alcance con su flecha el oro, tiene el honor de ser nombrado Guardabosque Principal de la Sociedad por todo ese año. En doce años, he triunfado tres veces. Y esas flechas todavía sirven. Se podría matar a un hombre con ellas.

Answell contuvo su deseo de responderle con furia.

—Muy interesante, señor —le dijo—, pero yo no he venido a hablar de esto, a robar los cubiertos de plata o a asesinar a nadie, a menos que no tenga otro remedio. Sólo me interesa casarme con Mary Hume. ¿No se opone usted a esto?

—El casamiento es un respetable sacramento —respondió Hume, sonriendo por primera vez—. ¿Quiere que le sirva un whisky con soda?

—Sí, muchas gracias, señor —contestó el joven, con ánimo y alegría.

Hume se levantó y se dirigió al aparador. Destapó el botellón, agregó bastante soda a las dos bebidas, y volvió con ellas.

—Brindo por usted —comenzó a decir, y su expresión cambió—, James Caplon Answell —dijo recalcando el nombre de su visitante y mirándole fijamente—. Seré franco con usted. Ese casamiento será conveniente, puedo decir que para ambas partes. Como sabe, he dado ya mi beneplácito, y no encuentro ningún motivo para oponerme a él. —Answell murmuró algo, con el vaso próximo a sus labios—. Tuve relación con la pobre *Lady Answell*, y sé que la posición financiera de su familia es sólida. Por lo tanto le propongo... Pero, hombre, ¿qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?

Answell vio cómo el dueño de casa, que se aprestaba a beber, dejó de llevar el vaso hacia sus labios, mientras una expresión de consternación se dibujó en su rostro. Pero vio todo eso extrañamente. Algo parecía quemarle su garganta, extenderse a sus hombros y aprisionar sus sienes. Su cabeza empezó a darle vueltas, y su visión se tomó turbia. La mesa escritorio empezó a inclinarse, y se dio cuenta de que caía sobre ella, al tratar de enderezarse. Su último pensamiento desesperado antes de perder el conocimiento, le convenció de que habían añadido a la bebida algún narcótico; pero aun esta idea fue borrada por el resonar insoportable en sus oídos.

El hilo de un pensamiento no fue interrumpido ni aun por el dolor. «Había algo en ese whisky» eran palabras que giraban continuamente por su mente, cuando empezó a recobrar el conocimiento. Se enderezó, y su espalda le dolía al apoyarla contra el duro respaldo de la silla. Le pareció que su cabeza se elevaba hacia el techo en largos movimientos espirales. Primero, y antes de abrir sus ojos, debía sobreponerse a su sensación de mareo. Después de un rato lo logró, y la luz hizo llorar sus ojos. Pestañeó, y vio luego que la luz provenía de una lámpara, con pantalla de color verde, que se hallaba colocada sobre el escritorio.

Después de un momento de pánico completo, tuvo una vaga idea del lugar en que se encontraba. Repentinamente se acordó de todo. Cuando Hume iba a desearle felicidades por su casamiento, algo había provocado que su invitado perdiese el conocimiento. Hume debió haber puesto algo en ese whisky. Pero esto no tenía sentido. ¿Por qué causa iba Hume a echar algo dentro de ese whisky? ¿Y dónde, por Dios, estaba Hume?

Movido por la necesidad imperiosa de buscar a Hume, Answell se puso de pie. La cabeza le dolía terriblemente; y en su boca sentía un fuerte sabor, como si acabase de tomar menta. Si pudiese tan sólo hablar con alguien, se sentiría de nuevo bien. Esta situación era equivalente a perder un tren o ver desaparecer al final de una calle una procesión, y no poder moverse. ¿Qué había ocurrido y cuánto tiempo había estado sin conocimiento? Tenía todavía su sobretodo puesto, y con dificultad se palpó, y buscó en un bolsillo interior su reloj. Cuando había llegado y entrado a esta casa, eran las

dieciocho y diez. El reloj embrujado que tenía en su mano, le indicó que ahora eran las dieciocho y treinta.

Apoyó una mano sobre el escritorio y miró hacia el suelo, para sobreponerse a su persistente mareo. Fue así como, del lado izquierdo, tras el borde inferior del escritorio, vio sobresalir un botín de hechura antigua y unos centímetros de media de hombre. Tropezó con el pie al encaminarse hacia ese lado del escritorio.

—¡Levántese! —se oyó decir a sí mismo—. ¡Levántese, por favor!

Y nuevamente su propia voz, ahora más desesperada:

—¡Levántese del suelo y respóndame!

Avory Hume no se levantó. Yacía sobre su costado izquierdo, entre las ventanas y el escritorio, tan cerca de éste que su mano derecha, extendida, lo tocaba, como si hubiese querido agarrarse a él. Answell hizo girar al cuerpo hasta colocarlo de frente. Algo se balanceaba sobre el pecho, de modo que Answell se apartó un poco para no tocar nada. Vio también sangre. Una fina varilla circular de madera se levantaba sobre el pecho de Hume. La flecha, que había penetrado a ocho pulgadas de profundidad y había atravesado el corazón ostentaba en su extremo posterior tres sucias y polvorientas plumas.

El hombre estaba muerto, pero su cuerpo no se había enfriado aún. La muerte había dado a su ceñudo rostro una expresión sorprendida y enojada; el alto cuello y la corbata estaban desarreglados; había polvo en sus manos y un tajo en la palma de su mano derecha.

Al tratar al mismo tiempo de ponerse de pie y de saltar lejos del cadáver, Answell casi se cae de espaldas. Notó entonces —pese a que no supo hasta después de qué se trataba— una especie de bulto debajo del sobretodo, en el bolsillo de atrás de su pantalón. Era increíble que Hume yaciera muerto sobre su propia alfombra, ensartado como un pollo, y con su saco muy manchado de sangre. La luz de la lámpara sobre el escritorio iluminaba con frialdad comercial la carpeta de papel secante, la alfombra de color castaño claro y la boca abierta del muerto.

El joven aterrorizado miró hacia todos los lados de la habitación. En la pared detrás de él, estaba la puerta. En la pared a su izquierda, había dos ventanas herméticamente cerradas. Contra la pared, a su lado derecho, estaba colocado el aparador. Y en la pared frente a él, se hallaban colgadas las flechas, pero ahora quedaban sólo dos flechas. La que formaba la base del triángulo, y tenía inscrita la fecha 1934, era la que había sido hundida en el pecho de Hume. Pintada de un sucio color castaño amarillento, tenía tres plumas; y la mitad de la pluma central, de tono azul, había sido arrancada y rasgada.

Subconscientemente había notado que en esa casa ocurría algo anormal, desde el momento en que había penetrado en ella. Su entrevista con Hume le había parecido fantástica. El mucamo canoso, el tictac del gran reloj del vestíbulo, la mujer que se inclinaba sobre la barandilla de la escalera, todo le había dado la impresión de una trampa o una ilusión. Alguien entró en la habitación, mientras él estaba desmayado, y

había matado a Hume. ¿Pero en ese caso, dónde estaba ahora el asesino? Evidentemente no estaba allí; el cuarto tenía muy pocos muebles, y no había en él dónde esconderse.

Al retroceder un poco más, sintió un fuerte e insistente sonido que provenía de la palma de su mano. Era el tictac de su reloj. Lo guardó en su bolsillo, y se dirigió a la puerta; sólo después de hacer girar repetidas veces el botón de la misma, se dio cuenta de que ésta estaba cerrada con cerrojo del lado interior de la habitación.

¡Pero alguien había salido de allí! Estudió con más detenimiento las ventanas. Los postigos de acero de cada ventana estaban también cerrados, asegurados por una barra chata de acero introducida en su agujero, lo mismo que un cerrojo.

Empezó a revisar con ansiedad la habitación. No tenía otra entrada. El único objeto que no había advertido hasta ese momento era una estufa eléctrica de dos velas, colocada dentro del hogar de la chimenea de mármol blanco. No era tampoco posible entrar o salir por la chimenea; su cañón era de sólo una pulgada de diámetro y estaba tapado por el hollín que se había ido acumulando. La estufa irradiaba demasiado calor, y se sintió incómodo con el sobretodo puesto. Comenzó también a caminar nerviosamente de un lado a otro. ¿Se habría suicidado Hume? ¿Habríase, tal vez, vuelto loco, y ejecutado su extraño y macabro suicidio con el fin de incriminar a algún otro: situación muy en boga en su género preferido de lectura? ¡Disparates! La otra y única alternativa...

¿Pero seguramente, nadie creería que él lo habría hecho? ¿Qué motivo podría tener? Además, fácilmente se aclararía todo: le habían dado una bebida con un narcótico. En verdad no vio a Hume agregar nada dentro del vaso; pero el whisky estaba adulterado por algo y por alguien. Podría dar pruebas de esto; repentinamente recordó que no había ni siquiera terminado su bebida; cuando los primeros síntomas desagradables de náusea lo dominaron, él había apoyado automáticamente el vaso sobre el piso, a un lado de su silla.

Se apresuró en ese mismo instante a buscarlo. Pero el vaso había desaparecido, y no lo pudo encontrar en ningún lugar del cuarto. Ni había el menor rastro del whisky con soda, que Hume se había servido a sí mismo.

Dominó en ese momento una sensación de miedo, en cierto modo abstracta, y se puso a examinar el aparador. Sobre éste, se hallaban colocados un botellón de cristal tallado que contenía whisky, un sifón con soda, y cuatro vasos. El botellón estaba lleno hasta el tope; no se había sacado ni una gota de soda del sifón; los cuatro vasos estaban limpios, repasados, y evidentemente no usados.

Recordó después que, en ese momento, había dicho algo en voz alta, pero no tenía ni idea de lo que fue. Habló para detener sus pensamientos, como si hablando rápidamente pudiese evitar pensar. Pero debía pensar. El tiempo pasaba; y podía oír aún el tictac de su reloj. Si la puerta y las dos ventanas estaban cerradas por dentro, él era la única persona que pudo haber matado a Hume. Era como si sus novelas favoritas se hubiesen transformado en una pesadilla. Mas la policía de este mundo

realista no creía en la inocencia y ahorcaba a la gente. Era también muy fácil charlar sobre trucos ingeniosos, por medio de los cuales una puerta es cerrada con cerrojo del lado de adentro por alguien que se halla en realidad fuera de la habitación, pero había visto esta puerta, y sabía a qué atenerse.

Volvió a inspeccionarla nuevamente. Era una sólida y pesada puerta de roble, encajada ajustadamente en su marco y contra el piso, tanto que éste había sido rayado por su abrir y cerrar. No tenía ni siquiera agujero de llave para utilizar; poseía una cerradura Yale, pero estaba rota y atrancada indicando «abierto». Por eso se utilizaba para cerrarla un largo y pesado cerrojo, tan duro por falta de uso, que al tratar de correrlo y abrir, se dio cuenta de que necesitaría emplear mucha fuerza para conseguirlo.

Después del cerrojo se dedicó a examinar su mano derecha. La abrió y observó su palma, dirigiéndose luego a la luz para poder verla mejor. Los dedos, el pulgar y la palma estaban manchados con un polvo grisáceo, que le pareció arenoso al cerrar la mano. ¿Cómo se había ensuciado? Él sabía con seguridad que no había tocado nada cubierto de polvo, desde que entrara en esa habitación. Nuevamente palpó el bulto en el bolsillo de atrás de su pantalón; un bulto que nunca había tenido pero no se fijó qué era, porque en parte temía saberlo. Después, de la luz hipnótica del escritorio, sus ojos se desviaron hacia el cadáver.

La flecha, como consecuencia de haber estado colgada durante mucho tiempo en la pared, se hallaba cubierta por una capa de polvo grisáceo: salvo una fina línea a todo su largo, que era evidentemente la que correspondía al lado de su apoyo contra dicha pared, y adonde no había podido llegar el polvo. Esta suciedad había desaparecido en un solo lugar: en la parte media de la flecha estaban los rastros de alguien que la había empuñado. Al agacharse a mirar, pudo ver, a simple vista, claras impresiones digitales. Answell extendió su mano y la volvió a examinar con horror.

En ese momento, dijo él, comenzó a vislumbrar débilmente cuál pudo haber sido el propósito del llamado telefónico: el misterio del pálido rostro de Mary, algunas conversaciones en Sussex, y una carta escrita presurosamente la noche antes. Era sólo la sombra de una duda, o como un nombre que no pudiese recordar. Pero olvidó estas vagas ideas y sospechas en el escritorio de Ivory Hume, al contemplar el cadáver, pues tenía en verdad demasiadas complicaciones.

No, el resonar no provenía de la violenta pulsación en sus sienes. Era el ruido causado por alguna persona al golpear a la puerta.

EN EL TRIBUNAL CRIMINAL CENTRAL

4 de marzo, 1936

REX

V.

JAMES CAPLON ANSWELL

Acusación: Homicidio voluntario de Avory Hume.

Juez: Sr. Justice Bodkin.

Abogados:

Por la Corona:

Sir Walter Storm, K. C. (Fiscal).
Sr. Huntley Lawton.
Sr. John Spragg.

Por la Defensa:

Sir Henry Merrivale, K. C.

I

«LA VERDAD Y NADA MAS QUE LA VERDAD»...

«Todas las personas que deban comparecer ante los Jueces Reales del Tribunal, cuyos fallos corresponden a la jurisdicción del Tribunal Criminal Central, prestad vuestra atención».

«Dios salve al Rey, y a los Jueces Reales».

En el Juzgado número uno, el juez «rojo» acababa de tomar asiento. El señor Justice Bodkin era un hombre muy bajo y obeso, que con su toga escarlata ribeteada de negro parecía aún más bajo y grueso. Pero la llevaba puesta con cierta elegancia. Bajo su peluca gris, que se ajustaba a su cabeza casi tan bien como los propios cabellos, su cara era redonda y fresca. Sus pequeños y angostos ojos, que podrían haber estado soñolientos, tenían tal viveza que le hacían asemejarse a un director de escuela ante sus alumnos.

A Evelyn y a mí, sentados en los asientos reservados detrás de los abogados, el local nos parecía más una sala de clase que un juzgado. Hasta los pupitres estaban colocados como en clase. La sala estaba cubierta por una gran cúpula pintada de blanco que terminaba en una claraboya, a través de la cual se filtraba la luz de un crudo día de marzo. Las paredes estaban, hasta cierta altura, revestidas de roble. Luces eléctricas disimuladas bajo las cornisas del revestimiento elevaban un resplandor amarillento hacia la blanca cúpula; la iluminación daba un tono más claro al roble, y un color amarillento a los tallados en las diferentes partes de la sala. La semejanza con una sala de clase era tal vez causada por el correcto y prolijo orden que allí imperaba. O tal vez por la total ausencia de prisa y agitación, igual al ritmo lento de un antiguo reloj de pie. Desde donde estábamos sentados —detrás de los abogados— podíamos ver de éstos sólo la parte posterior de sus togas y sus pelucas: varias filas escalonadas de pelucas blancas, verdaderas moles de bucles rígidos y superpuestos. Parecían una reunión de alumnos, acercándose unos a otros y cuchicheando. A nuestra izquierda, muy a la vista, y hasta ahora vacío, estaba el banquillo de los acusados. Justo enfrente nuestro —más allá de la gran mesa de los abogados, colocada en el centro de la sala— estaba el palco del jurado, con el sillón para los testigos a un lado. A nuestra derecha, el estrado del juez, y varios lujosos asientos con altos respaldos; la espada de la justicia estaba suspendida verticalmente sobre el sitial del centro.

El señor Justice Bodkin se inclinó ante los abogados, los oficiales del tribunal, y el jurado. Su inclinación fue muy profunda, y desde la cintura, a la manera de un saludo oriental. Los dos empleados del tribunal, que utilizaban el escritorio al pie del juez, se dieron vuelta, y saludaron al mismo tiempo. Ambos eran hombres muy altos,

con peluca y toga, y como estaban tan bien sincronizadas sus profundas reverencias con la del juez, daban la impresión de estar representando una pantomima en un teatro de títeres. Después de esto, todos se sentaron, y comenzaron las toses. El señor Justice Bodkin se sentó en el primer asiento, a la izquierda del sitial que se hallaba bajo la espada de la justicia: nunca se utilizaba el asiento central, pues estaba reservado para el Alcalde o los Regidores. El señor Justice Bodkin se puso un par de anteojos con montura de carey, tomó una lapicera y apoyó su mano sobre las páginas de un gran anotador. Sobre la claraboya del tribunal, la luz de ese día de marzo aumentó su resplandor, pero luego se nubló. Hicieron entrar al prisionero al tribunal.

Es imposible mirar detenidamente al prisionero, sentado en el impresionante banquillo de los acusados, con un policía de guardia a cada lado. O por lo menos, yo no podía hacerlo. Me parecía morboso. Era la primera vez que Evelyn o yo veíamos a Answell. Era un joven de aspecto honesto: casi todos los presentes en el juzgado podrían haberse mirado al espejo y haberse encontrado equivalentes a él. A pesar de estar bien vestido y afeitado, algo en él daba la impresión de que no le importaba en lo más mínimo lo que pudiese ocurrir. Sin embargo, prestaba mucha atención. Había algunos cuervos de las noticias sociales, sentados detrás de nosotros: el joven evitaba mirar en nuestra dirección. Cuando la acusación le fue leída, respondió: *inocente*, con un tono de voz de improviso desafiante. Sólo se decían en el tribunal las frases imprescindibles. El juez aparentaba dirigir el proceso sobre todo por medio de signos.

«*Juro por Dios Todopoderoso*», comenzaron a prestar juramento los miembros del jurado, «*tratar de juzgar lo mejor posible y de acuerdo con la verdad, y dar un veredicto justo y según la evidencia, en el caso de nuestro Soberano Rey contra el prisionero bajo la jurisdicción de este Tribunal*».

Era como un aula, con una horca a la salida, después de haber visto al director. Evelyn, que estaba preocupada, me habló disimuladamente, cubriéndose la boca con la mano. Había estado mirando las indistintas filas de espaldas cubiertas con seda negra, que estaban delante nuestro.

—Ken, no puedo comprender. ¿Por qué se presenta H. M. ante el tribunal? Siempre está en malos términos con la gente del gobierno; y el secretario del Interior y él se pelean cada vez que se ven; pero se lleva muy bien con la policía. Ese inspector jefe, ¿cómo era su apellido?

—¿Masters?

—Sí, Masters. Haría más caso a H. M. que a sus propios superiores. Entonces ¿por qué si H. M. puede probar que este Answell es inocente, por qué no lo probó simplemente a la policía, y así la acusación habría sido retirada?

Yo no lo sabía. Era el punto sobre el cual H. M. había guardado un silencio beligerante. A pesar de que los abogados delante de nosotros estaban ahora de espaldas, era muy fácil reconocer a H. M. entre ellos. Estaba sentado solo, en el extremo izquierdo de la primera fila, con los codos apoyados sobre el bufete, de modo que su vieja toga le hacía parecer aún más ancho, y con su peluca medio

torcida. En el extremo derecho de la misma fila, los fiscales del Rey, *Sir Walter Storm*, señor *Huntley Lawton* y señor *John Spragg*, hablaban entre ellos. Sus murmullos eran inaudibles. En contraposición al escritorio delante de H. M. que estaba relativamente libre, frente al sitio de los fiscales había libros apilados, sobres prolijamente impresos, carpetas amarillas dentro de las cuales se guardan las fotografías oficiales, y secantes flamantes de color rosado. Todos los sentados delante de nosotros estaban muy graves. Sin embargo, bajo la máscara de estudiada cortesía que caracteriza al *Old Bailey*, notaba yo (o me parecía notar) cierta irónica burla disimulada por la solemnidad de esas pelucas, cada vez que alguno de ellos miraba a H. M.

Evelyn también se dio cuenta, y estaba furiosa.

—No debió presentarse ante el *tribunal* —volvió a decir—. Piensa actuar con guantes de seda; pero la misma *Lollypop* me ha dicho que en los últimos quince años no ha aceptado ninguna defensa, y se *ensañarán* contra él. ¡Míralo allí abajo, sentado solo como una lechuza! Y como sabes bien, cuando comiencen a atacarle, no se sabrá contener.

Debí admitir que no era el abogado defensor más diplomático que se pudiese haber elegido. Dicen que hubo un revuelo la última vez que actuó en un tribunal. Me parece también poco prudente empezar una alegación al jurado, y decir: «Sabed pues, cerebros obtusos». Sin embargo, y por alguna curiosa razón ganó el caso.

Un zumbido sordo, hecho de murmullos y crujidos, resonaba en el tribunal mientras los miembros del jurado continuaban prestando juramento. Evelyn, por encima de los abogados, dirigió su vista a la larga mesa colocada abajo, en el centro de la sala. Todos los asientos alrededor de ella estaban ocupados, y sobre la mesa se acumulaban materiales de prueba, guardados en prolijos sobres o paquetes. Otros dos curiosos elementos de prueba estaban colocados más atrás, cerca del pequeño cubículo donde estaba sentado el taquígrafo del tribunal. Evelyn miró luego al señor *Justice Bodkin*, sentado tan solitario como un yogi.

—El juez parece duro.

—Es duro. Pero es también uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra.

—Entonces, si este muchacho es culpable —dijo Evelyn. Y tocó el tema inabordable—: ¿Crees que fue él?

Su voz adquirió ese tono furtivo con que los espectadores hablan de esto. Secretamente, pensaba yo que *Answell* era culpable o estaba loco, o ambas cosas a la vez. Estaba casi seguro de que lo iban a colgar. Había hecho verdaderamente todo lo posible para que lo enviaran a la horca. Pero no había tiempo para reflexionar sobre esto. El último de los miembros del jurado, en el que había dos mujeres, terminaba de prestar juramento, sin que hubiera ninguna excepción. La acusación fue nuevamente leída al prisionero. Algunos carraspearon. Y el fiscal, *Sir Walter Storm*, se puso de pie para iniciar el caso en nombre de la Corona.

—Usía, miembros del Jurado.

En el silencio, resonó la potente voz de *Sir Walter Storm*, provocando la curiosa ilusión de surgir de un abismo. Vimos la parte superior de su lanosa peluca, cuando echó un poco hacia atrás su cabeza. No creo que durante todo el juicio viéramos su cara, salvo una vez al volverse: era ésta alargada, colorada, con larga nariz y mirada dominante. Era un hombre impersonal y mortífero en grado máximo. A veces adoptaba el modo de un maestro benevolente, que interrogara a alumnos levemente retardados. Con el fin de permanecer imparcial, hablaba con una dicción artificial y modulada, semejante a la de un actor.

—Usía, miembros del Jurado —dijo el fiscal—. La acusación contra el prisionero es, como sabéis, por homicidio. Es mi deber indicaros la actitud que, en vista de la evidencia, tomaré como representante de la Corona. Podéis creerme al afirmaros que al acusador le resulta muchas veces duro el iniciar su cometido. La víctima de este crimen era un hombre por todos respetado, durante muchos años empleado del Capital Counties Bank; y más tarde, según tengo entendido, miembro del consejo directivo de ese banco. El hombre acusado de homicidio pertenece a una buena familia, ha recibido una buena educación, posee una fortuna considerable, teniendo muchos de los bienes de este mundo de los que otros carecen. Los hechos serán presentados a vosotros; y me permito sugeriros que estos hechos llevan a la sola conclusión siguiente; el señor Avory Hume fue brutalmente asesinado por el prisionero que tenéis delante.

»La víctima era un viudo, y hasta el día de su muerte vivía, en el número 12 de la calle Grosvenor, junto con su hija, la señorita Mary Hume; su hermano, el doctor Spencer Hume; y su secretaria particular, la señorita Amelia Jordan. Durante la quincena, desde el 23 de diciembre hasta el 5 de enero último, la señorita Mary Hume estuvo ausente de su casa, visitando a unos amigos en Sussex. Sabréis que el 31 de diciembre último, a la mañana, la víctima recibió una carta de la señorita Hume. En esa carta ella le anunciaba su compromiso matrimonial con el prisionero James Answell, a quien había conocido en la casa de esos amigos.

»Sabréis que la víctima recibió al principio con gran satisfacción esta noticia. Dio varias pruebas de su cariñoso beneplácito. Envió una carta de felicitación a la señorita Hume; y la llamó por lo menos una vez por teléfono para hablar sobre este tema. Podéis pensar que tenía motivos para estar contento, al saber la posición y méritos del prisionero. Pero debo llamar vuestra atención sobre lo que ocurrió después. Entre el 31 de diciembre y el 4 de enero, la víctima cambió de actitud en forma repentina y completa, con respecto a este casamiento y al prisionero.

»Miembros del jurado, la Corona no se propone aclarar cuándo o por qué ocurrió este cambio. Pero la Corona os ruega reflexionar sobre el efecto que este cambio pudo tener sobre el procesado. El sábado 4 de enero a la mañana, la víctima recibió otra carta de la señorita Hume. Esta carta comunicaba que el procesado estaría en Londres ese día. El señor Hume se puso en seguida en contacto con él. El sábado, a las 13:30, llamó por teléfono al prisionero, al departamento de este último en la calle

Duke. Las palabras de la víctima fueron escuchadas en esta ocasión por dos testigos. Sabréis con qué términos, y con qué dureza, habló el procesado. Os enteraréis también que, al colocar la víctima el auricular sobre el teléfono, dijo en voz alta: “Maldito Answell, ya verás cómo te voy a liquidar”.

Sir Walter Storm hizo una pausa.

Se expresaba con frialdad, y consultaba sus escritos para dar la impresión de evitar cualquier error. Algunas personas miraron al mismo tiempo al procesado, sentado en el banquillo de los acusados y con un guardia a cada lado. Pensé que el prisionero, hasta ahora, afrontaba bien su situación.

»En el transcurso de esta conversación telefónica, la víctima le pidió al procesado que viniera a verle a su casa de la calle Grosvenor esa tarde a las 18. Os enteraréis que, un poco más tarde, informó al mucamo que esperaba a las 18 a una persona que (según sus propias palabras) “podría provocar trastornos, porque no era de fiar”.

»A las 17:15 la víctima se instaló en su estudio, o escritorio, al fondo de la casa. Debo explicaros que —durante sus largos años de trabajo en el banco— él se había hecho construir especialmente un escritorio privado en su propia casa. Veréis que esta habitación tiene sólo tres entradas: una puerta y dos ventanas. La puerta era sólida y hermética, cerrada por el lado interior con un cerrojo. No tenía ni siquiera ojo de llave, sino en su lugar una cerradura Yale. Cada una de las ventanas tenía postigos plegables de acero, que eran, como veréis luego, a prueba contra los ladrones.

En esta habitación, la víctima guardaba habitualmente los documentos valiosos o cartas, que había tenido necesidad de traer a su casa. Pero por muchos años este escritorio no había sido usado como «caja fuerte»; y la víctima no había cerrado nunca con postigos y puerta esa habitación.

»En lugar de esto, guardaba allí solamente sus “trofeos”. Pues la víctima fue, señores miembros del jurado, un practicante entusiasta del arte de tirar con arco y flecha. Era miembro de la Real Sociedad de Arqueros, y de los Guardabosques de Kent, sociedades que existen para la propagación de este antiguo y buen deporte. De la pared de su escritorio colgaban algunos premios, ganados en los concursos anuales de los Guardabosques de Kent. Eran tres flechas —sobre cada una de las cuales estaba inscripta la fecha en que había sido ganada, 1928, 1932, 1934— y una placa de bronce, donada por los Guardabosques de Kent, en 1934, por un record en el número de puntos o centros.

»La víctima, cuyos antecedentes y hábitos ya conocemos, entró en su escritorio el 4 de enero, a las 17:15. Y ahora, ¡concentrad vuestra atención! A esa hora llamó al mucamo, Dyer, y le ordenó cerrar y asegurar los postigos. Dyer dijo: “¿Los postigos?” con sorpresa, ya que había dejado de hacerse esto desde que la víctima no utilizaba más el escritorio para su trabajo. El señor Hume respondió: “Haga lo que le digo; no quiero que Fleming pueda ver a ese imbécil disputando conmigo”.

»Sabréis que con esta frase se refería al señor Randolph Fleming, quien vivía en la casa de al lado, era amigo de la víctima y camarada entusiasta en el arte de tirar

con arco; en efecto, era la suya la casa contigua, separada por un angosto corredor embaldosado, al cual daban las ventanas del escritorio. Dyer ejecutó las órdenes de la víctima, y cerró con cerrojo los postigos. Debe tenerse en cuenta que las dos ventanas corredizas estaban también cerradas por dentro. Dyer, al fijarse si todo estaba en orden en la habitación, vio sobre el aparador un frasco repleto de whisky hasta la altura del tapón, un sifón de soda también lleno, y cuatro vasos limpios. El mucamo se retiró.

»A las 18:10 llegó el procesado. Oiréis testimonios por los cuales podréis inferir si estaba él o no, en un estado de gran agitación mental. Se negó a quitarse el sobretodo, y quiso ver en el acto al señor Hume. Dyer lo hizo pasar al escritorio, se retiró, y al irse cerró la puerta de la habitación.

»Aproximadamente a las 18:12 Dyer, que se había quedado en el pequeño pasillo, delante de la puerta cerrada, oyó lo que el procesado decía: “No he venido a matar a nadie, a menos que no me quede otro remedio”. Pocos minutos después oyó que el señor Hume exclamaba: “¿Hombre, qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?”. Y sintió algunos ruidos, que luego se describirán.

En este momento la pausa que hizo el fiscal fue muy breve. *Sir* Walter Storm se expresaba cada vez con mayor elocuencia, a pesar de conservar aún una fluidez impersonal, y de continuar leyendo citas en voz alta y articulando lentamente. El único gesto que hacía era señalar con el índice al jurado al leer cada palabra. *Sir* Walter era un hombre alto, y al hablar se agitaban un poco las mangas de su negra toga.

»En ese momento, señores miembros del jurado, Dyer golpeó la puerta y ofreció su ayuda. Su patrón le respondió: “No, puedo arreglarme solo, váyase”. Y el mucamo obedeció.

»A las 18:30 la señorita Amelia Jordan vino a la planta baja, y antes de salir a la calle, se dirigió al escritorio. Estaba por llamar a la puerta, cuando escuchó la voz del procesado que decía: “¡Levántese! ¡Levántese, por favor!”. La señorita Jordan hizo girar el pomo de la puerta, y vio que estaba corrido el cerrojo, por el lado de adentro. Se alejó corriendo, y al salir del pasillo, se encontró con Dyer, que se dirigía hacia allí. Y le dijo a éste: “Están peleándose, y se van a matar. Vaya y sepárelos”. Dyer respondió que era mejor ir a buscar un vigilante. La señorita Jordan le replicó: “Es usted un cobarde. Corra a la casa de al lado, y llame al señor Fleming”. Dyer le sugirió que era mejor que la señorita Jordan no se quedase sola en ese momento, y que fuese ella misma a buscar al señor Fleming.

»Al hacer esto, se encontró con el señor Fleming, quien en ese instante salía de su casa, para ir a pescar. El señor Fleming volvió junto con ella. Hallaron a Dyer, que acababa de volver de la cocina, armado de un hierro para remover el fuego, y los tres se dirigieron a la puerta del escritorio. Dyer golpeó; después de un minuto, oyeron un ruido que atribuyeron correctamente a la barreta del cerrojo al ser corrida lentamente y del otro lado de la puerta. Digo “correctamente”, señores miembros del jurado. El

procesado ha confirmado repetidas veces, que, en ese momento, él corría el cerrojo para abrir, y que se trataba de un cerrojo muy duro de mover, haciendo falta cierta fuerza para lograrlo.

»El procesado abrió la puerta unas pulgadas. Al verlos, la abrió del todo, y dijo: “Entren si quieren; da lo mismo”.

»Podéis o no, juzgar cínico un comentario proferido en tales circunstancias. En efecto, el señor Hume yacía en el suelo, entre las ventanas y el escritorio, en una posición que será luego descripta. Una flecha había sido hundida en su pecho, y se elevaba perpendicular sobre el cuerpo. Se especificará también que esta flecha era la misma que estaba colocada sobre la pared del escritorio, cuando la víctima fue vista por última vez con vida y en compañía del procesado; y esto ha sido confirmado por el procesado mismo.

»En cuanto a esta flecha, demostraremos con evidencia médica cómo fue clavada en el cuerpo con tal fuerza y dirección que se hundió en el corazón y causó una muerte instantánea.

»Os enteraréis, por el testimonio de testigos expertos, que esta flecha no pudo ser en ninguna forma disparada o lanzada —empleándose un arco para tirarla— sino que fue empuñada como arma, y como si se tratase de un cuchillo.

»Los oficiales de policía os indicarán que esta flecha (colocada contra la pared desde hacía años) estaba cubierta por una capa de polvo. Este polvo sólo había desaparecido en un lugar, donde habían quedado marcadas claras impresiones digitales.

»Seréis informados, por último, que estas impresiones digitales eran las del procesado.

»Continuemos, ¿qué pasa cuando el procesado abre la puerta del escritorio a la señorita Jordan, al señor Fleming y al mucamo? Ellos ven que está solo en la habitación con el cadáver. El señor Fleming pregunta: “¿Quién fue?”. El procesado responde: “Supongo que dirán ustedes que fui yo”. El señor Fleming dice: “Usted es el responsable de esta muerte; hay que llamar a la policía”. Sin embargo, examinan lo mismo la habitación; ven que los postigos de acero están cerrados por dentro con cerrojo, y las ventanas corredizas también se hallan cerradas por dentro. El procesado, como es nuestro propósito demostrar, ha sido hallado solo, junto a un hombre asesinado, en una habitación totalmente cerrada, y por tanto inaccesible; y por ninguna parte puede encontrarse una hendedura o abertura, por la que pudiese haber entrado o salido otra persona. Mientras el señor Fleming escudriñaba y observaba la habitación, el procesado estaba sentado en una silla, aparentemente muy tranquilo (según lo relatarán los testigos); y fumaba un cigarrillo.

Alguien tosió.

Fue una tos a la que nadie prestó atención, porque todos los rostros en el tribunal estaban reconcentrados y graves; pero sin embargo aumentó la inquietud reinante. No podría decir cuál era la reacción del público después de lo que se había escuchado.

No obstante, tales cosas crean una atmósfera peculiar; y la atmósfera en ese momento era siniestra. Detrás de nosotros, en los asientos de la Corporación de Terrenos Municipales, estaban sentadas dos mujeres. Una era hermosa, y tenía puesto un abrigo de piel de tigre; la otra era corriente, por no decir fea, y retocó varias veces su orgulloso rostro. Hay que reconocer en su favor que no se movían demasiado, o se reían, o hablaban demasiado fuerte; sólo alcanzábamos a oír sus metálicos murmullos.

La del abrigo de tigre dijo: «¿No sabes que me lo presentaron una vez en una fiesta? ¿No te parece emocionante? ¡Y pensar que dentro de tres semanas será ahorcado!».

La corriente, por no decir fea, respondió: «No puede ser más emocionante. Ojalá nos den asientos bien colocados, para poder ir a verlo».

Sir Walter Storm se echó un poco hacia atrás, apoyó los brazos sobre el respaldo de su asiento, y contempló al jurado.

«Ahora bien, señores miembros del jurado, ¿qué dice en su defensa y contra todo esto el procesado? ¿Cómo explica el hecho de que él, y sólo él, pudo estar con la víctima cuando el señor Hume murió? ¿Cómo explica la presencia de sus impresiones digitales sobre el arma? ¿Cómo aclara el hecho, que deberéis también tener en cuenta, de haber ido a esa casa armado con un revólver? Oiréis en detalle los diferentes comentarios que hizo él al señor Fleming, a Dyer, al doctor Spencer Hume, quien llegó poco después del hallazgo del cadáver.

»La mayor parte de estos comentarios o frases se hallan también consignados en la declaración que hizo al inspector Mottram, de la División de Detectives, el 5 de enero a las 12:15. El procesado fue con el inspector Mottram y el sargento Raye a la calle Dover, donde hizo voluntariamente la declaración que me propongo ahora leer. Dijo:

»Hago esta declaración voluntariamente y por mi propia iniciativa, después de haber sido informado que todo lo que diga será consignado por escrito y puede ser utilizado como prueba.

»Deseo rechazar toda culpabilidad. Soy totalmente inocente. Llegué a Londres esta mañana, a las 10:45. La víctima sabía que venía, porque mi novia le había escrito que yo iba a tomar el tren de las nueve, desde Frawnend, en Sussex.

»A las 13:30 el señor Hume me llamó por teléfono, y me dijo que fuese a verlo a su casa a las 18. Me dijo que quería hablar conmigo, y con respecto a su hija. Llegué a su casa a las 18:10. Me recibió muy amistosamente. Hablamos un rato sobre el deporte de tirar con arco, y me fijé entonces en las tres flechas colgadas de la pared. Me dijo que era posible matar a un hombre con una de esas flechas. Respondí, en tono de broma, que no había ido allí a matar a nadie, a menos que no me quedara otro remedio. En ese momento, estoy seguro de que la puerta no estaba cerrada con cerrojo, y de que yo no tenía ningún arma sobre mí.

»Le dije que quería casarme con Mary Hume, y le pedí su consentimiento. Me preguntó si quería beber algo, y acepté. Llenó dos vasos con whisky y soda, dándome uno y tomando él el otro. Dijo entonces que brindaba por mí, y dio su conformidad a mi casamiento con la señorita Hume».

Sir Walter levantó la mirada de la hoja. Clavó los ojos en el jurado durante un rato prolongado. No podíamos ver su rostro; pero hasta su peluca vista por detrás

impresionaba.

»La Corona os pide en verdad que meditéis sobre el hecho de que la víctima lo invitó a su casa “para hablar sobre su hija”. Al analizar esta declaración deberéis resolver si os parece plausible, o aun probable. Llega allí, empiezan a hablar sobre el deporte de tirar con arco y flechas en cuanto el procesado entra en la habitación, y luego el señor Hume, de la manera más amistosa, anuncia que se puede matar a un hombre con una de esas flechas. Podéis juzgar fuera de lo corriente esta conversación, a pesar de que permite al procesado ubicar su chiste sobre asesinato. Podéis también encontrar todavía más sorprendente que la víctima, después de haber expresado ante testigos y con respecto al procesado los sentimientos que serán luego nombrados, haya podido brindar por él y dar su consentimiento a dicha boda. ¿Qué sigue después?

»Había bebido tal vez la mitad del whisky con soda, cuando empezó a darme vueltas la cabeza, y me di cuenta de que estaba perdiendo el conocimiento. Intenté hablar, pero no pude. Estaba seguro de que habían mezclado un narcótico con la bebida, sentí que me caía hacia adelante, y lo último que recuerdo son estas palabras del señor Hume: “¿Qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?”.

»Cuando recobré el conocimiento estaba sentado en la misma silla, a pesar de que creo que me caí antes de ella. Me sentía mal. Miré mi reloj, y vi que eran las 18:30. Después vi, a un lado del escritorio, el pie del señor Hume. Yacía allí, muerto, en la misma posición en que ustedes lo vieron. Le hablé y le pedí que se levantara. No podía darme cuenta de lo que había pasado. Inspeccioné la habitación, y observé que una de las flechas había sido retirada de la pared. Fui a la puerta, y vi que estaba cerrada, y echado el cerrojo por el lado de adentro. Miré los postigos, y estaban también firmemente cerrados. Me puse a pensar que muy probablemente sospecharían que yo lo había asesinado, de modo que busqué los vasos con whisky que el señor Hume había servido. No los pude encontrar. Sobre el aparador, el botellón con whisky estaba de nuevo del todo lleno, y el sifón de soda estaba como si no hubiese sido usado. Había cuatro vasos limpios: dos de ellos podrían haber sido los que habíamos usado; pero no lo sé.

»Momentos después, volví a la puerta y la examiné nuevamente. Vi entonces que mi mano estaba sucia con polvo, como ustedes me hicieron observar más tarde. Me dirigí a examinar la flecha. Mientras hacía esto, alguien golpeó la puerta; y como no me quedaba otra solución, la abrí. El hombre alto que se llama Fleming entró violentamente, seguido por el mucamo armado con una barra de hierro, y la señorita Jordan se quedó en la puerta. Esto es todo lo que puedo decirles. Jamás y en ningún momento toqué esa flecha».

Hubo un murmullo cuando *Sir Walter* acomodó las finas hojas escritas a máquina, y las dejó sobre la mesa. Ese murmullo se extendió por todo el tribunal.

La del abrigo de tigre cuchicheó: «Está loco de atar».

La de cara corriente respondió: «¿Lo crees realmente? ¡Qué cándida eres! Te aseguro que eso es lo que él *quiere* que pensemos».

«¡Chis!».

«Señores miembros del jurado —continuó *Sir Walter*, extendiendo sus manos con un gesto de magnanimidad y también perplejidad—, no haré ningún comentario sobre tal declaración, ni sobre las pruebas evidentes que nombrarán los testigos y los empleados de policía. No me incumben las explicaciones que puedan darse sobre

estas sorprendentes declaraciones, ni la interpretación que darán de ellas el procesado o mi estimado colega. La alegación de la Corona es que este hombre, al hacerle Avory Hume una violenta, inesperada y decidida oposición a su proyecto ardientemente deseado, se peleó con él y asesinó brutalmente a un anciano que no le había hecho ningún daño.

»Para terminar, quiero recalcaros únicamente lo siguiente: Lo que debéis determinar es si las pruebas que la Corona presenta son suficientes o no para sostener la acusación del asesinato. Éste es vuestro doloroso deber, y vuestro único deber. Si pensáis que la Corona no ha dado en este caso suficientes pruebas que alejen toda duda posible, no debéis tener ningún reparo para cumplir con vuestro deber. Os digo francamente que la Corona no puede encontrar ninguna razón que explique el repentino antagonismo de la víctima hacia el procesado. Pero debo aclarar que éste no es el punto en cuestión: lo que interesa saber es el efecto que este antagonismo tuvo sobre el procesado. El antagonismo mismo es un hecho, y podéis considerarlo como el primer eslabón en la cadena de hechos que serán presentados. Si, por consiguiente, creéis que la acusación ha sido suficientemente probada por la Corona, no permitiréis que la debilidad de carácter del procesado sea utilizada como equívoco medio para su defensa; y no debéis tener la menor vacilación en condenarle a la máxima pena de la ley».

II

«OBSERVAD LA FOTOGRAFÍA NÚMERO 5»

AL TOMAR asiento el fiscal se oyeron algunos crujidos, y un vaso de agua le fue alcanzado desde la mesa de los abogados. Un empleado del tribunal, que había empezado a pasar por delante del palco del jurado de puntillas y encorvado para no impedir que los miembros del jurado pudiesen ver bien al que hablaba, se enderezó en ese momento. El señor Huntley Lawton, el ayudante de *Sir Walter*, se puso de pie para comenzar a interrogar a los primeros testigos.

Los dos primeros eran oficiales y abandonaron pronto el sillón de los testigos. Harry Martin Coombe, fotógrafo oficial, declaró sobre algunas fotografías tomadas con motivo del crimen. Lester George Franklin, sobrestante de la sección de Westminster, atestiguó sobre la inspección que había hecho de la casa número 12, calle Grosvenor, y mostró planos de dicha casa. Copias de todos ellos fueron entregadas a cada miembro del jurado. El señor Huntley Lawton, cuya cómica solemnidad parecía provenir de su nariz en forma de pico, retuvo al último testigo.

—Tengo entendido que el 5 de enero último, a pedido del inspector de detectives Mottram, hizo usted una inspección de la habitación utilizada como escritorio en el número 12 de la calle Grosvenor.

—Sí, señor.

—¿Encontró usted otro modo de poder entrar o salir de esa habitación, salvo por la puerta o las ventanas? ¿Es decir, había alguna entrada secreta?

—No había ninguna.

—¿Las paredes eran, por lo tanto, homogéneas?

Silencio.

El juez inclinó ligeramente hacia un lado su corta persona, y lo miró.

—El ayudante del fiscal le pregunta —dijo el señor Justice Bodkin—, si había o no agujeros en la pared.

Era una voz suave y llana: y que revelaba muchas cosas. De entrada, se percibía en ella una especie de sentido común concentrado, el cual le hacía poseedor de un justo sentido de los valores. Denotaba además un absoluto dominio, del que tenían conciencia todos los que se hallaban en el tribunal. El juez, sentado en lo alto sobre el borde de su imponente asiento, no dejó de mirar al testigo hasta oír su respuesta: «¿Agujeros, Usía? No había ningún agujero»; luego se puso a mirar al señor Lawton con cierta curiosidad; y después continuó escribiendo en su anotador con la estilográfica que tenía en su rolliza mano.

—¿No había —continuó el ayudante, mecánicamente y como cumpliendo con una fórmula—, algún orificio lo suficientemente grande como para permitir el paso de una flecha?

—No, señor. No había ninguno.

—Muchas gracias.

No se examinó al testigo; H. M. movió negativamente su cabeza, y bajo su toga se encogió de hombros. Permanecía sentado siempre con la misma inmovilidad, y era de desear que no tuviese clavada en el jurado su mirada, con esa expresión hostil habitual en él.

—Hagan pasar a Amelia Jordan.

La señorita Jordan fue conducida hasta el sillón de los testigos. Éste se hallaba colocado dentro de un angosto cubículo con techo, situado en el ángulo derecho, entre el palco del jurado y el estrado del juez. En circunstancias normales, debía ser una mujer tranquila y eficiente. Pero al encaminarse al sillón tropezó, al subir, con un escalón, y cuando prestó juramento daba la impresión de estar al borde de un ataque nervioso. Si sus nervios la hicieron tropezar, o si el tropezar provocó sus nervios, no era fácil de saber: su rostro se sonrojó a raíz de esto intensamente. Era también evidente que había estado enferma. Amelia Jordan debía tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años de edad. Se veía que había sido bella, y conservaba aún cierto atractivo a pesar de estar alicaída por su reciente enfermedad; tenía puestos unos anteojos de metal muy sentadores y modernos, de esos que casi sientan más que no llevarlos. Sus cabellos eran castaños y no estaban teñidos; sus ojos azules tenían una expresión fría e inteligente. Su modo de vestir fue elogiado por las dos mujeres que estaban detrás de nosotros. Recuerdo que estaba de negro, con un sombrero del mismo color y que tenía una visera igual a las de las gorras.

—¿Su nombre es Flora Amelia Jordan?

—Sí.

Después de toser apenas, la respuesta fue emitida rápidamente, y como si su voz tratase de hallar el tono apropiado. Sin mirar al juez o al jurado, en medio de los cuales se hallaba, fijó sus ojos en el pacífico señor Huntley Lawton, quien trataba de lucirse lo más posible.

—¿Era usted la secretaria privada del señor Hume?

—Sí. Es decir, no, hace muchos años que no trabajaba como secretaria suya. Porque después que se retiró, no necesitaba secretaria. Por lo tanto, yo dirigía el cuidado de su casa. Le convenía más que pagar a un ama de llaves.

—Su Señoría y el jurado comprenden —dijo el ayudante del Fiscal con suave cordialidad. Ella había dado todas esas explicaciones de un tirón, y él la interrogó aún más amablemente—. ¿Usted tenía cierto parentesco con él, no es cierto?

—No, no, no éramos parientes. Éramos...

—Comprendemos muy bien, señorita Jordan. ¿Durante cuánto tiempo estuvo con él?

—Durante catorce años.

—¿Lo conocía íntimamente?

—Oh, sí, muy bien.

La primera parte del interrogatorio de la señorita Jordan fue ocupada por la presentación y autenticación de dos cartas referentes al compromiso de Mary Hume, una de la joven a su padre, y otra de su padre a ella. La señorita Jordan había visto la primera de estas cartas; y según explicó, había ayudado a redactar la segunda. Los caracteres se delineaban. A juzgar por su carta, Mary Hume era impulsiva, inconstante, y un poco incoherente, como se podía adivinar al mirar la fotografía de una rubia con grandes ojos, al hojear la edición de esa mañana del *Daily Express*, pero a pesar de todo, había en el carácter de esa joven una gran dosis de sentido práctico. Avory Hume se mostraba afectuoso y prudente, y con cierta tendencia a sermonear de un modo pedante. Sobre todo, una idea parecía entusiasmarle: «Espero no anticiparme por demás a los acontecimientos futuros, al decir que tengo la certeza de tener con el tiempo un nieto».

(En ese momento, el rostro del hombre sentado en el banquillo de los acusados se puso blanco como un papel).

«Y estoy tan seguro de esto, mi querida hija, que me propongo hacer testamento de todo lo que poseo a favor del hijo que sé que tendrán y puedo también esperar gozar muchos años de vida feliz, junto a todos ustedes».

Se escucharon algunas toses nerviosas. Answell inclinó la cabeza hacia adelante, y miró sus manos posadas sobre sus rodillas. El señor Huntley Lawton prosiguió con el interrogatorio de Amelia Jordan.

—¿Recuerda si el señor Hume hizo algún comentario determinado sobre este compromiso?

—Sí, repetía continuamente: «Es una noticia muy buena. No podía desear nada mejor». Y yo le replicaba: «¿Sabe usted qué persona es el señor Answell?». Me respondía entonces: «Sí, sé que es un joven excelente; yo conocí a su madre, y era muy buena persona». U otras frases parecidas.

—En otros términos, ¿él consideraba el proyecto de casamiento muy aceptable?

—Sí, nosotros teníamos esa impresión.

—¿Nosotros?

—El doctor y yo. El doctor Spencer Hume. Al menos yo pensaba así; no puedo asegurar sobre los demás.

—Trate de recordar, señorita Jordan —dijo el abogado, e hizo una pausa—. ¿Entre el 31 de diciembre y el 4 de enero, observó algún cambio en la actitud del señor Hume?

—Sí, lo noté.

—¿Cuándo observó por primera vez ese cambio?

—Ese sábado a la mañana, el mismo día de su muerte.

—¿Quiere explicarnos qué es lo que observó?

Ella estaba ahora bastante tranquila, y bajo la influencia hipnótica del señor Lawton. Habló en voz baja, pero se la podía oír bien. Al principio no sabía qué hacer con sus manos: las apoyaba o las retiraba de la baranda que tenía por delante, hasta

que al fin se agarró a ella con toda decisión. Al hablar de la carta que había ayudado a redactar, sus ojos tenían un brillo especial; le costaba mucho retener sus lágrimas.

—Ocurrió así —comenzó a contar—. El viernes se había decidido que el doctor Spencer Hume y yo iríamos a pasar el fin de semana a la casa de los amigos de Mary en Sussex. El motivo era, en realidad, ir a felicitar a Mary personalmente. Pensábamos ir en auto; pero no podíamos partir hasta fines de la tarde del sábado, porque el doctor Hume pertenece al personal médico del Hospital St. Praed, y no podía salir temprano. El viernes a la noche, Mary telefoneó a su padre desde Sussex, y yo le anuncié nuestra ida. Debo decirles todo esto porque...

El abogado la incitó amablemente a continuar.

—¿El señor Avory Hume pensaba ir con usted y el doctor, en esa excursión de fin de semana?

—No, le era imposible. Tenía algo que hacer el domingo. Creo que tenía que ocuparse de la contabilidad de la Iglesia Presbiteriana, o algo semejante; y no podía ir. Pero nos rogó que saludásemos a todos en su nombre, y nos proponíamos traer a Mary de vuelta con nosotros.

—Bueno. ¿Pero qué ocurrió el sábado a la mañana, señorita Jordan?

—El sábado a la mañana —respondió la testigo, contando rápidamente lo que había estado pensando mucho tiempo—, cuando estábamos sentados tomando el desayuno, llegó una carta de Mary. Supe que era de Mary por la letra. Y me pregunté por qué habría escrito, dado que ya había hablado con su padre la noche antes.

—¿Qué se hizo de esa carta?

—No sé. La buscamos después, pero no la pudimos encontrar por ninguna parte.

—Cuéntenos lo que el señor Hume dijo o hizo.

—Después de leerla, se levantó bruscamente, guardó la carta en su bolsillo, y se fue al lado de la ventana.

—¿Y luego?

—Yo le pregunté: «¿Ocurre algo malo?». Él me respondió: «El novio de Mary ha decidido venir hoy a la ciudad, y quiere vernos». Yo repliqué: «Oh, entonces no tendremos que ir a Sussex», queriendo decir que, por supuesto, debíamos conocer al señor Answell, e invitarle a comer. Se dio vuelta hacia mí, y desde la ventana me contestó: «Tenga la bondad de seguir mis órdenes; irán ustedes igual, como se había decidido».

—¿En qué forma dijo esto?

—Muy frío y cortante, lo cual era un signo peligroso en él.

—Bien. ¿Y qué pasó después?

—«Está bien», le respondí yo. «¿Pero sin duda lo invitará a comer?». Me miró un instante, y me dijo: «No lo invitaré a comer, ni a nada». Y en seguida se marchó de la habitación.

Lentamente el abogado se echó hacia atrás en su asiento. El procesado levantó la vista un momento.

—¿Es exacto, señorita Jordan, que el sábado a las 13:30 usted pasó por el vestíbulo frente a la puerta de la sala?

—Sí, es verdad.

—¿Y oyó al señor Hume hablando por teléfono en la sala?

—Sí.

—¿Miró usted hacia adentro de la habitación?

—Sí. Estaba sentado frente a la mesita, entre las dos ventanas, sobre la cual está colocado el teléfono. Estaba de espaldas a mí.

—¿Quiere repetirme, tan exactamente como pueda, las palabras que le oyó hablar?

La testigo asintió lentamente con la cabeza.

—Él dijo: «De acuerdo con lo que me he enterado, señor Answell».

—¿Afirma usted bajo juramento que las palabras eran, «De acuerdo con lo que me he enterado...»?

—Sí, señor.

—Continúe, por favor.

—«De acuerdo con lo que me he enterado, me parece mejor que hablemos con respecto a mi hija».

El juez dirigió hacia el abogado sus pequeños ojos, y le habló con la misma voz pausada.

—¿Señor Lawton, se propone demostrar que era el procesado el que hablaba y estaba en comunicación telefónica con él?

—Si Su Señoría me lo permite, presentaré a un testigo que escuchó la conversación de ambos por medio de un teléfono auxiliar colocado al fondo del vestíbulo; y atestiguará seguramente si era o no el procesado el que hablaba.

En el extremo izquierdo de los asientos de primera fila, resonó una fuerte tos. Era evidentemente maligna y belicosa. H. M. se levantó, apoyando sus nudillos sobre el escritorio. Por quien sabe qué causa, la parte inferior de su peluca se separaba de su cabeza como una coleta. Su voz tenía una calidad humana, que no habíamos escuchado en ese lugar hasta entonces.

—Usía —casi rugió H. M.—, para no hacer perder tiempo en el tribunal, estamos dispuestos a admitir que era el procesado el que hablaba. En verdad, vamos a insistir sobre ello.

Después de hacer una inclinación, y despertar una curiosa sensación de sorpresa en el tribunal, se dejó caer sobre su asiento. Encubierto bajo una formal cortesía, el tono de burla entre los abogados se comunicó al grave saludo del señor Lawton.

—Puede continuar, señor Lawton —dijo el juez.

El abogado se volvió a dirigir a la testigo.

—Nos ha relatado usted que la víctima dijo: «De acuerdo con lo que me he enterado, señor Answell, me parece mejor que hablemos con respecto a mi hija». ¿Qué más dijo?

—Agregó: «Sí, me doy cuenta... y se calló, como si estuviese escuchando hablar a la otra persona: “pero no es posible tratar sobre esto por teléfono. ¿Puede venir a verme a mi casa?”. Y después: “¿Puede venir esta tarde a las seis?”».

—¿Cuál era su tono al decir todo esto?

—Muy seco y ceremonioso.

—¿Qué hizo luego?

—Colgó el tubo lentamente, miró un momento al teléfono, y dijo: «Maldito Answell, ya verás cómo te voy a liquidar».

Pausa.

—¿Y cómo dijo estas palabras?

—Con el mismo tono que antes, sólo que con mayor satisfacción.

—¿Pensó usted que él estaba hablando solo; es decir, expresando sus pensamientos en voz alta?

—Sí.

Como la mayor parte de los testigos, al contar algo o repetir palabras oídas, ella estaba a la defensiva. Era como si temiese que cada palabra dicha pudiese ser elegida y usada en su contra. Bajo la sombra de su sombrero negro, con el ala igual a la visera de una gorra, se podían ver poco su marchita belleza y sus modernos anteojos. La severa y práctica Amelia Jordan era un poco melosa y pegajosa, y si fuera esto posible, se parecía algo a una planta trepadora. Tenía una voz singularmente dulce, que daba al inmoderado e innecesario «maldito» un matiz de irrealidad e incongruencia.

—¿Qué hizo usted después de haber oído esto?

—Me alejé rápidamente, vacilando. Estaba tan... desagradablemente sorprendida por este repentino cambio, y la forma en que se expresó sobre el señor Answell, que no supe qué pensar, y no quise que él me viera.

—Muchas gracias —el abogado reflexionó—. *De acuerdo con lo que me he enterado* —repitió Lawton, meditando sus palabras, pero pronunciándolas muy claramente—, ¿tuvo usted la impresión de que el señor Hume había sabido algo en contra del procesado, y ésta era la causa de su cambio de actitud tan radical?

El juez habló, y al parecer ningún músculo de su rostro se movió.

—Señor Lawton, no puedo permitir esa sugestión. El fiscal ha declarado ya que la Corona no tratará de mostrar o probar los motivos de este cambio. Por lo tanto debe guardarse de sugerir ninguno.

—Ruego a Usía me perdone —replicó el abogado con sincera humildad, y completo cambio de actitud—. Aseguro a Su Señoría que ésa no fue, en ninguna forma, mi intención. Comenzaré nuevamente. Señorita Jordan, ¿diría que el señor Hume era un hombre cuya conducta estuviese dirigida por caprichos?

—Todo lo contrario.

—¿Era un hombre razonable, y guiado por la razón?

—Sí.

—Si (pongamos como ejemplo) pensaba él un lunes, que John Smith era un hombre inteligente, ¿no pensaría el martes que era un completo imbécil, a menos que tuviese una buena razón para ello?

La suave voz del juez hizo que, en el tribunal, cesara todo murmullo.

—Señor Lawton, vuelvo a repetirle que deje de influir al testigo.

El ayudante del fiscal, con caballerisca humildad, murmuró:

—Perdone Usía —y continuó—: pasemos ahora, señorita Jordan, a la tarde del 4 de enero. ¿Cuántas personas (según su conocimiento) había en la casa, esa tarde a las 18?

—Estábamos el señor Hume, Dyer y yo.

—¿No vivía nadie más en la casa?

—Sí, el doctor Hume, la cocinera y la mucama. Pero la cocinera y la mucama tenían la tarde libre, y habían salido. Yo debía ir a buscar al doctor Hume con el auto al Hospital St. Praed, tratando de no llegar más tarde de las 18:15, porque iríamos, de allí mismo, a Sussex.

—Muy bien, señorita Jordan —interrumpió el abogado, deteniendo el rápido y nervioso fluir de las palabras de ella—. ¿Dónde estaba usted a las 18:10?

—Arriba, terminando de hacer el equipaje. El doctor Hume me había pedido que hiciera su valija, porque él no tenía tiempo de volver del hospital a la casa a buscar las cosas que iba a necesitar; y estaba también preparando mi valija...

—Muy bien; puede continuar. ¿Es cierto que aproximadamente a las 18:10 oyó sonar el timbre de la puerta de calle?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Corrí a la escalera, me incliné sobre la barandilla y miré hacia abajo.

—¿Vio entrar al procesado?

—Sí... espié a través de la barandilla —agregó la testigo, y se ruborizó. Comentó—: Quería ver qué aspecto tenía él.

—Muy comprensible. ¿Quiere decirnos qué ocurrió?

—Dyer abrió la puerta. El... ese hombre —dijo y dirigió una rápida mirada al procesado— entró. Explicó que su nombre era Answell, y que el señor Hume le esperaba. Se le cayó el sombrero al suelo. Dyer quiso tomar su sombrero y sobretodo, pero él le contestó que prefería no quitarse el sobretodo.

—Prefirió quedarse con el sobretodo puesto —repitió lentamente el abogado—. ¿Cuál parecía ser su estado de ánimo?

—Habló con mucha irritación.

—¿Qué pasó después?

—Dyer lo condujo a través del vestíbulo, en dirección al pequeño pasillo que lleva al escritorio. Al pasar cerca de mí miró hacia arriba y me vio. Se dirigieron al escritorio y entraron, y esto fue todo lo que pude ver. Me alejé de la escalera, y terminé de hacer el equipaje. No sabía verdaderamente qué pensar.

—Díganos solamente lo que hizo, señorita Jordan; nos basta con eso. Detengámonos ahora en unos pocos minutos antes de las 18:30. ¿Dónde estaba usted entonces?

—Me puse el sombrero y el abrigo, tomé las valijas, y me encaminé a la planta baja. Dyer tenía orden de sacar el auto del garage en la calle Mount, y de traerlo a la puerta. Había estado esperando que me llamase, pero al bajar no pude encontrar a nadie. Me dirigí al escritorio para saber si el señor Hume tenía algunos mensajes o instrucciones de último momento que darme, antes de mi partida.

—No tenía «ningún mensaje» señorita Jordan —subrayó el señor Lawton, con desvergonzada truculencia—. ¿Qué hizo después?

—Iba a llamar a la puerta, cuando oí que alguien allí dentro exclamaba: «¡Levántese, por favor!».

Sus palabras resonaron con un tono extraño. Se notaba que le atraía poco hablar ante el público de la sala.

—¿Agregó algo más?

—Sí, creo que dijo también: «¡Levántese del suelo y respóndame!».

—¿Hablabas en voz alta, o más bien baja?

—No, más bien fuerte.

—¿Era la voz del procesado?

—Sí, ahora sé que era la suya. En ese momento apenas la reconocí. La asocié, sin embargo, con lo que le había oído decir al señor Hume esa mañana...

—¿Trató de abrir la puerta?

—Sí, pero no pude.

—¿Estaba cerrada por dentro?

—Sí, pero no me detuve a pensar si estaba echado el cerrojo. Sólo pensé que estaba cerrada y no se podía abrir.

—¿Qué hizo entonces?

—En ese momento apareció Dyer, con sobretodo y sombrero, a la entrada del pasillo. Yo corrí hacia él, y exclamé: «Están peleando; se van a matar; entre y sepárelos». Me respondió: «Iré a buscar a un vigilante». Yo lo apostrofé: «Es usted un cobarde; corra a la casa de al lado y llame al señor Fleming».

—¿Cómo actuaba usted en ese momento?

—Creo que me movía de continuo, y de aquí para allá. Dyer no quería ir; decía que era mejor que fuera yo, para no estar sola en la casa si ocurría algo. De modo que fui.

—¿Encontró en seguida al señor Fleming?

—Sí, bajaba en ese momento los escalones de la puerta de su casa.

—¿Volvió a la casa junto con usted?

—Sí, y vimos a Dyer que venía del fondo del vestíbulo, armado con un hierro para el fuego. El señor Fleming le preguntó: «¿Qué ocurre?». Dyer le respondió: «No se oye absolutamente nada».

—Ustedes tres se dirigieron entonces a la puerta del escritorio, ¿no es cierto?

—Sí, y Dyer golpeó a la puerta. Luego el señor Fleming golpeó todavía más fuerte.

—¿Qué pasó?

—Oímos como pasos, por el lado de adentro; y alguien empezó a mover el cerrojo para poder abrir.

—¿Está segura de que la puerta estaba cerrada con cerrojo, y que era necesario correrlo para abrir?

—Sí, a juzgar por los ruidos que se oyeron. Al principio daba trabajo moverlo y la puerta tembló, luego el cerrojo se deslizó.

—¿Cuánto tiempo diría que transcurrió entre el golpear a la puerta y el correr el cerrojo para abrir?

—No sé; tal vez no mucho, pero me pareció una eternidad.

—¿Aproximadamente un minuto?

—Quizá.

—Tenga la bondad de relatarle al jurado lo que ocurrió luego.

No miró ella al jurado al hablar, sino a sus manos apoyadas sobre la baranda, y sin levantar la vista.

—La puerta se abrió unas pulgadas, y alguien miró hacia afuera. Vi que era ese hombre. Después abrió la puerta del todo, y dijo: «Entren si quieren; da lo mismo...». El señor Fleming se apresuró a entrar, y Dyer le siguió.

—¿Entró usted en la habitación?

—No, me quedé en la puerta.

—Díganos exactamente lo que vio.

—Vi a Ivory tendido de espaldas, al lado del escritorio, y su pie que apuntaba hacia mí.

—¿Ha visto estas fotografías? —Y se las señaló—. ¿Dice que sí? Gracias, Tome ésta, por favor.

La carpeta amarilla le fue entregada.

—Observe la fotografía número 5, por favor. ¿Yacía en esa posición?

—Sí, me parece que sí.

—Créame, lamento... sí, puede devolvérmela. ¿A qué distancia del cadáver se acercó usted?

—No me moví de la puerta. Dijeron que estaba muerto.

—¿Quién lo dijo?

—Creo que fue el señor Fleming.

—¿Recuerda algo de lo que dijo el procesado?

—Puedo acordarme de sus primeras palabras. El señor Fleming le preguntó quién lo había matado, y el procesado respondió: «Supongo que ustedes dirán que fui yo». El señor Fleming dijo: «Usted es el responsable de esta muerte; hay que llamar a la

policía». Puedo recordar muy bien lo que vi, pero no muy bien lo que oí. No me sentía del todo bien.

—¿Qué estado de ánimo mostraba el acusado?

—Muy tranquilo y normal, según mi opinión, a excepción de su corbata que se le había salido de su lugar, y aparecía por encima del sobretodo.

—¿Qué hizo el procesado cuando el señor Fleming habló de llamar a la policía?

—Se sentó en una silla al lado del escritorio, sacó su cigarrera de un bolsillo interior, tomó un cigarrillo y lo encendió.

El señor Huntley Lawton apoyó levemente sus manos sobre el escritorio, se quedó callado un instante, y luego se agachó para consultar con su jefe; pero yo pensé que esta consulta era teatral y para dar énfasis a lo dicho. El final del relato hacía la impresión de provenir de abajo de la superficie del agua; y hasta se podía sentir la inspiración del aire en los pulmones. Yo creo que, salvo el juez, todos los presentes en el tribunal habían, en un momento u otro, mirado al prisionero; pero siempre rápida, secretamente, y con cierta vergüenza que hacía desviar la vista en seguida. El señor Justice Bodkin terminó de tomar sus prolijas anotaciones, escritas con ritmo parejo; levantó los ojos, y esperó. La testigo había adoptado una expresión resignada, como si tuviese que aceptar no poder dejar nunca el sillón en que estaba sentada.

El señor Huntley Lawton tenía sólo un último toque final que dar. Rápidos crujidos se extendieron por el tribunal, al arrellanarse la gente en sus asientos.

—¿Es cierto, señorita Jordan, que después de ser hallado el cadáver, fue enviada a la calle Praed a buscar con el auto al doctor Spencer Hume, y traerlo desde el Hospital St. Praed?

—Sí, el señor Fleming tocó mi hombro, y me pidió que fuera a buscarle con el auto y me apurase, porque si se le enviaba un mensaje y estaba operando o atendiendo, seguramente no se lo darían.

—¿No nos puede contar nada más sobre lo que siguió ocurriendo esa noche?

—No.

—¿Es esto debido a que, en el camino de vuelta del hospital, se sintió enferma, se le declaró una congestión cerebral, y debió guardar cama durante un mes?

—Sí.

El abogado apoyó una mano sobre la blanca página de su legajo.

—Le ruego que reflexione bien, señorita Jordan. ¿Puede agregarnos algo más, o cualquier otra palabra que le hubiese oído decir al procesado? ¿Habló él algo más, después de sentarse, y encender un cigarrillo?

—Sí. Recuerdo que contestó a alguna pregunta o comentario.

—¿Cuál era la pregunta?

—Alguien dijo: «¿Tiene usted un corazón de piedra?».

—«¿Tiene usted un corazón de piedra?». ¿Y qué respondió?

—Comentó él: «Se lo tiene merecido, por haberme dado un narcótico con el whisky».

Durante un breve lapso, el abogado se quedó mirándola. Luego se sentó.

Sir Henry Merrivale se levantó para examinar a la testigo como abogado de la defensa.

III

«EN EL ANGOSTO Y OSCURO PASILLO»

NADIE podía prever cuál sería el rumbo que tomaría la defensa; había una vaga posibilidad de que se alegase insania o aun homicidio; pero conociendo a H. M., estaba seguro de que su elección no recaería en una de esas fórmulas intermedias. Era posible que diera algún indicio su primer interrogatorio del testigo.

Se levantó majestuosamente... efecto que fue un poco anulado por el hecho de que su toga se enganchó en algo, o tal vez en él mismo. Se rasgó con ruido tan seco, tan parecido al de una bofetada, que por un angustioso instante temí que él hubiera propinado una. Se enderezó. No obstante lo enmohecida que pudiera estar su habilidad legal, era al examinar a los testigos cuando su brusca y desordenada táctica habitual resultaba más eficaz, al poder hacer preguntas insinuantes, y abarcar y ocuparse de cualquier cosa o tema. Pero este interrogatorio era peligroso. Esa mujer había sabido ganarse las simpatías de todos, inclusive del jurado: atacarla directamente hubiera sido imprudente. Pero no teníamos por qué preocuparnos. Después de darse vuelta y mirar con disgusto la rotura de su toga, por encima de los anteojos apoyados en mitad de su ancha nariz, la interrogó con tanta amabilidad como empleara Huntley Lawton; aunque un poco más abruptamente.

La voz grave y serena del abogado defensor tranquilizó a la testigo y a todos los presentes. Habló con un tono igual al que se usa en una conversación amistosa.

—Señorita —dijo H. M. de improviso—. ¿Cree que el señor Hume se enteró de algo desfavorable al procesado, y esto provocó su inesperado cambio de actitud?

—No lo sé.

Silencio.

—Sin embargo —arguyó H. M.—, ya que mi estimado colega ha concretado en cierto modo la pregunta, la repetiré nuevamente. Como indicó él, si el señor Hume cambió de actitud, debe haber sido porque alguien lo enteró de algo; ¿no es así?

—Sí, pienso lo mismo que usted.

—Bien. Pero si, por el contrario, él no hubiese oído nada, ¿no habría cambiado de actitud?

—Supongo que no. No, seguramente no.

—¿Era evidente, señorita —continuó H. M. argumentando—, que él estaba de muy buen humor el viernes a la tarde, cuando decidió que usted y el doctor Hume fueran al día siguiente a Sussex? ¿No es cierto?

—Oh, sí.

—¿Salió de la casa esa noche?

—No.

—¿Recibió alguna visita?

—No.

—¿Le llegó alguna carta, o mensaje de cualquiera naturaleza; tuvo algún llamado telefónico?

—No; salvo el de Mary, que habló esa noche. Yo atendí el teléfono y charlé con ella un minuto o dos; él tomó después el aparato; pero no oí sus palabras.

—¿Y a la hora del desayuno, al día siguiente, cuántas cartas recibió?

—Sólo una; escrita por Mary según la letra del sobre.

—Hum, hum. ¿Por consiguiente, si oyó algo en contra del procesado, debe haber sido su propia hija quien le informó?

Se produjo un pequeño revuelo. *Sir* Walter Storm casi se levantó; pero en lugar de ello, se puso a hablar en voz baja con Huntley Lawton.

—Tal vez; no sé. ¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Pero fue sin lugar a dudas, después de leer esa carta, cuando se pudo empezar a notar su enconado antagonismo contra el procesado?, ¿no fue así?

—Sí.

—¿Desde ese momento, dio pruebas de su hostilidad?

—Sí, y de acuerdo con eso, pensé que habría alguna relación.

—Bien. ¿Pero qué diría usted, señorita, si le informo que en esa carta no se nombraba para nada al procesado, salvo la mención de que éste iba a venir a la ciudad?

La testigo se acomodó sus anteojos.

—No comprendo qué respuesta quiere que le dé.

—Le comunico esto, señorita. Tenemos aquí mismo esa carta, y la mostraremos en el momento oportuno. ¿De modo que si le informo que no había en ella nada contra el procesado, y sólo se mencionaba el hecho de que pensaba venir a la ciudad, cambia esto su juicio sobre la actitud del señor Hume?

Sin esperar la respuesta, H. M. se sentó.

Dejó a todos muy perplejos en el tribunal. No había desvirtuado, ni tratado de desvirtuar o de negar nada de lo que había declarado la testigo; pero logró dar la sensación de que quedaba algo pendiente y sin explicar. Pensé que el señor Lawton examinaría nuevamente a la testigo; pero quien se puso de pie fue *Sir* Walter Storm.

—Llaman al testigo Herbert William Dyer.

La señorita Jordan dejó el lugar a Dyer, quien se sentó gravemente en el sillón. De entrada fue evidente que sería un testigo bueno y convincente, y en efecto lo fue. Dyer era un hombre reposado, de cerca de sesenta años, de cabellos canosos y cortados muy cortos, muy respetuoso en su trato. Como si quisiera hacer concesiones a su vida privada y a su empleo, tenía puestos un saco negro de calle y pantalones grises oscuros y rayados; en lugar de cuello palomita, usaba un cuello duro corriente y una corbata negra. Su aspecto era muy correcto y honorable, natural y sin afectación. Al pasar entre el palco del jurado y la mesa de los abogados, por delante de un joven de cabellos claros sentado frente a esa mesa, observé que al verle le hizo una grave seña, que no llegó a ser ni una inclinación ni un saludo. Dyer prestó

juramento, y su voz se oía bien. Estaba de pie, con la cabeza bien derecha, y sus brazos pendían sin ninguna rigidez a ambos lados de su cuerpo.

La voz grave y pausada de *Sir* Walter Storm contrastaba con los tonos agudos y rápidos de la de Huntley Lawton.

—¿Se llama usted Herbert William Dyer, y trabajó durante cinco años y medio con el señor Hume?

—Sí, señor.

—¿Antes de esto, y durante once años, estuvo trabajando con el difunto Lord Senlac, y a su muerte recibió un legado en recompensa a sus fieles servicios?

—Sí, señor, así fue.

—¿En la guerra, combatió en el Regimiento de Artilleros número 14, de Middlesex, y en premio a su valentía recibió una medalla en 1917?

—Sí, señor.

Desde el comienzo, confirmó la versión de la señorita Jordan sobre el llamado telefónico al procesado. Explicó que había una extensión de la línea, y un teléfono auxiliar estaba bajo la escalera, al fondo del vestíbulo. Tenía orden de llamar al Pyrenees Garage para averiguar sobre unos arreglos que le estaban haciendo al auto del señor Hume, y para saber con toda seguridad si el auto estaría listo y compuesto para esa tarde. Aproximadamente a las 13:30 descolgó el tubo. Oyó la voz de la víctima que en ese momento pedía comunicación: había llamado a Regent 0055, solicitando hablar con el procesado, y una voz, que Dyer afirmaba ser la del acusado, había respondido: «Con él está hablando». Sin cortar la comunicación, Dyer había colgado el tubo y se había dirigido hacia la sala. Al pasar por delante de la puerta, había escuchado el resto de la conversación repetida por la testigo anterior. Había oído también el lamentable soliloquio.

—¿Cuándo volvió a referirse el señor Hume a este asunto?

—Apenas terminó de hablar por teléfono. Entré a la sala, y me dijo: «Espero la visita de una persona esta tarde a las 18. Podría causar trastornos, porque no es de fiar».

—¿Qué le contestó?

—«Bien, señor».

—¿Y cuál fue la ocasión siguiente en que se mencionó este asunto?

—A las 17:15, o tal vez unos minutos más tarde. El señor Hume me llamó desde el escritorio.

—Cuéntenos lo que pasó.

—Estaba sentado frente al escritorio, tenía por delante un tablero y piezas de ajedrez, y trataba de resolver un problema de este juego. No levantó la vista del tablero, y me ordenó que cerrara con cerrojo los postigos. Sin querer, debo haber mostrado mi sorpresa. Movié una pieza sobre el tablero, y agregó: «Haga lo que le digo, no quiero que Fleming pueda ver a ese imbécil disputando conmigo».

—¿Le daba siempre *explicaciones* sobre las razones de sus órdenes?

—Jamás, señor —respondió el testigo con énfasis.

—¿Están las ventanas del comedor del señor Fleming frente a las del escritorio, separadas por un corredor embaldosado que hay entre las dos casas?

—Así es.

El fiscal hizo una señal. De abajo del palco del jurado, fueron sacados los dos primeros elementos de prueba: los postigos de acero originales, aplicados a una copia del marco y la ventana corrediza. Se los recibió con agitados murmullos. Eran de estilo francés, como dos pequeñas medias puertas, salvo en que estaban desprovistos de hendeduras o aberturas; y por la parte media se cerraban con una barra de acero chata y provista de una manija. Fueron levantados para que los pudieran observar bien el testigo y los miembros del jurado.

—He aquí —continuó *Sir Walter Storm* imperturbable—, el par de postigos de la ventana señalada con la letra A en el plano. El inspector Mottram los colocó de acuerdo con las indicaciones del señor Dent, de Dent & Sons, Cheapside, o sea de la casa que los había aplicado a las ventanas originales. ¿Quiere decirme si éste es uno del par de postigos que usted cerró el sábado a la tarde?

Dyer observó con atención el elemento de prueba, y no contestó en seguida.

—Sí, señor, es éste.

—¿Quiere cerrar los postigos como lo hizo el sábado a la tarde?

La barreta del cerrojo, como estaba un poco dura, penetró en el agujero, rechinando ruidosamente, lo que produjo un efecto desagradable en esa especie de aula legal. Dyer se limpió las manos. Más de una ventana fue cerrada con el correr de ese cerrojo. Detrás de nosotros, la joven con tapado de piel de tigre susurró interesada:

—¿Será verdad que aprietan un botón para hacer funcionar la horca?

Dyer abrió el cerrojo, con satisfacción. Se volvió a frotar las manos.

—¿Por detrás de estos postigos había —prosiguió el fiscal— dos ventanas corredizas?

—En efecto, señor.

—¿Estaban también cerradas por dentro?

—Sí, señor.

—Muy bien. Cuente ahora a Su Señoría y al jurado lo que pasó, después de haber cerrado usted los postigos.

—Me fijé si en la habitación todo estaba bien acomodado.

—¿En ese momento, observó si estaban colocadas como siempre las tres flechas sobre la pared, encima de la chimenea?

—Sí estaban.

—¿Recuerda si la víctima le dijo algo entonces?

—Sí, señor. Sin levantar la vista del tablero de ajedrez, me preguntó si allí había a mano, alguna bebida. Vi, sobre el aparador, un botellón de whisky, un sifón de soda y cuatro vasos.

—Observe este botellón, y dígame si es el mismo que vio sobre el aparador el sábado a las 17:15.

—Es el mismo —respondió el testigo—. Por orden del señor Hume, yo mismo lo compré en la casa Hartley, de la calle Regent. Es un botellón muy caro y fino de cristal tallado.

—¿Le dijo algo más en ese momento?

—Comentó que esperaba esa noche al señor Fleming para jugar al ajedrez, y que, cuando venía el señor Fleming, necesitaba tener allí bastante bebida a su disposición. Pensé que se dirigía a mí en tono de broma.

—¿A las 18:10, abrió la puerta de calle e hizo pasar al procesado?

El relato que hizo Dyer sobre esto, confirmó las palabras de la primer testigo. Luego se tornó aún más comprometedor.

—Hice pasar al procesado al escritorio del señor Hume. No se dieron la mano. El señor Hume me dijo: «Puede retirarse, vaya a ver si el auto está listo». Salí y cerré la puerta. En ese momento, el señor Hume estaba sentado ante el escritorio, y el procesado en una silla frente a él. No recuerdo haber oído cerrar la puerta con cerrojo, después de salir. Yo no estaba en realidad alarmado, pero sí intranquilo. Al final decidí volver, y tratar de escuchar.

Son esas frases cortadas las que producen mayor efecto en un tribunal. Nos pareció ver a Dyer, parado en el angosto y oscuro pasillo, del lado de afuera de la puerta. Explicó que, en ese pasillo, aun de día, había muy poca luz. En uno de sus extremos, había una puerta que daba al corredor embaldosado entre esa casa y la del señor Fleming, y que antes había tenido un panel de vidrio; pero como el señor Hume prefería que no se pudiese ver desde afuera, la había hecho cambiar hacía seis meses por una puerta maciza. De noche, sólo llegaba la luz del vestíbulo principal. Resumido a una escueta declaración de hechos, el testimonio de Dyer hubiera sido el siguiente:

—Escuché al procesado decir: «Yo no he venido a asesinar a nadie, a menos que no tenga otro remedio». Pude oír poco de lo que hablaba el señor Hume, porque tenía la costumbre de expresarse con un tono de voz bastante bajo. Al rato el señor Hume empezó a hablar más vivamente, pero no pude lograr entender sus palabras. Y finalizó exclamando de improviso: «Pero, hombre, ¿qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?». Luego se sintió un poco de ruido, que atribuí a que se estuviesen peleando. Golpeé a la puerta, y pregunté si ocurría algo. El señor Hume me respondió que me fuese; y que no necesitaba mi ayuda. Hablaba agitadamente, y como si le faltase el aliento.

»Como me había ordenado que me fuera y trajese el auto, así lo hice. Debía hacerlo, si no quería perder mi colocación. Me puse el sombrero y el sobretodo, y me encaminé al Pyrenees Garage. Está a tres o cuatro minutos, si se va a pie. El auto no estaba arreglado aún, y me informaron que habían avisado que les iba a llevar más

tiempo. Traté de volver rápido, pero había niebla, y por esta causa tuve que manejar despacio. Cuando entré de vuelta, eran las 18:32 en el reloj de pie del vestíbulo.

»En la entrada del pequeño pasillo que lleva al escritorio, encontré a la señorita Jordan. Me dijo que se estaban peleando, y me pidió que los separara. No hay mucha luz en el vestíbulo. La señorita Jordan tropezó contra una valija grande, perteneciente al doctor Spencer Hume; y cuando le dije que convenía más llamar a un vigilante, se enojó conmigo. Me pareció que estaba llorando.

»Partió entonces, por consejo mío, a buscar al señor Fleming, y yo me fui en busca de un hierro para atizar el fuego. Los tres juntos volvimos a la puerta. Al minuto de haber golpeado en ella, el procesado la abrió. No tengo la menor duda de que, hasta este momento, el cerrojo estaba echado por el lado de adentro. Cuando el procesado dijo: “Entren si quieren; da lo mismo”, el señor Fleming y yo entramos. Me acerqué en el acto al señor Hume, que yacía en el suelo tal como aparece en la fotografía. La flecha que me muestra usted estaba clavada en su pecho. No me fijé si palpitaba su corazón, porque no quería mancharme la mano con su sangre; pero le tomé el pulso, y vi que estaba muerto.

»No había nadie escondido en la habitación. Observé inmediatamente los postigos, haciendo que el señor Fleming también se fijase en ellos. El motivo que me impulsó a hacer esto fue que, ni aun en esas circunstancias, me era posible creer que un caballero, tal como había oído comentar que era el procesado, pudiese ser el autor, de semejante crimen. Ambos postigos estaban cerrados con cerrojo, y así mismo las ventanas detrás de ellos.

Todos tenían los ojos fijos en él, y algunos usaron prismáticos. El fiscal continuó examinándole para confirmar la declaración de la señorita Jordan.

—¿Recuerda, Dyer, si el procesado comentó algo, cuando dijeron que había que llamar a la policía?

—Sí, él respondió: «Me parece bien, lo mejor es terminar con esto pronto».

—¿Usted le contestó algo?

—Sí, señor. Sé que no debía haber hablado, pero no pude contenerme. Estaba sentado de costado sobre la silla, con toda tranquilidad y desparpajo, y encendió un cigarrillo. Le dije: «¿Tiene usted un corazón de piedra?».

—¿Qué respondió él a esto?

—Me replicó: «Se lo tiene merecido, por haberme dado un narcótico con el whisky».

—¿Qué pensó usted ante esta respuesta?

—No sabía qué pensar, señor. Miré hacia el aparador, y pregunté: «¿Qué whisky?». Dejó un momento de fumar, y me contestó: «Le digo que al entrar aquí, me sirvió, poco después, whisky con soda. Contenía un narcótico, y me hizo perder el conocimiento; alguien entró entonces y lo mató. Tratan de comprometerme, y usted lo sabe».

—¿Usted se acercó al aparador para comprobar si era cierto?

Por primera vez, el testigo apoyó las manos sobre la baranda que tenía delante de él.

—Sí, lo hice. El botellón de whisky estaba tan lleno como yo lo había visto antes, y también el sifón de soda estaba lleno: estaba intacto, y nadie lo había empezado. Los vasos limpios tampoco parecían usados.

—¿Presentaba el procesado indicios o síntomas que le permitieran creer que había estado bajo los efectos de algún narcótico?

Dyer frunció el ceño.

—En realidad, señor, no puedo informarle nada al respecto —levantó los ojos, y miró con expresión de ignorancia; violó las reglas al no atenerse a los hechos y fue llamado al orden. Sin embargo, aumentó el peligro de la horca para James Answell, al añadir—: pero pude oír cuando el *médico policial aseguraba* que el acusado no había tomado ningún narcótico.

IV

«O HAY UNA VENTANA, O NO LA HAY»

CUANDO poco después de las 13, a la hora del almuerzo, el tribunal suspendió hasta la tarde el juicio, Evelyn y yo nos dirigimos a la planta baja bastante deprimidos. El Old Bailey estaba repleto, y entre sus paredes y mármoles se entrecruzaban confusas conversaciones y ecos. Nos hallamos pronto, en medio de un tropel de gente, que bajaba desde lo alto de la escalinata hacia el gran vestíbulo central.

Expresé en voz alta nuestro mutuo punto de vista.

—A no ser porque H. M. lo defiende, no me puedo explicar por qué demonios estamos tan a favor del acusado. A menos que sea por su aspecto de buena persona: es decir, capaz de prestar con agrado una libra si fuera necesario, o de ayudar al prójimo en caso de aprieto. Lo malo es que todos parecen culpables al ser procesados. Si están tranquilos, es un indicio desfavorable. Si están nerviosos, esto hace aún peor impresión. Y la causa de este prejuicio general, muy arraigado y condenable, es nuestro gran error al pensar que, si no fueran culpables, no estarían en el banquillo de los acusados.

—Hum —profirió mi esposa, y al observar su rostro noté que tenía esa reconcentrada expresión que precedía siempre a alguna idea descabellada—. Estaba pensando...

—Resultará inútil...

—Sí, ya sé. ¿Pero sabes lo que pensaba, Ken, al ver cómo se acumulaban todas esas pruebas en contra de él? Me decía continuamente que no era *posible* que fuera nadie tan loco e inconsciente, y que por lo tanto debía ser inocente. Sin embargo, afirmaron después que no había tomado ningún narcótico. Si hay evidencia médica que corrobore esto... temo... a menos que H. M. alegue, para defenderle, insania...

No se podía aún saber lo que deseaba probar H. M. Había sometido a Dyer a un interrogatorio sumamente largo y poco interesante, con el propósito fundamental de probar que, el día del asesinato, Hume había tratado de hablar por teléfono con Answell desde las nueve de la mañana. El único pequeño éxito de H. M. se refería a la flecha, con la cual se había realizado el crimen, pero el detalle era enigmático y no había sido aclarado. H. M. hizo observar que la mitad de la pluma azul, colocada en la parte posterior de la flecha, estaba rota. «¿Estaba entera esa pluma cuando Dyer había visto la flecha en su sitio habitual, antes del crimen? Oh, sí. ¿Con toda seguridad? Sin lugar a dudas. ¿Pero faltaba el pedazo de pluma al ser hallado el cadáver? Sí. ¿Encontraron el pedazo, o la mitad que faltaba, en algún lugar de la habitación? No; lo habían buscado por si acaso pero no lo habían podido hallar».

El último punto mentado por H. M. fue aún más oscuro e incomprensible. ¿Estaban las tres flechas colocadas del todo contra la pared? No todas, contestó Dyer. Las dos flechas, que hacían los lados del triángulo, estaban pegadas a la pared; pero

la tercera, que formaba la base, cruzaba a las otras dos, y la sostenían dos ganchos de acero a un cuarto de pulgada de distancia de la pared.

—Y todas estas preguntas —comentó Evelyn—, las formuló H. M., manso como un cordero. Te aseguro, Ken, que todo esto es muy raro. Trató a ese mucamo con demasiada suavidad, como si fuera un testigo presentado por la defensa. ¿No podríamos buscar a H. M. y hablar con él?

—Me parece muy difícil. Probablemente estará almorzando en el comedor que hay en el Foro.

En ese momento, nos llamaron. Nunca supimos quién era ese hombre, y si se trataba de algún empleado del tribunal o simplemente de alguien a quien le encantara transmitir mensajes. Un hombrecito me tocó en el hombro, destacándose entre la multitud en forma repentina y como una aparición.

—¿Quiere conocer a dos de los más importantes personajes de este caso sensacional? —me preguntó muy bajito—. ¡Justo frente suyo! ¡Mire! El de la derecha es el doctor Spencer Hume, y el de la izquierda Reginald Answell, *el* primo de él. Están entre toda la gente, y tendrán que bajar juntos la escalera. ¡Chis!

Y el rostro del informante se esfumó. Al apretarse unos contra otros para descender por la gran escalinata de mármol, los dos hombres señalados fueron empujados codo contra codo y comenzaron a bajar lentamente. La cruda luz de marzo no fue muy benévola con ellos. El doctor Hume era un hombre rechoncho, de altura media; de oscuros cabellos ya un poco canosos, peinados con mucho cuidado y formando dos semicírculos perfectos a cada lado de la redonda cabeza. Le vimos de perfil cuando dirigió una rápida mirada hacia un lado; tenía una nariz que irradiaba decisión y confianza en sí mismo, y una boca grave y de labios apretados. Llevaba un poco apropiado sombrero de copa, y trataba de evitar que se lo aplastaran.

Vi que su compañero era el hombre joven que estaba sentado ante la mesa de los abogados, y al que Dyer había saludado con una leve seña. Tenía buen tipo: era delgado, muy derecho y atlético, y de rasgos bien definidos. El sastre se había lucido con él, estaba muy bien vestido, y llevaba un sombrero hongo al que tocaba a veces, distraído, con la mano.

Ambos se miraron rápidamente, y comenzaron a bajar entre el remolino de personas habitual en el Old Bailey. Decidieron verse y dirigirse la palabra. Me pregunté si la atmósfera sería hostil entre ellos; pero al hablarse, mostraron cuál actitud adoptarían. En forma palpable, evidente y pegajosa, predominó la hipocresía. Reginald Answell habló con ese tono de voz que se reserva exclusivamente para los funerales.

—¿Cómo está Mary con todo esto? —preguntó o susurró gravemente.

—Muy afectada, por cierto —dijo el doctor, moviendo preocupado la cabeza.

—¡Qué mala suerte!

—Sí, por desgracia.

Descendieron un escalón más.

—No la vi en el tribunal —observó Reginald, hablando sin mover casi sus labios—. ¿La llamarán a declarar como testigo?

—El fiscal no —dijo el doctor Hume con un tono peculiar. Y le miró de soslayo—. ¿Tampoco lo hacen declarar a usted?

—Oh, no. No tengo nada que ver en el asunto. El abogado defensor no piensa llamarme. No puedo ayudarle, ni estoy implicado. Llegué a la casa sólo después que él... se vino abajo. ¡Pobre Jim! Yo creía que, siendo fuerte como es, tendría mayor entereza. No hay duda que está loco de remate.

—Le aseguro que coincidimos en la opinión —murmuró el doctor Hume, mirando rápidamente por encima de su hombro—, y yo mismo me hubiera prestado a declarar esto de buena gana... Pero los abogados de la Corona tienen dudas al respecto, y el interesado mismo, como usted sabe, dice... —Se interrumpió—. ¿No le molesta que le hable de esto?

—No. Oh, no. Tal vez usted sepa que *hay* otros casos de locura en la familia.

Terminaban, en ese momento, de bajar las escaleras.

—No muchos, felizmente. Sólo algunos casos aislados, varias generaciones atrás. Me gustaría saber en qué estado de espíritu está.

El doctor respondió en forma sentenciosa.

—Ah, es muy difícil de saber. Supongo que «*Bebe él amarga cerveza solitario, el sargento negro comentó*».

—¿Por qué diablos —comentó el otro con voz baja—, menciona al ejército?

Se detuvieron.

—Le aseguro que lo hice sin ninguna doble intención. Además, creía que estaba del todo retirado del ejército —le explicó el doctor Hume, con aire preocupado. Estaban parados bajo la gran rotonda, y entre las pinturas murales con poca luz, que decoraban el vestíbulo central; el doctor Hume adoptó una expresión grave y afectuosa—. Afrontemos los hechos. Son muy tristes y desagradables. Yo he perdido a mi hermano, como usted bien sabe. Pero el tiempo no se detiene por nada y continúa su marcha, y según dicen, los hombres deben trabajar y las mujeres llorar. De modo que la resolución más sensata es tratar de terminar y olvidar lo más pronto posible este desagradable asunto. ¿No le parece? Adiós, capitán. Es mejor que no le dé la mano; en estas circunstancias, no sería correcto.

Se alejó con gran prisa.

*Han matado a Danny Deever;
una marcha fúnebre resuena;
El regimiento se ha formado;
y a la tumba llévanle con pena...*

Hay algo en la atmósfera de ese lugar que impulsa a todos a moralizar, con estilo y forma similares a los de esas líneas que me repetía sin cesar. Pero mi peculiar

estado de espíritu fue modificado de inmediato por la sorprendente y agradable aparición de Lollypop, la rubia secretaria de H. M., que se abría paso entre la multitud hacia nosotros. Evelyn, con el bello rostro un poco sonrojado, se interrumpió apenas había comenzado a decir:

—Por Dios, salgamos pronto de aquí... ¡Hurra! —profirió con entusiasmo.

—Vengo de parte de H. M. —explicó innecesariamente Lollypop—. Quiere que ustedes lo vayan a ver en seguida.

—¿Dónde está? ¿Qué está haciendo?

—En este momento —dijo Lollypop con tono de duda—, me parece que debe estar destrozando adornos y muebles. Al menos fue lo que me anunció al irme yo. Pero para cuando ustedes lleguen, creo que estará ya almorzando. Deben ir a la taberna Milton's Head, en la calle Wood, Cheapside... que está muy cerca, aquí a la vuelta.

La causa del extenso número de oscuros e insignificantes restaurantes que conocía H. M. era el gran número de personas oscuras y del mismo modo insignificantes que a su vez conocía. Todos sabían quién era él y le saludaban; y tanto peor fuera la fama de ellos, más le agradaba ser tan popular. La taberna de Milton's Head, escondida en una pintoresca callejuela que desembocaba en la calle Wood, tenía los antiguos y pequeños vidrios de las ventanas tan sucios, que daban la impresión de que no se limpiaban desde el gran incendio de Londres. Había una gran chimenea encendida en el local, y geranios artificiales en las ventanas que hacían olvidar el frío crudo de ese mes de marzo. Nos condujeron a un saloncito privado en el piso alto, donde estaba sentado H. M. ante un inmenso balón de cerveza y un plato de costillas de cordero. Se había colgado una servilleta del cuello, y comía una costilla de cordero con la mano, al estilo del rey Enrique Octavo, según las versiones cinematográficas de éxito.

—¡Ah! —dijo H. M., levantando una ceja.

Aguardé para ver cómo se disponía su ánimo.

—Bueno —gruñó simulando enojo—, supongo que no dejarán esa puerta abierta todo el día. ¿O quieren hacerme morir de una pulmonía?

—En otras ocasiones —comenté yo—, logró usted triunfar en situaciones difíciles y desvirtuar la evidencia. ¿Pero le será posible lograrlo esta vez?

H. M. dejó la costilla, y abrió un poco más los ojos, con expresión de sorpresa. Su impasible rostro fue iluminado por una burlona sonrisa.

—Ah, ah —dijo—. ¿De modo que ustedes suponen a su viejo amigo ya vencido, no?

—Todavía no. ¿Cree que es culpable, H. M.?

—No —respondió.

—¿Puede probarlo?

—No sé, hijo; pero haré lo imposible por lograrlo. Todo depende de que mis pruebas les parezcan suficientes.

Habló sin ningún disimulo. Nuestro viejo amigo estaba preocupado y no lo ocultaba.

—¿Quién colabora con usted en el caso?

Se pasó la mano por la calva cabeza, y su rostro se turbó.

—¿Abogado? No hay abogado^[1]. Porque yo soy el único que cree lo que él dice. Me encanta proteger a los seres abandonados —agregó disculpándose.

Nos quedamos callados.

—Y si esperan que, a último momento, se presentará dramáticamente ante el tribunal algún testigo oculto, causando gran sensación, están muy equivocados. En el tribunal del pacífico Bodkin hay tanto orden y calma como si fuera una sala donde se jugara al ajedrez, y es imposible provocar allí revuelo o sensación. Lo que yo deseo es tener todas las piezas bien ordenadas sobre el tablero, y mover lentamente una después de otra. Como si se tratara de una partida de ajedrez. O tal vez de una partida de caza. ¿Recuerdan unas líneas de *John Peel*?: «Seguir una pista; perderla y volverla a encontrar; y por fin, esa mañana, avistar y matar al animal».

—Le deseamos mucha suerte.

—Mejor sería que ofrecieran ayudar —protestó H. M., sin poder contenerse.

—¿Ayuda?

—Cállese, y déjeme hablar —gruñó H. M., antes que yo pudiera decir nada—. No se trata de hacer ninguna jugarreta, ni de correr el riesgo de que lo pongan preso. Lo único que le pido es que transmita un mensaje, que no lo comprometerá en lo más mínimo, a uno de mis testigos. Yo no puedo hacerlo; y desconfío de los teléfonos, dada la influencia nefasta que han tenido en este caso.

—¿A qué testigo?

—A Mary Hume... Le acaban de servir la sopa, de modo que no charle, y tómela.

La comida era excelente. Al final de ella había disminuido la tensión nerviosa de H. M., y estaba, a diferencia del comienzo, de tan buen humor, que volvió a hablarnos en seguida con su modo afectuoso y gruñón. La chimenea estaba encendida: H. M. apoyó los pies sobre la barandilla que había delante del hogar, empezó a fumar un gran cigarro, frunció el ceño y abordó el tema.

—No pienso dar a nadie detalles, o hacer comentarios sobre este caso —dijo—. Pero si quieren saber algo que no se refiera a lo que sólo la defensa conoce, o que ha tenido el talento de descubrir, o sea a mis pruebas secretas...

—Sí —dijo Evelyn—. Quisiera saber por qué motivo lo defiende ante el tribunal. Si es que puede probar a la policía...

—No —respondió H. M.—, ésa es una de las explicaciones que no le puedo dar.

Suspiró con fuerza, y continuó mirando al fuego.

—Quisiera saber —sugerí yo—, ya que usted dice que Answell no es el culpable, si puede demostrar cómo el verdadero asesino entró y salió de la habitación.

—Por cierto que sí, hijo. ¿Qué haría sin poder probar esto, ni qué línea de defensa podría seguir? —me preguntó ofendido H. M.—. ¿Cree usted que soy un tonto de

capirote para refutar, sin poder dar otra solución? Fue curioso cómo la encontré. Cuando estaba en un atolladero, Mary Hume me iluminó, y me hizo dar con la solución. Es una buena chica. Yo pensaba sin cesar, y no sacaba *nada* en limpio; pero le oí comentar que lo que más molestaba a Jim Answell en la prisión era la ventana de Judas que había en su celda. Y de repente se hizo la luz en mi cerebro.

—¿Por qué? ¿Qué es una ventana de Judas? ¿No me dirá que halló algún truco para poder abrir esos postigos de acero y esas ventanas, tan bien cerradas?

—No.

—¿Y la puerta, entonces? ¿Es cierto que la puerta estaba cerrada por dentro con cerrojo, que es una maciza y sólida puerta; de manera que el cerrojo no podía ser abierto, ni lo fue, moviéndolo en alguna forma desde el lado de afuera?

—Es cierto. Tienen toda la razón al afirmar tal cosa.

Los tres bebimos un poco más de cerveza.

—No diré que es imposible, porque usted ha sabido triunfar en otros casos muy difíciles. ¿No trata de confundirme con una respuesta evasiva de carácter técnico?

H. M. me respondió con misteriosa ironía.

—No, hijo, no me expreso con doble sentido. La puerta era realmente sólida, maciza, y estaba cerrada con cerrojo; las ventanas eran herméticas, fuertes, y estaban también cerradas con cerrojo. Nadie estuvo manipulando con ellas para abrirlas o cerrarlas. No había tampoco, como dijo el arquitecto, ninguna abertura, hendedura o agujero de ratones en ningún lugar de la pared; y es la pura verdad. No, como ya le dije, el asesino entró y salió por la ventana de Judas.

Evelyn y yo nos miramos. Sabíamos los dos que H. M. no se hacía el misterioso: había descubierto algo, y le fascinaba analizar y pensar en ello. «La ventana de Judas» se convertía en una expresión siniestra. Sugería toda clase de imágenes, sin que surgiera de entre ellas ninguna definida. Nos parecía ver atisbando hacia adentro a una sombría aparición; pero no podíamos adivinar nada.

—Pero no es posible —protesté yo—, si todas esas circunstancias son ciertas, no puede haber tal cosa... O hay una ventana, o no la hay. A menos que usted quiera dar a entender que en la construcción de esa habitación había algún detalle peculiar y que el arquitecto no descubrió...

—No, hijo, y esto es lo curioso del caso. La habitación es igual a cualquier otra habitación. Hay una ventana de Judas en la habitación en que usted duerme en su casa; hay una en esta habitación, y en cada una de las salas y tribunales en el Old Bailey. El inconveniente es que muy poca gente se da cuenta de esto.

Con alguna dificultad, H. M. se puso de pie. Se acercó a la ventana, exhaló un poco de humo del cigarro, y frunciendo el ceño, miró hacia los apretados tejados.

—Y ahora... —prosiguió H. M. suavemente—. Tenemos mucho que hacer. Ken, quiero que lleve una carta a la calle Grosvenor, y que se la entregue a Mary Hume. Quiero sólo una respuesta, sí o no, y que me la traiga en seguida de vuelta. Deseo que usted asista a la sesión de la tarde, porque harán declarar como testigo a Randolph

Fleming, y tengo que hacerle varias preguntas muy importantes, relacionadas con plumas. Creo que, si usted sigue muy atentamente y medita sobre el testimonio que ha sido dado y continuarán dando en el tribunal, se podrá dar cuenta adonde quiero llevar a los testigos, y por qué.

—¿No quiere encargarme nada más, o darme alguna indicación?

H. M. alejó el cigarro de sus labios, y lo miró con atención.

—Hum... no. Pues no quiero que pueda tener algún inconveniente o complicación. Diga simplemente que es mi colaborador, y entregue la nota que voy a escribir ahora a Mary Hume. Si quiere hablar con usted sobre el juicio, puede charlar con ella todo lo que quiera, pues como no sabe nada no podrá cometer ninguna indiscreción. Si cualquier otro le interroga, puede hablar con toda tranquilidad y a diestro y siniestro, ya que no vendría mal propagar y crear una atmósfera de inquietud y misterio. Pero no nombre la ventana de Judas.

Fue todo lo que pude averiguar con él. Pidió papel de escribir y sobres; se sentó frente a la mesa, garrapateó unas cuantas líneas, y luego colocó la nota dentro de un sobre y lo cerró. Me intrigaba no sólo la palabra sino también el hecho que se escondía en los términos ventana de Judas. Al bajar las escaleras tenía una visión confusa de miles de casas y millones de habitaciones, amontonadas en esa ratonera que es Londres: la mayor parte respetables, y alumbradas por los faroles de las calles; pero en cada una de ellas había una oculta ventana de Judas, que sólo un asesino podía ver y utilizar.

V

«NO ERA EL ANTRO DE UN OGRO»

EL CONDUCTOR del taxi, que me llevó al número 12 de la calle Grosvenor, observó la casa con curiosidad. Era uno de esos edificios angostos y sombríos, en cuyas puertas se ve hoy, con mucha frecuencia, el cartel de alquiler; estaba separado de la calle por un angosto espacio embaldosado y una verja de hierro. Un angosto corredor, también embaldosado, separaba a este edificio de la casa de al lado. Subí los escalones que conducían a la puerta de entrada, mientras un frío viento soplaba fuertemente por la calle Grosvenor a esa hora de la tarde. La mucama muy bien puesta que abrió la puerta, empezaba ya a cerrarla antes que pudiese decir ni una palabra.

—La señorita Hume está enferma, y no recibe, señor.

—¿Quiere decirle que le traigo un mensaje de *Sir Henry Merrivale*?

La mucama se fue rápida como una flecha, y la puerta quedó entreabierta. No me había hecho pasar ni cerrado la puerta, y por lo tanto decidí entrar. Daba al vestíbulo una atmósfera reposada y familiar un antiguo reloj de pie, cuyo tictac se oía muy suavemente. Los cortinados de una arcada se agitaban aún, levemente, y se adivinaba que por ese lado había volado la mucama. Escuché una tos leve, y en seguida hizo irrupción en el vestíbulo Reginald Answell.

Al verle cara a cara, confirmé una impresión anterior. Era buen mozo, de rostro alargado y melancólico, y de aspecto un poco sombrío, lo cual desentonaba con sus rubios cabellos. Tenía la frente ancha y despejada, y los ojos un poco hundidos, pero con franca mirada. A pesar de encontrarse un poco abatido, no tenía ese aire funerario con que lo había visto en el Old Bailey, y pensé que normalmente quizá fuera bastante simpático.

—¿Viene de parte de *Sir Henry Merrivale*? —me preguntó.

—Sí.

Bajó un poco el tono de voz y me habló con cierta concentrada intensidad.

—Mire, la señorita Hume no está... muy bien. Acabo de venir a preguntar por su salud. Soy... un amigo de la familia, y muy amigo personal de ella. Si tiene algún mensaje que darle, yo se lo puedo repetir.

—Lo siento, pero el mensaje es para la señorita Hume y personal.

Me miró sorprendido, y luego se rió.

—¡Qué poco confiados son ustedes, los abogados! Puede estar seguro que *no dejaré* de transmitirle su mensaje. No está usted en un antro o... —y se interrumpió.

—Lo mismo, prefiero hablar personalmente con ella.

En el fondo del vestíbulo se oyó un ruido de pasos que bajaban rápidamente las escaleras. Mary Hume no tenía aspecto de estar enferma. Por el contrario, se notaba que tenía un gran control de sí misma, y decisión, pese al aire dócil que asumía. La fotografía del periódico había sido extraordinariamente fiel. Sus grandes ojos azules,

su nariz pequeña y su gracioso mentón eran rasgos que no bastaban para ser una belleza, pero sin embargo ella lo era. Sus rubios cabellos estaban peinados con raya al medio, y recogidos en la nuca, con mucho arte y gracia. Vestía de medio luto, y llevaba puesto un anillo de compromiso.

—¿Dijo usted que trae un mensaje de H. M.? —me preguntó en seguida.

—Sí, señorita Hume.

Reginald Answell se dirigió a la percha, y después de tomar su sombrero, nos miró muy sonriente.

—Tengo que irme ya, Mary.

—Muchas gracias por todo —le respondió ella.

—Oh, de nada. Estamos a mano —le dijo él alegremente—. ¿Y también de acuerdo, no?

—Yo no cambio de idea, Reg.

Durante este enigmático cruce de palabras, ella se había expresado con un mismo tono dócil y amable. Después que él se despidió y se fue, cerrando sin ruido la puerta de calle, me condujo a una habitación a la izquierda del vestíbulo. Era una sala acogedora, en donde había, entre las dos ventanas, una mesa con un teléfono, y en el hogar de la chimenea de mármol, un rutilante fuego. Tomó el sobre, y se acercó a las llamas para abrirlo y romper el sello. Después de haber leído el corto mensaje que había adentro, tiró la hoja al fuego, y la siguió mirando atentamente hasta que terminó de quemarse del todo. Luego se volvió para mirarme, y sus ojos estaban muy brillantes.

—Dígale de mi parte que sí —me pidió—. ¡Sí, sí, sí!... No, por favor, no se vaya todavía; quédese un momento. ¿Estuvo en el tribunal esta mañana?

—Sí.

—Tome asiento, por favor. ¿No quiere un cigarrillo? Hay allí en una caja. —Se sentó la joven sobre el ancho y bajo diván frente a la chimenea, con una pierna doblada por debajo de ella. El resplandor de las llamas daba aún más brillo a sus cabellos—. ¿Cuénteme, fue... muy desagradable? ¿Cómo estuvo él?

En ese momento no se refería a H. M. Le respondí que tenía mucha entereza.

—Estaba segura de que la tendría. ¿Está usted a favor de él? ¿No quiere un cigarrillo? Tome uno —me ofreció. Yo le pasé la caja, y le encendí uno. Sus manos eran muy delicadas; temblaban un poco al sostener el cigarrillo, lo que hizo con ambas manos al acercar yo un fósforo; y me dirigió una rápida mirada por encima de la pequeña llama—. ¿Pudieron probar mucho? ¿Qué hubiera pensado usted si formara parte del jurado?

—No mucho. Después de las palabras iniciales, al comenzar el juicio, sólo declararon dos testigos, porque el examen de ellos fue muy largo. La señorita Jordan y Dyer...

—Ah, no le harán daño. Amelia —comentó Mary con sentido práctico—, no está en contra de Jimmy, porque le encanta soñar con galanes y romances juveniles; y

estaría aún más a favor de él, si no fuera porque quería mucho a mi padre.

Vaciló un instante.

—Yo... nunca he ido al Old Bailey. ¿Cómo se comportan con las personas que se presentan como testigos? ¿Les hablan a gritos, les insultan y martirizan igual que en las películas cinematográficas?

—Por supuesto que no, señorita. Quítese de la cabeza esa idea.

—En verdad, no me hubiera importado mucho. —Dirigió su mirada al fuego, y pareció tranquilizarse. Exhaló una gran bocanada de humo del cigarrillo hacia la chimenea, y después se volvió de nuevo para hablarme—. Por favor, le ruego por Dios, que me diga la verdad: ¿le *irá bien*, no es cierto?

—Señorita Hume, puede confiar en H. M., pues sabrá protegerle.

—Ya sé. Confío en él. Fue idea mía el ir a ver a H. M. Acudí a él hace un mes, cuando el abogado de Jimmy abandonó la defensa del caso, porque no lo creía inocente. Yo... no había ocultado nada a propósito —agregó ella incomprensiblemente, pero creyendo, sin duda, que yo estaba al tanto—. Es que no me di cuenta o sospeché su importancia. Al principio H. M. me dijo que no me podía ayudar, y se enojó y protestó; no pude contener mi llanto; se enfureció todavía más, pero al fin me prometió que lo defendería. Lo malo es que mi declaración puede hacer a Jimmy algún bien; pero no lo sacaré de esa espantosa situación en que se halla. Y ni aun ahora, tengo la más remota idea respecto a lo que se propone hacer H. M. —Se interrumpió—. ¿Lo sabe usted?

—Nadie lo sabe —confesé yo—. Pero, creo francamente, que su mismo silencio indica que debe tener alguna solución o sorpresa en reserva.

Asintió ella.

—Oh, supongo que sí. Pero el no saberlo con certeza, no basta para tranquilizarme. ¿Qué consuelo puede ser la sola afirmación de que todo irá bien?

Había hablado en forma muy apasionada. Se levantó del diván frente a la chimenea, y comenzó a andar de un lado a otro por la habitación, un poco encorvada y cruzando los brazos, como si tuviese frío.

—Cuando le conté todo lo que sabía —prosiguió ella—, lo único que pareció interesarle fueron dos detalles aparentemente sin ningún sentido. Uno se refería a una «ventana de Judas» —tomó asiento de nuevo—, y el otro al mejor traje que tenía, para jugar al golf, mi tío Spencer.

—¿El traje de su tío para jugar al golf? ¿Y qué le ocurrió?

—Falta y no se puede hallar —dijo ella.

La miré sorprendido. Había dado esta respuesta como si pudiera tener algún significado. Mis indicaciones eran comentar el caso, si me incitaba a hacerlo, pero ante estas palabras mi única posibilidad era quedarme callado, y agujionearla con el silencio a seguir hablando.

—Debería haber estado colgado en el ropero, pero faltaba de allí; sin embargo —continuó la joven—, no puedo comprender qué relación tiene con la almohadilla para

sellos. ¿Usted sí?

Yo pensaba lo mismo que ella. Si la defensa de H. M. estaba en alguna forma basada en una ventana de Judas, un traje para ir a jugar al golf, una almohadilla, resultaría, por cierto, una defensa muy original.

—Era la almohadilla, guardada en un bolsillo del traje, lo que tenía el señor Fleming tanto interés en encontrar. Yo... esperaba que usted estuviera al tanto. Pero el hecho es que el traje y la almohadilla han desaparecido. ¡Ay, Dios mío, no sabía que hubiera alguien en casa!

Estas últimas palabras fueron dichas con voz tan baja que apenas las alcancé a oír. Se puso de pie, tirando el cigarrillo al fuego; un instante después, se transformó en una dueña de casa amable e indiferente, y me miró con un rostro tan inexpresivo como el de una esfinge. Me volví un poco, y vi que el doctor Spencer Hume había entrado.

Caminaba en una forma rápida y silenciosa, que se adaptaba muy bien a las circunstancias. La cara redonda del doctor Hume revelaba preocupaciones domésticas y compasión; sus bien peinados cabellos tenían una raya de un cuarto de pulgada de ancho. Sus ojos un poco saltones —iguales a los que había visto en las fotografías de su difunto hermano— me miraron sin interés, y parecieron buscar algo en la habitación.

—¿Dime, querida —dijo rápidamente—, no has visto mis anteojos por ningún lado?

—No, tío. Aquí no están, estoy segura.

El doctor Hume apoyó un dedo sobre su barbilla. Se encaminó a la mesa y miró sobre ella, y luego sobre la repisa de la chimenea; al fin se quedó quieto, y me contempló con cierta curiosidad.

—Tío Spencer, quiero presentarte a un amigo mío, el señor...

—Blake —dije yo.

—Mucho gusto —dijo el doctor Hume sin inflexión de voz—. Su cara me parece conocida, señor Blake. ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

—Sí, su cara me resulta también muy conocida, doctor.

—Tal vez habrá sido en el juzgado, esta mañana —sugirió él. Movié contrariado la cabeza, y miró significativamente a la joven; era imposible hallar en ella vestigios del ser ardiente y pleno de vida, de unos minutos antes—. Una terrible desgracia, señor Blake. A Mary le conviene reposo, no la haga hablar mucho, por favor.

Ésta intervino en seguida.

—¿Cómo marcha el proceso, tío Spencer?

—Tan bien como era de esperar, querida. Desgraciadamente... —Pronto aprendí a conocer su costumbre de comenzar una frase con un comentario optimista, para luego agregar, «desgraciadamente», y fruncir el ceño—. Desgraciadamente, el veredicto puede ser sólo uno. Pero, si Merrivale es un buen abogado defensor, presentará testimonios médicos para hacerle declarar insano. Desgraciadamente...

¡Por Dios! ¡Ahora recuerdo dónde lo he visto, señor Blake! Me parece que lo vi conversando con la secretaria de *Sir Henry* en el vestíbulo de Old Bailey.

—*Sir Henry* y yo estamos asociados desde hace muchos años, doctor Hume —le respondí yo verídicamente.

Pareció interesarse.

—¿Sin embargo, usted no actúa en el caso?

—No.

—Hum, bien. ¿Puedo preguntarle (estrictamente en privado) cuál es su impresión sobre este terrible acontecimiento?

—Oh, el procesado será absuelto, no me cabe la menor duda.

Nadie habló. Solamente el fuego de la chimenea iluminaba la habitación; el día se había hecho más nublado, oscuro y ventoso. No podía juzgar qué efecto había logrado al cumplir las indicaciones de «propagar una atmósfera de inquietud y misterio». Pero el doctor Hume, completamente distraído, sacó del bolsillo de su chaleco un par de anteojos con cordón negro, se los colocó con lentitud, y me miró.

—¿Culpable pero insano, no es así?

—Cuerdo e inocente.

—¡Eso sería absurdo! ¡Completamente absurdo! El muchacho está loco. Por ejemplo, su declaración sobre el whisky... pero tal vez no debería estar hablando de todo esto; le ruego me disculpe. Creo que esta tarde me van a llamar como testigo. Y al margen, había tenido siempre la impresión de que a los testigos se los mantenía separados y bajo vigilancia, igual que a los miembros del jurado; pero me he enterado que esto ocurre sólo en ciertos casos. El fiscal no considera que éste sea uno de ellos, dado que... todo está tan claro.

—¿Al ser testigo del fiscal, tío Spencer —comentó la joven—, te permitirán que digas que Jimmy está loco?

—Probablemente no, querida; mas intentaré sugerirlo. Es lo menos que puedo hacer por ti. —De nuevo volvió a mirarme con intención de convencerme—. Mire, señor Blake. Comprendo su punto de vista. Veo que trata de dar a Mary el mayor consuelo posible, y de levantar su ánimo en un momento muy duro. Pero dar alas a falsas esperanzas, es... perdóneme mi franqueza, no tener corazón. Es, repito, no tener corazón, y no se puede disculpar. No debes olvidar por nada, Mary, que un anciano, como era tu pobre padre, ha sido asesinado, y yace bajo tierra; y este solo pensamiento debe ser tu único sostén. —Hizo una pausa, y miró la hora en su reloj—. Tengo que irme ya —añadió jovialmente—. El tiempo y la marea no se detienen por nadie, según dicen. Mary, hace un rato, me pareció oírte hacer algún comentario sin sentido, sobre mi viejo traje marrón de sport. ¿Qué dijiste?

Ella estaba, en ese momento, sentada en el diván frente a la chimenea, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Levantó un segundo la vista.

—Era un buen traje, tío Spencer. Costó doce guineas. ¿Quieres que aparezca de nuevo, no es cierto?

Él la miró, un tanto afligido.

—Mary, es sorprendente cómo te puedes acordar de esas bagatelas en estos días de dolor y desesperación para ti. ¿Dios mío, querida, por qué te preocupas tanto por ese traje? Te he dicho que lo mandé a limpiar. Naturalmente, después no me ocupé más de un traje viejo para jugar al golf, cuando tenía tantas otras cosas en que pensar. Me olvidé de reclamarlo, simplemente, y, que yo sepa, debe de estar todavía en la tintorería.

—¡Oh!

—¿Ahora comprendes por qué, Mary?

—Sí —respondió ella—. ¿Lo enviaste a la tintorería sin retirar del bolsillo la almohadilla para sellos, y los sellos de goma que también estaban ahí? Y las zapatillas ¿cómo han desaparecido?

Aparentemente, estas palabras no parecían tener el poder de turbar a nadie, a pesar de ser muy poco inteligibles. Sin embargo el doctor Hume se sacó los anteojos y los guardó en el bolsillo. Al mismo tiempo vi que se movían los cortinados de la puerta, y que un hombre miraba hacia adentro. La luz no era lo suficientemente fuerte como para poder verlo bien: me dio la impresión de ser delgado, de cabellos blancos, y rostro difícil de describir: con una mano, había agarrado con fuerza el género del cortinado.

—Supongo que debo haberlo hecho así —contestó el doctor Hume, con voz alterada y tan poco natural como la forma en que el recién llegado asía dicho cortinado. Intentó hablar con tono despreocupado—. Yo, en tu lugar, no me afligiría por esto. La gente de la tintorería es muy decente. Bueno, tengo que irme ya... Ah, me olvidaba, quiero presentarles a mi amigo el doctor Tregannon.

El hombre, parado a la entrada de la habitación, abrió y dejó caer su mano, y nos saludó con frialdad.

—El doctor Tregannon es médico psiquiatra —explicó el otro, sonriendo—. Bueno, tengo que irme sin falta. Buenas tardes, señor Blake. No le haga creer a Mary cosas imaginarias e imposibles, y tampoco permita que ella lo sugestione. Trata de dormir algo a la tarde, querida. Te daré algún remedio esta noche, para que descanses y olvides tus preocupaciones. «Sleep that knits up the ravell'd sleeve of care»^[2], según dijo Shakespeare. Sí. Es una gran verdad. Buenas tardes.

VI

«UN TROZO DE PLUMA AZUL»

EL HOMBRE que hablaba desde el sillón de los testigos, en el Juzgado número uno, del Tribunal Criminal Central, tenía una voz fuerte y decidida. Estaba en la mitad de una frase al deslizarme yo dentro de la sala.

—... y, por lo tanto, pensé en seguida en la almohadilla para sellos. Como «primeros auxilios antes de llegar la ambulancia y el médico»; y, en este caso, por supuesto, el vigilante.

El señor Randolph Fleming era un hombre alto y corpulento, con un tupido bigote rojo, y un porte que, cuarenta años atrás, lo hubiera hecho destacar aun entre los Guardias del Rey. Tenía un físico semejante al de ellos, y esto lo enorgullecía. Al caer de la tarde, las luces eléctricas, disimuladas bajo las cornisas del revestimiento de roble de la sala, daban un resplandor teatral a la blanca cúpula. Pero al entrar yo varios minutos después de haberse reanudado el proceso, pensé más bien hallarme en una iglesia que en un teatro.

Evelyn me miró con reproche, y luego me susurró nerviosa:

—¡Chis! Acaba de confirmar lo que había dicho Dyer sobre el hallazgo del cadáver, hasta cuándo Answell juró que la bebida que le habían dado contenía un narcótico; mas sin embargo vieron que el whisky y la soda estaban intactos. ¡Chis! ¿Qué tal era la rubia?

A mi vez la chisté para que se callara, pues algunas cabezas se volvieron hacia nosotros, y yo acababa de oír mencionar la almohadilla para sellos. El señor Randolph Fleming aspiró profundamente, dilatando el pecho, y su mirada tenía mucha animación. Su extraordinaria vitalidad dio nuevos bríos a los abogados. La cara redonda de Fleming estaba bastante arrugada, su cuello era ancho y fuerte, y su bigote rojo y belicoso; tenía muchos pliegues, en los párpados y en la piel, alrededor de sus ojos, pero éstos eran todavía muy vivos y de mirar penetrante. Le hubiera sentido usar monóculo, o algún casco sobre sus abundantes y oscuros cabellos. Al interrumpir a ratos el interrogatorio —lo mismo que cuando en una película cinematográfica hay algún inconveniente y se corta— se dedicaba a observar al juez, a los abogados, y a mirar al público que había en el tribunal. Al hablar, el cuello y parte inferior del rostro de Fleming se dilataban un poco, haciéndome, por esto, recordar a un pinzón al cantar.

Huntley Lawton examinaba al testigo.

—Explíquenos para qué quería la almohadilla para sellos, señor Fleming.

—Por una sencilla razón —respondió el testigo, aspirando luego profundamente, como si quisiera oler la flor que llevaba puesta en la solapa de su traje a cuadros—. Después de haber mirado sobre el aparador y haber notado que el botellón y el sifón estaban llenos, le sugerí al prisionero —e hizo una pausa, como para meditar sobre lo

que iba a decir—: «¿Por qué no se conduce con hombría y admite su culpabilidad? Observe esa flecha —agregué—. ¡Tiene varias impresiones digitales muy visibles!, y son tuyas, ¿no es así?».

—¿Qué le respondió?

—Nada. ¡Absolutamente nada! Por consiguiente, decidí tomar sus impresiones digitales. Soy un hombre práctico; siempre lo he sido; por eso tuve tal idea. Le dije a Dyer que, con una almohadilla para sellos —que, como usted sabe, está impregnada en tinta de imprenta para mojar los sellos de goma—, podríamos obtener sus impresiones digitales muy claras. Dyer me respondió que el doctor Hume había comprado, hacía muy poco, una de estas almohadillas y sellos, y que estaban guardados en el piso alto, adentro de un bolsillo en un traje del doctor. Se acordó de todo esto, porque había pensado retirarlos del bolsillo, así no se manchaba el traje con tinta. Me ofreció subir y traerlos...

—Entendido, señor Fleming. ¿Utilizó esa almohadilla para tomar las impresiones digitales del procesado?

Al testigo, que había hablado echándose un poco hacia adelante y con mucha vehemencia, pareció molestarle la interrupción.

—No, señor, no lo hicimos. Es decir, no lo pudimos hacer con esa almohadilla para sellos. Dyer no pudo encontrar el traje, o no estaba donde él creía. Pero, dentro de uno de los cajones del escritorio, dio por fin con una almohadilla vieja y fuera de uso, que tenía tinta violeta, y con ella tomamos las impresiones digitales del procesado, sobre una hoja de papel.

—¿Esta hoja? Muéstresela por favor a los miembros del jurado.

—Sí, era esta misma.

—¿El procesado hizo algunas objeciones o no?

—Sí, algunas.

—¿Qué hizo?

—No tiene importancia.

—Vuelvo a repetirle, señor Fleming: ¿qué hizo?

—Me empujó un poco —refunfuñó el testigo—. Fue porque me atacó por sorpresa. Me dio un empujón con la mano; yo estaba mal parado, perdí el equilibrio, me golpeé contra la pared y me caí.

—Un empujón, ya veo; ¿pero cuál era su estado de ánimo al hacer esto: enojado?

—Sí, de repente se puso furioso. Nosotros estábamos tratando de sostenerle los brazos para poder obtener las impresiones digitales.

—Le dio un «empujón» y usted «perdió el equilibrio y se cayó». En otros términos, ¿se abalanzó contra usted para golpearle?

—Yo estaba mal parado y distraído.

—Limítese a contestar la pregunta, por favor. De repente, lo atacó con rapidez y fuerza; ¿no es cierto?

—Sí, de otro modo no hubiera perdido el equilibrio y no me hubiera caído.

—Muy bien. Ahora, señor Fleming, quisiera saber si usted miró el lugar, en la pared de la habitación, que se ve en la fotografía 8, y del cual fue sacada la flecha.

—Sí, lo observé cuidadosamente.

—Los pequeños sostenes para mantener la flecha contra la pared ¿estaban torcidos o arrancados con violencia, como si la flecha hubiese sido sacada con fuerza?

—Sí, se habían caído al suelo.

El abogado consultó su legajo. Después de este pequeño altercado, Fleming se enderezó, levantó un brazo y apoyó el puño sobre la baranda delante del sillón de los testigos. Miró de frente al público, y como desafiando al que pudiera poner en duda la veracidad de sus respuestas; sin embargo, parecía preocupado y tenía el ceño fruncido. Recuerdo que, un instante, y por casualidad, se cruzaron nuestras miradas. Y yo me pregunté, como ocurre siempre en tales ocasiones: «¿Qué pensará realmente este hombre?».

Hubiera sido también muy interesante poder adivinar los pensamientos secretos del procesado. Estaba mucho más nervioso a la tarde que a la mañana. Son muy fáciles de percibir los menores gestos de aquel que se halla en el banquillo de los acusados; y cualquier movimiento se nota tanto como si fuera hecho en un salón de baile vacío. El más mínimo cambio de posición, o el intranquilo y leve mover de las manos se pueden notar en seguida. Con frecuencia, miraba en dirección a la mesa de los abogados, y especialmente hacia el serio y cínicamente preocupado Reginald Answell. El procesado hacía la impresión de estar desesperado y angustiado; sus anchos hombros estaban inclinados hacia adelante, con gran abatimiento. Lollypop, la secretaria de H. M., estaba esa tarde, sentada frente a la mesa de los abogados, tenía puestos unos puños almidonados, y leía con mucha atención una hoja escrita a máquina.

El abogado tosió ligeramente; antes de reanudar el interrogatorio.

—¿Nos ha informado, señor Fleming, que es socio de muchas sociedades y clubes para tirar con arco y flechas, y hace ya muchos años que practica ese deporte?

—Efectivamente.

—¿De modo que se lo podría definir como una autoridad en la materia?

—Sí, en realidad soy todo un entendido —respondió el testigo con una grave señal que asentía, mientras hinchaba un poco el cuello haciéndome recordar de nuevo a un pinzón.

—Quiero que mire con atención esta flecha, y la describa.

Fleming pareció intrigado.

—No comprendo del todo lo que usted quiere que diga. Es el tipo corriente de flechas para hombres; es de madera de pino de color rojizo, tiene veintiocho pulgadas de largo, un cuarto de pulgada de diámetro, punta muy aguda de hierro, y en la parte posterior una muesca hecha de cuerno... —La hizo girar con la mano, y siguió observándola.

—La muesca... ¿Quiere tener la bondad de explicarnos qué es la muesca?

—La muesca es el pedacito de cuerno en forma de cuña, que está en la parte de atrás del asta de la flecha. He aquí la muesca. Por medio de este hueco se encaja la cuerda del arco en la flecha. De este modo.

Al tratar de mostrar cómo, hizo un gesto hacia atrás con la mano, y se golpeó contra una de las pequeñas columnas que sostenían el palio, colocado sobre el sillón de los testigos; este hecho accidental le causó evidente sorpresa y fastidio.

—¿Pudo haber sido disparada esa flecha con algún arco?

—No, de ningún modo.

—¿Afirmaría usted que hubiera sido absolutamente imposible?

—Por supuesto era imposible. Además, las impresiones digitales del procesado eran las únicas huellas que había...

—Debo pedirle que no se anticipe a la evidencia, señor Fleming. ¿Por qué es imposible que la flecha haya sido disparada?

—Observe la muesca. Está tan torcida y deformada que no es posible colocar la cuerda del arco dentro de ella, para tirar.

—¿Estaba la muesca en ese estado, cuando usted observó por primera vez la flecha clavada en el cadáver?

—Sí, estaba ya así.

—¿Quiere pasarla, por favor, a los miembros del jurado para que la puedan ver bien? Gracias. Ha probado que la flecha no pudo haber sido disparada con un arco; ¿quiere decirnos ahora si, en la capa de polvo con que usted notó que estaba cubierta la flecha, había alguna otra marca o huella, salvo las de esas impresiones digitales?

—No, ninguna.

—He terminado.

El abogado tomó asiento. Mientras la flecha circulaba entre los miembros del jurado, y antes de ponerse de pie, H. M. tosió ruidosamente. Había todo tipo de ruidos; pero éste, sin duda alguna, anunciaba el principio de un combate. Llamó la atención a muchos de los presentes; Lollypop subrayó además este ruido al adoptar una expresión de placer maligno, y levantó un poco, por alguna oscura razón, la hoja escrita a máquina que había estado leyendo. La inquietud sacudió al tribunal tan palpablemente como un viento huracanado. Sin embargo, las primeras palabras de H. M. fueron bastante suaves.

—¿Nos dijo que, ese sábado a la noche, iba a ir a la casa de al lado de la suya para jugar al ajedrez con la víctima?

—Sí, eso dije (el tono truculento de Fleming daba a entender: ¿Qué le importa a usted?).

—¿Cuándo le invitó la víctima?

—Esa tarde, alrededor de las quince.

—Hum. ¿Para qué hora le invitó?

—Me dijo que fuera a las 18:45, y comeríamos juntos algo frío, ya que no habría nadie en la casa para servirnos.

—Cuando la señorita Jordan fue a buscarlo y lo trajo, usted nos informó que ya salía para acudir a la cita.

—Sí. Era un poco temprano; mejor llegar temprano que tarde.

—Hum. Bien, ahora observe nuevamente la flecha. Fíjese en esas tres plumas. ¿Tengo razón al afirmar que están colocadas de filo al asta de la flecha, más o menos a una pulgada de distancia de la base del cuerno y la muesca, y que cada una tiene aproximadamente dos pulgadas y media de longitud?

—Sí, el tamaño de las plumas es variable, pero Hume prefería las más grandes.

—Puede ver que la pluma del medio está cortada, más o menos por la mitad. ¿Estaba así al hallar el cadáver?

Fleming lo miró con desconfianza, y como en guardia tras su rojizo bigote.

—Sí, así estaba.

—¿Oyó al testigo Dyer declarar que todas las plumas estaban enteras e intactas, cuando el procesado entró a las 18: 10 al escritorio?

—Sí, oí esto.

—Sin duda, y nosotros también. Por consiguiente, ¿debe haberse roto esa pluma durante el tiempo transcurrido entre la entrada del procesado y el hallazgo del cadáver?

—Sí.

—¿Cómo cree que se pueda haber roto la pluma, si el acusado arrancó la flecha de la pared y atacó a Hume teniéndola empuñada por la mitad del asta?

—No sé. Durante la lucha, probablemente. Hume trató de apoderarse de la flecha al ver que le atacaban...

—¿Trató de agarrar la flecha por el extremo *opuesto* a la punta que le amenazaba?

—Tal vez. O la pluma pudo haberse roto al ser arrancada la flecha junto con los ganchos o sostenes que la mantenían contra la pared.

—He aquí otra teoría. ¿Por lo tanto la pluma se rompió o 1º durante una lucha; o 2º al ser bajada y arrancada la flecha? Hum. ¿Pero aun en ambos casos, qué se hizo del pedazo que falta? ¿Lo encontraron al revisar la habitación?

—No, no lo vi; un insignificante fragmento de pluma...

—Le estoy sugiriendo que ese «insignificante fragmento de pluma» tenía una pulgada y media de largo, por una de ancho. Era mucho más grande que una media corona. ¿Usted hubiera visto media corona sobre el piso, no es cierto?

—Sí, pero en este caso no se trataba de media corona.

—No, pero he dicho que era de tamaño mucho mayor. Y tenía un brillante color azul ¿no es así?

—Supongo que sí.

—¿Cuál era el color de la alfombra?

—Bajo juramento, no podría asegurar cuál era.

—Entonces yo se lo recordaré: era de color marrón claro. ¿Está de acuerdo? ¿Sí? Había reducido número de muebles ¿no es verdad? Hum, hum. ¿Sin embargo, usted revisó con todo cuidado esa habitación, y no pudo hallar ese trozo de pluma que faltaba?

Hasta ese momento, el testigo parecía haber gozado, al poder hacer gala de su ingenio, y a veces se había retorcido con satisfacción las puntas de su bigote. Ahora en cambio estaba impaciente.

—¿Cómo pretende que sepa dónde está? Tal vez ese pedazo quedó escondido en algún sitio, y aún está allí. ¿Por qué no le pregunta al inspector de policía?

—No dejaré de hacerlo... Ahora permítame que utilice sus conocimientos sobre arcos y flechas. Ocupémonos de esas tres plumas que lleva en su extremo posterior la flecha. ¿Están colocadas allí con algún propósito, o son simplemente decorativas?

Fleming pareció sorprendido.

—Por cierto que están colocadas así a propósito; y a distancias determinadas, paralelas a la línea de trayectoria de la flecha; usted puede notarlo fácilmente. La curva natural de las plumas da a la flecha un movimiento giratorio en el aire... ¡zzz! ... en esta forma. Igual al de la bala de un fusil.

—¿Siempre es una de las plumas de color diferente a las demás, como en este caso?

—Sí, el de la pluma que sirve de guía; indica cómo se debe apoyar la flecha sobre la cuerda del arco.

—Al comprar esas flechas —prosiguió H. M. con tono meditativo, mientras el testigo no apartaba su vista de él—, ¿están las plumas ya colocadas, o las pone el interesado mismo?

—En general, están ya colocadas. Es más práctico. Pero algunos prefieren, en cambio, poner a la flecha el tipo de plumas de su predilección.

—¿Le gustaba hacer eso a la víctima?

—Sí. No sé cómo usted ha podido saberlo; pero usaba siempre un tipo especial de plumas. La mayor parte de las flechas llevan plumas de pavo; Hume prefería las de ganso, y las colocaba él mismo. Supongo le atraía el antiguo y tradicional uso de las plumas de ganso grises. Éstas son plumas de buena calidad. Shanks, el peón de la casa, era el que casi siempre se las colocaba a las flechas.

—Volviendo a esta pluma diferente, o pluma guía, como usted la llama. ¿Tengo razón al decir que para teñirla, él usaba una tintura especial, inventada por él mismo?

—Sí, es verdad. En su taller...

—¿Su taller? —exclamó H. M., con mucha animación—. ¡Su taller! ¿Dónde estaba ese taller? Tome el plano de la casa, y muéstranos el lugar.

Se sintieron muchos crujidos y abrir de planos en el palco del jurado. Algunos nos movimos nerviosos sobre nuestros asientos, sin hallar acomodo, pensando qué revelación nos haría tal vez el viejo abogado, cubierto con una tan desaliñada toga.

Randolph Fleming apoyó un dedo con pelos rojizos sobre el plano, levantó los ojos y frunció el ceño.

—Está aquí. Es una pequeña construcción aislada en el fondo del jardín y a veinte yardas de la casa. Su objeto había sido servir de invernáculo, pero a Hume no le atraían las plantas. Las paredes están, en gran parte, hechas de vidrio.

H. M. asintió.

—¿Qué guardaba allí la víctima?

—Su equipo para tirar al arco. Cuerdas, arcos, flechas, guantes para tirar; y otras cosas por el estilo. El viejo Shanks teñía allí las flechas, con el tinte especial de Hume.

—¿Qué otras cosas guardaba allí?

—Si desea que le nombre la lista completa —replicó el testigo—, así lo haré. Escudos, cinturones para llevar las flechas, trapos hechos con estambre para limpiar las puntas, uno o dos tarros de grasa para aplicar a los dedos de los guantes... y algunas herramientas, por supuesto. Hume tenía mucha habilidad manual.

—¿Nada más?

—No recuerdo en este momento nada más.

—¿Está *seguro* de que no había nada más?

El testigo resopló indignado.

—Recapitemos, usted ha declarado que esa flecha no pudo ser disparada. Pero esta declaración se presta a confusiones. ¿No le parece que esa flecha pudo haber sido proyectada?

—No le entiendo, ni aprecio la diferencia.

—¿La diferencia? ¡Escúcheme! ¿Ve usted este tintero? Bien, si yo en este momento se lo arrojara, no sería disparado por medio de un arco; no obstante, estaría del todo de acuerdo si dijera que lo había proyectado contra usted. ¿No es así?

—Sí.

—Bien. ¿Puede tomar esa flecha, y proyectarla hacia mí?

—¡Sí puedo!

Su tono implicaba: «Y, por Dios, con todo gusto lo haría». Ambos tenían voces potentes, y cada vez hablaban más fuerte. En ese instante, el fiscal *Sir Walter Storm* tosió levemente y se paró.

—Su Señoría —dijo *Sir Walter*, con voz armoniosa y serena, digna de un obispo—. No quisiera en ninguna forma interrumpir a mi estimado colega. Tan sólo quisiera preguntar, si lo que trata de sugerir mi estimado colega es que esta flecha, cuyo peso no es mayor que tres onzas, ¿pudo haber sido lanzada con tanta violencia como para lograr penetrar ocho pulgadas dentro del pecho de un hombre?... Quisiera únicamente comentar que mi estimado colega parece confundir a una flecha con un arpón.

Los cabellos de la parte posterior de la peluca de H. M. dieron la impresión de erizarse.

Lollypop le hizo una señal desesperada para que se acomodase la peluca.

—Usía —replicó H. M., hablando con contenida indignación—, verá lo que me propongo demostrar al formular mi próxima pregunta al testigo.

—Prosiga, *Sir Henry*.

H. M. respiró profundamente.

—Lo que quiero preguntarle es lo siguiente —díjole a Fleming—. ¿Pudo haber sido disparada esta flecha empleando para ello una ballesta?

Hubo un momento de silencio. El juez dejó de escribir. Su cara redonda y sorprendida tenía el curioso aspecto de una luna.

—No puedo comprender bien, *Sir Henry* —intervino el señor Justice Bodkin—. ¿Qué es exactamente una ballesta?

—He traído una —dijo H. M.

Sacó de abajo de su escritorio una gran caja de cartón, igual a las que se usan para enviar los trajes. Del interior de ésta, tomó un pesado aparato de aspecto mortífero, de madera y acero relucientes. El arma era de base más bien corta, y de forma parecida a la culata de un rifle pequeño: a lo sumo de dieciséis pulgadas de largo. En el extremo de esta base o palo, tenía un arco flexible de acero, cuyas dos puntas estaban unidas por una cuerda fuerte, llevada hacia atrás por medio de un disparador o especie de grúa con muescas y con mango de marfil, hallándose este disparador colocado sobre la base del arma. Un gatillo ponía en movimiento al bien combinado mecanismo. Delante del disparador había un achatado cañón (igual al de un fusil), provisto de una fina ranura. La ballesta, cuya base lucía aplicaciones hechas con madreperla, debió haber parecido a aquellos que la miraban un arma disparatada, cuando H. M. se la mostró. Pero no ocurrió así. Hizo repentinamente la impresión de ser más bien un arma del futuro que del pasado.

—Ésta —continuó H. M., con tanto placer como un chico que enseñara un juguete—, es una ballesta corta. La usaba la caballería francesa en el siglo dieciséis. El mecanismo es simple. Se dispara... así. —Empezó a dar vueltas al mango o manija. Con el acompañamiento de un ruidito metálico siniestro, la cuerda dio mayor curva al arco al tirar hacia atrás sus dos puntas.

»En la ranura se coloca una flecha o dardo de acero. Se aprieta el gatillo, y el arma dispara como una catapulta. Parte el dardo con gran velocidad, impulsado con enorme violencia al enderezarse el flexible acero de Toledo del arco... El dardo es más corto que una flecha. Pero con esta arma también se puede disparar una flecha.

Apretó el gatillo, y el ruido impresionó a los presentes. *Sir Walter Storm* se levantó. La voz del fiscal restableció el orden.

—Su Señoría —dijo gravemente—, todo esto es muy interesante, sea o no evidencia. ¿Es la intención de mi estimado colega formular la teoría alternativa de que el crimen fue perpetrado utilizando el singular aparato que nos ha traído?

Habló con ligera burla. Pero el juez no.

—Sí, esto es lo que quería preguntarle, *Sir Henry*.

H. M. apoyó la ballesta sobre su escritorio.

—No, Usía. Esta pieza pertenece a la colección de la Torre de Londres. Era una demostración —dirigióse nuevamente al testigo—. ¿Avory Hume tuvo alguna vez una ballesta?

—En efecto, tuvo una —respondió el testigo.

Del lugar reservado a los periodistas, debajo del palco del jurado, dos hombres, que debían escribir artículos para las primeras ediciones de la tarde, se pusieron de pie y se fueron de puntillas.

El testigo daba la impresión de estar a la vez interesado e irritado.

—Hace mucho tiempo —refunfuñó—, y durante un año, los Guardabosques de Kent utilizaron ballestas. Pero no dieron resultado. Eran pesadas para llevar, y su alcance o longitud de tiro no podía compararse al de las flechas.

—Hum-m. ¿Cuántas ballestas poseía la víctima?

—Dos o tres, si no me equivoco.

—¿Era alguna de ellas del mismo tipo que ésta?

—Creo que sí. Pero las vi hace tres años y...

—¿Dónde tenía guardadas las ballestas?

—En el taller, al fondo del jardín.

—¿Sin embargo, usted no se acordó de esto hace un rato, no es así?

—Me olvidé completamente, por supuesto.

Ambos estaban nuevamente echando chispas. La gran nariz de Fleming y su mandíbula inferior parecieron juntarse aún más, como las de un polichinela.

—Denos ahora su opinión de experto: ¿pudo haber sido disparada esta flecha utilizando una ballesta semejante?

—Sin ninguna exactitud o precisión. Su asta es demasiado fina, y sobraría mucho espacio al encajarla. A veinte yardas de distancia, la flecha podría caer en cualquier parte sin tocar el blanco.

—Le vuelvo a preguntar, ¿pudo haber sido disparada?

—Supongo que sí.

—¿Usted supone solamente? Sabe perfectamente bien que es posible hacerlo, ¿no es cierto?... Deme la flecha, y se lo demostraré.

Sir Walter Storm se puso lentamente de pie.

—No es necesaria una demostración, Su Señoría. No ponemos en duda la declaración de nuestro estimado colega. Nos damos cuenta también de que el testigo ha expresado su opinión sincera, aunque apremiado por circunstancias un tanto difíciles.

(—Es lo que yo me temía —me susurró Evelyn—. ¿Ves? Se proponen acosar a nuestro viejo oso hasta que pierda la calma, vea rojo y no perciba la argolla).

Era, en efecto, la impresión general que H. M. había examinado mal al testigo, sin lograr probar absolutamente nada. Formuló sus dos últimas preguntas, con un tono casi quejumbroso.

—No me interesa la precisión del arma a veinte yardas. ¿Sería exacta y precisa a una distancia muy corta... a unos pocos pasos?

—Probablemente.

—¿Sería imposible errar o fallar?

—A dos o tres pasos, no.

—He terminado.

El corto interrogatorio del fiscal anuló esta sugerión, y le hizo perder todo valor.

—Para poder cometer el asesinato en la forma sugerida por mi estimado colega, la persona que empleara la ballesta debió de haber estado a dos o tres pasos de distancia de la víctima, ¿no es así?

—Sí —replicó Fleming, mucho más amable.

—¿En otros términos, hallarse dentro de la habitación?

—Sí.

—Muy bien. Al entrar usted, señor Fleming, a esa habitación cerrada y sellada...

—Nos oponemos a esto —dijo H. M., levantándose repentinamente un poco jadeante, y entre ruido de papeles.

Por primera vez, *Sir Walter* pareció menos seguro de sí. Se volvió hacia H. M., y pudimos ver su rostro. Era alargado y fuerte, con cejas oscuras a pesar de ser ligeramente rubicundo: un rostro que reflejaba una dominante personalidad. Pero tanto él como H. M. se dirigieron al juez, como si estuviesen dialogando a través de un intérprete.

—Su Señoría, ¿qué es lo que recusa mi estimado colega?

—Sellada...

El juez miró a H. M. con ojos brillantes y mucho interés; habló luego fríamente.

—El término es tal vez un poco exagerado, *Sir Walter*.

—Me retracto de inmediato, Usía.

—Señor Fleming: cuando entró en esa habitación no sellada, que tenía todas las posibles entradas o salidas bien atrancadas por el lado de adentro...

—Protestamos nuevamente, Usía —dijo H. M.

—Hum. Al entrar usted —dijo el otro, con voz involuntariamente amenazadora—, en esa habitación, cuya puerta estaba cerrada con cerrojo por el lado de adentro, y con los postigos de las ventanas también sólidamente atrancados, ¿encontró algún aparato tan raro como éste?

Señaló la ballesta.

—No, no vi nada.

—¿Es un objeto que difícilmente podría dejar de ser visto, no le parece?

—Sería imposible no verlo —respondió el testigo burlesco.

—Muchas gracias.

—Hagan pasar a declarar al doctor Spencer Hume.

VII

«SITUADO CERCA DEL TECHO...»

CINCO minutos después, no habían hallado aún al doctor Spencer Hume, y nos dimos cuenta de que ocurría algo insólito. El único gesto que le vi hacer a H. M. fue apretar los puños. Huntley Lawton se puso de pie.

—Su Señoría, parece que el testigo ha... desaparecido.

—Así observo, señor Lawton. ¿Debo inferir que usted desea que se suspenda el juicio hasta que aparezca el testigo?

Se entabló una corta conferencia, durante el transcurso de la cual se dirigieron varias miradas a H. M. Luego se levantó *Sir* Walter Storm.

—Su Señoría, hemos decidido que, en este caso determinado, no es imprescindible el testimonio de ese testigo. Dada la naturaleza especial de los hechos, y para no demorar el juicio, continuaremos examinando a los testigos siguientes.

—De acuerdo, Su Señoría...

—Llamen a Frederick John Hardcastle.

Frederick John Hardcastle, agente de policía, declaró sobre el hallazgo del cadáver. A las 18:45, mientras estaba de guardia en la calle Grosvenor, un hombre, que supo después se llamaba Dyer, salió de la casa y le dijo: «Agente, entre; ha ocurrido algo terrible». Cuando ya iba a entrar a la casa, llegó un auto: venían en éste, el doctor Spencer Hume y una mujer (la señorita Jordan) aparentemente desmayada. En el escritorio encontró al procesado y a un hombre que dijo llamarse Fleming. El agente Hardcastle preguntó al procesado: «¿Cómo ha ocurrido esto?». El procesado respondió: «No tengo la menor idea», y no dijo nada más. El testigo telefoneó entonces a la comisaría de la sección, y no se movió de allí hasta la llegada del inspector.

El testigo no fue reexaminado. El fiscal llamó después al doctor Philip McLane Stocking.

El doctor Stocking era un hombre muy delgado y peludo, con una boca de labios angostos y apretados, y una expresión extrañamente sentimental. Se aferró a la baranda frente al sillón de los testigos, y no la soltó en todo el transcurso del interrogatorio. Usaba en lugar de corbata un moño angosto y desprolijo, y tenía puesto un traje negro que le quedaba demasiado grande; pero en cambio sus manos estaban inmaculadamente limpias.

—¿Se llama usted Philip McLane Stocking, es profesor en Medicina forense de la Universidad de Londres, y experto médico en la división C de la Policía Metropolitana?

—Sí, señor.

—¿El 4 de enero último, tuvo que ir al número 12 de la calle Grosvenor, y llegó allí alrededor de las 19:45?

—En efecto.

—¿Al llegar allí, qué vio en la habitación donde estaba el escritorio?

—Vi el cadáver de un hombre que yacía de espaldas, entre la ventana y el escritorio, y muy próximo a este mueble. —El testigo tenía una voz más bien ronca, y no se le oía muy bien—. Estaban en esa habitación el doctor Hume, el señor Fleming y el procesado. Pregunté: «¿Han tocado el cadáver?». El procesado me respondió: «Yo lo moví y lo puse de espaldas. Yacía sobre el costado izquierdo, con el rostro casi pegado al escritorio». Las manos estaban ya casi frías; por el contrario, los brazos y el cuerpo estaban aún tibios. Solamente la parte superior del brazo izquierdo y el cuello habían adquirido rigidez cadavérica. Juzgué que estaba muerto hacía más de una hora.

—¿No le es posible determinar más exactamente la hora?

—Diría que la muerte se produjo entre las 18 y las 18:30. No podría precisar más.

—¿Hizo un examen del cadáver?

—Sí. La muerte fue causada por la punta de hierro de una flecha, que penetró ocho pulgadas en el pecho de la víctima y atravesó el corazón.

—¿La muerte fue instantánea?

—Sí. Tiene que haber sido fulminante. Así... —añadió el testigo, haciendo castañetear sus dedos como con un resorte.

—Después que le clavaron la flecha, ¿pudo haberse movido o haber dado algún paso?... Lo que quiero preguntarle es —insistió *Sir Walter*, adelantando un brazo—, ¿le pudieron haber quedado fuerzas suficientes como para poder cerrar con cerrojo una puerta o una ventana, después de haber sido atacado?

—Es absolutamente imposible. Cayó como fulminado.

—¿Qué conclusión sacó usted al observar la herida?

—Llegué a la conclusión de que la flecha había sido usada como un puñal, y hundida con mucha fuerza por un hombre vigoroso.

—¿Tal como el procesado?

—Sí —asintió el doctor *Stocking*, después de dirigir una mirada rápida y penetrante a *Answell*.

—¿Qué razones tuvo para llegar a esa conclusión?

—La dirección de la herida. La flecha había entrado muy arriba; por *aquí* —explicó él—, se había hundido al sesgo, o sea en dirección oblicua, hasta atravesar el corazón.

—¿En ángulo muy agudo, quiere decir? ¿Con un golpe de arriba hacia abajo?

—Sí.

—¿Qué le parece la teoría de que la flecha le fue disparada al señor Hume por medio de un arma?

—Si me pide mi opinión personal, eso sería muy inverosímil, por no decir imposible.

—¿Por qué?

—Si la flecha hubiese sido disparada contra él, supongo habría penetrado en línea recta, pero nunca con la inclinación o ángulo que presentaba en este caso.

Sir Walter elevó dos dedos.

—En otros términos, doctor, si la flecha hubiese sido *disparada* contra él, la persona que lo hubiese hecho debería haber estado situada cerca del techo; y habría tenido que apuntar de arriba hacia abajo.

Me hizo el efecto de que le había costado al fiscal no agregar «como Cupido». Por la forma de expresarse, Sir Walter lograba muchas veces ridiculizar a su opositor sin decir nada contra este último. Casi podría yo haber jurado que una fugaz y disimulada sonrisa se dibujó sobre el rostro de uno de los miembros del jurado, cuyo aspecto corriente era el de una momia embalsamada. La atmósfera se tornaba hostil.

—Sí, algo parecido. O si no, la víctima debió haber estado muy inclinada hacia adelante, como si hubiera acabado de hacer una profunda reverencia al asesino.

—¿Descubrió algunas señales de lucha?

—Sí. El cuello de la camisa y la corbata de la víctima estaban arrugados y torcidos; el saco estaba un poco subido y fuera de su sitio; las manos sucias, y había un pequeño rasguño en la palma de la mano derecha.

—¿Qué pudo haber causado el rasguño?

—No podría decirlo. Tal vez se lo hizo con la punta de la flecha.

—Como si la víctima hubiera tratado de defenderse con la mano, ¿es lo que usted quiere dar a entender?

—Sí.

—¿Estaba la mano de la víctima un poco manchada con sangre, a causa de este rasguño?

—Sí, había sangrado un poco.

—¿Halló usted, después de examinar el cadáver, alguna otra mancha de sangre sobre cualquier objeto de los que había en la habitación?

—No.

—Por lo tanto, ¿lo más factible es que el rasguño fuera causado por la flecha?

—Yo haría esa deducción.

—¿Quiere contarnos, doctor, qué ocurrió inmediatamente después de examinar usted, por primera vez, el cadáver?

Nuevamente el delgado testigo miró al procesado; y sus labios adoptaron una expresión de disgusto.

—El doctor Hume, al que yo ya conocía, me pidió que examinara al procesado.

—¿Que lo revisara como médico?

—Sí. El doctor Hume me dijo: «Nos ha contado una historia absurda sobre haber tomado sin saberlo un narcótico». Yo lo acabo de examinar, y no he podido hallar ninguna prueba que confirme sus palabras.

—¿Cuál era la actitud del procesado en ese momento?

—Dueño de sí mismo; demasiado tranquilo y dueño de sí; salvo el detalle de pasarse a veces la mano por los cabellos... en esta forma. Yo estaba mucho más nervioso que él.

—¿Lo examinó usted?

—Muy superficialmente. Tenía el pulso rápido e irregular; pero no lento, como debería haberlo tenido si hubiera tomado un narcótico. Las pupilas de los ojos estaban normales.

—Según su opinión, ¿había tomado o no una droga?

—De acuerdo con mi opinión, no había tomado ninguna.

—Muchas gracias, eso es todo.

(«Esto lo hunde», dijo Evelyn. El pálido rostro del procesado mostraba una expresión desorientada; una vez se empezó a levantar, como para protestar en voz alta, y los dos guardias que estaban a su lado le vigilaron con mayor atención. Vi que sus labios se movían sin emitir ningún sonido. Los sabuesos habían comenzado a acosarlo violentamente, y si realmente era inocente, debía estar horrorizado al hallarse en esa situación).

H. M. se puso pesadamente de pie, y durante medio minuto miró fijamente al testigo.

—De modo que lo examinó usted «muy superficialmente», ¿no es cierto?

El tono de voz de H. M. hizo que hasta el juez le mirara.

—¿Revisa a todos sus pacientes «muy superficialmente»?

—Ese comentario no viene al caso.

—¿Pero si el paciente se muriera, no aceptaría usted que sí? ¿Le parece posible que la vida de un hombre dependa de un examen médico, hecho «muy superficialmente»?

—No.

—¿O que la declaración bajo juramento, hecha en un tribunal, pueda basarse en un examen tan superficial?

El doctor Stocking contrajo sus labios.

—Era mi deber examinar al cadáver; y no realizar un análisis de sangre del procesado. El doctor Hume es, además, una autoridad suficientemente reconocida, y podía por lo tanto aceptar su valiosa opinión.

—Ya veo. ¿De modo que usted no puede formular una evidencia directa? Toda su declaración sobre este punto se basa en lo que el doctor Hume pensó... no habiéndose, entre paréntesis, presentado ante el tribunal el mentado doctor Hume.

—Usía, protesto contra semejante implicación —exclamó *Sir Walter Storm*.

—Debe limitarse a lo que diga el testigo, *Sir Henry*.

—Pido perdón a Su Señoría —refunfuñó H. M.—. Me parecía que el testigo se atenía por demás al juicio del doctor Hume... ¿puede usted *jurar*, de acuerdo con sus propias observaciones, que el procesado no había tomado ninguna droga?

—No —estalló el testigo—, no lo voy a jurar; voy a dar mi opinión; y juro que mi opinión será honesta y sincera.

El juez intervino, y habló con voz suave y serena.

—No puedo comprender lo que usted dice. ¿Cree que no es posible que el procesado haya tomado un narcótico? Ésta es la cuestión que debemos dilucidar.

—No, Su Señoría. No me animo a decir que haya sido imposible; sería afirmar más de lo que puedo o debo afirmar.

—¿Por qué sería afirmar más de lo debido?

—Usía, el procesado me dijo que había tomado este narcótico, sea el que fuere, más o menos a las 18:15. Yo no lo revisé hasta cerca de las 20. Si efectivamente hubiese tomado alguna droga, el efecto ya habría pasado casi del todo. En cambio, el doctor Hume examinó al procesado antes de las 19.

—El doctor Hume todavía no nos ha hecho conocer su opinión —dijo el juez Bodkin—. Quiero que quede bien aclarado este punto, por ser de vital importancia. Si el efecto de esa misteriosa droga se habría ya desvanecido, usted muy poco puede decirnos sobre ese punto, ¿no es así?

—Su Señoría, he declarado hace un momento que sólo me es posible formular una opinión.

—Muy bien. Prosiga, *Sir Henry*.

H. M., evidentemente muy satisfecho, trató de aclarar otros puntos.

—Doctor Stocking, usted ha declarado también que el hecho de que la flecha hubiera sido disparada con un arma era inverosímil, por no decir imposible. Ocupémonos ahora de la posición en que se hallaba el cadáver. ¿Acepta la declaración del procesado cuando afirma que el muerto yacía sobre el costado izquierdo, y que el rostro estaba de frente al escritorio?

El testigo se sonrió con malevolencia.

—Creo que estamos aquí presentes para examinar las declaraciones del procesado; y no para aceptarlas.

—Tiene usted toda la razón. ¿Pero después de examinarla, podría aceptar como verídica esta afirmación?

—Creo que sí.

—¿Conoce algún detalle que la contradiga?

—No, que yo sepa, no.

—Analicemos ahora una posibilidad. En el caso de que la víctima hubiese estado parada de ese lado del escritorio (observe el plano, allí) y de frente al aparador que estaba colocado contra esa pared de la habitación; suponiendo además que el señor Hume se hallara inclinado para mirar algo que estuviera sobre el escritorio. Si en ese instante, y hallándose inclinado, le hubieran disparado una flecha desde la dirección del aparador; ¿podría ésta haber penetrado oblicuamente en el pecho, del mismo modo que usted la encontró clavada en el cadáver?

—Podría ser remotamente posible.

—Muchas gracias; nada más.

H. M. se dejó caer sobre el asiento. El fiscal reexaminó rápidamente al testigo.

—¿Si los hechos hubiesen ocurrido en la forma sugerida por mi estimado colega —comentó *Sir Walter Storm*—, podrían haber sido halladas señales de lucha?

—No creo que hubiese podido encontrar ninguna.

—¿No hubiese podido encontrar el cuello y la corbata torcidos, el saco mal puesto y fuera de su sitio, las manos sucias, y el rasguño en la palma de la mano derecha?

—No.

—¿Es posible creer que el rasguño que tenía en la palma de la mano, se lo hizo la víctima al tratar de detener la flecha que le habían *disparado*?

—Personalmente, pienso que semejante suposición sería ridícula.

—¿Le parece posible que el asesino, equipado con una gran ballesta, pudiese estar escondido dentro del aparador?

—No.

—Por último, doctor, y para poder juzgar si usted está calificado o no para decidir si el procesado habría o no ingerido una droga; ¿formó parte del personal médico del Hospital St. Praed, situado en la calle Praed, durante veinte años?

—Sí.

Al doctor le fue permitido el retirarse, y la Corona llamó entonces a su más formidable testigo... Harry Ernest Mottram.

El inspector Mottram había estado sentado, hasta ese momento, junto a los abogados. Le había yo mirado muchas veces, sin saber quién era. El inspector Mottram era lento, pausado, seguro, reposado en su forma de hablar y de moverse. Relativamente joven, no debía tener más de cuarenta años; pero por el modo experimentado con que respondía a las preguntas, sin contestar nunca demasiado rápido, se podía ver que tenía mucha práctica en los asuntos de tribunales. Todo su aspecto, al presentarse a declarar, parecía indicar: «No me gusta especialmente ser causante de que ahorquen a nadie; pero no tomemos estas cuestiones a la ligera; un asesinato no debe quedar nunca impune, y al castigar a un criminal hacemos un gran bien a la sociedad». Tenía un rostro rectangular, una nariz normal, la mandíbula inferior prominente; y la expresión de sus ojos indicaba que era muy inteligente y de comprensión rápida, o que necesitaba usar anteojos. Dio en seguida en el tribunal la impresión de un hombre competente y capaz, y la de ser un verdadero pilar de la sociedad. Prestó juramento con un tono de voz potente, y luego fijó sobre el abogado sus ojos penetrantes o miopes.

—Soy inspector del Cuerpo de Detectives de la Policía Metropolitana. Al ser informado de lo que había ocurrido, fui inmediatamente al número 12 de la calle Grosvenor, y llegué allí a las 18:55 de ese día, 4 de enero.

—¿Qué pasó?

—Me dirigieron a la habitación que se usaba como escritorio, donde hallé al procesado junto con el señor Fleming, el mucamo, y el agente de policía Hardcastle. Interrogué a los tres últimos, quienes me relataron lo que acaban de declarar en este tribunal. Le pregunté después al procesado si deseaba agregar algo. Me replicó: «Si hace usted salir de la habitación a esas arpías, intentaré relatarle lo que ocurrió». Ordené que nos dejaran solos. Cerré luego la puerta de la habitación, y tomé asiento frente al procesado.

La declaración del procesado, relatada por el inspector, resultó una repetición de las frases que nos había leído el fiscal al iniciar la acusación. El tono frío de Mottram al hablar, hizo que dicha explicación pareciera aún más pobre y poco verosímil. Al llegar a la parte referente al narcótico agregado al whisky, *Sir Walter* le interrumpió.

—¿El procesado le contó que la víctima le había servido un vaso de whisky con soda; que bebió más o menos la mitad de lo que le habían servido, y luego había dejado el vaso sobre el suelo?

—Sí, al lado de la silla en que estaba sentado.

—¿Tengo entendido, inspector Mottram, que usted es abstemio?

—Sí.

—¿Y —añadió suavemente el abogado—, se notaba por el aliento del procesado que había estado bebiendo whisky?

—No sentí ningún olor a whisky.

La pregunta era tan simple y obvia, que creo que por esto la Corona no la había formulado hasta ese momento, para provocar mayor sensación. Impresionó mucho a todos, al tratarse de un detalle práctico y muy corriente en la vida diaria, y muy fácil de ser captado por los miembros del jurado.

—Continúe, inspector.

—Cuando terminó de hacerme esta declaración, yo le dije: «¿Se da usted cuenta de que lo que me ha relatado resulta del todo inverosímil?». Y me respondió: «Es una conspiración, inspector; le juro por Dios que se trata de una confabulación; pero no puedo comprender cómo pueden ser *todos* unos canallas, o por qué motivo han querido comprometerme».

—¿Cómo interpretó usted sus palabras?

—Supuse se refería a las demás personas que había en la casa. En cambio habló conmigo de buen grado; podría decir que la actitud de él fue amistosa y que mostró un profundo deseo de explayarse. Miraba sin embargo con recelo y sospecha a los de la casa, o a los amigos de los que vivían allí, cuando se acercaban a hablarle. Le pregunté entonces: «¿Si reconoce usted que a la puerta le habían echado cerrojo por dentro, y que las ventanas estaban también atrancadas, cómo pudo haber cometido alguna otra persona este crimen?».

—¿Qué le respondió a esto?

El testigo habló un tanto cortado:

—El procesado comenzó a nombrarme novelas policiales, refiriéndose a la posibilidad de cerrar puertas o abrir ventanas desde el lado de afuera... con trozos de piolín o alambre, y otras cosas por el estilo.

—¿Lee con frecuencia novelas policiales, inspector?

—Sí, señor.

—¿Tiene conocimiento de algunos métodos iguales a los que él nombró?

—En verdad, señor, conozco uno o dos de ellos; y, con mucha suerte, pueden dar resultado. —El inspector Mottram vaciló, y agregó con tono de disculpa—. Pero ninguno de esos métodos pudo haber sido empleado en este caso.

A pedido del abogado, se volvió a mostrar nuevamente los postigos de las ventanas; y esta vez, además, la puerta: era de roble muy sólido, y la habían aplicado a un marco.

—Tengo entendido que esa misma noche usted sacó los postigos y la puerta, con la ayuda del sargento de detectives Raye, y los llevó a la comisaría a fin de hacer algunas pruebas y experimentos, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Quiere explicarnos por qué resultaría imposible abrir o cerrar estos postigos o esta puerta desde el lado de afuera?

Al terminar Mottram de dar su explicación, no pudimos conservar la más mínima duda, sus razonamientos eran tan verdaderos e indestructibles como el edificio del Old Bailey en que nos hallábamos.

—Después de hacerle preguntas sobre las ventanas y las puertas al procesado, ¿qué hizo a continuación, inspector?

—Le pregunté si no se opondría a que yo lo revisara. Había ya observado, al pararse —había antes permanecido sentado la mayor parte del tiempo— que algo le hacía bulto, del lado de la cadera derecha, y por debajo del sobretodo.

—¿Qué le respondió?

—Me dijo: «No es necesario, le daré lo que usted quiere». Se abrió el sobretodo, y de adentro del bolsillo de atrás del pantalón, sacó lo que tenía y me lo entregó.

—¿Y qué era?

—Una pistola automática, calibre 38, cargada y con todas sus balas —respondió el testigo.

VIII

«EL VIEJO OSO NO ESTABA CIEGO»

MOSTRARON en el tribunal una pistola automática Webley-Scott, calibre 38, a fin de que fuera inspeccionada e identificada. Alguien, detrás de nosotros, empezó a entonar bajito, «O who will o'er the downs with me?»^[3], aplicando a la melodía palabras tales como «¿Oh, quién habrá podido creer que era inocente?». El escepticismo se hizo muy palpable en la atmósfera, y se delataba en la grave expresión que adoptaron los rostros.

En ese momento, yo miraba, por casualidad, a Reginald Answell, y pude apreciar que, por primera vez, un elemento de prueba despertó el interés del primo del procesado. Dirigió una mirada rápida al arma; su hermoso rostro melancólico permaneció inescrutable, aumentando tan sólo la altivez de su expresión. Volvió de nuevo a acariciar, o mover levemente con la mano, la jarra de agua colocada frente a él, sobre la mesa de los abogados.

—¿Es ésta la pistola que tenía el procesado en el bolsillo? —prosiguió *Sir Walter Storm*.

—Sí.

—¿Explicó el procesado por qué razón llevaba un arma semejante en el bolsillo, al hacer una visita amistosa para conversar sobre su próximo casamiento?

—Negó haberla traído él. Dijo que alguien debió haberla puesto en su bolsillo, mientras estaba desmayado.

—¿Alguien la colocó en su bolsillo mientras él estaba desmayado? Bueno, continuemos. ¿Pudo identificar dicha arma?

—El procesado me dijo: «La conozco muy bien. Es la de mi primo Reginald. Cuando no está en el Este, pasa algunas temporadas en mi departamento, y me parece que la última vez que vi esta pistola fue hace un mes, dentro del cajón de la mesa del living. No la había vuelto a ver desde entonces».

Después de muchas preguntas, y un testimonio convincente y minucioso sobre el examen que hiciera de la habitación, pidieron al testigo que diera además su opinión y dijera las conclusiones a que había llegado.

—Dados los hechos y las circunstancias, ¿cómo pensó que había sido cometido el crimen?

—Como la flecha fue arrancada de la pared, llegué a la conclusión de que había sido clavada diagonalmente, de derecha a izquierda, por una persona que la había empuñado por la mitad, o sea por donde habían quedado marcadas las impresiones digitales. La persona que agarró la flecha debió de estar parada a un lado de la habitación, y próxima al aparador. Pensé que, en esas circunstancias, la víctima, quizá, trató de protegerse tras el escritorio, corriendo desde el lado izquierdo hacia la parte de adelante del mueble, a fin de huir de su agresor.

—En otras palabras, para que el escritorio le sirviera de valla entre él y su agresor.

—Sí, en efecto —asintió el inspector Mottram, haciendo movimientos con las manos, para demostrar lo que decía—. Llegué a la conclusión de que, entonces, el agresor había corrido al otro lado del escritorio. Se entabló una lucha entre ellos, mientras en ese momento, la víctima estaba parada muy cerca del escritorio, y miraba hacia el aparador. Durante esta lucha, se rompió el pedazo de pluma que falta a la flecha, y la víctima se hizo el rasguño que tenía en la mano. Luego logró el asesino clavarle la flecha en el pecho. Cayó la víctima al lado del escritorio, ensuciándose las manos con polvo... al apoyarse y asirse a la alfombra antes de morir. Todo esto es lo que yo creo que debió haber ocurrido.

—¿O tal vez pudo agarrar la flecha con la mano, y se ensució con el polvo que la cubría? Lo que quiero dar a entender es que era imposible hallar impresiones digitales sobre la parte del asta de la flecha que estaba hundida en el pecho del cadáver.

—Tiene razón.

—¿El polvo que cubría las manos pudo, quizá, provenir de esa parte del asta de la flecha?

—Muy probablemente.

—Y por último, inspector. ¿Es cierto que es usted un experto en impresiones digitales, y que se especializó en esa rama del servicio?

—Sí, señor.

—¿Le tomó al procesado las impresiones digitales, primero en la casa de la calle Grosvenor, utilizando para ello la almohadilla para sellos con tinta violeta que había allí, y luego nuevamente en la comisaría?

—Sí, lo hice.

—Por favor, identifique estas fotografías, que muestran los varios grupos de impresiones, y explique a los miembros del jurado los detalles por los cuales se nota que son todas de una misma persona... Muchas gracias. ¿Las impresiones que había sobre el asta de la flecha eran también las del procesado?

—Sí, eran las de él.

—¿Fueron halladas en la habitación algunas otras impresiones digitales, salvo las de la víctima y las del procesado?

—No.

—¿Se encontraron algunas impresiones sobre la superficie del botellón de whisky, del sifón, o de los cuatro vasos?

—No.

—¿Sobre qué otros objetos había dejado sus impresiones el procesado?

—Sobre la silla en que había estado sentado, sobre el escritorio, y sobre el cerrojo de la puerta.

Después de algunas preguntas más, relativas al arresto de Answell, se dio fin al examen del testigo. Había resultado, en cierto modo, un análisis minucioso y un resumen de todo el caso. Si H. M. deseaba hacer algunas objeciones o críticas, ése era

el momento indicado para lanzarse al ataque. El reloj de pared, colocado sobre nuestras cabezas, debía marchar con mucha lentitud; afuera, oscurecía rápidamente, y las gotas de la lluvia se estrellaban contra el techo de vidrio. Las paredes blancas y el revestimiento de roble, que las cubría en su parte inferior, adquirirían con la luz eléctrica, un brillo duro. H. M. se puso de pie, apoyó las manos sobre el escritorio que tenía delante de él, y formuló repentinamente esta pregunta:

—¿Quién cerró la puerta con cerrojo?

—Perdóneme, pero no le pude entender bien.

—Pregunté quién había cerrado con cerrojo la puerta, desde el interior de la habitación.

El inspector Mottram ni siquiera pestañeó.

—Las impresiones digitales del procesado estaban sobre el cerrojo, señor.

—No negamos que corrió el cerrojo para abrir la puerta. ¿Pero quién fue el que echó el cerrojo? ¿Había sobre la superficie de éste algunas otras impresiones digitales, salvo las del procesado?

—Sí, las de la víctima.

—¿De modo que tanto la víctima como el procesado pudieron haber cerrado la puerta con cerrojo?

—Sí, podría haberlo hecho indistintamente uno u otro.

—Bien. Aclaremos ahora algunos puntos del relato del crimen. El testigo Dyer ha declarado que, alrededor de las 18:15, oyó a la víctima decir: «¿Hombre, qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?» y luego ruidos como los de una pelea: ¿no es así?... Según su opinión, ¿fue durante esta pelea, cuando Hume fue asesinado?

El inspector Mottram no iba a caer tan fácilmente en semejante trampa. Movié la cabeza, entrecerró los ojos, y meditó mucho antes de contestar.

—¿Desea saber mi opinión, señor?

—Sí.

—De acuerdo con el testimonio ya dado, llegué a la conclusión de que esta pelea fue breve, y se terminó cuando el testigo Dyer golpeó a la puerta y preguntó si ocurría algo y lo necesitaba el señor Hume. Dicha puerta estaba entonces cerrada con cerrojo, por el lado de adentro...

—¿Quiere dar a entender que pudieron luego reanudar la lucha sin que nadie pudiera molestarlos o separarlos?

—Sólo quiero decir —replicó el testigo, sin perder la calma— que nadie podía entrar a la habitación.

—¿Y continuaron peleándose durante un cuarto de hora más?

—No, pueden haberse vuelto a pelear por segunda vez, después de un intervalo de quince minutos de calma.

—Bueno. Pero si el procesado cerró la puerta con cerrojo a las 18:15, debe haber sido porque ya estaba decidido a realizar el crimen, ¿no cree usted? ¿Sería acaso posible que atrancara la puerta, y luego se sentara a conversar tranquilamente?

—Tal vez.

—¿Le parece que los miembros del jurado puedan creer tal cosa?

—Espero que los miembros del jurado crean solamente en lo que Su Señoría les someta a ellos como evidencia. Usted me ha pedido mi opinión personal. Además, he comentado que la víctima misma, podría, tal vez, haber cerrado esa puerta con cerrojo...

—¡Oh! —casi rugió H. M.—. ¿Entonces le parece posible que haya sido la víctima quien lo hizo?

—Bueno, sí —admitió el inspector, y se enderezó en su asiento.

—Bien. Continuemos, nos piden que creamos que el procesado fue de visita a esa casa armado, y con una pistola cargada dentro de un bolsillo. Esto indicaría premeditación, ¿no es así?

—La gente por lo general no lleva armas, a menos de tener intención de usarlas.

—¿Pero el procesado no utilizó el arma que llevaba?

—No.

—¿La persona que asesinó a la víctima atravesó rápidamente la habitación, arrancó una de las flechas de la pared, agredió y cometió el crimen con ella?

—Sí, esto es lo que creemos que ocurrió.

—En realidad, toda la acusación se basa sobre esto, ¿no? —preguntó H. M., inclinándose hacia adelante, sobre el escritorio.

—En parte sí, pero no totalmente.

—¿Pero esta parte tiene una vital importancia?

—Le incumbe a Su Señoría decidir sobre esto, y no a mí.

H. M. levantó las manos para acomodarse la peluca, y se la encajó muy bien para que no se le escapara; del mismo modo que si entrara bien un corcho para evitar que pudiera volar hacia el techo. El testigo tenía una voz fría, precisa y tranquila: el inspector Mottram tenía gran control de sí mismo, y no decía siempre sino lo necesario, y justo lo que él quería.

—Ocupémonos ahora del trozo de pluma que ha desaparecido —prosiguió H. M., con un gruñido suave—. ¿Usted no lo pudo hallar en ninguna parte?

—No.

—¿Revisó cuidadosamente la habitación?

—Muy a fondo, y con todo cuidado.

—De modo que no podría haber dejado de descubrir ese pedazo de pluma si se hallaba allí, ¿no? ¿Acepta esto? ¿Dónde estaba, pues, escondido ese trozo de pluma?

El inspector Mottram adoptó una expresión tan próxima a una sonrisa, como la naturaleza del lugar lo permitía. Con sus ojos miopes, no había dejado de observar atentamente y sin cesar a H. M., pues hubiera sido un mal antecedente para un oficial de policía si al hacer de testigo declarara con poca sensatez. Por lo tanto, estaba bien preparado para responder a esto.

—En efecto, esta desaparición nos ha preocupado también a nosotros, señor —respondió fríamente—. A menos que alguien la haya sacado de la habitación...

—Un momento —interrumpió H. M.—. ¿Alguien, algún otro? Pero en ese caso, ¿se trataría de alguna de las personas que ya han declarado aquí como testigos?

—Sí, supongo que sí.

—En ese caso, alguno de los testigos habría mentido, ¿no le parece? ¿Y la acusación se basaría también en parte sobre mentiras?

El inspector comenzó a su vez a atacar.

—No me dejó terminar la frase. Lo dije para nombrar hasta la más remota posibilidad..., como es nuestro deber el hacerlo.

—Bueno, ¿qué pensaba agregar usted?

—Quería decir que el procesado debió haberlo sacado entre sus ropas de la habitación. Tenía puesto el sobretodo, un grueso sobretodo. El pedazo de pluma se pudo haber enganchado a su ropa, sin que él se diera cuenta.

—¿Esto —dijo H. M., con énfasis— significa que, casi seguramente, la pluma se rompió durante una pelea?

—Sí.

H. M. hizo una señal en dirección a la mesa de los abogados. Toda su persona irradiaba una especie de alegría maligna.

—Inspector, usted es un hombre vigoroso, ¿no? ¿Tiene mucha fuerza?

—Sí, bastante fuerza.

—Bien. Ahora observe, por favor, lo que le muestran. ¿Sabe qué es? Es una pluma... una pluma de ganso. Tenemos también de otras clases, si es que quiere verlas. Quiero que agarre esa pluma, y trate de partirla en dos con las manos. Intente romperla, retorcerla, arrancarla, rasgarla: haga lo que quiera; pero consiga partirla en dos pedazos, en presencia nuestra.

El inspector Mottram tomó la pluma con sus fuertes y huesudas manos, y hasta contrajo los hombros. Se movió de un lado para otro con el esfuerzo, en medio de un profundo silencio, pero no logró romperla.

—¿Le cuesta trabajo, hijo? —le preguntó H. M. con toda suavidad.

El otro lo miró frunciendo las cejas.

—Aproxímese al presidente del jurado —prosiguió H. M., elevando el tono de voz—, y trate de hacerlo, como si estuviese luchando con él. Tengan cuidado; no se arranquen el uno al otro de sus asientos, ni salgan volando por encima de las dos barandas... ¡Ah, por fin lo lograron!

El presidente del jurado era un hombre de aspecto impresionante, con bigote gris, y cabellos sospechosamente demasiado negros, y peinados con raya al medio. El fuerte tirón casi lo sacó del palco del jurado, lo mismo que a un pescado al final de la línea. Pero cuando la pluma, después de muchos esfuerzos, empezó a partirse, se deshizo o dividió en muchos pedacitos o partículas, pareciendo mucho más una araña aplastada que una pluma rota.

—Es evidente —dijo H. M., en medio del silencio y la sorpresa de todos—, que no se puede romper la pluma en esa forma. Yo las uso para limpiar mis pipas, y me consta. Ahora observe la pluma rota de la flecha con la cual se perpetró el asesinato. ¿La miró bien? El borde del pedazo de la pluma ha quedado desparejo, pero muy neto, y el corte fue hecho con limpieza y precisión. ¿No es cierto?

—Sí, en efecto —respondió Mottram con ecuanimidad.

—¿Reconoce entonces que el trozo de pluma no se puede haber cortado en esa forma durante una pelea?

(—¡Dios mío —susurró Evelyn—, ha logrado probarlo!).

Mottram se quedó callado; su sentido de la honestidad le impedía formular el más mínimo comentario. Miró alternativamente a los fragmentos de pluma y a H. M., y varió un poco la postura de sus pies. Por primera vez se había logrado demostrar que en la acusación había una falla. La fría y tranquila intervención de *Sir Walter Storm* reprimió toda la posible excitación que pudieran experimentar los oyentes.

—Su Señoría, deseo comentar que el experimento de mi estimado colega me parece ser más espectacular que concluyente. ¿Puedo ver la pluma que fue utilizada para la prueba?

La pluma le fue entregada, y H. M. y él se hicieron un pequeño saludo muy frío y formal. Ahora comenzaría a atacar seriamente el fiscal. Hasta ese momento la victoria se daba por descontada, y el caso había dado la impresión de ser muy simple y fácil.

H. M. emitió un sonido de protesta semejante a un gruñido.

—Si aún tiene alguna duda, inspector, trate de hacer la misma prueba con cualquiera de las otras plumas que tiene la flecha... Le vuelvo a repetir: ¿reconoce que la pluma no se pudo haber roto en la forma y circunstancias que creía?

—No sé, no le podría decir —respondió Mottram con sinceridad.

—¿Pero usted es un hombre fuerte, y sin embargo no pudo hacerlo?

—Lo mismo no me animaría a asegurar...

—Limítese a responder a mis preguntas. La pluma se partió en dos pedazos; ¿cómo pudo romperse?

—La pluma guía de esa flecha era vieja y... frágil, por estar reseca. De manera que...

—¿Cómo y cuándo se rompió?

—No puedo contestarle, señor, si usted me interrumpe y no me deja acabar de hablar. No puedo creer que una pluma sea un objeto tan duro e irrompible hasta el extremo que no se pueda partir en dos pedazos.

—¿Usted pudo lograrlo?

—No, no con la pluma que me dio.

—Trate de partir en dos una de las otras plumas viejas y resacas, que tiene la flecha. ¿Puede hacerlo? No. Muy bien. Ahora hágame el favor de observar —y levantó la ballesta, mostrándosela—. Suponga que coloca una flecha para disparar

con este arco. Al introducir la flecha en la ranura, pondrá la pluma que sirve de guía en el medio, ¿no es así?

Mottram estaba un poco aturdido.

—Supongo; no sé.

—Dígame: ¿No introduciría esta flecha en la ranura y la empujaría hacia atrás, hasta apoyar la base contra el disparador?

—Tal vez se deba colocar así.

—Y por lo tanto, ¿no sería posible que la flecha haya sido agarrada y cortada por los dientes del mecanismo giratorio, por medio del cual se tiende al arco?

—No conozco las ballestas, ni sé cómo funcionan.

—Pero yo le estoy mostrando una, y la puede ver bien al tenerla delante suyo. En conclusión —exclamó muy fuerte H. M., sin dar tiempo al fiscal para hacer alguna objeción—, sostengo que la única manera en que pudo cortarse en forma tan neta esa pluma y presentar un borde así el pedazo que quedó en la flecha, ha sido la gran tensión producida por una catapulta de acero flexible, la cual al ser puesta en movimiento para disparar la partió en dos.

Apretó H. M. el gatillo de la ballesta. Se sintió un ruido repentino y sobrecogedor, y la cuerda vibró con violencia chocando contra el arco.

—¿Dónde está la pluma? —preguntó H. M.

—*Sir Henry* —dijo el juez—, se limitará usted a interrogar en lugar de argumentar.

—Perdone Usía —gruñó H. M.—, le ruego me deje continuar.

—¿Debo entonces suponer que estas preguntas son pertinentes?

—Estamos convencidos de ello —respondió H. M., desenmascarando sus planes—. En el momento oportuno, mostraremos en el tribunal la ballesta con la cual trataremos de probar que el crimen fue, en verdad, cometido.

Se sintieron muchos crujidos en la sala, al moverse muchos de los presentes sobre sus asientos, por la excitación. Alguien tosió. El señor J. Bodkin se quedó mirando a H. M. por un rato; luego volvió a dirigir la vista al papel que tenía delante, y a mover rápidamente su mano al continuar escribiendo. Hasta el procesado contempló a H. M., aunque demostrando más sorpresa o sobresalto que verdadero interés en lo que se decía.

H. M. se volvió a dirigir a Mottram, quien había permanecido callado.

—Volvamos a ocuparnos de esta flecha. ¿La examinó en cuanto llegó a la casa de la calle Grosvenor?

—Sí, lo hice —contestó el inspector, después de toser levemente para aclararse la voz.

—¿Declaró también que la capa de polvo que cubría la flecha no había sido tocada, salvo donde se hallaban las impresiones digitales?

—En efecto.

—Mire la fotografía número 3 del álbum, y respóndame si ha dicho al pie de la letra la verdad. ¿No se ha olvidado de mencionar esa muy fina línea vertical, que se extiende a lo largo del asta de la flecha, muy bien marcada, y donde evidentemente no hay polvo?

—Yo dije que no había otras marcas en la capa de polvo. Y era la pura verdad. Nunca hubo polvo sobre esa fina línea que se ve en el asta. Era la parte de la superficie de la flecha que daba contra la pared, y sobre esa línea no se pudo acumular el polvo. Lo mismo que ocurre cuando un marco está colgado muy derecho y bien pegado contra la pared; ya lo habrá usted observado con frecuencia.

—Lo mismo que la parte de atrás de un cuadro, dice. ¿Vio alguna vez esa flecha, cuando estaba colocada contra la pared?

—Por supuesto que no.

—¿No? Pero sin embargo oyó declarar al testigo Dyer que esta flecha no estaba colocada del todo pegada contra la pared. ¿No recuerda cuando éste explicó que se hallaba sostenida a la pared por medio de pequeños ganchos o sostenes?

Pausa.

—Recuerdo que yo mismo observé cómo las otras dos flechas se hallaban colocadas del todo pegadas contra la pared.

—Sí. Formaban los dos lados superiores de un triángulo, y tenían que estar sostenidas en esa forma, y bien contra la pared. Y por lo tanto, ¿cómo debía estar colocada esta tercera flecha, que formaba la base del triángulo?

—No entiendo bien su pregunta.

—Se la volveré a hacer. Dos lados del triángulo estaban bien contra la pared, ¿no es cierto? El tercer lado, la base, cruzaba y unía los extremos inferiores de esas dos flechas. Por consiguiente, esta flecha estaba apoyada sobre las otras dos y a una distancia de la pared de un cuarto de pulgada, o tal vez un poco más. ¿Acepta el testimonio de Dyer sobre todo esto?

—Si Su Señoría no ha rechazado el testimonio, yo también lo acepto sin dudar.

—Muy bien —prosiguió con violencia H. M.—. ¿Pero si se hallaba colocada a un cuarto de pulgada de la pared, no se vería del todo libre y protegida del polvo, no le parece?

—No del todo.

—¿No del todo protegida? ¿Reconoce que la flecha no estaba pegada contra la pared? Bien. En ese caso, ¿no cree que toda el asta, y también su lado contra la pared, tendría polvo acumulado?

—Es una pregunta difícil de contestar.

—¡Me imagino que sí! Pero toda la superficie del asta de la flecha no estaba cubierta de polvo, ¿no era así?

—No, de un lado no había.

—¿Había una fina línea vertical que se extendía a todo lo largo del asta?

—Sí.

—Insisto nuevamente —dijo H. M., mostrando la ballesta—, que del único modo como se pudo marcar esa línea habría sido al introducir la flecha en la ranura y haberla disparado luego con la ballesta.

Mientras enseñaba a todos la ballesta, pasó un dedo por la ranura del arma, y su rostro adquirió una expresión malévola (que pudimos ver cuando miró a su alrededor); luego se sentó.

—Bah —dijo H. M.

Se sintieron varios suspiros de alivio en el tribunal. El viejo oso no estaba ciego de ira, maltrecho o agotado, y había logrado causar sensación. El inspector Mottram, de cuya sinceridad como testigo no se podía dudar, había sido sometido a un duro interrogatorio. Esto no le había abatido; el testigo había, por el contrario, adelantado un poco la mandíbula inferior y apretado los dientes, como si se aprestase a continuar la lucha y obtener una revancha; esperaba con impaciencia las preguntas que le haría el fiscal al volverle a examinar.

—Nos ha explicado repetidas veces —dijo bruscamente *Sir Walter*—, el «único modo» como se pudo llegar a producir cierto efecto determinado. Le ruego observe con atención algunos detalles que se pueden ver en las fotografías. ¿Nota cómo la flecha fue arrancada de la pared, con un violento tirón de izquierda a derecha? ¿Ya ha prestado declaración sobre esto, no?

—Sí, señor.

—¿Fue arrancada la flecha tan violentamente, que al mismo tiempo se salieron y cayeron los ganchos o sostenes?

—Sí, en efecto.

—¿Al darle un tirón semejante, no saldría la flecha con fuerza hacia un lado?

—Sí, sin duda ocurriría así.

—Por lo tanto, al ser arrancada la flecha y rozar la pared, ¿se marcaría una fina línea sin polvo, igual a la que se ve a lo largo del asta?

—Sí, pasaría eso.

El juez Bodkin miró por encima de sus anteojos, que tenía puestos muy bajos.

—Me parece que este punto está bastante confuso, *Sir Walter*. De acuerdo con mis notas, se afirmó primero que no había polvo sobre el asta de la flecha, del lado de la pared. Ahora, por el contrario, se supone que la línea se formó al raspar o rozar dicha flecha contra esa pared. ¿Cuál de esas dos alternativas elige usted?

—Se trata de un punto muy fácil de aclarar, *Usía*. Imitando las explicaciones de mi estimado colega sobre la ballesta, intentaba yo también probar una teoría. Mi estimado colega insiste en afirmar que sólo en una forma pudo ocurrir algo. No podrá oponerse a que yo le demuestre muchas y diferentes formas... Dígame, inspector: en su casa, ¿supongo que tendrá cuadros colgados de la pared?

—¿Cuadros, señor? Sí, muchos.

—¿Están colgados del todo verticales, o algo inclinados y separados de la pared en la parte superior de ellos?

—No, no están del todo pegados a la pared, sino algo inclinados.

—A pesar de esto —replicó el otro, mirando especialmente a las mujeres que formaban parte del jurado—, ¿no se acumula algo de polvo en la parte de atrás de los marcos?

—No, casi nada.

—Muchas gracias. En cuanto a la única forma, la única forma en el mundo como se puede lograr partir una pluma en dos pedazos —prosiguió el abogado, con amable y aguda ironía— ¿tengo entendido que, al presentarse este caso, adquirió usted algunas nociones sobre el arte de tirar con arco y flechas?

—Sí, señor.

—Bien. ¿No es cierto que la pluma que sirve de guía de una flecha, en este caso, la que está rota, se gasta y roza mucho más que las demás? Lo que quiero explicarle es que está más cerca de la base de la flecha y de la cuerda del arco; y por lo tanto, al ser colocada con la mano dicha flecha para tirar, se puede dañar con mayor facilidad esa pluma que las otras dos.

—Es verdad. Y por este motivo hay que cambiarlas con frecuencia.

—¿No es posible que al luchar dos hombres, uno de ellos en defensa de su propia vida, y al tratar de arrancarse la flecha, se haya podido romper esta pluma?

—A mí me parece que sería muy posible que esto ocurriera; pero debo sin embargo admitir...

—Eso es todo —le interrumpió *Sir Walter*. Subrayó el efecto causado por su interrogatorio sobre los oyentes, haciendo una pausa mientras el testigo se levantaba y se iba. Luego, le dijo al juez:

—La declaración del procesado y de los testigos, al ser interrogados, constituyen y ponen fin, Su Señoría, a los numerosos testimonios a favor de la Corona.

Lo peor había ya pasado. A pesar de que el fiscal examinó hábilmente al último testigo, se había logrado debilitar un poco el valor y la fuerza de la acusación contra el procesado; e infiltrar sobre todo, un cierto desconcierto en el público. El desconcierto precede muchas veces a la duda. Entre los rumores que oían en la sala *Evelyn* me susurró al oído, con mucho entusiasmo.

—Ken, H. M. conseguirá triunfar. ¡Estoy convencida! Las preguntas del fiscal fueron muy poco hábiles. Estaban bien formuladas, pero fueron ineficaces y carecieron de consistencia; no debió haberse referido al polvo que se acumula en la parte de atrás de los cuadros. Por supuesto que se acumula el polvo allí... y a montones. Observé las caras que pusieron las mujeres que forman parte del jurado, y no era nada difícil adivinar lo que pensaban. A menos que un objeto tan pequeño como es esa flecha estuviese del todo contra la pared, en otra forma estaría su superficie completamente cubierta por una capa de polvo. ¿No notas cómo ahora dudan y no saben qué pensar las mujeres y varios hombres del jurado?

—Chis. No hables.

El juez estaba mirando la hora en el reloj que había en la sala, cuando empezó a hablar con voz potente un escribiente del tribunal:

—Señores miembros del jurado, al comparecer el procesado ante los magistrados, se le preguntó si deseaba alegar algo en su defensa; se le informó que no tenía obligación de hacer ninguna declaración; pero en caso de que hiciera alguna, sería ésta consignada por escrito, y podía ser utilizada como evidencia en el juicio a iniciarse. Respondió a todo esto: «Soy inocente del crimen que me acusan, y me ha aconsejado el abogado defensor abstenerme de toda declaración, hasta que comience el juicio. Por esta terrible acusación, he perdido todo lo que amaba o me interesaba en el mundo; por lo tanto, me es indiferente lo que me puedan hacer; pero, no obstante, vuelvo a declararles que soy inocente. Esto es todo lo que tengo que decirles».

—Si *Sir Henry* no se opone —anunció el señor Justice Bodkin alegremente—, suspenderemos el juicio hasta mañana.

Con mucho ruido y confusión, nos pusimos todos de pie al levantarse el juez.

—Todas las personas de algún modo relacionadas con el caso, y que deban volver a comparecer ante los Lores, Jueces Reales de Oyer y Terminer, cuyos fallos corresponden a la jurisdicción del Tribunal Criminal Central —la lluvia seguía cayendo sin cesar sobre el techo de vidrio; y era esa hora avanzada de la tarde cuando nos atrae tomar algún «cocktail»—, pueden retirarse, debiendo presentarse aquí nuevamente mañana, a las diez y media en punto.

«Dios salve al Rey, y a los Lores, Jueces Reales».

De nuevo, volvieron a oírse ruidos y conversaciones, al prepararse la gente a abandonar la sala. El juez se dirigió a la puerta privada, que había detrás del estrado, caminando, a pesar de su peso, con juvenil agilidad. El público que colmaba el Juzgado número uno se fue dispersando, se dividió en muchos seres aislados que volvieron a ocuparse de sí mismos y de sus pensamientos habituales, tomando sus sombreros y yéndose a sus casas. Alguien bostezó con fuerza, y luego se oyó con toda claridad una voz que exclamaba:

—¡*Vigílate, Joe!*

Nos sorprendió a todos. Miramos hacia donde estaba el banquillo de los acusados, por provenir de esa dirección el alboroto. Los dos guardias se habían abalanzado, y sujetaban por los hombros al procesado. Al empezar a bajar los pocos escalones hacia la puerta por la cual se iba adonde se hallaban las celdas, Answell se había vuelto repentinamente y corrido en dirección a la baranda que estaba delante del banquillo de los acusados. Sentimos el ruido de sus pisadas sobre el piso, tan brillante como el de un salón de baile, y que había sido pulido por los pies de muchos que ahora estaban muertos. Pero al llegar junto a la baranda, no intentó escaparse. Se detuvo,

apoyó sus manos sobre ella, y habló con desesperación, pudiéndose oír muy claramente sus palabras. El sonido de su voz resultó sorprendente y casi aterrador.

—¿Para qué continuar con esta farsa? Esa pluma se rompió al hundirle yo la flecha en el pecho. Soy culpable y lo confieso: fui yo el que asesinó a ese viejo repulsivo y canalla; por lo tanto condéñenme de una vez, y no pierdan más el tiempo.

IX

«ROJAS TOGAS SIN PRISA»

SI ALGUIEN me hubiera preguntado sobre lo que podría ocurrir en caso de un incidente como ése, hubiera imaginado cualquier contingencia, pero jamás hubiera soñado lo que en la realidad pasó. Todos miramos al juez, ya que el procesado se dirigía a él. En ese momento, el señor Justice Bodkin había llegado casi a la puerta, situada hacia la derecha y detrás del estrado, y por la cual salía y entraba al tribunal. Tal vez por un décimo de segundo, interrumpió sus rápidos pasos, y se detuvo dudando. Tal vez por un décimo de segundo, se volvió, y miró al procesado como si no le hubiese oído o no lo reconociera. Luego la roja toga —sin ninguna prisa— desapareció junto con la blanca peluca al salir el juez, y cerrarse la puerta tras él.

No había oído las palabras que el procesado, con desesperación y muy claramente, le había gritado desde la corta distancia que mediaba entre ellos. De modo que todo el público simuló también no haberlas oído. Sin inmutarnos, tomamos nuestros sombreros, nuestros paraguas y nuestros paquetes; guardamos las notas que habíamos sacado, miramos al suelo, y nos quedamos callados, sin hablar con los que estaban a nuestro lado...

—¡Dios mío!, ¿no quiere nadie tener la bondad de escucharme? ¿No oyen lo que les estoy diciendo? Escúchenme... Por favor... —Los miembros del jurado comenzaron a salir uno detrás de otro, siguiéndose como ovejas, ninguno de ellos se dio vuelta, salvo una mujer un poco asustada y que fue inmediatamente llamada al orden por el guardia que los acompañaba—. ¡Por favor, por amor de Dios, escuchen mis palabras! Yo lo asesiné; confieso mi culpa; quiero que...

Resonaron sordamente las frases con que trató de calmarlo uno de los guardias:

—Seréne, muchacho; quédese tranquilo; déjeme que lo lleve; no se resista; llevémosle, Joe... vamos...

Answell se quedó quieto, y miró a un guardia y después al otro. No nos animamos a levantar la vista y contemplar el rostro del procesado; sin embargo, tuvimos la sensación de que nunca hasta ahora se había sentido tan al fondo de un abismo. Sus ojos expresaban su angustia y desorientación cuando le hicieron bajar los escalones y se lo llevaron a la fuerza de la sala.

—¡Escúchenme!... esperen, no quiero que me lleven... no; esperen, se los ruego... yo... ¿no quieren escucharme? *Confieso* mi culpabilidad, ¿no lo oyen?

—Cálmese, muchacho; ya lo podrá hacer; no haga fuerza; cuidado con ese escalón...

Salimos con todo orden del tribunal, y sin hacer comentarios; la sala, con sus muebles de madera clara, tomó al retirarnos el aspecto de un aula al terminar las clases del día. Lollypop, muy pálida, me hizo un signo que yo interpreté como: «Nos encontramos abajo». No pude llegar a descubrir a H. M. entre el numeroso público.

Comenzaron a ser apagadas las luces. Me sentí aprisionado por una red de murmullos, comentarios, y confusos ruidos.

Alguien me dijo al oído:

—... ya no falta sino ahorcarle.

—Es verdad —susurró otra voz—. Y sin embargo, por unos segundos, casi pensé que...

—¿Que era inocente?

—No sé; tal vez no tanto; no obstante, dudaba...

Afuera, Evelyn y yo cruzamos algunas frases.

—Es muy probable que tengan razón —reconoció ella—; me he quedado muy deprimida. Lo siento, Ken, pero tengo que irme. Le prometí a Silvia ir a verla a las 18:30. ¿Me acompañas?

—No. Tengo que darle un mensaje a H. M. Tan sólo transmitirle que «sí» de parte de Mary Hume. Por eso me quedo.

Evelyn se cruzó bien el abrigo de piel.

—Yo quiero irme en seguida. ¡Qué día espantoso, Ken! ¿Por qué habremos tenido la nefasta idea de asistir a este juicio? Esto... le condena del todo, ¿no te parece?

—Depende si se lo considera o no como evidencia, y no debe de serlo ya que simularon no oír lo que él dijo.

—¡Oh, evidencia!... —exclamó Evelyn con expresión de desprecio—. ¿Qué importa la evidencia? ¿A qué conclusión habrías llegado si formaras parte del jurado? Eso es lo que realmente cuenta. ¡Ojalá no hubiéramos venido, y no hubiera oído nunca comentar este caso! ¿Qué tal era la novia? No, no me digas. No quiero saberlo. Esta horrible confesión... Adiós, querido. Hasta luego.

Se alejó rápidamente bajo la lluvia, y yo me quedé de muy mal humor entre los que se agolpaban en la salida. A pesar de que ahora casi no llovía, la gente no se movía de la puerta del Old Bailey. En los rostros, se dibujaba una expresión parecida a la de los alumnos, después de haber asistido a una clase agotadora. Un viento frío y despiadado soplaba entre los edificios, y las luces de gas en la calle Newgate brillaban blanquecinas y solemnes. Entre el amontonamiento de autos que estaban estacionados esperando a sus dueños, pude descubrir al Vauxhall cerrado de H. M. (sucesor de un Lanchester antediluviano), y a su chofer Luigi. Me apoyé contra el auto, y traté de fumar un cigarrillo, a pesar del viento. Mi estado de espíritu me inclinaba a recordar muchas cosas. Por ese lado, y después de pasar la iglesia del Santo Sepulcro, se hallaba la calle Giltspur: yendo por dicha calle se llegaba a Plague Court, en donde se atormentaba hace siglos a los reos, y por donde caminábamos a veces H. M. y yo, evocando a los fantasmas; en esa época, James Caplon Answell no había planeado todavía asesinar a nadie. El público se fue alejando poco a poco del Old Bailey. Después de cerrar todas las puertas, dos vigilantes de la ciudad de Londres —con altos cascos de género azul oscuro, y algo parecidos a los que usan los bomberos— salieron y miraron quiénes quedaban. H. M. fue casi el último en salir.

Lo hizo caminando lentamente, con su viejo sombrero de copa echado algo hacia atrás, y con el sobretodo, de cuello de piel muy picado por la polilla, del todo abierto y flotando. Por la indignación apenas contenida que mostraba, me di cuenta que acababa de tener una entrevista con Answell.

Me hizo entrar al auto.

—¡Mala suerte! —dijo H. M. brevemente. Luego añadió—. ¡Qué asno y qué falta de cabeza la suya! Se ha hundido a sí mismo.

—¿De modo que en realidad es culpable?

—¿Culpable? No. Por cierto que no. Esa confesión fue inspirada por su concepto de cómo debe proceder un caballero... Tengo que salvarle, Ken —continuó diciendo H. M. sombríamente—. Merece que se lo salve.

Al dar vuelta en la calle Newgate, un auto que pasaba rozó apenas un guardabarro del nuestro; H. M. sacó la cabeza por la ventanilla e insultó al conductor con tantas ganas y despliegue de invectivas, que por esto me pude dar idea de su estado de ánimo.

—Supongo —prosiguió H. M.—, que él pensó bastaba hiciera una confesión, para que el juez le respondiese: «Bueno, jovencito; no hace falta añadir más; ¡llévense al reo y cuélguenlo!»... y que todo el asunto estaba así concluido.

—¿Pero por qué quiso hacer una confesión? Quisiera saber además si será utilizada como evidencia o no.

La opinión de H. M. sobre este punto era muy parecida a la de Evelyn.

—Por supuesto que no es evidencia. Pero lo malo es la impresión que habrá causado y causará, pese a que un juez viejo y experimentado como Pacífico Bodkin les pida que no la tengan en cuenta. Tengo mucha fe en Bodkin, Ken... ¿Le oí a usted comentar que lo peor habría pasado cuando el fiscal terminara de examinar a los testigos? Hijo, recién ahora empiezan nuestras complicaciones. Lo que más me preocupa es el interrogatorio de Answell. ¿No ha visto nunca a Walt Storm examinar a un acusado? Le destroza y desarma, como si se tratara de un reloj, y luego desafía al abogado defensor para que vuelva a colocar en su sitio las diferentes rueditas y salve si puede al procesado. No tengo ninguna obligación legal de someter a Answell a un interrogatorio; pero si no lo hago, no tendría más remedio que soportar todos los ataques y comentarios que Storm quiera hacerme, y en este juicio es imprescindible hacerle declarar a ese jovencito acusado. Lo que más temo es que a mi propio testigo se le ocurra fallarme. Imagínese que después de haber prestado juramento vuelva a repetir lo que dijo hace un rato... bueno, en ese caso *sería evidencia*, y yo no podría salvarle.

—Le repito nuevamente (esa peculiar forma de expresarse que tenían en el tribunal resultaba contagiosa), ¿por qué confesó Answell?

H. M. dio una especie de gruñido. Estaba bien echado hacia atrás en el asiento del auto, tenía colocado su viejo sombrero de copa casi sobre los ojos, y había cruzado sus gruesos brazos sobre el pecho.

—Porque alguien le ha dado cierta información. No sé con seguridad cómo lo hizo, pero sí sé quién ha sido. Fue Reginald. ¿No observó cómo él y Reginald cambiaron miradas significativas durante toda la tarde? Pero usted no conoce a Reginald.

—Sí, le conocí esta tarde, en la casa de los Hume.

Con sus ojos penetrantes, me miró H. M. de soslayo.

—¿Ah, sí? —me comentó con mucho interés—. ¿Y qué impresión le hizo?

—Bueno... una impresión favorable. Tal vez un poco estirado y poco natural, pero parece una buena persona.

Mi amigo dejó de mirarme.

—¡Hum-hum! Y, hablando de otra cosa, ¿cuál fue el mensaje que le dio Mary?

—Me dijo con emoción, y me volvió a repetir, que le dijera que sí.

—Me gusta mucho esa joven —dijo H. M. Y por debajo del borde de la galera, muy echada hacia adelante, levantó los ojos y miró hacia el parabrisa del auto—. Todavía es posible que yo pueda triunfar, y que todo se arregle. Tuve esta tarde bastante suerte, y también algunos contratiempos y episodios perjudiciales. El peor contratiempo fue cuando Spencer Hume no apareció a declarar como testigo. Yo deseaba interrogarle, y pensaba que su declaración me ayudaría: si no estuviese del todo calvo, me habrían salido bastantes canas cuando no apareció. ¡Me gustaría mucho saber si se ha escapado y dónde está! Todavía no sé qué pensar. La gente cree sin duda que no tengo ningún sentido del decoro. Lindo espectáculo hemos dado Lollypop y yo, corriendo de aquí para allá y haciendo todo el trabajo sin ayuda de ningún otro abogado, ¿no? Demasiado ajeteo para un abogado de categoría, ¿no le parece?

—Francamente —le respondí—, la verdadera causa de todo esto es que no ha querido tener como colaborador a ningún abogado, H. M. Es usted muy personal, y desea conducir la defensa a su antojo.

Esto era, por desgracia, tan cierto que le hizo ponerse furioso, y sobre todo porque sus anteriores protestas contra el conductor del otro auto indicaban que algo le preocupaba en ese momento intensamente.

—¿De modo que éstas son todas las ponderaciones que recibo? ¿Y el reconocimiento por todo lo que he hecho? Después de todo lo que me cansé yendo de aquí para allá como un changador, y las averiguaciones que hice en esa estación...

—¿Qué estación?

—No le interesa cuál —me respondió H. M., interrumpiéndose de repente, y poniéndose serio. Pero se quedó tan contento al haberme dejado intrigado con esto, que se calmó también inmediatamente—. Hum. Dígame, Ken: ¿de acuerdo con las declaraciones que escuchó hoy, a cuál de las estaciones de ferrocarril hubiese ido usted?

—¿Para tomar qué tren? No me explico —respondí—, por qué razón se ha tocado en esta conversación el tema de las estaciones de ferrocarril; ¿a menos que no se trate

de una forma sutil por la cual quiera sugerirme que el doctor Hume se escapó?

—Tal vez. En verdad, no sé qué pensar... —Por un instante se quedó mirando fijo hacia adelante, y luego dirigiéndose a mí, agitado, me preguntó—: ¿Vio por casualidad al doctor Hume esta tarde, cuando estuvo en su casa?

—Sí, allí estaba; estuvo muy amable, e hizo una cantidad de comentarios sin interés.

—¿Siguió usted mis indicaciones y trató de crear una atmósfera de misterio e inquietud?

—Sí, y tuve mucho éxito; aunque en verdad no podría decir por qué razón impresionó tanto lo que dije. No obstante, me acuerdo muy bien que nos dijo que iba a declarar como testigo a la tarde. Explicó que insinuaría en todas formas que Answell estaba loco; y ahora recuerdo también que se hallaba con él en la casa un médico psiquiatra, un doctor Tregannon...

El sombrero de H. M. se deslizó tan lentamente sobre su nariz, y hacia el suelo, que pensé, por un momento, que había tratado de hacer alguna prueba con él. Le gustaba mucho ese sombrero; pero no prestó atención cuando cayó sobre el piso del auto.

—¿Tregannon? —me preguntó con curiosidad—. Doctor Tregannon. ¡Oh, Dios me ampare! ¿No sé si convendrá que vaya en seguida a esa casa?

—Espero que no tengamos que ponemos a salvar a alguna heroína —le contesté yo—. Pero ¿qué es lo que teme o le preocupa? ¿Está pensando sobre lo que podrá estar haciendo ese tío siniestro, o lo que le hará a Mary Hume por declarar a favor del acusado? Yo también me he preocupado por todo esto; pero son disparates. Hay que atenerse a la realidad, H. M., y no a la que pasa tan sólo en las novelas. ¿No le parece imposible que se le ocurra a él hacerle algo a su sobrina?

H. M. reflexionó.

—No, no creo que le haga nada, o que corra peligro —me respondió él con toda seriedad—. Pero está tratando de defender su buen nombre. Y el beato tío Spencer podría volverse muy poco agradable al saber que ella no pudo hallar sus zapatillas... Eso es lo que me preocupa.

—¿Tiene esto algo que ver con la misteriosa y siniestra relación que parece haber entre una almohadilla para sellos, una estación de ferrocarril, una ventana de Judas y un traje para ir al golf?

—Sí, tiene que ver. Pero no se preocupe ni trate de saber el misterio de todo esto. Supongo que esa jovencita está todavía a salvo de todo peligro, y lo que quiero ante todo es comer algo.

Tuvo que esperar aún un buen rato antes de poder realizar su deseo. Al detenerse el auto frente a la casa de H. M., en la calle Brook, vimos a una mujer que estaba subiendo en ese momento la corta escalinata que conducía a la puerta de entrada. Tenía puestos un abrigo de piel y un sombrero, colocado con gracia. Al vernos, bajó corriendo en dirección a nosotros, buscando al mismo tiempo algo dentro de su

cartera. Mary Hume nos miró con sus hermosos ojos azules: estaba sin aliento, y casi se le saltaban las lágrimas.

—Traigo buenas noticias —nos dijo ella—, podemos salvar a Jim.

El rostro de H. M. adquirió una expresión pesimista.

—No lo creo —exclamó—. ¡No es *posible* que nosotros tengamos un poco de suerte! El destino se ha ensañado contra ese pobre muchacho, y la suerte le ha abandonado del todo...

—Sin embargo, es cierto. Mi tío Spencer se ha fugado, y me ha dejado una carta, en la cual prácticamente me confiesa...

Buscó en su cartera y, con el apuro, se le cayeron sobre la vereda un lápiz para labios y un pañuelo. Al encontrar por fin la carta, el viento se la hizo volar de la mano, y felizmente la pude agarrar en el aire antes de que se fuese lejos.

—Entremos —dijo H. M.

La casa de H. M. es una de esas mansiones lujosas y frías, que parecen haber sido construidas sólo para dar recepciones, y la mayor parte del tiempo habitaban allí nada más que H. M. y la servidumbre: su esposa y dos hijas estaban casi siempre en el sur de Francia. No encontró H. M. su llave de la puerta de calle, lo cual le pasaba casi todas las veces; de modo que se puso a golpear a la puerta y a dar voces con todas sus ganas, hasta que abrió el mucamo, y le preguntó si deseaba entrar. En un escritorio glacial, y con muchos anaqueles con libros, que se hallaba situado al fondo de la casa, le sacó H. M. la carta que tenía en la mano a la joven y la puso bajo la luz de una lámpara que había sobre una mesa. Eran varias hojas de papel, escritas con cuidado, y con hermosa y apretada letra.

Lunes, a las 2 de la tarde.

Querida Mary:

Cuando recibas ésta, estaré ya lejos; y creo que será muy difícil poder encontrarme. Me apena haber tenido que tomar esta resolución, porque no he hecho nada —absolutamente nada— de lo cual pueda avergonzarme: por el contrario, he tratado de ayudarte. Pero Tregannon teme que Merrivale haya hablado con Quigley, y le haga declarar mañana en el tribunal; y algunos comentarios que pude oír esta tarde en casa me han hecho llegar a la misma conclusión.

No quisiera que pudieras llegar a juzgarme mal. Puedes tener la seguridad de que si mis palabras hubiesen servido para algo no hubiese dejado de hablar. Algunos detalles de este desgraciado asunto me preocupan mucho. Quiero decirte que fui yo el que consiguió el narcótico que se agregó al whisky tomado por Answell. Es «brodina», un derivado de escopolamina, narcótico con el cual hemos estado haciendo experimentos en el hospital.

—¡Hurra! —exclamó H. M., golpeando al mismo tiempo con el puño cerrado sobre la mesa—. Éstos son datos muy interesantes, amiguita.

Ella observó la expresión de su rostro.

—¿Cree que esto conseguirá absolverle?

—Es la mitad de lo que necesitamos. ¡Pero cállese y déjeme leer!

Sus efectos son casi instantáneos, y la persona que la toma pierde el conocimiento durante casi media hora. Answell se despertó un poco antes de lo calculado: tal vez porque le

enderezamos un poco para poderle hacer tragar el licor de menta que le dimos para que no le quedase ningún olor a whisky.

—¿Recuerda lo que Answell mismo dijo? —preguntó H. M.—. Lo primero que notó ese muchacho al despertar fue que sentía en su boca un fuerte olor a menta, y se había chorreado algún líquido por las comisuras de sus labios y la parte inferior de su rostro. Desde el caso Bartlett se ha discutido mucho sobre la posibilidad de hacer tragar algún líquido a una persona que estuviese dormida, sin que al hacerlo se ahogase.

Yo no podía todavía entender nada de lo que se leía o decía.

—¿Pero quién le dio el narcótico? ¿Y por qué? ¿Y qué demonios se proponían hacer? A Avory Hume ¿le gustaba Answell, o le odiaba con toda su alma?, ¿qué sentimiento abrigaba hacia él?

A mí me pareció entonces un error mezclar el narcótico con el whisky que había dentro del botellón, en lugar de echarlo dentro de la bebida ya servida en un vaso, porque esto significaba tener que deshacerse luego del botellón. Te aseguro, Mary, que la idea de que alguno pudiese hallar el botellón me ha hecho pasar momentos muy desagradables y sentir mucha angustia.

Por último, me puse de acuerdo con Tregannon y Quigley para hacer lo que debía hacerse. Ésa es toda mi culpabilidad. No tengo ninguna responsabilidad si mis esfuerzos bien intencionados produjeron tan terribles resultados. Pero espero que comprendas los motivos que me hicieron callar.

En ese momento, y al dar vuelta una hoja, emitió H. M. un sonido ahogado; y luego un quejido. Nuestras esperanzas se vinieron abajo, y casi tan rápidamente como un ascensor al caer.

Por supuesto, si Answell hubiese sido inocente, no hubiese dudado un instante y hubiese contado la verdad. Debes creerme. Pero, como ya te he dicho, ni la verdad le hubiese ayudado o salvado. Es culpable, querida... culpable en forma patente. Asesinó a tu padre durante uno de esos ataques de furia, por padecer de los cuales es conocida, desde hace mucho tiempo, su familia; prefiriendo yo una y mil veces que sea condenado y ejecutado por el verdugo, y no temblar al verle libre y pensar que puedas tú llegar a ser su víctima. Tal vez sus afirmaciones de inocencia sean sinceras. Quizá no sepa que él mató a tu padre. La «brodina» es un narcótico cuyos efectos son todavía poco conocidos. No hace daño al paciente; pero cuando éste empieza a recobrar el conocimiento, a veces se queda con una amnesia parcial. Sé que lo que te voy a decir te resultará muy doloroso y terrible, pero quiero que sepas lo que en realidad ocurrió. Answell creyó que tu padre le quería hacer una mala jugada, y que por eso le había hecho beber un narcótico. Se dio cuenta de que habían echado dentro del whisky alguna droga para dormirle, en cuanto empezó a perder el conocimiento. Esta idea quedó grabada en su mente, y fue lo primero que recordó al despertar... pese a que se haya tal vez olvidado de lo que pasó después, por no hallarse sino a medias despierto en ese momento. Por desgracia, habían estado comentando antes cómo era posible matar a una persona con una flecha. Answell agarró la flecha y la hundió en el pecho de tu padre, antes que el pobre Avory pudiera adivinar sus intenciones: y fue así cómo este novio tuyo, en cuya inocencia crees, al recobrar la memoria se halló sentado sobre la misma silla que había ocupado al entrar. Pero pocos instantes antes, había perpetrado el crimen.

Por Dios te juro, Mary, que esto es la pura verdad y lo que realmente ocurrió. Yo lo he visto con mis propios ojos. Adiós, te bendigo y deseo tu bien, así no pueda volver a verte más.

Tu tío que te quiere,

SPENCER

H. M. se cubrió los ojos y se apretó las sienes con las manos. Caminó lentamente de un lado a otro, sin alejarse mucho de donde estaba la mesa; por fin se sentó en un sillón. Todos en ese momento dudábamos, y no sabíamos qué pensar.

—¿No basta...? —exclamó la joven.

—¿Salvarle con esto? —dijo H. M., mirándonos con rostro preocupado—. Mi querida amiguita, si se leyese esta carta en el tribunal, nada en el mundo podría salvarle. Me pregunto si algo puede salvarle aún. ¡Haría falta un milagro!

—¿No sería posible cortar el último pedazo de la carta, y mostrar únicamente la primera parte? Eso es lo que pensé que se podía hacer.

H. M. la miró con aire de crítica. Era ella muy bonita, y mucho más inteligente de lo que se podría deducir de acuerdo con esta proposición.

—No, no se puede —le respondió—. No porque yo me niegue a utilizar semejantes medios; sino porque la parte espantosa y que no se puede mostrar de la carta, está escrita del lado de atrás de la hoja donde él habla del narcótico que se le echó al whisky. Tenemos en nuestro poder una prueba... una evidencia... y es desesperante que no se pueda uno animar a mostrarla. Quiero que me conteste con sinceridad una pregunta, jovencita. ¿Después de haber leído esta carta, todavía sigue creyendo en su inocencia?

—Con toda mi alma... ¡Oh, no sé! Sí. No. Sólo sé con seguridad que estoy enamorada de él, y que usted debe salvarle. ¿No me va a abandonar y seguirá ayudándome, no es cierto?

H. M. se puso a girar los pulgares, y continuó mirando el suelo. Luego levantó la cabeza, e hizo una pequeña mueca de disgusto.

—¿Yo? Oh, no. Por lo visto me encanta que me acosen. Me acosarán, me llevarán a un rincón, y no se cansarán de golpearme con un palo sobre la cabeza; dirán también a cada rato: «¿Todavía no lo hemos hecho caer? Debemos golpearle con más fuerza». Y sin embargo... no puedo dejar de repetirme interiormente ¿qué motivos podría tener para mentir? Me refiero a su excelente y bondadoso tío. Confiesa que se le había añadido un narcótico al whisky. Yo estaba deseando que llegase el momento de poder interrogarle en el tribunal esta tarde. Mi intención era ensañarme contra él hasta lograr arrancarle la verdad sobre lo que había ocurrido. Hubiese podido jurar que estaba al tanto de todo, y hasta sabía quién era el asesino. Pero ante mi gran sorpresa jura él que Answell... —H. M. se quedó meditabundo—. «Yo lo he visto con mis propios ojos». Ésa es la parte que no puedo entender. Dios santo, ¿cómo podría haberlo visto, según dice, con sus propios ojos? Es esto del todo imposible. Estaba en el hospital cuando tuvo lugar el crimen. Tiene una coartada tan sólida como esta casa; ya ha sido comprobada la veracidad de su declaración. Sin duda alguna miente... pero si pruebo que miente sobre este punto, la primera parte de la carta perderá asimismo todo su valor. Nadie nos creerá si afirmamos que es cierto tan sólo lo que nos conviene.

—¿Ni aun a esta altura del proceso —le pregunté—, nos dará una idea sobre la forma en que se propone encarar la defensa? ¿Qué piensa decir mañana en el tribunal? ¿Qué diablos podrá ingeniarse para decir?

El rostro de H. M. adquirió una expresión sardónica.

—No confía mucho en mi elocuencia y poder de convicción, ¿no es así? —me interrogó burlonamente—. No deje de observarme y escucharme con toda atención. Me presentaré en el tribunal, miraré muy de frente al juez y a los miembros del jurado, y les diré...

X

«LLAMO A DECLARAR AL PROCESADO»

—SU SEÑORÍA; miembros del jurado.

Con una mano apoyada en la espalda, y parado con los pies bien separados, H. M. los miró muy de frente. Hubiese deseado que su actitud no se asemejase tanto a la de un domador de fieras cuando entra a la jaula, armado con pistola y látigo. O por lo menos, que dirigiese al jurado una mirada un poco menos desafiante.

El Juzgado número uno estaba colmado de curiosos. Se había extendido por la ciudad el rumor de que las novedades serían sensacionales: desde las siete de la mañana, se formó una cola ante la puerta de entrada a la sección de la sala destinada para el público en general, sección que se hallaba más alta y detrás de los asientos que ocupábamos. Mientras que ayer sólo habían asistido unos pocos periodistas, hoy no había dejado de mandar uno cada diario de Londres, y todos estaban amontonados en el insuficiente espacio reservado para la prensa. Antes de comenzar la sesión, Lollypop había estado conversando durante un rato con el procesado desde el otro lado de la baranda que separaba al banquillo de los acusados y a Answell, de ella y el resto de la sala; el joven daba la impresión de estar abatido pero sereno, y terminó de hablar encogiéndose de hombros con cansancio e indiferencia. Esta conversación fue observada con interés por el melancólico capitán Reginald Answell, quien no les sacó la vista de encima. Eran las once menos veinte cuando *Sir Henry Merrivale* se puso de pie para iniciar la defensa.

H. M. se cruzó de brazos.

—Su Señoría; miembros del jurado: Muy probablemente os preguntaréis cómo encararé la defensa, y sobre qué la basaré. Bueno, os lo diré —dijo H. M. con tono magnánimo—. Ante todo, trataremos de demostrar que ninguna de las acusaciones hechas por el fiscal tienen fundamento.

Sir Walter Storm se levantó y tosió un poco.

—Su Señoría, la declaración es tan sensacional que desearía me hicieran algunas aclaraciones —comenzó a decir—. ¿Supongo que mi estimado colega no negará el hecho del asesinato de la víctima?

—¡Chis! —susurró Lollypop, al ver a H. M. apretar y levantar los puños.

—Bueno, *Sir Henry*, ¿qué me responde usted?

—No, milord —dijo H. M.—. Aceptaremos que esto es lo único que hasta ahora ha podido descubrir sobre el caso el fiscal, sin necesidad de ayuda ajena. También aceptaremos que las cebras son rayadas y que las hienas aúllan. Meditando además que es mejor no hacer comparaciones personales entre las hienas y...

—Las disquisiciones zoológicas sobre el caso no nos interesan —comentó el señor J. Bookin, sin inmutarse—. Continúe, por favor, *Sir Henry*.

—Con el permiso de Su Señoría, retiro la pregunta —dijo con aire grave el fiscal—; sin embargo, quiero antes afirmar algo muy sabido: las hienas no aúllan sino que simplemente se ríen.

—¿Hienas?... ¿De qué estaba hablando? Ah, sí, recuerdo. Miembros del jurado —prosiguió H. M., apoyando las manos sobre el escritorio—, el fiscal ha basado la acusación sobre dos puntos. Se os ha formulado la pregunta: «Si el procesado no cometió este crimen, ¿quién podría haberlo hecho?». Se os ha agregado también: «En verdad, no nos ha sido posible descubrir el menor motivo para este crimen; pero *no obstante*, el motivo debe haber sido muy poderoso». No debéis aceptar estos dos puntos, pues inducen a error. Basan la acusación sobre la incapacidad para hallar al culpable y el desconocimiento de todo motivo por parte de los abogados de la Corona.

»Ocupémonos primero del motivo. Se os pide aceptar el hecho de que el procesado fue a la casa de Avory Hume, llevando un revólver cargado dentro del bolsillo. ¿Por qué razón? Bueno, según el oficial de policía que se hizo cargo del caso: “Las personas no llevan generalmente armas, a menos que tengan intención de usarlas o piensen que tal vez las van a necesitar”. En otros términos, y en forma sutil, se intenta haceros creer que el procesado fue a esa casa con el propósito ya fijo de asesinar a Avory Hume. ¿Pero por qué motivo iba a hacerlo? Como preludio a la vida matrimonial, es una medida un tanto drástica. ¿Y qué razones era posible que tuviera? De lo único que estáis enterados es de una conversación telefónica... durante la cual, recordad bien, no se pronunció ninguna frase violenta o insultante. “De acuerdo con lo que me he enterado, me parece mejor que hablemos con respecto a mi hija. ¿Puede venir a verme a casa esta tarde a las 18?”, y con esto se concluyó la conversación. ¿Le dijo acaso al procesado: “Maldito Answell, ya verás cómo te voy a liquidar”? Por supuesto que no. Dijo esto sólo después de haber cortado la comunicación; se lo dijo a sí mismo. Todo lo que el procesado pudo oír —y sobre este punto concuerdan las declaraciones de los testigos— fue una fría y ceremoniosa voz que le invitaba a ir a esa casa. Y *no obstante*, pretenden que creáis que el procesado se apoderó del revólver de otro y fue en seguida a ver a Avory Hume con patentes intenciones de asesinarle.

»¿Por qué motivo? Se ha tratado de sugerir que la víctima había tenido una información muy desfavorable con respecto a Answell. No nos han podido decir qué era; nos han dicho tan sólo que no saben qué sería.

Comentan de un modo demasiado simplista, «donde hay humo debe haber también fuego», pero no nos hemos enterado hasta ahora de que hubiese humo. No pueden proporcionarnos ninguna explicación sobre la conducta repentinamente irracional de Avory Hume.

»Pero en cambio, yo sí *puedo hacerlo*.

Sin lugar a dudas, había logrado despertar el apasionado interés de sus oyentes. Hablaba casi con indiferencia, con las manos apoyadas sobre las caderas, y mirando a

todos por encima de los anteojos.

—Los hechos, los hechos materiales de este caso, no se hallan en discusión. Lo que trataremos de averiguar son las causas que motivaron estos hechos. Os mostraremos cuál fue la verdadera razón de la conducta de la víctima; os probaremos también que no tenía nada que ver con el procesado; e intentaremos convencerlos de que todo el caso contra este joven se halla basado sobre una trama o conspiración preparada contra él. Los abogados de la Corona no han podido hallar ningún motivo para explicar las acciones de nadie; nosotros sí lo podemos dar. La Corona no puede daros ninguna información sobre un trozo de pluma que desapareció en forma misteriosa; la defensa en cambio sí. La Corona no puede demostrar cómo otra persona que no fuese el procesado pudo haber cometido el crimen; la defensa lo *hará*.

»Hace un minuto dije que la acusación se basaba en: “¿Si el procesado no cometió este crimen, quién podría haberlo hecho?”. Pero no debéis razonar: “Es muy difícil poder creer que él no sea el asesino”, porque si es ésta toda la seguridad o convicción, tenéis la obligación moral de absolverle. Pero no tengo la intención de probar tan sólo que se puede poner en duda su culpabilidad; nuestra intención es demostrar que es, sin la menor duda, del todo inocente. En verdad, indigna y enfurece pensar...

Lollypop, para contenerle, movió en señal de aviso la hoja escrita a máquina que tenía en la mano, al ver que H. M. enrojecía de ira e iba a levantar el puño en forma amenazante.

—Bueno, bueno... En otros términos, me propongo daros otra explicación sobre lo que en realidad ocurrió. No me incumbe indicar quién fue el asesino, sino tan sólo probar que no fue el procesado. Todo el resto no me corresponde. Os mostraré dos pedazos de pluma, escondidos en un lugar muy obvio, y que sin embargo a ninguno de los que intervienen en esta brillante investigación se les ha ocurrido buscarlos en ese sitio; y os preguntaré también dónde creen que se hallaba el criminal al ser asesinado Avory Hume. Habéis escuchado ya muchos puntos de vista y comentarios. Os han enterado de la siniestra indiferencia y conducta irracional del procesado; os han dicho primero que su estado de nerviosidad era extrema y que se le había caído de las temblorosas manos el sombrero, y luego os han contado con qué chocante y frío cinismo se había puesto a fumar un cigarrillo, aunque mi pobre mente no alcanza a comprender qué podían tener de sospechosos cualquiera de estos dos actos. Os han relatado además cómo había proferido amenazas de muerte contra Avory Hume, y, sin embargo, el mismo interesado se puso de pie y corrió el cerrojo de la puerta para permitir a su asesino actuar con más tranquilidad y sin ser molestado. Habéis oído comentar lo que él pudo haber hecho, lo que probablemente hizo, y lo que le hubiese sido totalmente imposible poder hacer en este pícaro mundo; y ahora, santos cielos, es tiempo de que os enteréis, por fin, de la verdad... Llamo a declarar al procesado.

Mientras H. M. bebía a grandes tragos un vaso de agua, uno de los guardias que vigilaban a Answell le dio un golpecito sobre un hombro. Fue abierta una puertita

para permitir la salida del procesado del sitio en que estaba el banquillo de los acusados, y fue conducido a través de la sala. Caminó muy nervioso, y sin mirar hacia el palco del jurado al pasar delante de éste. Su corbata estaba un poco torcida; y se llevaba la mano a ella, acomodándola y desacomodándola con frecuencia. Nuevamente tuvimos ocasión de observar con atención a alguien, en un momento crítico y crucial de su existencia. Answell tenía cabellos rubios peinados con raya a un lado; hermosas facciones cuya expresión denotaba más imaginación y fina sensibilidad que fría y aguda inteligencia; y su único movimiento, aparte de tocarse con la mano la corbata, o encoger apenas y con nerviosidad sus hombros, fue levantar la cabeza y mirar hacia el pequeño techo o palio que se hallaba sobre el sillón de los testigos. En este palio, hay un pequeño espejo escondido (reliquia de los tiempos cuando por medio de él se enfocaba la luz sobre el que se sentaba en dicho sillón) y este adminículo parecía a veces fascinarle. Tenía los ojos un poco hundidos y ojerosos, y la mirada fija.

A pesar de la conducta truculenta de H. M. —bebía agua como si estuviese haciendo gárgaras— sabía yo que estaba preocupado. Había llegado el momento en que se decidiría el caso, ya sea en un sentido o en otro, Durante el lapso en que el procesado ocupa el sillón de los testigos (casi siempre más de una hora, y a veces un día entero) su destino está en juego a cada instante y su suerte depende de lo que él diga. Sólo un hombre de mucha resistencia no se atemoriza o arredra ante el terrible interrogatorio al que lo someterán los abogados.

H. M. se expresó con simulada tranquilidad y confianza.

—Dígame su nombre, hijo.

—James Caplon Answell —replicó el otro.

A pesar de hablar con un tono de voz muy baja, y que apenas se podía oír, su voz era desafiante. Tosió apenas y como para aclarar su garganta dos o tres veces, y volvió el rostro ligeramente hacia un lado al hacerlo, aprovechando esto para dirigir una rápida mirada un tanto avergonzada y culpable adonde se hallaba sentado el juez.

—¿No tiene ningún trabajo o profesión determinada, y vive en el número 23 de la calle Duke?

—Sí. Es decir... vivía allí.

—¿Hacia fines de diciembre pasado, se comprometió y planeaba casarse con la señorita Mary Hume?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted entonces?

—En la casa del señor y la señora de Stoneman, en Frawnend, Sussex.

H. M. le interrogó lo más suavemente posible sobre el punto de las cartas, pero no logró tranquilizar del todo al procesado.

—¿El viernes ese (o sea el 3 de enero) decidió ir a la ciudad al día siguiente?

—Sí.

—¿Por qué decidió hacer esto?

La respuesta fue un murmullo incomprensible.

—Tiene que hablar más fuerte —intervino el juez preveniente—. No podemos oír ni una palabra de lo que dice.

Answell le miró; pero la expresión desesperada y fija de sus ojos no varió. Con algún esfuerzo logró proseguir hablando con voz más fuerte, y continuó una frase que había interrumpido al llegar a la mitad.

—... Quería elegir y comprar un anillo de compromiso. No lo había hecho todavía, y quería regalárselo a Mary.

—¿Quería comprar un anillo de compromiso? —repitió H. M., tratando de animarle con un tono paternal—. ¿Cuándo decidió partir? Quiero decir, ¿a qué hora del día viernes tomó esa determinación?

—Tarde, el viernes a la noche.

—Hum; hum. ¿Qué fue lo que provocó su deseo de hacer este viaje?

—Mi primo Reg partía para la ciudad esa noche misma, y me preguntó si quería que él me eligiese y comprase el anillo de compromiso —hizo una larga pausa—. Fue la primera vez que se me ocurrió que tenía que hacer esto —nueva larga pausa—. Supongo que debía haberme acordado antes.

—¿Le comunicó a la señorita Mary que se iba al día siguiente?

—Sí, naturalmente —respondió Answell, con una fugitiva y apenas perceptible sonrisa, que se borró inmediatamente.

—¿Sabía que ese viernes a la noche ella había llamado por teléfono a su padre en Londres?

—No, entonces no lo sabía. Me enteré después.

—¿Fue antes o después de ese llamado cuando decidió ir a la ciudad al día siguiente?

—Después.

—Bien. ¿Qué ocurrió luego?

—¿Qué pasó? Ah, ya entiendo —replicó el joven, con cierto alivio—. Me dijo Mary que iba a escribir unas líneas a su padre, se sentó y así lo hizo.

—¿Leyó usted esa nota?

—Sí.

—En esa nota, ¿se mencionaba el tren que iba a tomar al día siguiente?

—Sí, el que partía a las nueve de la mañana de la estación de Frawnend.

—¿Queda ese sitio más o menos a una hora y tres cuartos, no? ¿Aproximadamente?

—Sí, si se toma un tren rápido. Está un poco más cerca que Chichester.

—¿Decía la nota la hora a la que usted saldría, y además la hora de llegada de su tren?

—Sí, a las 10:45 a la estación Victoria. Era el tren que tomaba siempre Mary cuando volvía de allí.

—¿De modo que su padre conocía muy bien el horario de ese tren?

—Debía saberlo.

H. M. le interrogaba con toda lentitud, y del modo más suave posible, como con guantes de seda. Answell, siempre con la misma forma de mirar, con fijeza y desesperación, empezaba las frases hablando claro, pero concluía con un murmullo incomprensible.

—¿Qué hizo al llegar a Londres?

—Fui... a comprar el anillo. Y me ocupé de algunas otras cosas que tenía que hacer.

—¿Y después de concluir con todo esto?

—Me fui a mi departamento.

—¿A qué hora llegó allí?

—Más o menos a las 13:25.

—¿Fue entonces cuando le llamó por teléfono la víctima?

—Sí, a las 13:30.

H. M. se inclinó hacia adelante, encorvando la espalda, y apoyándose con las manos sobre el escritorio. Al mismo tiempo se pusieron a temblar de un modo muy visible las manos del procesado. Miró hacia el pequeño espejo colocado sobre su cabeza y que antes le había fascinado; se tenía la sensación de que se había llegado a un momento culminante, como si se estuviese templando un instrumento y no se pudiesen estirar demasiado las cuerdas sin que se rompiesen y saltasen.

—¿Prestó atención cuando declararon algunos testigos que la víctima le había estado llamando varias veces por teléfono esa mañana, sin que nadie respondiera?

—Sí.

—Por lo tanto, *¿estuvo la víctima llamándole por teléfono a su departamento desde las nueve de la mañana?*

—Sí.

—¿Le oyó a Dyer contar esto?

—Sí.

—Hum, hum. ¿Pero sin embargo debía estar perfectamente enterado de que usted no podía haber llegado todavía allí? A las nueve de la mañana partía recién de Frawnend, y tenía por delante un viaje de una hora y tres cuartos. Conocía con exactitud, y además le había escrito su hija sobre ello, las horas de salida y llegada del tren; que era el mismo que Mary tomaba siempre para volver. ¿Sabía por lo tanto muy bien, no le parece, que tenían que pasar por lo menos dos horas antes de que hubiese la menor probabilidad de que usted pudiese contestar al teléfono?

—Yo creo que debería saberlo.

(¿Qué se ha propuesto H. M.? —me interrogó al oído Evelyn—. ¿Destrozarle los nervios al pobre Answell?).

—Volviendo a la conversación telefónica. ¿Qué le dijo la víctima?

La declaración del procesado fue igual a las anteriores. Y comenzó a hablar con mucha vehemencia.

—¿Le dijo la víctima durante esa conversación algo ofensivo o insultante?

—No, no, absolutamente nada.

—¿Qué impresión le hizo, en general?

—Bueno, no me pareció su tono muy amistoso, pero no le di mayor importancia, ya que hay personas un poco bruscas. Pensé que no le gustaba ser demasiado amable.

—¿Hay en su vida algún oscuro y condenable secreto, y temió que se hubiese enterado de ello?

—No, que yo sepa no. Ni se me ocurrió soñarlo.

—¿Al irle a visitar esa tarde, fue armado con el revólver de su primo?

—Yo... no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Llegó a la casa de la víctima a las 18:10? Bien. Ya nos hemos enterado de cómo dejó caer su sombrero, dio la impresión de estar nervioso y enojado, y se negó a quitarse el sobretodo. ¿Hijo, por qué razones se condujo así?

El señor J. Bodkin interrumpió el rápido y confuso mascullar del procesado.

—Si usted quiere que le sirva para algo lo que dice, debe hablar con voz fuerte y clara. ¿Qué acaba de decir? No pude entender sus palabras.

El procesado se dio vuelta hacia él para mirarle, e hizo un vago gesto de disculpa.

—Su Señoría, mi deseo es lograr hacer la mejor impresión posible. —Se quedó unos segundos callado, y luego dijo—. Al hablar con él por teléfono, no había estado conmigo muy cordial sino más bien frío y ceremonioso —pausa—. Por eso al llegar a la casa estaba un poco nervioso. Se me cayó de las manos el sombrero. Esto me hizo perder más la calma e indignarme contra mí mismo. No quería dar la impresión de ser...

—¿De qué? ¿Qué es lo que acaba de decir?

—No quería parecer un tonto o un imbécil.

—Parecer un tonto —repitió el juez sin dar ningún acento a esas palabras—. Continúe, por favor.

H. M. le volvió a interrogar.

—Yo creo que la mayor parte de los novios al visitar por primera vez a sus futuros suegros se deben de sentir tan incómodos y nerviosos como estaba usted ¿no es así? ¿Por qué no quiso quitarse el sobretodo?

—No quería quedarme con el sobretodo puesto. Ni pensaba decir lo que dije ni negarme a quitármelo. Pero una vez que hice esto, no podía desdecirme porque iba a causar aún peor impresión.

—¿Peor, por qué?

—Porque me tomarían todavía más por un imbécil completo.

—Bien, continuemos. ¿Le hicieron pasar adonde estaba el señor Hume? ¿Cuál fue la actitud de él al saludarle y hablar con usted?

—Me recibió con frialdad, y su actitud hacia mí me pareció un tanto extraña.

—Describa o explique esto con mayor claridad, hijo. ¿Qué quiere dar a entender cuando dice «actitud extraña»?

—No podría explicarle —pausa—. Extraña, muy extraña.

—Bueno. Repítales a los miembros del jurado la conversación que tuvieron.

—Él observó que yo miraba las flechas colgadas de la pared. Le pregunté si le gustaba tirar con arco y flechas. Me contó que lo había hecho desde niño, cuando vivía en la parte norte del país, y agregó que el arte de tirar con arco y flechas se había convertido ahora en un deporte elegante en Londres. Me dijo que las que yo veía en la pared eran, según su comentario, «trofeos de los concursos anuales» de los Guardabosques de Kent. Y añadió que: «Durante esas reuniones, la primera persona que tocara y alcanzara el oro era nombrado Guardabosque Principal de la Sociedad por el transcurso de un año».

—«El oro» —repitió H. M. acentuando mucho esa palabra—. «El oro». ¿A qué se refería al nombrarlo?

—Le pregunté eso mismo, y me respondió que hablaba del centro del blanco. Al dirigirse a mí, me miró muy fijo, y con una expresión extraña...

—Aclárenos un poco más este comentario... No se ponga nervioso, y reflexione bien...

De nuevo hizo algunos gestos Answell.

—Bueno, a mí me pareció que él creía que yo era un cazador de fortunas. Ésa fue la impresión que tuve.

—«Como si fuera un cazador de fortunas». ¿Pero supongo que, sean cuales fueren sus defectos, éste es el que menos se le puede atribuir?

—Confío en que nadie pueda pensarlo.

—¿Qué continuó él diciéndole?

—Se miró las manos, me clavó la vista, y comentó: «Se podría matar a un hombre con una de esas flechas».

—¿Y después de esa frase? —le incitó H. M. con suavidad, para que siguiese hablando.

—Me pareció mejor cambiar el tema de conversación. Traté de tomarlo a broma, y le respondí: «Bueno, señor, pero yo no he venido a hablar de esto, a robar los cubiertos de plata o a asesinar a nadie, a menos que no tenga otro remedio».

—¡Oh! —casi gritó H. M.—. Dijo también «no he venido a robar los cubiertos de plata» antes del comentario final de su frase. No nos transmitieron hasta ahora estas palabras tuyas. ¿Dijo eso?

—Sí. Recuerdo que fue lo primero que se me ocurrió, porque todavía estaba pensando qué me habría querido dar a entender al mencionarme el «oro». Era lógico que hiciera ese comentario.

—Estoy de acuerdo. ¿Y luego?

—Me pareció ridículo y sin sentido no tocar en seguida el tema que tanto me interesaba y que me había llevado allí. Por lo tanto, le dije: «Quiero casarme con Mary Hume. ¿No se opone a esto?».

H. M. le hizo después declarar muy pausadamente sobre el episodio del whisky.

—Quiero que me escuche ahora con gran atención, y me responda con mucho cuidado. Le pido que nos repita con toda exactitud las palabras de la víctima tras de haberle servido el whisky: y que no se olvide de referirnos hasta la más mínima mirada o gesto del señor Hume.

—Me dijo: «Brindo por usted». Pero luego su expresión y su actitud cambiaron, y me pareció... me sentí incómodo y me preocupó su modo de hablarme. Después agregó, «James Caplon Answell», pero sin dirigirse a mí, y como si se repitiese a sí mismo mi nombre. Luego me miró y me dijo: «Ese casamiento será conveniente... puedo decir que para ambas partes».

H. M. levantó una mano, y le interrumpió.

—Un segundo, por favor. Preste atención. ¿Le dijo: «Ese casamiento», no es así? ¿No dijo: «Este casamiento»?

—No, dijo lo primero.

—Continúe, por favor.

—Después agregó: «Como usted sabe, he dado ya mi beneplácito».

—Permítame repetir sus palabras —intervino rápidamente H. M., y con la mano extendida fue subrayando lo importante—. ¿Dijo él exactamente: «Ese casamiento será conveniente, y ya he dado mi beneplácito»?

—Sí.

—Bien. ¿Y qué continuó diciendo, hijo?

—Agregó: «No encuentro ningún motivo para oponerme. Tuve relación con la pobre *Lady Answell*, y sé que la posición financiera de su familia es sólida».

—Por favor, no siga. ¿Dijo él: «Su posición financiera» o «la posición financiera de su familia es sólida»?

—Dijo: «La posición financiera de su familia». Y añadió: «Por lo tanto propongo a usted...». Fue todo lo que pude oír, sin perder ninguna frase, pues al tomar el whisky, al que le habían agregado un narcótico, muy pronto perdí el conocimiento.

H. M. respiró con fuerza, y se acomodó un poco la toga; prosiguió después con el mismo tono, lentamente y sin descanso, a interrogar al procesado.

—Volvamos ahora a recordar la conversación telefónica que tuvo con la víctima, y durante la cual le pidieron que fuera esa tarde a la casa de la calle Grosvenor. ¿El señor Hume sabía que usted iba a tomar para ir a Londres un tren que partía de Frawnend a las nueve de la mañana?

—Tenía que saberlo.

—¿Sabía también que ese tren no podía llegar hasta las 10:45; Y que le era imposible ponerse en contacto con usted por lo menos hasta las once?

—Mary se lo había dicho.

—En efecto. Pero sin embargo, ¿le llamó muchas veces por teléfono a su departamento, ya desde las nueve de la mañana... cuando usted a esa hora recién saldría de Frawnend?

—Sí.

—Cuando habló por teléfono con él, el sábado a las 13:30 de la tarde, ¿había oído antes su voz o le conocía ya?

—No.

—Deseo que me cuente con todo detalle cómo se inició esa conversación, y qué estaba haciendo usted en ese momento, cuando sonó el teléfono.

—Sentí la campanilla del teléfono —respondió Answell con voz tranquila—. Levanté el tubo —y simuló el hacerlo al contarle lo pasado a H. M.—. Yo estaba sentado en el sofá, y extendí un brazo para alcanzar el aparato, mientras continuaba al mismo tiempo leyendo el diario. El señor Hume comenzó a hablar. Me pareció que decía: «Deseo hablar con Caplon Answell». Y le respondí, «soy yo».

H. M. se inclinó hacia adelante con interés.

—¿Oh? ¿Le *pareció que decía*: «Deseo hablar con Caplon Answell»? Pero más tarde, al reflexionar sobre esta conversación y recordarla, ¿se dio cuenta que había dicho algo diferente?

—Sí. Me di cuenta que me había confundido.

—¿Qué había dicho entonces?

—No había pedido por mí.

—¿Dijo realmente estas palabras: «Deseo hablar con el *capitán* Answell»?

—Sí.

H. M. dejó caer el legajo que tenía en la mano sobre el escritorio. Se cruzó de brazos, y dijo con voz suave pero cargada de amenazas:

—En resumen, durante toda esa conversación y luego al recibirle en su casa, creyó él que en realidad estaba hablando con su primo, el capitán Reginald Answell: ¿no es cierto?

XI

EN SESIÓN SECRETA

DURANTE casi diez segundos, no se oyó en el tribunal el más mínimo susurro o ruido. Me pareció que se podía escuchar la respiración de los presentes. El significado de las palabras de H. M. fue captado lentamente; la revelación nos había sorprendido mucho mientras se iba concretando; y nos preguntamos si el juez le permitiría continuar con tales suposiciones. El procesado, cuyo agotado rostro se contrajo y adoptó una expresión sardónica, miró desafiante hacia donde estaba sentado Reginald Answell. Pero Reginald evitó en cambio mirarle. Al hallarse sentado frente a la mesa de los abogados, estaba de espaldas al palco del jurado; siguió jugando con la mano en la jarra de agua, como si no se hubiese enterado de lo dicho. Sólo su melancólico rostro, enmarcado por cabellos rubios del mismo tono que los del procesado, dejaba traslucir una displicente sorpresa.

—Sí, me refiero a ese hombre —insistió H. M., haciendo recaer la atención sobre él.

El capitán Reginald movió negativamente la cabeza, y se sonrió de manera despectiva. *Sir Walter Storm* se levantó pronto para el combate.

—Su Señoría —estalló—, quisiera dejar sentado que la opinión del procesado sobre lo que pensaba o dejaba de pensar el señor Hume no se puede, de ningún modo, tener en cuenta.

El juez meditó unos instantes, acariciándose las sienes con sus pequeñas manos.

—Su reparo es muy justificado, *Sir Walter*. Pero, al mismo tiempo, si *Sir Henry* puede probarnos la verdad de sus palabras, nos parece conveniente permitirle continuar —y miró interrogativamente a *Sir Henry*.

—Sí, Su Señoría, tengo la prueba.

—Prosiga entonces; pero recuerde que las suposiciones o sospechas del procesado no son prueba suficiente, y carecen de todo valor.

A pesar de que el fiscal tomó asiento sin agregar nada más, era evidente que había declarado la guerra, y comenzado el ataque. H. M. se dirigió nuevamente a Answell.

—Volviendo a ese llamado telefónico, al que deseamos aclarar bien, y hallarle su explicación: ¿su primo había llegado a Londres la noche antes, no es cierto?

—Sí, de vuelta del mismo lugar en que también yo estaba como invitado.

—¿Cuando se hallaba en Londres, siempre residía él en el departamento de usted? ¿Ya lo declaró anteriormente, no?

—Sí, comenté esto antes.

—¿De modo que si la víctima quería hablar con su primo, era muy lógico que le llamara por teléfono a su departamento ese sábado desde las nueve de la mañana?

—Sí.

—¿Al ir usted de visita a la casa de la calle Grosvenor, se pronunció allí o se hizo alguna referencia a su nombre de pila?

—No. Le dije al mucamo: «Soy el señor Answell»; y éste me anunció con las siguientes palabras: «Está el señor que usted esperaba, señor».

—Por lo tanto, cuando la víctima dijo: «Maldito Answell, ya verás cómo te voy a liquidar», ¿cree que no tenía esta amenaza ninguna relación con *usted mismo*?

—Estoy convencido de que no hablaba de mí.

H. M. se quedó callado y acomodó unos papeles para acentuar el efecto que podía producir esta última frase. Luego volvió el abogado defensor a reconstruir los hechos pasados, comenzando por el relato sobre el whisky que le habían servido y había bebido el procesado. Sabíamos que todo esto era cierto; ¿pero sin embargo, era el acusado culpable o inocente? No tenía el joven mayor arte para declarar con habilidad e impresionar favorablemente; pero causaba efecto la profunda convicción con que hablaba. Daba la sensación de hallarse acorralado, lo cual podía ser signo de que era inocente. Lo sometieron a un largo interrogatorio, y éste le hubiese sido favorable, si no hubiese confesado su culpabilidad él mismo, y la noche antes. A pesar de que nadie la hubiese mencionado, esta confesión pesaba sobre todo lo que él pudiera decir en ese momento. Antes de empezar a hablar, era ya un asesino convicto y confeso. Al oírle, se pensaba que era un ejemplo de desdoblamiento de la personalidad, y se le podía comparar con esas placas fotográficas donde las figuras aparecen superpuestas.

—Por último —dijo con brusquedad H. M.—, cuéntenos las razones que le indujeron a suponer tal cosa. ¿Cuándo se dio por primera vez cuenta de que había habido un error o confusión, y que al verle esa tarde la víctima le había tomado por otro, o sea por su primo?

—No recuerdo bien. —Pausa—. Se me ocurrió más tarde, esa misma noche, pero me negaba a creerlo. —Pausa—. Después volví a reflexionar sobre ello. Pasadas algunas horas.

—¿Tuvo tal vez motivos para no querer hablar y aclarar todo esto, teniendo la seguridad de que había habido una equivocación?

—Yo... —Vaciló, y guardó silencio.

—Contésteme tan sólo si tuvo alguna razón para ello.

(Tenga cuidado, H. M.; ¡por Dios, no toque temas demasiado delicados o peligrosos!).

—Le han hecho una pregunta —dijo el juez—. Responda a ella.

—Su Señoría, tal vez tenía una.

El señor Justice Bodkin frunció el ceño.

—¿Tenía alguna razón o no tenía ninguna?

—Sí, tenía una razón.

Era muy posible que a esas alturas H. M. transpirase de emoción.

—¿Dígame, por favor, si sabe por qué causa la víctima telefoneó y arregló una entrevista con su primo, en lugar de llamarle a usted?

Hasta ese instante, se había notado cierto acuerdo entre el abogado defensor y el procesado, y se les podría haber comparado con los dos platillos de una balanza que se mantuviesen al mismo nivel; pero con esta pregunta el acuerdo o equilibrio desapareció. El terco joven echó hacia atrás los hombros y se enderezó, inspirando al mismo tiempo con fuerza antes de hablar. Apoyando las manos sobre la baranda que tenía delante, miró con decisión en dirección al público.

—No, no sé —respondió con voz clara.

Silencio.

—¿No lo sabe? ¿Pero había sin embargo una razón, no le parece, por la cual la víctima llamó a su primo y pudo ocurrir esa confusión entre uno y otro?

Silencio.

—¿Había una razón, no es cierto, que explica la aversión que la víctima le tenía al capitán Answell, y por qué deseaba «liquidarle»?

Silencio.

—¿No era en verdad la razón que...?

—No, *Sir Henry* —dijo el juez, interrumpiendo sus esfuerzos para conseguir una respuesta—, no podemos permitir que continúe coaccionando al procesado o influenciándole.

H. M. se inclinó ante el juez, y se apoyó pesadamente con sus puños sobre el escritorio. Se dio perfecta cuenta que era inútil proseguir insistiendo. Innumerables suposiciones, explicaciones y pensamientos debían sucederse y agolparse silenciosamente tras las frentes de los presentes, a pesar de la expresión impasible que tenían los rostros que nos rodeaban. Lo primero que se me ocurrió pensar era que esa misteriosa razón debía de referirse a Mary Hume. Se podía por ejemplo suponer que la joven hubiera estado enamorada del fundido capitán Answell y hubiera tenido relaciones íntimas con él. En ese caso, el práctico Avory Hume habría tal vez tratado de alejar a Reginald para que esa aventura amorosa no obstaculizase el buen casamiento que podía hacer su hija. Esta suposición se adaptaba muy bien a las circunstancias y al silencio que prefería guardar el procesado; y sin embargo, con el gran riesgo de ser ahorcado, ¿era posible que el acusado se animase a no contestar? Tal actitud resultaba increíble. No tenía sentido común, ni nadie se conducía de semejante modo en los tiempos presentes. Era tener un concepto muy exagerado del espíritu de caballeridad. Debería existir alguna otra oculta razón que concerniría sin duda a Mary Hume... pero ninguno de los que estábamos allí consiguió en ese momento adivinar cuál sería. Cuando la conocimos, comprendimos el motivo de su silencio.

Casi en seguida, dejó H. M. de interrogar al procesado, y se puso de pie el formidable *Sir Walter Storm* para comenzar a examinarle. Durante unos segundos, no

dijo absolutamente nada. Luego, con tono tranquilo, indiferente y despectivo, le formuló una terrible pregunta.

—¿Ha conseguido ya decidirse, y nos quiere decir si es culpable o no?

Hay formas de hablar a un hombre que no se deben emplear ni aun cuando se halle caído. Lo que no se había podido lograr hasta entonces, lo consiguió ese tono. Answell levantó la cabeza. A través de la distancia que los separaba en el tribunal, dirigió el joven una mirada desafiante al fiscal.

—Su pregunta es lo mismo que si me dijera: «¿Ha dejado de hacer trampas al jugar al poker?».

—No vendría al caso interrogarle sobre su honestidad al jugar a las cartas, señor Answell. Hágame el favor de contestar a mi pregunta —continuó él—. ¿Es culpable o inocente?

—Yo no cometí ese crimen.

—Muy bien. No está sordo y oye muy bien, ¿no es así?

—Sí.

—¿Si le digo «Caplon Answell», y luego «Capitán Answell», a pesar de los muchos ruidos que por desgracia se sienten en este juzgado, puede oír bien la diferencia que hay entre los dos nombres?

Reginald Answell, en su asiento entre los abogados, sonrió casi imperceptiblemente, y miró a su alrededor. Era imposible saber qué impresión le había causado todo lo dicho últimamente.

—Por favor, hable más fuerte. ¿Supongo que no padece a ratos de sordera?

—No. Pero lo que ocurrió fue que no presté mayor atención al atender en ese momento al llamado. Estaba leyendo el diario. Levanté el tubo con la otra mano y, distraído, apenas escuché lo que me decían hasta que el señor Hume dijo su apellido.

—¿Pudo entender bien *ese* apellido, sin embargo?

—Sí.

—Tengo aquí su declaración, legajo 31. Con referencia a la suposición suya de que la víctima dijera tal vez «Capitán Answell» en lugar de «Caplon Answell» ¿mencionó esa equivocación a la policía?

—No.

—¿A pesar de que, según nos cuenta, se le ocurrió que había confundido un nombre por otro ya desde la misma noche del asesinato?

—En ese momento, no le di mucha importancia ni reflexioné tampoco mucho sobre ello.

—¿Por qué le dio después mayor importancia?

—Bueno... me puse a meditar y a analizar todo lo que me había pasado.

—¿Explicó la confusión que había tenido, cuando fue conducido frente a los magistrados para declarar?

—No.

—Lo que quisiera saber con exactitud es lo siguiente: ¿Cuándo se presentó por primera vez esta idea en su mente?

—No recuerdo.

—¿Cuál fue entonces el motivo que le hizo pensar sobre esto? ¿No lo recuerda? ¿No? En resumen, ¿puede proporcionarnos alguna razón valedera y convincente que sirva para justificar esta extraordinaria suposición suya?

—Sí, puedo —exclamó el procesado, indignado, y abandonando su actitud de indiferencia y calma. Su rostro se había puesto colorado; y, por primera vez, tenía un aspecto natural y lleno de vida.

—Muy bien. ¿Pero qué razón?

—Yo sabía que Mary había sido íntima amiga y había andado mucho con Reg, antes de que yo la conociera; fue Reg quien me la presentó, en la casa del señor Stoneman...

—¿Oh? —inquirió *Sir Walter*, con untuosa suavidad—. ¿Quiere damos a entender que pensaba que habían tenido ellos relaciones del todo íntimas?

—No. No quise dar a entender eso. Creía...

—¿Tenía algún motivo que le permitiese sospechar la existencia de esas relaciones íntimas?

—No.

Sir Walter echó un poco hacia atrás la cabeza, y se pasó una mano por la cara, dando la impresión de que hacía esa pausa para ordenar sus ideas.

—Repetiré ahora sus palabras, sus afirmaciones, y lo que usted supone ocurrió. Si no estuviera de acuerdo con algo, por favor, interrúmpame. La señorita Hume era muy amiga del capitán Answell, sin tener relaciones íntimas con él, y sin que se la pudiera criticar o pensar mal de ella. A causa de esa amistad, el muy razonable señor Hume siente una profunda aversión y odia al capitán Answell hasta el punto de llegar a decidir en forma repentina el «liquidarle». Telefonea al capitán Answell, pero el mensaje es interceptado por usted al entender mal y creer que era a usted a quien llamaban. Va a visitar al señor Hume, sin llevar sobre su persona ninguna arma, y el dueño de casa le sirve un whisky con un narcótico, creyendo que usted es el capitán Answell. Mientras se halla sin conocimiento, alguien coloca el revólver del capitán Answell dentro de su bolsillo y (según tengo entendido le ha contado usted a mi estimado colega) pierde el tiempo en hacerle tragar un poco de licor de menta. Al despertarse, están sus impresiones digitales, marcadas sobre una flecha que no ha tocado, los vasos están limpios, y el whisky ha sido vertido dentro del botellón, sobre cuya superficie no ha quedado ninguna impresión digital. ¿He repetido con exactitud su versión de lo que le pasó? Muchas gracias. ¿Le parece posible que el jurado pueda creer lo que dice?

Hubo unos instantes de silencio. Answell se llevó las manos a la cintura, y miró a su alrededor. Luego habló con un tono natural y espontáneo. Dijo:

—Dios mío, no tengo ya esperanzas de que alguien pueda llegar a creer que es verdad lo que digo. Pero si supone usted que en este mundo todo tiene sentido y se puede explicar, y que todos los hechos son motivados por alguna decisión o razón, haga la prueba de colocarse en mi lugar, y verá si no son las circunstancias las que le obligarían a soportar un interrogatorio tan profundamente desagradable como el suyo.

El juez le llamó al orden al instante y con severidad; pero el procesado había logrado dominar su nerviosidad, y sus ojos tenían más vida y miraban con menos fijeza que antes.

—Bueno —replicó, imperturbable, *Sir Walter*—. ¿Quiere afirmamos también que actúa siempre en forma irracional, y sin que le inspire o le guíe ningún motivo?

—Creo que he actuado siempre con sensatez y razón.

—¿Se condujo en forma racional la noche del 4 de enero?

—Sí. Me quedé callado y tuve control de mí mismo, cuando me hablaron como usted lo hace en este momento.

El juez le volvió a llamar al orden; pero era evidente que Answell estaba haciendo ahora mejor impresión que al ser examinado por el abogado defensor. Esa opinión más favorable era incomprensible, porque *Sir Walter* se dedicaba a enredarle y a hacerle preguntas tan difíciles, que no era probable que ni siquiera tres personas de las presentes pudiesen creer lo que él decía. Pero —después de haberlo hecho quedar mal a H. M., y haberle fallado— he aquí lo que ocurría. Me puse a pensar si mi viejo amigo no habría maquinado de antemano todo esto, y habría logrado que ocurriera así.

—Nos ha contado que la razón por la que se negó a sacarse el sobretodo, y habló, según nos han dicho, de muy mal modo a uno de los testigos, fue porque no quería que le tomaran por un «imbécil completo». ¿Es verdad esto?

—Sí.

—¿Pensó que tendría mayor aspecto de tonto o de imbécil si se quitaba el sobretodo, en lugar de dejárselo puesto?

—Sí, no. Quiero decir...

—¿Qué es con toda claridad lo que nos quiere decir?

—Quería causar buena impresión, y estaba nervioso.

—¿La causa por la cual no se quiso quitar el sobretodo, no sería que deseaba evitar que se notase el bulto que hacía el revólver, dentro del bolsillo de su traje?

—No, nunca se me ocurrió pensar semejante cosa.

—¿Qué es lo que no pensó? ¿En el revólver que tenía oculto dentro del bolsillo?

—Sí. Quiero decir, no pensé en esto porque no había ningún revólver dentro de mi bolsillo.

—Bueno, quiero hacerle ahora algunas preguntas sobre la declaración que hizo a la policía el 4 de enero a la noche. ¿Se ha percatado de que las afirmaciones que nos ha hecho esta tarde son completamente contradictorias, si se las compara con lo que decía en su declaración a la policía?

Answell se cohibió un poco, y se acomodó nerviosamente la corbata.

—No, no entiendo lo que me quiere decir.

—Verá cuando le lea algunas de las frases que pronunció —continuó *Sir Walter*, hablando con mucha calma y lentitud—. «Llegué a su casa a las 18:10», contó usted, «me recibió muy amistosamente»... Pero en cambio afirma ahora que la forma como le trató no tenía nada de amistosa, ¿no es así?

—Sí, muy poco amistosa.

—¿Quiere aclaramos en cuál de las dos formas lo recibió el señor Hume?

—En ambas formas. Esto es lo que quería explicar: es decir, que al tomarme esa noche por otra persona, su actitud no fue amistosa; pero sin embargo me trató a mí mismo bastante amistosamente.

Sir Walter se quedó mirando al acusado un buen rato, y luego inclinó la cabeza haciendo ver que no entendía.

—Felizmente no es necesario que nos detengamos a tratar de descifrar esa explicación que nos acaba de dar; me parece que no entendió bien mi pregunta. Por *quienquiera* que le confundiera esa noche, ¿lo recibió en forma amistosa?

—No.

—Ah, eso es lo que quería saber. Por lo tanto, su primera declaración es falsa en lo que se refiere a esto, ¿no es así?

—En ese momento me pareció que era la verdad lo que yo afirmé con respecto a su actitud.

—¿Pero desde entonces, ha variado su opinión? Muy bien. Hoy nos ha vuelto a contar que la víctima «dijo que brindaba por mí, y dio su consentimiento a mi casamiento con la señorita Hume»... Dado que ha llegado a la conclusión de que su forma de tratarlo fue hostil, ¿cómo puede relacionar estas palabras con una actitud hostil?

—No entendí el sentido con que me lo decía.

—En otros términos —dijo el fiscal, después de hacer una pausa, y hablando con mucha lentitud—, ¿lo que pretende que el jurado acepte ahora como verdadero, son afirmaciones que contradicen del todo a muchas y de las más importantes que formulara usted al hacer su primera declaración?

—En rigor, sí.

Durante toda una hora, *Sir Walter Storm* se dedicó con mucha atención a atacar y desvirtuar las afirmaciones del acusado, lo mismo que si estuviera desarmando las diferentes piezas de un reloj. Analizó muy cuidadosamente hasta el más mínimo testimonio, y por fin tomó asiento después de llevar a cabo el más demoledor interrogatorio que yo haya escuchado. Se esperaba que H. M. volvería a examinar al procesado, e intentaría rehabilitarle. Pero no lo hizo. Tan sólo pidió:

—Llamen a Mary Hume.

Un guardia acompañó a Answell de vuelta adonde estaba el banquillo de los acusados, abrió la pequeña puerta, y le encerró en ese lugar reservado para los

presuntos criminales. Le trajeron un vaso de agua, que habían ido a buscar a la parte del edificio que servía de prisión. Estaba sediento, y bebió con mucha rapidez, pero se sobresaltó y miró a H. M. al oírle llamar a Mary como testigo.

No habíamos visto hasta ese momento a la joven en el tribunal, ni sabíamos si habría estado allí escuchando el interrogatorio que acababa de terminar. Se la vio de improviso en el centro de la sala, y su aparición pareció demostrar la perfecta organización de la justicia, ya que los testigos se sucedían siempre sin interrupción y sin demora. Todos se olvidaron de Answell. Y la expresión del rostro de Reginald Answell cambió. No se estremeció en forma visible: pero se puso alerta, como si alguien lo hubiera tocado en el hombro por detrás, y no se animara a darse vuelta. Su alargado y hermoso rostro se demacró; y simuló estar muy tranquilo, acariciando con un dedo a la jarra de agua. Contempló al acusado... y éste sonrió.

Al dirigirse hacia el sillón de los testigos, Mary Hume miró por detrás, y, al pasar, al capitán Reginald. Si se exceptúa al inspector Mottram, estaba más tranquila (por lo menos aparentemente) que todos los testigos anteriores. Iba muy lujosa y elegante, con una magnífica estola de martas, según no dejó de comentarme Evelyn, aunque tal vez se vistió en esa forma para darse ánimos a sí misma. No llevaba sombrero. Sus rubios cabellos, muy bien peinados hacia atrás, le dejaban libre la frente, y servían de marco al rostro extrañamente sensual y sumamente femenino. Sus grandes ojos azules eran muy bellos y expresivos. Al apoyarse sobre la baranda que había frente a su asiento, lo hacía extendiendo los brazos y agarrándose con ambas manos, lo mismo que si se sostuviera para esquiar sobre el agua. Su actitud no era ya mesurada y dócil como antes, sino más bien de desafío.

—*¿Jura por los Santos Evangelios no decir sino la verdad y nada más que la verdad...?*

—Sí, juro.

(—Está muerta de miedo —me susurró Evelyn. Le contesté que no se notaba, pero Evelyn me lo volvió a asegurar moviendo afirmativamente la cabeza, e indicándome que observase bien a la testigo).

Fuera esto cierto o no, su sola presencia en el tribunal indicaba que una tormenta se avecinaba. La importancia de lo que diría ella pareció acentuada por su misma fragilidad, pues era esbelta y no muy alta. Los periodistas se mostraron muy excitados e interesados. H. M. esperó a que se acallasen los comentarios en la sala, para que se pudiese oír bien y con toda claridad su voz; solamente el juez permaneció indiferente.

—¡Hum-m! ¿Se llama usted Mary Elizabeth Hume?

—Sí.

—¿Es hija única de la víctima, y vive en el número 12 de la calle Grosvenor?

—Sí —respondió ella, asintiendo con la cabeza, y haciendo el efecto de que estaba como sonámbula.

—¿Conoció al acusado en una fiesta de Navidad, al estar los dos invitados y pasando unos días en una casa de Frawnend, Sussex?

—Sí.

—¿Está enamorada de él, señorita Hume?

—Estoy profundamente enamorada de él —dijo ella, y sus ojos parpadearon ligeramente. A pesar de no haberse sentido desde hacía un rato el menor ruido, se tuvo la sensación de que el silencio se profundizaba aún más en el interior del tribunal.

—¿Sabe que está detenido por acusársele de haber asesinado a su padre?

—Por supuesto que lo sé.

—Bueno, señora... quiero decir, señorita, le voy a dar esta carta y le ruego que la mire bien. Está fechada, «3 de enero, 21:30» o sea la noche antes del crimen. Haga el favor de informar al jurado si es suya, y si la escribió usted.

—Sí, yo la escribí.

Fue leída dicha carta en voz alta, y decía:

Querido Papá:

Jimmy ha decidido de repente ir a Londres mañana a la mañana, y pensé que es mejor que estés enterado de ello. Tomará el mismo tren que tomo yo casi siempre, ya sabes, el que parte de aquí a las nueve y llega a Victoria a las once menos cuarto. Me ha dicho que te va a ir a ver mañana, pero no sé a qué hora.

Abrazos,

Mary

P. S. ¿Te ocuparás y conseguirás solucionar el otro asunto, no?

—¿Sabe si su padre recibió esta carta?

—Sí, la recibió. En cuanto supe que había muerto, vine en seguida a la ciudad, como es lógico; y se la saqué de adentro de uno de los bolsillos de su traje esa misma noche... la noche de su muerte.

—¿Por qué razón envió usted esa carta?

—Decidí hacerlo el viernes a la noche, ese viernes a la noche después de haber hablado más temprano con mi padre por teléfono, cuando a Jim se le ocurrió de improviso venir a Londres para comprarme un anillo de compromiso.

—¿Intentó disuadirle y convencerle de que se quedara?

—Sí, pero no podía insistir demasiado, pues si no habría despertado sus sospechas.

—¿Por qué intentó disuadirle de que viniera?

La joven se humedeció los labios, y respondió después con decisión.

—Porque su primo, el capitán Answell, había partido para Londres el viernes a la tarde a fin de entrevistarse con mi padre al día siguiente; y tenía miedo de que por casualidad fuesen a la misma hora, y se pudiesen encontrar en la casa de mi padre.

—¿Tenía algún motivo especial para no querer que se encontraran allí?

—¡Sí, sí!

—¿Cuál era ese motivo?

—Hacía muy poco, en realidad esa misma semana —contestó Mary Hume—, el capitán Answell me había pedido que le pagara yo, es decir, mi padre, la suma de cinco mil libras por su silencio.

XII

«¿INVENCION O REALIDAD?»

—¿SE REFIERE a ese hombre? —preguntó H. M., señalándolo con la mano, sin compasión y con desprecio, y haciendo que todos mirasen al capitán Answell.

Éste se halló así, en una situación terrible y casi insoportable. Su rostro se puso muy pálido, y adquirió un tono ceniciento; permaneció sentado, muy derecho y sin hacer el menor movimiento, salvo el agitado palpitar de su pecho al respirar. En ese momento, al reflexionar sobre hechos y detalles anteriores, me di cuenta en qué forma le habían fallado sus cálculos. Pensaba que no corría ningún peligro: él y esa joven habían tenido relaciones íntimas, y no creyó que ella se animaría a revelar ese vínculo secreto que había existido entre ambos. Ella había llegado hasta prometerle que no diría nada, adoptando una muy simulada actitud de terror. Era posible explicarse ahora su aparente docilidad y casi indiferencia, su amable y amistoso: «Muchas gracias por todo». Recordé algunas de las frases que se habían dicho ambos. Ante todo, de esas palabras que no había podido entender entonces, y que él había dirigido a Mary: «Estamos a mano. ¿Y también de acuerdo, no?». Y la fría y sensata respuesta de ella: «Yo no cambio de idea, Reg». Pese a que ya estuviera, en su interior, decidida a revelar la verdad.

En el tribunal, tres personas hablaron muy rápidamente, y una tras otra.

La primera voz que se escuchó fue la del fiscal:

—¿Es éste, acaso, el proceso del capitán Answell?

La segunda fue la de H. M.:

—Todavía no.

La tercera, la del juez:

—Continúe, *Sir Henry*.

H. M. miró e interrogó nuevamente a la joven que ocupaba el sillón de los testigos. Su bello rostro traducía serenidad y decisión, y no apartaba los ojos de la cabeza de Reginald, quien estaba sentado de espaldas a ella.

—¿De modo que el capitán Answell le pidió que le diera usted, o sea que le pagara su padre, cinco mil libras por chantaje?

—Sí. Él sabía sin duda que yo no podía darle ni tenía semejante suma, pero estaba convencido de que mi padre le entregaría ese dinero.

—Hum-m. ¿Por qué razón podía intentar hacerle un chantaje?

—Porque yo había sido su amante.

—Sí, ¿pero no había algún otro motivo más poderoso... mucho más efectivo y poderoso?

—Oh, sí.

Por segunda vez durante el transcurso de este proceso, el acusado se puso de pie de un salto, y se preparaba a hablar, a interrumpir el interrogatorio, y a hacer

desorden. Le había trastornado semejante revelación. H. M. le hizo un gesto desesperado para que se contuviera y guardase silencio.

—¿Cuál era ese otro motivo, señorita Hume?

—El capitán Answell me había sacado muchas fotografías.

—¿Qué tipo de fotografías?

Respondió ella, con voz baja y velada:

—Sin ropas, desnuda, y en... diferentes posturas.

—No pude oír lo que acaba de decir —comentó el juez—. ¿Quiere hablar más alto, por favor? ¿Qué fue lo que dijo?

—Dije —repitió Mary, y sus palabras se oyeron ahora con claridad— sin ropas, y en diferentes posturas.

La inexorable insistencia del juez hizo sentirse incómodas a casi todas las personas que ocupaban el tribunal.

—¿Cuáles eran esas posturas o «poses»?

H. M. dijo entonces:

—Su Señoría, he traído una de esas fotografías, y al verla es fácil explicarse la extraña conducta del procesado y su persistente silencio sobre todo esto. Del lado de atrás de la fotografía, se puede ver escrito: «Recuerdo de una de las mejores horas que he pasado con ella»; y le ruego a la testigo que identifique esta letra, y confirme que es en efecto la del capitán Answell. Luego desearía que Usía observe dicha fotografía, y me permita presentarla al jurado, como prueba a favor de las conclusiones a las que yo me propongo llegar y demostrar.

Al serle entregada la fotografía, y ponerse el juez a mirarla, cesaron los murmullos, y hubo un silencio expectante en el tribunal. Intrigaba saber cual sería el estado de ánimo de la testigo, al hallarse en semejante situación. Todas las personas que colmaban la sala la habían mirado, por lo menos una vez, y se la habían imaginado sin las ropas que en ese momento tenía puestas... o sea totalmente sin ropas. *Sir* Walter Storm no hizo comentario alguno u objeción.

—Puede mostrarla a los miembros del jurado —dijo el juez, con un tono de voz frío e indiferente.

Circuló frente a dos hileras de rostros impasibles.

—¿Cuántas fotografías iguales a ésta hay?

—Tal vez una docena.

—¿Y ésta, que ha sido presentada como prueba, es la única que tiene usted?

—Sí, Reg tiene las otras. Me prometió devolvérmelas si yo me callaba, y no contaba en el tribunal que me había pedido dinero por ellas.

Reginald Answell se puso de pie lentamente, y se dirigió hacia la puerta de la sala. Trató de caminar simulando calma e indiferencia. Por supuesto, nadie le dijo nada ni trató de detenerlo. Pero H. M. se quedó a propósito callado para que la atención del público se enfocara sobre él, de la misma manera que un aparato fotográfico. Se apuró para salir lo más rápidamente posible, y tropezó contra sillas,

contra los que estaban sentados ante la mesa de los abogados, y sus pies y sus codos, todo, en fin, pareció obstaculizar su marcha; le ocurrió lo mismo que en general nos pasa cuando queremos retirarnos de un teatro sin molestar ni hacer ruido, y tropezamos contra las piernas de todos los que ocupan nuestra fila. Al llegar a la puerta, que daba al vestíbulo, su marcha se había transformado en huida, e iba ya corriendo. El agente policial que estaba de guardia le miró, y le permitió que saliera. Se sintió el ruido que hicieron las hojas con vidrios de la puerta al pasar él y alejarse.

—Volviendo a ocuparnos de esas fotografías —comentó significativamente H. M.

—. Quisiéramos saber algunos datos sobre ellas. ¿Cuándo fueron sacadas?

Nuevamente se humedeció la joven los labios, antes de responderle.

—Hace... más o menos un año.

—¿Había cortado y terminado con el capitán Answell mucho antes de conocer al acusado?

—Oh, sí, hacía mucho tiempo.

—¿Le pidió que le devolviera las fotografías?

—Sí, pero se rió y me dijo que no tenía ninguna importancia ni me perjudicarían.

—¿Qué actitud adoptó el capitán Answell, al enterarse de que usted se había puesto de novia con el procesado?

—Habló a solas conmigo, y me felicitó. Me dijo que se alegraba, y que le parecía una excelente noticia.

—¿Qué agregó además?

—Me amenazó con mostrarle las fotografías a Jim, si no le daba cinco mil libras. Me dijo que no veía por qué razón no podría lograr algún beneficio de todo este asunto, ya que todos tenían dinero de sobra menos él.

—¿Pasó esto durante la semana del 28 de diciembre al 4 de enero?

—Sí, durante esos días.

—Continúe, por favor, contándonos, si puede, lo que ocurrió, señorita Hume.

—Le respondí que debía estar mal de la cabeza, pues sabía que yo no tenía ni cinco mil peniques, y jamás podría tener la suma que me pedía. Me contestó que lo sabía muy bien, pero que mi padre accedería a dárselos. Agregó que... el sueño dorado de mi padre era que yo me casase muy bien, con un hombre rico, y...

—¿Y?

—... dada mi conducta, y por no haberlo logrado hasta entonces... mi padre estaba empezando a perder las esperanzas...

—Tenga valor, señorita; serénele, y dígame la verdad como hasta ahora. ¿Había tenido amores y relaciones de esa índole con otros hombres, antes de conocer al capitán?

—¡No, no, no! Le estoy repitiendo lo que Reg... lo que el capitán Answell me dijo entonces. Dijo que mi padre pagaría las cinco mil libras, con tal de que yo no perdiese tan buen partido como era sin duda Jim Answell.

H. M. la miró con mucha atención.

—Su padre era un hombre inflexible y severo, ¿no es cierto?

—Sí, era muy severo.

—¿Cuándo quería obtener algo, siempre lo lograba, no?

—Sí, siempre.

—¿Estaba enterado su padre de que le habían sacado semejantes fotografías?

Sus bellos ojos azules adoptaron una expresión de incredulidad y sorpresa, como si no pudiera la joven dar fe a sus oídos, al escuchar una pregunta tan tonta, pese a que en los tribunales fuera necesario formular tales preguntas para que hasta la menor duda quedase de ese modo aclarada.

—No, no, no sabía absolutamente nada. Tener que decírselo fue casi tan difícil y terrible como...

—¿Pero le confesó al fin todo, no?

—Sí, no pude hallar otra solución, y por eso tuve que hacerlo —respondió la testigo, explicando así por qué le había tenido que contar al fin a su padre la verdad.

—Tenga la bondad de relatarnos con todo detalle lo que ocurrió, y todo lo que se refiera a ello.

—Reg... el capitán Answell, me dijo que me daría unos pocos días de plazo para que yo pudiese conseguir y entregarle ese dinero. El día... sí, fue con toda seguridad el miércoles, le escribí a mi padre, diciéndole que necesitaba hablar personalmente con él sobre algo muy urgente e importante, y que se relacionaba con mi casamiento. Sabía que esto haría que viniese a verme en seguida. Yo no podía irme de la casa en que estaba pasando unos días, sin dar explicaciones ni decir el motivo, y menos aún cuando Jim estaba regalando dinero a diestro y siniestro para celebrar nuestro noviazgo, y todas las instituciones de caridad de la zona nos enviaban a diario sus representantes para visitarnos y agradecemos esas donaciones. Por tales razones, le pedí a mi padre que se encontrara conmigo, el jueves a la mañana, en una pequeña aldea próxima a Frawnend...

—Bien, por favor, continúe.

—Nos vimos en una hostería llamada «El Jabalí Azul», que está situada en el camino a Chichester.

Pensaba que me iba a hacer una escena y se indignaría contra mí, pero no ocurrió así. Se limitó a escucharme en silencio. Se puso luego a andar de un lado a otro por la habitación, varias veces, y con las manos cruzadas por la espalda. Dijo, por fin, que cinco mil libras era una suma imposible y ridícula. Agregó que tal vez no se hubiera negado a darle una cantidad menor de dinero, pero que no podía darle tanto porque últimamente había tenido algunas pérdidas y había disminuido su capital; en realidad, había pensado rehacerse un poco con la ayuda monetaria de Jim. Le respondí que quizá el capitán Answell se conformaría con una suma menor. Me respondió: «No le daré dinero alguno; deja el asunto en mis manos, y cuando hable con él, ya verás cómo le voy a liquidar».

—¡Oh! «Deja el asunto en mis manos, y cuando hable con él, ya verás cómo le voy a liquidar». ¿Qué aspecto tenía al decir estas palabras? ¿De qué modo las pronunció?

—Mi padre estaba sumamente pálido, y creo que, si en ese momento hubiera tenido a Reg por delante, le hubiese matado en el acto.

—Hum, muy interesante —comentó H. M., levantando una mano—, por lo tanto, el plan de su padre de liquidar al capitán Answell, o saldar cuentas con él, y aun de darle a beber un whisky al que le había añadido un narcótico, no parecen tan imposibles y disparatados ahora, como hace un rato, cuando se refirió a ellos mi estimado colega, ¿no? —Se apresuró a seguir hablando, para que no tuviesen tiempo de hacerle objeciones por comentarios indebidos.

—¿Le dijo qué pensaba hacer, o cómo iba a conseguir «liquidar al capitán Answell»?

—Me dijo que partiría de vuelta a Londres, y allí, después de reflexionar unas horas, vería qué medidas eran convenientes para solucionar este asunto. Me pidió también que le avisara si Reg partía, o alguna otra novedad.

—¿Agregó algo más?

—Oh, sí; me indicó que tratara de averiguar dónde tenía Reg guardadas esas fotografías.

—¿Lo intentó usted?

—Sí, y no tuve ningún éxito. Esto... fue lo que desencadenó todos los acontecimientos que después ocurrieron. Reg se dio cuenta en seguida de lo que yo quería descubrir, me miró, se rió, y me dijo: «¿De modo que éstos son tus planes? En vista de tus intenciones, querida, no espero más y me voy derecho a Londres a hablar con tu padre».

—¿Eso pasó el viernes, no?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—Llamé por teléfono a mi padre el viernes, poco antes de la cena.

—¿Se trata de ese llamado, al cual se han referido ya los testigos anteriores?

—Sí. Quería ponerlo sobre aviso, y saber qué medidas iba a tomar.

H. M. miró a la joven muy fijamente, y como si intentara hipnotizarla.

—Quiero que nos repita todas las palabras que le dijo; y que trate de recordar hasta el último detalle todo lo que le comentó su padre.

—Trataré de hacerlo. Respondió a mi aviso: «Bien; ya tengo todo planeado y listo. Lo llamaré mañana por la mañana, lo invitaré a que venga a verme aquí, y te prometo que no nos volverá a molestar nunca más».

Pronunció ella estas frases con extraordinaria intensidad; H. M. guardó silencio durante unos momentos para que dichas palabras se grabaran profundamente en la mente de cada uno de los miembros del jurado. Después, las repitió a su vez.

—¿Le contó qué era lo que se proponía hacer para conseguir «liquidar al capitán Answell»?

—No; le pregunté, pero no quiso decirme nada. Después de las frases anteriores, sólo quiso saber dónde podía hallar con toda seguridad a Reg, para telefonarle allí; y yo le respondí que lo llamara al departamento de Jim. Me replicó: «Sí, era lo que pensaba hacer; ya he estado allí».

—Dijo que ya había estado allí —H. M. levantó la voz—. ¿Y no le refirió también que se había llevado y robado la pistola automática que el capitán Answell tenía guardada en ese departamento?

El efecto de esta pregunta sobre los oyentes fue anulado por la interrupción del juez.

—La testigo le ha dicho ya, *Sir Henry*, que su padre no le agregó o contó nada más.

H. M., con aire satisfecho, se acarició y acomodó un poco su blanca peluca.

—¿Y después para colmo de complicaciones —prosiguió él—, a su novio se le ocurre también, de repente, ir a Londres, y tuvo miedo de que, por casualidad, se enterase de todo?

—Sí, estaba desesperada.

—¿Por eso escribió a su padre el viernes a la noche, pese a haber hablado por teléfono con él más temprano?

—Sí.

—Por lo tanto, esa postdata, «¿Te ocuparás y conseguirás solucionar el otro asunto, no?»... ¿se refería a los planes de su padre para «liquidar al capitán Answell»?

—Sí, por supuesto.

—Quiero tratar otro punto— prosiguió H. M., después de toser un poco, y con fuerza—. Una testigo ha declarado ya sobre la extraña forma en que se condujo su padre, cuando recibió esa carta el sábado a la mañana, a la hora del desayuno. Se puso de pie, después de leerla, fue hacia la ventana, y con voz dura anunció que su novio iba a llegar ese día a Londres... y vendría a visitarlo. La testigo le dijo: «Oh, entonces no tendremos que ir a Sussex, y nos evitaremos el viaje; tendremos que invitarlo a comer esta noche», u otras palabras parecidas y con igual sentido. La víctima le contestó que el doctor Spencer y ella deberían ir a Sussex, como se había decidido anteriormente. Agregó además: «No lo invitaré a comer, ni absolutamente a nada». —H. M. golpeó con el puño sobre la mesa—. ¿Por lo tanto, sus palabras significaban que no le invitarían a cenar para evitar el peligro de que los dos primos se llegaran a encontrar?

Sir Walter Storm se puso de pie en seguida.

—Su Señoría, por última vez deseo protestar contra estas tentativas continuas de interrogar a los testigos sobre hechos que no han visto o palabras que no han oído, y

muy especialmente por formularse siempre preguntas que sugieren ya determinadas respuestas.

—No conteste a lo que se le acaba de preguntar —dijo el señor J. Bodkin.

—Según su opinión —prosiguió H. M., después de pedirle disculpas al juez, de modo irónico, como se acostumbra a hacerlo en el tribunal—, según su opinión, de acuerdo a los hechos que *ha* visto, y a las palabras que *ha* oído, ¿no explica lo que nos acaba de relatar, lo que aconteció en realidad esa noche del asesinato?

—Sí.

—¿Tendría una mujer el valor de confesarnos todo lo que nos ha contado hoy, a menos que estuviese completamente convencida de la inocencia del acusado?

Simuló H. M. esperar una respuesta, y luego se sentó de pronto, haciendo crujir con su peso el asiento.

Sentimos murmullos por todos lados, atrás, alrededor y adelante de nosotros, como si estuviéramos en un campo entre espigas movidas por el viento: todos hablaban de lo mismo. Mary Hume también sabía a qué se referían todos esos comentarios; miraba hacia abajo, y con el dedo, trazaba pequeños dibujos sobre el borde de la baranda que había delante de ella. Pero de tanto en tanto, levantaba un segundo los ojos para observar al fiscal, que se demoraba y no comenzaba aún a interrogarla. El bello rostro de la joven se sonrojó más intensamente que antes; y, de un modo inconsciente, se cruzó bien la estola de martas para cubrirse lo más posible. Era difícil prever cuánto podrían durar su entereza y su valentía para soportar semejante situación. Ella había logrado que perdieran consistencia y se desmoronasen muchos puntos y argumentos de la acusación: se pudo ver que muchas de las aparentes contradicciones y disparatadas declaraciones de Answell eran la pura verdad; y era evidente que el jurado también lo creía. Pero los murmullos se hicieron más fuertes, como los ruidos en un bosque al iniciarse una tormenta. Alguien preguntó quejándose si no nos iban a mostrar a nosotros también la fotografía. Observé que los asientos reservados para los periodistas estaban vacíos, a pesar de que no había visto a ninguno de ellos salir, con todo apuro, de la sala. Se trataba de noticias apasionantes para los hogares de Londres, que merecían aparecer con grandes títulos en todos los periódicos.

—Cruza los dedos, y que el destino nos proteja —me susurró Evelyn, cuando *Sir Walter Storm* se levantó para iniciar el examen de la testigo.

Se dirigió a ella con extraordinaria deferencia y gran amabilidad. Le habló con tono suave y persuasivo.

—Le aseguro, señorita Hume, que admiro profundamente su sinceridad y su valor al haberse animado a confesarnos todo esto. Al mismo tiempo, ¿no tuvo ningún reparo en posar, y permitir que le sacaran, según creo, doce fotografías de este tipo?

—Once.

—Muy bien; once. —Nuevamente se quedó callado un momento, y acomodó varios libros que había sobre el escritorio—. ¿Todo lo que acaba de declarar ahora,

señorita Hume... supongo que lo sabía también esa noche del crimen?

—Sí.

—¿Tengo entendido que declaró que, al enterarse de la muerte de su padre, se apresuró a volver de Sussex y llegó a su casa esa misma noche?

—Sí.

—Bien —comentó el Fiscal, tomando y acomodando con todo cuidado y lentitud otro libro—. ¿Sin embargo, no hizo a la policía, esa misma noche o en cualquier otro momento, las sorprendentes declaraciones que nos acaba de hacer hoy?

—Sólo a... —e indicó con un leve gesto a H. M.

—¿Ignoraba, señorita Hume, que si hubiera hecho esta declaración a la policía, y hubiera probado que el capitán Answell había intentado hacerle un chantaje, no hubiera sido necesario mostrar esta fotografía en forma pública al jurado? ¿Ni hubiera tenido que soportar un interrogatorio tan desagradable y vergonzoso para usted como tiene que resultarle éste?

—Sí, sabía todo esto.

—¿Ah, lo sabía? —preguntó *Sir Walter*, dejando el libro y mirándola con interés.

—Sí. Averigüé... leyendo sobre este punto.

—¿Me imagino que la situación en que se halla no le puede resultar agradable?

—No, no lo es —respondió la joven. Sus ojos tenían una expresión de cansancio.

—Entonces ¿por qué no contó todo esto antes, y trató de favorecer al acusado relatándolo al principio, en lugar de hacerlo en este momento y en semejante forma?

—Yo...

—¿Era debido a que pensaba que el procesado era culpable; y que, por consiguiente, estas fotografías no tenían ninguna relación con el crimen cometido?

H. M. se puso de pie lentamente.

—Con el debido respeto a la opinión de mi estimado colega, quisiera saber a qué conclusión pretende llegar él con esta pregunta. ¿No acepta la Corona —como hemos estado demostrando y explicando con toda claridad— que tuvo lugar una confusión de nombres entre Caplon Answell y capitán Answell, y debido a este malentendido el señor Hume recibió la visita de uno cuando se preparaba a «liquidar» a otro?

Sir Walter Storm se sonrió.

—De ningún modo. Aceptamos la fotografía como una realidad; aceptamos también la afirmación de que el capitán Answell fue el que sacó dicha fotografía; pero nos vemos obligados a negar que estos dos puntos puedan tener alguna relación con el caso mismo... o sea con la culpabilidad o inocencia del procesado.

Evelyn, que estaba a mi lado, me dio un golpe bastante fuerte con el codo.

—¿Pero cómo es posible que pierdan el tiempo discutiendo sobre esto? —me interrogó Evelyn—. A mí me parece todo eso tan claro como la luz del sol.

Le dije que era demasiado parcial.

—Storm habla con toda sinceridad. Cree que Answell pertenece a ese tipo tan común de asesinos, que intentan escabullirse frente a los hechos. Tratará de

convencernos de que Mary estaba inventando y diciendo mentiras para lograr protegerle; que tuvieron en efecto Reginald y Mary Hume relaciones íntimas, pero es falso que el capitán intentara hacerle un chantaje; y que, con estos cuentos, están haciendo un último y desesperado esfuerzo para poder defenderle.

—Todo eso me parece un disparate. ¿Puedes creer todo eso?

—No; pero observa a esas dos mujeres que están en el jurado.

Las miradas de crítica que nos lanzaron de varios lados nos hicieron callar, mientras el fiscal continuaba hablando.

—Tal vez no me expresé con toda claridad —dijo *Sir Walter*—. Lo intentaré de nuevo. ¿Todo lo que nos ha contado usted hoy aquí, podría haberlo revelado ya cuando el procesado fue arrestado?

—Sí.

—¿No hubiera tenido entonces su declaración tanto valor, como el que mi estimado colega quiere que le demos ahora?

—Yo... no sé.

—¿Sin embargo, no dijo nada entonces?

—No.

—¿Prefirió (perdóneme el término, señorita Hume, pero me veo obligado a emplearlo) prefirió exhibirse aquí, en lugar de haber contado todo esto antes?

—Exagera usted, *Sir Walter* —le interrumpió bruscamente el juez—. Debo recordarle que se halla en un tribunal, y no ante una comisión de moral, Hemos tenido que soportar y corregir a muchos que actuaban con esa falsa impresión, y por ello debemos atacar de inmediato semejante error de concepto.

El abogado se inclinó.

—Como usted prefiera, milord. Yo creía que no iba más allá de mis límites legales al encarar el interrogatorio... Señorita Hume, ¿nos ha contado que, el viernes 3 de enero a la tarde, el capitán Answell se fue de Frawnend para Londres, con el propósito de ir a verlo a su padre al día siguiente?

—Sí.

—¿Para sacarle una suma de dinero por chantaje?

—Sí.

—¿Cómo se explica entonces que él no se haya entrevistado con su padre?

La testigo abrió la boca para responder, pero en lugar de ello se quedó callada. A pesar de su aspecto frágil, había demostrado tener hasta ese momento mucha entereza.

—Le volveré a hacer esta pregunta con mayor claridad. Varios testigos han declarado aquí, en realidad, contestando a las insistentes preguntas de mi estimado colega sobre ello, que ese día sábado su padre no recibió ninguna otra visita, mensaje, o llamado telefónico, salvo los que han sido ya indicados. El capitán Answell no fue a verlo, ni tampoco trató de comunicarse con él. ¿Cómo reconcilia esto con su

declaración de que el capitán Answell se apresuró a irse a Londres para hacer lo que usted dice?

—No le podría decir.

El abogado extendió hacia adelante una mano.

—Le aseguro, señorita Hume, que ese sábado cuatro el capitán Answell no estuvo ni siquiera en Londres.

—¡Pero no puede ser, ya le he dicho por qué razón!

—¿No quiere creer lo que yo le digo, señorita Hume, y que sé con toda seguridad al haberme enterado por los informes de la policía, la cual ha investigado todos los movimientos y lugares donde han estado las personas implicadas en este caso, o sea que, el viernes a la tarde, el capitán Answell se fue de Frawnend en auto para visitar a unos amigos en Rochester, y que no llegó a Londres hasta el sábado poco antes de medianoche?

—¡No!

—¿No me creerá tampoco si le cuento que él anunció a varias personas en Frawnend que partía para Rochester y no para Londres?

Ella no le respondió.

—¿Aceptaré por lo menos que si estaba en Rochester, no podía estar al mismo tiempo en Londres?

—Tal vez me mintió.

—Tal vez lo hizo. Pero ocupémonos de otro aspecto de este asunto. ¿Esas fotografías, según usted, fueron sacadas hace un año?

—Más o menos, tal vez un poco más.

—¿Cuánto tiempo después rompió, y dejó de verse en secreto con el capitán Answell?

—Poco tiempo después; aproximadamente un mes más tarde; muy pronto.

—¿Y, durante todo ese año, trató alguna vez de sacarle dinero?

—No.

—¿O de amenazarla en alguna forma con esas fotografías?

—No. ¿Pero no se fijó en la expresión de su rostro, cuando se escapó de aquí?

—No nos corresponde prestar la menor atención a ello, señorita Hume. Sin embargo, no me resulta difícil poder imaginarme por qué causa el tema le resultaba a él bastante molesto, y por razones que no tienen nada que ver con el chantaje... ¿No le parece?

—No responda a esto —interrumpió el juez, dejando de escribir—. El abogado acaba de informarle que no es asunto de su incumbencia.

—¿Nos ha afirmado, entonces, que durante todo ese tiempo el capitán Answell no intentó hacerle ningún chantaje?

—En efecto.

—¿Sabe lo que significa estar bajo juramento?

—Por supuesto.

—¡Le sugiero que todo su relato sobre las tentativas de chantaje del capitán Answell, y la intención que le atribuyó a su padre de querer «liquidarlo», son lamentables mentiras y engaños, que usted ha inventado de punta a punta!

—¡No, no, no!

Sir Walter la contempló con calma y amablemente, durante un momento; luego movió un poco la cabeza, negando lo que ella había dicho, se encogió de hombros, y tomó asiento.

Si alguno esperaba que H. M. volviera a examinar a la testigo, debió sufrir una decepción. Con aire casi fatigado, H. M. se puso de pie.

—A fin de dar por concluido, y dejar del todo aclarado este asunto —dijo muy claramente H. M.—, llamo a declarar al doctor Peter Quigley.

Yo estaba seguro de que había oído mencionar hacía poco, y en algún lugar, ese nombre, pero no conocía al hombre que ocupó el sillón de los testigos. Era un escocés con rasgos bien marcados, de aspecto reposado, y que hablaba con una voz muy clara. A pesar de no tener mucho más de treinta años, daba la impresión de ser mayor. H. M. comenzó a interrogarle, como hacía siempre, con tono displicente.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Peter Macdonald Quigley.

—¿Se recibió de médico en la Universidad de Glasgow, y obtuvo un diploma en la Universidad de Salzburgo, que acredita los estudios que hizo sobre criminología científica?

—Sí.

—Hum. ¿Dónde trabajó desde el 10 de diciembre hasta el 10 de enero último?

—Trabajaba cómo médico ayudante del doctor John Tregannon, en la clínica privada que éste tiene en Thames Ditton, Surrey.

—¿Por qué se empleó allí?

—Le explicaré —respondió Quigley, hablando lentamente—: soy agente del Consejo Médico Internacional, y trabajo en Inglaterra bajo la supervisión de los «comisionados de insania», siendo mi misión investigar rumores o acusaciones que no se pueden probar, de modo corriente, contra aquellos que ejercen como psiquiatras.

—¿En su informe al Consejo Médico Británico se halla consignado lo que nos va a contar; y dicho informe ha sido ya aprobado?

—Sí, así es.

—¿Conocía a la víctima, Avory Hume?

—Sí.

—¿Nos puede informar si el capitán Reginald Answell se proponía sacarle, por chantaje, dinero a la víctima?

—Me consta positivamente que quería sacarle dinero por ese método.

—Bien. ¿Quiere tener ahora la bondad de referimos lo que sabe con respecto a este asunto?

—El viernes 3 de enero último...

Las primeras palabras que dijo el testigo no se pudieron oír, debido a todos los murmullos y el ruido que reinaba en el tribunal, y además por susurrarme Evelyn algo al oído. Se trataba de un testigo, de la veracidad de cuyo relato no se podía dudar. Con implacable calma, H. M. se dedicó a desvirtuar y aniquilar la acusación de la Corona. Les había permitido que formularan todas las preguntas y reparos que quisieran; él no había vuelto a examinar a la testigo; sino que había continuado lenta y seguramente encaminando su defensa. Nuevamente recordé las líneas de esa canción, que me habían quedado grabadas, al oírse las decir a H. M., y que más se asemejaban a una fórmula que a un refrán: «*Seguir una pista; perderla y volverla a encontrar; y por fin, esa mañana, avistar y matar al animal*».

—El viernes 3 de enero último...

XIII

«LA ALMOHADILLA PARA SELLOS ES LA CLAVE»

HASTA las 14, después de la declaración sensacional, por la cual se había prolongado la sesión de la mañana en el tribunal, y por la que habíamos salido con retraso; hasta entonces no pudimos, H. M., Evelyn y yo comenzar nuestro almuerzo en el saloncito privado, que había en el piso alto de la taberna de Milton Head, de la calle Wood, donde habíamos estado ya el día anterior. Conocíamos casi todos los detalles del caso; pero sin embargo, nos era imposible descubrir la verdad. H. M., iluminado por el resplandor del fuego de la chimenea, y con un cigarro en la comisura de sus labios, frunció el ceño, y alejó de él su plato.

—Bueno, cerebros obtusos. ¿No han conseguido todavía adivinar lo que ocurrió?

—En gran parte, sí. Pero no del todo. ¿Y, cómo demonios, pudo saber que existía ese Quigley?

—Quedándome sentado, y pensando. ¿Se dan cuenta por qué razón acepté este caso?

—Por supuesto que sí —dijo Evelyn con toda sinceridad—. Porque Mary Hume lo fue a ver, y se puso a llorar con toda su alma; y usted no puede soportar ver sufrir a la gente joven.

—Me podía esperar semejante respuesta —respondió H. M., con mucha dignidad—. Me indigna pensar que ése es el único agradecimiento que recibo; ésa es la opinión que tiene usted de un hombre inteligente y silencioso que... mejor es que no siga. Escúchenme con toda atención, porque les hablo con mucha convicción y seriedad —y era tan evidente que creía apasionadamente en lo que decía, que no perdimos una palabra de lo que nos dijo—. Me encanta remediar las perversidades del destino. Me han oído hablar repetidas veces, y desde hace mucho tiempo, sobre la mala suerte en general, y el destino que se ensaña sobre alguien, y supongo que habrán pensado que yo hacía todos esos comentarios para que se me pasase la furia. Pero lo decía con toda seriedad. Lo corriente es no tomar a lo trágico la mala suerte, en lo que se refiere a pequeños detalles, o las bromas y jugarretas que nos hace muchas veces la vida. Nos reímos sin querer cuando tropezamos contra el cesto de papeles, y se va rodando por la habitación. Nos enojamos, pero luego nos olvidamos, cuando ocurre la casualidad de que, justo el día en que tenemos una cita importante, es aquel en que perdemos el tren. Justo el día que invitamos a cenar a la mujer a quien queremos impresionar mejor, es aquel en que nos dejamos olvidada la cartera en casa, y nos damos cuenta cuando vamos a pagar la cuenta. ¿Pero se han fijado también cómo esa mala suerte nos persigue cuando se trata de asuntos importantes, y momentos transcendentales de nuestras vidas? Mediten sobre todo lo que les ha ocurrido de malo, y fíjense si las mayores complicaciones que hayan podido tener no les han sucedido, no por el afán de los demás por hacernos daño o ayudarnos, ni

porque hayan intervenido en nuestras vidas en un sentido u otro; sino simplemente por mala suerte, y por la maldita y horripilante perversidad del destino en general.

Lo miré con cierta curiosidad. Fumaba con expresión de furia..., y era éste, según creo, un estallido provocado por una sensación de alivio. El testigo más importante, de los que había llamado él, había apabullado a *Sir Walter Storm*, sin que a la mente ágil del fiscal se le pudiera ocurrir la menor objeción.

—¿No cree ciegamente en todo lo que acaba de decirme, no? —le pregunté yo—. Porque si está convencido de que todos los hechos conspiran para perjudicarnos y hacernos alguna mala pasada, lo mejor que puede hacer, en ese caso, es soterrarse en Dorset y dedicarse a escribir novelas.

—¿Lo ve usted? —me comentó H. M., con macabro placer—; eso demuestra que sólo se da cuenta de las perversidades y jugarretas del destino que acaban con nosotros. Lo mismo que si se tratara de una tragedia griega, en que a algún dios se le ocurre ensañarse contra un pobre hombre cualquiera, y no tiene éste la menor probabilidad de salvarse. Y se sienten grandes deseos de gritar: «¡Eh, dele alguna esperanza! ¡...golpéelo, si esto le causa placer, pero no lo hunda hasta tal punto, de modo que ese pobre hombre no pueda ni siquiera asomarse a las calles de Londres, aunque haya neblina, sin volver a su casa con una insolación!». No, hijo. Todo se puede utilizar y tomar en ambos sentidos, y más que todo las jugarretas del destino. La mala suerte enredó a Answell y lo hizo verse mezclado en este lío, pero los mismos principios que rigen las malas pasadas de la vida me hicieron descubrir la verdad, y hallar el método para salvarle. El secreto es que no se puede encontrar la solución empleando el raciocinio... como quisiera lograrlo Walter Storm. Pueden definir como quieran todo lo que pasó en este caso; atribuirlo a la predestinación, a Mansoul, o a los errores de la constitución actual; pero para mí se trata sólo de una mala pasada o perversidad del destino.

»Analicen, por ejemplo, este caso —siguió diciendo H. M., haciendo un gesto, que subrayaba lo que decía, con el cigarro que llevaba en la mano—. En cuanto esa joven vino a verme, adiviné lo que había ocurrido: Jim Answell recibió por equivocación el mensaje, y cayó de cabeza en una trampa para quitar del medio a Reginald. Pero ni Answell ni Mary Hume se dieron cuenta, al principio, de qué era lo que había pasado. Estaban demasiado en el centro de los acontecimientos; y sólo es posible ver la paja en el ojo ajeno. Pero intuyeron que algo raro y oculto había. Cuando hace un mes, logré que me confiara toda esta historia, y le mostré a ella la confusión que tuvo lugar, era ya demasiado tarde... y el juicio estaba iniciado. Si hubiera ido a ver a las autoridades para confesarlo todo, no hubiesen creído sus palabras: lo mismo que Walt Storm, con toda sinceridad y honestidad, no las creyó hoy.

Hizo H. M. una pequeña mueca.

—¿Pero, cómo demonios iría la pobre muchacha a adivinar todo, sin la ayuda de nadie? Le avisan que su padre ha muerto. Vuelve enseguida a su casa. Se entera de

que su *novio* ha sido hallado junto al cadáver; estaba en esa habitación, herméticamente cerrada como una caja fuerte, solo, sus impresiones digitales estaban marcadas sobre la flecha, y todas las apariencias señalaban su culpabilidad. ¿Cómo se le podría ocurrir que el joven había caído en una trampa preparada *para otro*? ¿Cómo podría llegar a relacionar todo esto con el *noble* Reginald, a menos que alguna persona se lo hiciera ver?

—¿Y esa persona fue usted?

—Seguro. Ésa era la situación cuando me senté, y me puse a meditar sobre el caso. Por supuesto, era evidente que el viejo y astuto Avory Hume había preparado él mismo esa trampa, con intención de saldarle las cuentas a Reginald. Usted ya se enteró de todo. Él llamó por teléfono al departamento desde las nueve de la mañana..., a pesar de que, desde el principio, y se halla consignado esto en la declaración primera de Answell a la policía, sabía que Jim no llegaría hasta las 10.45. Les dio *él*, inesperadamente, a la cocinera y a la mucama permiso para salir esa noche. También ordenó que fueran cerrados los postigos de las ventanas del escritorio, para que no se pudiese ver nada desde afuera. Fue *él*, quien hizo que el mucamo se fijara que había, sobre el aparador, un botellón lleno de whisky y un sifón sin empezar. Corrió el cerrojo de la puerta del escritorio, que estaba colocado para cerrar del lado interior, y lo hizo al hallarse solo con Answell para que nadie lo pudiera molestar. Fue *él*, quien dijo con voz muy fuerte, para que el mucamo lo oyera: «¿Qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?». Decir eso fue una equivocación. Porque si aceptamos que Answell había bebido whisky, al que se le había agregado un narcótico, ningún dueño de casa diría jamás: «¿Se ha vuelto loco?» al notar que la persona que lo había ido a ver empezaba a perder el conocimiento. Diría: «¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?» o quizá: «¿Se ha mareado con ese whisky?».

«Por lo tanto, es evidente que Avory Hume estaba tramando algo, y llevándolo a cabo. ¿Qué se proponía hacer? Impedir que el *noble* Reginald pudiese hablar; pero no comprando su silencio con una suma de dinero. ¿Tenemos algún dato sobre Reginald que nos permita adivinar cuáles eran los planes del señor Hume? Lo supe por Mary... y usted, según me contó, se enteró también al estar en la casa de la calle Grosvenor. ¿No estamos acaso al tanto, de que varios miembros de la familia de Reginald habían sido insanos?».

—En efecto, desde que los oí, no había podido olvidar sus palabras, que había alcanzado a escuchar, a pesar del ruido producido por el público, al bajar las escaleras del Old Bailey: Reginald Answell y el doctor Hume bajaban juntos; estaban a la defensiva, y se hablaban con cierta ironía y una patente hipocresía. Reginald Answell había dicho, con tono indiferente en apariencia, unas palabras intencionadas.

—«Tal vez sepa usted que *hay* otros casos de locura en la familia. No muchos, felizmente. Sólo algunos casos aislados, varias generaciones atrás...».

—Pero suficientes para el plan de ellos —comentó H. M.—. ¡Oh, más que suficientes! Me gustaría saber qué estaban pensando en ese momento esos dos

hombres. Los dos conocían la verdad; pero ambos tenían sobrados motivos para callarse. Bueno, sigamos adelante. Varios parientes de Reginald habían estado locos, o por lo menos neuróticos. El hermano de Avory Hume es médico. Se necesitaba un narcótico especial para lograr que perdiese en seguida el conocimiento. Y uno de los íntimos amigos de Spencer Hume era el doctor Tregannon, médico psiquiatra, que tenía una clínica privada. Se requieren además dos médicos para certificar y diagnosticar...

—Y, por consiguiente, como sabemos ya, pensaban hacer pasar a Reginald por loco e internarlo —completé yo.

H. M. arrugó la frente.

—Bueno, al principio, me limité tan sólo a tener en cuenta la evidencia —explicó, y se puso el cigarro en la boca y lo chupó en tal forma para fumar, que no pude menos que recordar a los chicos cuando se comen un caramelo chupetín—. Pero, de acuerdo con las circunstancias, parecía muy probable que Avory y Spencer Hume hubiesen planeado tal cosa. Tratemos de imaginar cómo hubieran preparado la trampa. Es cierto que cometieron un grandísimo error, y fue Jim la víctima en lugar de Reginald. ¿Pero este error modifica en algo el desarrollo del plan, o hace variar lo que aconteció esa tarde? Veamos.

»Reginald debía ser invitado a ir a la casa. Si hubo otros enfermos mentales en su familia, ¿qué motivo podrán inventar para explicar que haya tenido, de repente, un ataque de locura? Es fácil hallarlo. Se sabía que había estado enamorado de Mary Hume, y aún podía estarlo; hasta el mismo Jim sabía que hubo algo entre ellos.

—¿Estaba enterado de la existencia de esas fotografías? —preguntó Evelyn, muy interesada.

—Oh —dijo H. M.—. Esas fotografías. No, aún no sabía nada sobre ellas; lo supo después, cuando ya estaba preso... porque yo le conté. Me costó muchos dolores de cabeza este asunto. Jim Answell es un joven con buen sentido, y no tan tontamente heroico como para dejarse ahorcar para evitar que los demás se enteren de que su novia ha sido antes la amiga de otro hombre y ha vivido con él. Pero no se trataba sólo de esto. Cuando supo todo lo referente a esas fotografías, no le fue ya posible hablar, física y literalmente no pudo *contarlo* en el tribunal, para que corriese de boca en boca y todos lo supieran. Ni siquiera para salvar su vida, podía hacer semejante revelación. ¿Usted, en su caso, hubiera podido hablar?

—No sé —respondí yo, pensando en lo que podía haber sentido, y haberse figurado y temido Answell—. Cuanto más reflexiono sobre esa revelación, más difícil me parece el poder animarse a hacerla.

—Ella tuvo el valor de confesarlo todo —dijo H. M., con mucha satisfacción—. Por eso la estimo y me gusta tanto: es una joven muy sincera, y con personalidad. Debemos ponderar también al juez. Cuando «Pacífico» Bodkin hizo la observación de que estábamos en un tribunal, y no ante una comisión de moral... les aseguro que me costó contener mis deseos de abrazarle en ese momento, y de regalarle por lo

menos una caja de cigarrillos. Hace treinta años que esperaba tener algún día el placer de hallarme frente a un hombre que, a pesar de tener puesta la roja toga de juez y presidir un tribunal, aceptara con franqueza los hechos de la vida sin comentarlos o condenarlos; ya les había dicho que tenía mucha esperanza y confianza en este juez. ¡Pero por Dios, quédese callado y no me interrumpa a cada rato! Les estaba hablando sobre el plan para librarse de Reginald.

»¿Qué estaba contando? Ah, sí, ya recuerdo. Bien, todos estaban al tanto de que Reginald y Mary habían estado más o menos enamorados. Se sabía que él no tenía ningún dinero, y que Avory Hume se había opuesto a toda posibilidad de casamiento, y que jamás los hubiera ayudado. Pero al conocer a Mary, su rico primo James Answell se enamora de ella, y se ponen en seguida de novios. Reginald decide sacar tajada de esto por medio del chantaje, e ir a ver al padre de Mary.

»¿Se da cuenta ahora del plan que tenía Avory? Se oyen algunas palabras dichas muy fuertes, y como si se estuviesen peleando. Luego entrarían testigos (auténticos y que no sabían nada) con el fin de separarlos. Se enterarían que Reginald había ido a esa casa, trayendo escondido en un bolsillo su revólver... lo cual indicaría intenciones violentas. Encontrarían sus impresiones digitales marcadas sobre la superficie de una flecha, y se podría ver a las claras que dicha flecha había sido arrancada del sitio en que estaba colocada sobre la pared (demasiado a las claras se notaría todo esto)... así sería posible atribuirlo a un ataque de furia o de locura repentina de Reginald; lo hallarían despeinado, y con la corbata torcida y fuera de su sitio. Avory Hume presentaría el aspecto de haber sido atacado con violencia. ¿Y qué diría sobre todo esto Reginald, con expresión indignada, un poco confuso, y como si no supiera dónde estaba? Contaría que le habían hecho beber un narcótico, mezclado con el whisky, y que habían preparado una trampa o conspiración contra él. Pero un médico lo negaría, y aseguraría que no había tomado ningún narcótico, y se vería que el botellón de whisky, colocado sobre el aparador, estaba del todo lleno. Todos esos detalles serían más que suficientes para convencer a los testigos que pudieran entrar en la habitación de que Reginald Answell estaba loco de remate.

»¿Qué táctica adoptarían después los que prepararon esta trampa? —continué reflexionando—. Seguro, la siguiente: ¡Chis! Misterio. Silencio. Nadie debe enterarse. Hay que ocultar esta desgracia, y sólo deben conocerla unos pocos testigos para que prueben que está loco. Únicamente ellos deben estar al tanto de esto, y absolutamente nadie más. Los comisionados de insania no deben enterarse. ¿Continúa Reginald insistiendo y diciendo disparates sobre Mary Hume, sobre algunas fotografías, y sobre la trampa que le han preparado? Mayor razón para tratar de evitar que se puedan oír los comentarios escandalosos y falsos que dice, y de internarlo por loco. ¿Por qué no hacerlo llevar por Spencer Hume a la clínica privada del doctor Tregannon? Hasta Jim Answell, cuando le comuniquen la triste noticia, tratará de que nadie se entere. Pocos días antes de su casamiento, no querrá que se

publique a diestro y siniestro la enfermedad de su primo hermano, y que se lo ha debido llevar con chaleco de fuerza.

»Por cierto, los médicos que se ocupen del caso, le sacarán y guardarán sus artículos personales: ropas, llaves, y demás cosas. No será muy difícil encontrar el escondrijo de esas fotografías, apropiarse de ellas, y quemarlas volando. —H. M. castañeteó con los dedos, e hizo luego una mueca—. Y he aquí todo el plan, siendo ustedes muy tontos al no haberlo adivinado de entrada. Era un plan bastante económico. Reginald estaría internado hasta que prometiera no molestar más... ¡y bien merecido tenía él que le ocurriese todo esto! Es una pena que el proyecto no haya podido ser realizado. Aun cuando no quisiera prometer no hablar, no le quedaría la menor prueba, y sus palabras serían ignoradas como las de un loco; y la hija de Avory Hume ya estaría entonces casada. Se han realizado con éxito muchas veces combinaciones semejantes, como usted lo sabe. Es una forma respetable que se utiliza para acallar el escándalo.

Desde el sillón de los testigos, el doctor Quigley había relatado con fría voz esta trama contra Reginald. H. M. nos la había vuelto a decir con muchos más detalles.

—Avory Hume —comenté yo—, era sin duda un hombre de agallas.

H. M. me miró sorprendido, pestañeando un poco a causa del fuerte resplandor del fuego, que calentaba e iluminaba el antiguo aposento en que nos hallábamos.

—No especialmente, hijo. Era sobre todo un hombre respetable. Y también un realista. Alguien intentaba hacerle víctima de un chantaje. Había que tomar medidas para evitarlo. Y fue lo que hizo. Esta tarde, pudo oír usted la confesión de la hija de Avory Hume, al declarar en el tribunal. No le tengo compasión a ese canalla. Lamento que esta ingeniosa trama del ratón que come al gato no haya podido ser llevada a cabo, para que el cínico Reginald hubiese pasado una temporadita preso e internado, y pudiera meditar sobre los peligros de tratar de conseguir dinero de modo inmoral. Soy un abogado a la antigua, Ken, y no me agradaba verlo tan tranquilo a Reginald Answell. Tenía que hacer lo imposible para probar que toda esta historia era cierta. Desde el primer momento, tuve la suerte de hallar a un testigo que conocía ese plan. Si no le hubiera encontrado estaba dispuesto a pagarle a Tregannon para que lo contase todo...

—¿Dijo pagarle?

—Eso mismo. Pero pude utilizar a Quigley, porque el Consejo Médico vigilaba a Tregannon desde algún tiempo atrás. Una persona pudo escuchar lo que maquinaban llevar a cabo Avory, Spencer y Tregannon: estaba como espía en la clínica de Tregannon, esperando la oportunidad de poder conseguir pruebas contra él. Hace un rato, me refería a algo semejante, cuando comentaba que las jugarretas del destino son a veces, y por casualidad, benéficas.

—¿Cómo continuará ahora encarando la defensa?

—¡Ah! —dijo H. M., y frunció el ceño.

—Usted ha probado de manera convincente, y sin lugar a dudas, que existió una trama semejante. ¿Pero abandonará el ataque Storm al haber sido demostrado tan sólo esto? ¿Hay alguna razón por la cual se pueda tener la certeza absoluta de que Answell no es culpable?

—No —dijo H. M.—, y eso es lo que me preocupa.

Se levantó de su asiento y se puso a caminar pesadamente por la habitación, de un lado para otro.

—¿Sobre qué basará la defensa ahora?

—Sobre la ventana de Judas —me respondió H. M., mirándome por encima de sus anteojos.

»Bueno —prosiguió diciendo él con tono persuasivo—. Analice la evidencia, y desde el principio como yo lo hice. Como pudo lograrse la prueba de que se había preparado esa trampa, se puede sacar de ello una serie de conclusiones muy útiles al analizar cómo se la había maquinado. Le daré una idea. Un detalle de este plan me preocupaba un poco. Avory y Spencer estaban en combinación para saldarle las cuentas a Reginald... esto está bien claro. Pero la noche en que se iba a realizar dicho plan, Avory se encarga de que no quede nadie en la casa, salvo el mucamo. La cocinera y la mucama han salido. Amelia Jordan y el doctor Hume van a partir para Sussex. ¿Pero cómo? me pregunté yo. No es posible que Spencer piense en alejarse ese día. Su hermano lo necesita. ¿Quién podría, si no fuese él, examinar al visitante, certificar que está loco, y jurar que no le habían dado ningún narcótico? Su presencia era esencial para el éxito de ese plan; sin su ayuda no era posible llevarlo a cabo.

—Tregannon podría intervenir en lugar de él.

—Sí. Pero su presencia, justo cuando hacía falta, iba a resultar demasiado sospechosa. Y pensando así hallé la solución de lo que me preocupaba e intrigaba. Si se hubiera hallado Spencer con sus instrumentos médicos en la casa, la combinación podría haber sido descubierta, o tal vez se habrían suscitado comentarios y dudas. Fue esa señorita Jordan la que me dio ayer, por casualidad, la solución de ese pequeño misterio, al charlar sin parar en el tribunal: yo conocía su declaración de un mes antes, y al volver a dar un detalle, me di cuenta de repente. ¿Recuerdan lo que tenía que hacer ella? Debería pasar a buscar a Spencer con el auto —recogerlo en el hospital— y de allí continuarían directamente hacia la casa de campo, donde se hallaba Mary. ¿Se acuerdan de estos detalles?

—Sí. ¿Qué relación tienen?

—¿No se han olvidado del favor que Spencer le pidió a ella? —nos dijo H. M., mirándonos fijo—. Le había pedido que le preparase su valija, y se la llevara al hospital, así le evitaba ese trabajo a él. Les aseguro que nunca me he enterado de una excusa más ingeniosa que ésa. Ella estaba preparada para ir a Sussex; Spencer no pensó jamás hacerlo. La mejor forma para conseguir que dejen de ponernos la mayor parte de las cosas que necesitamos dentro de una valija, es pedirle a otra persona que nos la prepare, y no darle detalles. Esa persona trata de hacerlo lo mejor posible, y

pone todo lo que cree nos va a hacer falta. Pero siempre se olvida de algo. En este caso, lo que Spencer necesitaba era un pretexto. Llegaría ella al hospital, trayendo las valijas. «Ah —diría muy amablemente Spencer—, le agradezco que me la haya preparado. ¿Me puso el juego de cepillos de plata?». O tal vez la excusa sería su bata de cama, los gemelos para el traje de etiqueta, o cualquier otro detalle: lo único que tenía que hacer era preguntarle a ella lo que había colocado, hasta encontrar que se había olvidado de algo. «¿Ah, no me traje esto?» —diría él—. «¿Por Dios, cómo me voy a poder arreglar allí sin tenerlo? Me es absolutamente indispensable. Lamento mucho que nos tengamos que demorar —¿se lo imaginan a Spencer diciendo esto?— pero tendremos que volver a casa, pues no me puedo ir sin llevar ese objeto que usted olvidó traerme».

H. M., con los brazos cruzados, y mirándonos con expresión de reproche y las cejas levantadas, logró imitar tan bien a Spencer Hume, hasta el punto que nos parecía casi que oíamos la propia voz del doctor. Luego, cambiando de tono, agregó:

»Entonces, habrían vuelto con el auto a la casa. Y habrían llegado, en forma accidental pero providencial, justo a tiempo para poder ayudar a Avory Hume, a quien había atacado con intención de matarlo un insano, unos minutos antes de aparecer ellos allí. ¿Bien ideado, no?

Hizo una corta pausa.

—Era una combinación muy hábil, y no habría despertado sospechas —comentó Evelyn—. ¿Intervenía también como cómplice esa mujer... Amelia Jordan?

—No. Pues si hubiera estado enterada, no habría sido necesario inventar esa excusa. Debía ser utilizada como testigo, sin que supiera nada de antemano. Los otros dos testigos serían Dyer y Fleming...

—¿Fleming?

Dejando de fumar y sacando el cigarro de su boca, H. M. se volvió a sentar frente a la mesa, y su rostro adquirió una expresión de disgusto.

—Escuchen con atención mis palabras, y no me interrumpan haciéndome preguntas. Ustedes oyeron lo que dijo Fleming al declarar en el tribunal. Avory le había pedido que fuera a visitarlo a las 18:45. ¿No? Bueno. Dado lo puntual que era Fleming, podía suponerse que éste llegaría antes de hora. No dejen de observar con qué perfecta cronología había sido calculado todo, y cómo estaba *planeado* que ocurriera.

»Avory le había pedido al loco en ciernes que viniera a verlo a su casa a las 18 en punto; y dado que se trataba de un chantaje, podía tener la casi seguridad de que Reginald no se atrasaría. Avory le había dicho a Amelia Jordan que partiera a las 18:15 de allí con el auto (que Dyer se ocuparía de traer del garage). Denme por favor, uno de los dos, una hoja de papel y un lápiz. Avory Hume era sumamente metódico, y se ocupó de los detalles y organización de esta trampa, con tanto cuidado como hubiera empleado para establecer las cláusulas de una hipoteca. En esta forma:

»A las 18. Llegará Reginald. Lo verán la señorita Jordan y Dyer, quien lo hará pasar al escritorio. Después Dyer será enviado a buscar el auto. Tal vez se quedará parado unos minutos, frente a la puerta del escritorio; no olviden que le habían comentado que el visitante podía dar trabajo, o armar algún escándalo. Dyer saldrá de la casa, pongamos a las 18:05. Estará de vuelta con el auto, entre las 18:10 y las 18:15. Amelia Jordan se irá manejando al hospital, alrededor de las 18:15 ó 18:20.

»Hay muy poca distancia, desde la calle Grosvenor a la calle Praed, próxima a Paddington. Amelia Jordan llega al hospital, tal vez a las 18:22. Le entrega su valija a Spencer, quien dará la excusa de que le falta cualquier cosa, y volverán a la casa con el auto. Llegarán entre las 18:27 y las 18:30.

»Para esa hora, la comedia estará ya desarrollándose con mucho éxito. Ivory Hume simulará una pelea —lo cual hará que Dyer golpee a la puerta del escritorio para que le abran y poder separarlos— y al abrirle la puerta al mucamo, se encontrará este último con todas las apariencias de que ha tenido lugar allí una terrible lucha. Reginald, mareado aún y con los ojos sin expresión, con ese abatimiento que sucede a un repentino ataque de furia y locura, no podrá hablar mucho. El doctor llegará en ese momento, justo cuando se lo necesitaba. Mientras el desorden y la emoción continúan todavía en pleno auge, caerá Fleming y servirá también de testigo. Todo esto era lo planeado.

H M. lanzó una bocanada de humo, e hizo con la mano un gesto para que se alejase dicho humo.

»Pero los hechos no ocurrieron de acuerdo con lo que se había planeado. Alguien se aprovechó de las circunstancias y de ese plan... y asesinó al anciano.

»Muy bien. Ya les he contado lo que se planeaba que ocurriera. Ahora, y para ayudarles, les diré lo que ocurrió. Y les mostraré, para que lo lean con mucha atención porque es muy útil, un horario que he redactado, sobre los movimientos de las diferentes personas que tienen que ver con el caso, y los hechos que tuvieron lugar esa tarde. Muchas de estas horas ya las conocen ustedes y las han oído en el tribunal, al haber sido consignadas por la policía, como la hora a que llegó el agente, el inspector o el momento justo en que debió perpetrarse el crimen. Otras no tenían importancia como evidencia, y fueron dichas al pasar. Pero yo he anotado aquí todas las diferentes horas, que he copiado de los informes policiales, y he escrito al margen algunos comentarios, después de haber hablado con Answell y Mary Hume. Les sugiero (¡oh, qué odio estoy empezando a sentir hacia esa forma de expresarse que se me ha contagiado del tribunal!) que, si estudian y analizan dichas horas, con un poco de inteligencia y atención, aprenderán sin duda mucho, y les será más fácil descubrir lo que ocurrió.

De un bolsillo interior del saco, extrajo H. M. una hoja de papel, de tamaño grande, sucia y gastada de tanto haberla tenido en la mano, y la extendió con mucho cuidado sobre la mesa. Estaba fechada hacía un mes. El horario, escrito sobre el lado izquierdo de la hoja, había sido sin duda copiado a máquina por Lollypop. Los

comentarios, del lado derecho, estaban anotados con lápiz azul por H. M. El contenido era:

HORARIO	COMENTARIOS
18:10. Llega Answell, y se lo hace pasar al escritorio.	Llega con retraso a causa de la niebla.
18:11. Avory Hume le dice a Dyer que vaya a buscar el auto; la puerta del escritorio está cerrada, pero no con cerrojo.	
18:11 - 18:15. Dyer se queda en el pasillo, frente a la puerta del escritorio. Oye que Answell dice: «No he venido a asesinar a nadie, a menos que no tenga otro remedio». Luego oye a Hume hablar bastante fuerte, aunque sin poder entender lo que dice, salvo al final: «¿Hombre, qué le ocurre? ¿Se ha vuelto loco?». Percibe ruidos como de lucha. Golpea a la puerta, y pregunta si ocurre algo, y si lo necesita el señor Hume. Éste le responde: «No necesito su ayuda, váyase.»	No se menciona el comentario sobre los cubiertos de plata. «¿Se ha vuelto loco?» muy sospechoso; meditar sobre esto. ¿Lucha, y por ella caída de Answell? ¿Estaba ya corrido el cerrojo de la puerta? No, porque de haber sido corrido, Dyer habría oído el ruido que hubiera hecho la barra del cerrojo, que nunca se usaba y estaba dura, al hacer fuerza para moverla.
18:15. Dyer va a buscar el auto.	Obediente. Llega al garage a las 18:18.
18:29. Amelia Jordan termina de hacer su valija, y la del doctor Hume, pues éste le ha pedido que se la prepare.	Muy raro y sorprendente. ¿No podía olvidarse de algo que necesitará él?
18:30 - 18:32. Amelia Jordan baja. Se dirige por el pasillo hacia la puerta del escritorio. Oye a Answell decir: «¡Levántese, por favor! ¡Levántese del suelo y respóndame!». Intenta abrir la puerta, pero no puede hacerlo; está cerrada con cerrojo, o de algún modo.	Debe de estar cerrada con cerrojo. La cerradura está trabada en la posición «abierta».
18:32. Pyer vuelve con el auto.	
18:32 - 18:34. Amelia Jordan le dice a Dyer que los separe, e interrumpa la lucha; o que vaya a llamar a Fleming. Ella va a buscar a Fleming.	
18:34. Se encuentra con Fleming, que sale en ese momento, para ir a la casa de Hume.	Un poco antes de hora; ¿pero sin importancia?
18:35. Fleming la acompaña. Los tres golpean a la puerta del escritorio.	
18:36. Answell abre la puerta.	
18:36 - 18:39. Examen del cadáver y de la habitación. Sin duda alguna, la puerta y ventanas estaban cerradas del lado de adentro con cerrojo. Se le reprocha a Answell su frialdad e indiferencia. «¿Tiene un corazón de piedra?» Answell responde: «Se lo tiene merecido, por haberme dado un narcótico con el whisky.» Comentarios sobre el whisky; el botellón está del todo lleno y el sifón sin empezar; los vasos limpios. Answell insiste que todo esto es una trama o conspiración contra él. Falta un pedazo de una de las plumas de la flecha.	Últimos vestigios del narcótico. ¿Brodina? ¿Cómo logró deshacerse Hume del sifón y del botellón que empleara?... Answell dijo que no se le agregó nada al vaso; el narcótico debía de estar mezclado con el whisky del botellón. N. B. No se pudo realizar ningún truco con los cerrojos. Puerta de una pulgada y media de espesor; pesado y gran pomo para abrirla y cerrarla; marco bien justo; no tenía ojo de llave. Los postigos tenían también cerrojo; no tenían ninguna abertura o hendedura; las ventanas estaban bien cerradas. Misterio. Misterio.
18:39. Firming manda a Amelia Jordan para que vaya a buscar al	

doctor Hume. Fleming quiere tomarle a Answell las impresiones digitales. Dyer dice que hay una almohadilla para sellos dentro de un bolsillo de un traje del doctor Spencer Hume.	¿Por qué se ofrece a traer esa almohadilla? ¿Sólo por amabilidad?
18:39 - 18:45. Dyer no puede encontrar ni la almohadilla ni el traje. Recuerda que hay una almohadilla vieja dentro de uno de los cajones del escritorio. Answell se opone a que tomen sus impresiones digitales; golpea a Fleming, le hace perder el equilibrio y lo voltea; por fin se tranquiliza, y acepta y permite que lo hagan.	¿Fue revisado lo que había dentro de los cajones del escritorio? (N. B. Me he enterado que sí.) ¿Dónde puede estar entonces el pedazo de pluma que ha desaparecido?
18:45. Dyer se va a la calle, y llama al agente de policía Hardcastle.	

Después de leer todo esto, Evelyn comentó:

—Pero entonces, y de acuerdo con el horario exacto, ¿sólo pasaron nueve minutos desde que entraron a la habitación hasta el momento en que Dyer fue a llamar al agente de policía? Al oírles relatar los hechos en el tribunal, me pareció que debía haber transcurrido mucho más tiempo.

H. M. le respondió con tono áspero y de reproche:

—Seguro. Siempre, al escucharlos, como tienen tanto que contar los testigos, se tiene la impresión de que todo hubiera sido más lento. Pero podrían haberse tomado la molestia de anotar el horario, y conocer mejor los hechos sin ayuda ajena.

—Lo que me sorprende mucho —insistí yo—, es todo lo que se habla y la importancia que se les da a las almohadillas para sellos. Yo no me explico que es lo que puedan tener que ver con el caso. ¿Qué interés puede tener que Fleming le haya tomado o no a Answell las impresiones digitales? La policía tendría siempre tiempo para hacerlo, y para comparar las impresiones digitales del joven con las que se habían hallado sobre la flecha. Sin embargo, hasta el fiscal se ocupó de este detalle, e hizo muchos comentarios y preguntas respecto a todo esto.

Exhalando una nube de humo, H. M. se echó un poco hacia atrás en su asiento, entrecerrando los ojos para que no se le fuesen a irritar con dicho humo; estaba de buen humor, y muy satisfecho.

—Sin duda hablaron mucho de esas impresiones digitales, Ken. Pero no porque les interesaran ellas especialmente, sino para demostrar que, cuando Fleming se las quiso tomar a Answell, éste no estaba todavía medio adormecido por algún narcótico. Por el contrario, el joven se arrojó salvajemente sobre él, y consiguió voltearlo. Atacándolo con furia y violencia de insano, lo mismo que a la víctima. Pero me alegra que hayan comentado y mencionado todo esto; pues si no lo hubieran hecho ellos, yo me hubiera ocupado de hacerlo. Ya que me interesa profundamente una determinada almohadilla para sellos. Es la clave de todo este misterio. ¿Han adivinado ya por qué motivo?

XIV

HORARIO PARA ARQUEROS

ESA CONVERSACIÓN, que sostuvimos en el pequeño aposento de techo bajo y con vigas, de la taberna de Milton Head, mientras esperábamos que llegara la hora de la sesión de la tarde en el tribunal, será siempre uno de los recuerdos más vívidos que conservaré de este caso. El resplandor del fuego iluminaba hileras de jarros de peltre para beber cerveza, los enormes zapatos de H. M., sus anteojos, y su rostro que traducía una extraordinaria y sorprendente alegría. Evelyn estaba sentada con las piernas cruzadas, y con una mano colocada por debajo del mentón; sus ojos castaños tenían una expresión al mismo tiempo divertida e irritada, como les ocurre a todas las mujeres al hallarse con H. M.

—Sabe perfectamente bien que no lo sabemos —dijo ella—. ¡Deje, por favor, de reírse entre dientes, de moverse y de hacer muecas, como Tony Weller al regocijarse pensando lo que le gustaría hacerle a Stiggins! ¡A veces, le complace ser insoportable y exasperante en extremo... ah! ¿Cómo le puede gustar burlarse en esa forma de los demás? ¿Si Masters se hallara también con nosotros, su satisfacción sería completa, no?

—¡Demonios, pensar que creen que gozo con todo esto! —protestó H. M., y agregó con profunda convicción—. Lo que ocurre es que cuando los demás me muestran su perversa alegría al hacerse ilusiones de haber logrado acorralarme y vencerme, siento la necesidad de vengarme —continuó muy amablemente—. Por favor, no me hagan alejar del tema. Lean el resto del horario. Contéstenme esta sola pregunta: ¿Si Jim Answell es inocente, quién es el culpable?

—No, gracias —dijo Evelyn—. Ya conocemos demasiado bien ese tipo de preguntas tuyas, y hemos caído suficiente número de veces en la trampa. Nos preguntó algo muy semejante en Francia, y luego en Devon. Nos presentó una lista de sospechosos, y pidió que eligiéramos: siempre ha pasado que al final el culpable es otro. En este caso, supongo que probará que el asesinato fue en realidad cometido por *Sir Walter Storm* o por el juez. No, gracias, prefiero no responder.

—¿Por qué desconfía tanto en este caso? —inquirió H. M., mirándola por encima de sus anteojos.

—Por una razón muy sencilla. Ha tratado usted de que concentremos nuestra atención en este horario, y esto me parece un signo muy sospechoso. Nos pide que estudiemos los movimientos de las varias personas que rondaban por la casa, o no se hallaban muy distantes a ella, según los informes oficiales, a la hora aproximada del crimen. ¿Pero por qué descartar a los demás y olvidarlos?

—¿A quiénes?

—Quedan por lo menos tres más. Me refiero a Reginald Answell, a la misma Mary Hume, y al doctor Hume. Por ejemplo, el fiscal le «comunicó» hoy a Mary que

Reginald no vino a Londres, como le había dicho a ella: se fue a Rochester, y no llegó a Londres hasta cerca de medianoche. Usted no negó esto... o, por lo menos, guardó silencio y no formuló pregunta alguna. Bueno, ¿dónde se hallaba él? Sabemos que estuvo en la casa *esa noche* del crimen, aun aceptando que sea cierto que llegó tarde como lo declara: le oí decir que había estado allí a él mismo, cuando hablaba al bajar las escaleras del Old Bailey. Mary Hume estuvo también en la casa, aunque tarde. Por último, hay que nombrar al doctor, que está escondido nadie sabe dónde. Usted da a entender al principio que el doctor Hume tenía una coartada: pero ayer noche, según me contó Ken, el doctor escribió una carta en la que jura que vio realmente cómo fue cometido el asesinato. ¿Me quiere decir cómo se propone explicar todo esto?

—Si por lo menos leyera usted el horario completo, y no se quedara por la mitad... —aulló casi H. M., y luego se puso meditabundo—. Varios puntos me preocupan e intrigan mucho —admitió él—. ¿Saben ustedes, no, que hay una orden de arresto contra Spencer? Al enterarnos de que se había escapado, «Pacífico» Bodkin decidió en ese momento que no era posible tolerar semejante cosa. Si lo agarran, le hará poner preso por desacato deliberado a la autoridad judicial, tratándose de un proceso por asesinato. Me pareció entonces que Walt Storm aceptaba y se conformaba demasiado pronto con la ausencia de ese testigo, debiendo en cambio haber solicitado que se suspendiera la sesión. Walt debía de saber que algo raro había pasado. Pero lo mismo se le ocurrió al juez. Santo cielo, me pregunto si... pero mejor sigamos. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser el asesino, Ken?

Mi punto de vista era simple.

—Como a mí no me apasiona mucho la justicia ni el merecido castigo que la sociedad debe imponer al criminal, no me interesa tanto saber quién fue el culpable, sino cómo fue perpetrado el asesinato. Me parezco a Masters, no me preocupa el motivo, pero sí el «mecanismo» del crimen. Existen tres alternativas: 1º Answell fue quien le clavó la flecha, después de todo; 2º Hume se dio muerte a sí mismo, o por accidente o por suicidio; 3º existen un asesino y un método desconocidos e ignorados aún. H. M., ¿me quiere responder francamente a unas pocas preguntas, sin evasivas técnicas o frases de doble sentido?

Me miró con benevolencia.

—Por supuesto, hijo. Pregúnteme todo lo que quiera.

—Según usted, el verdadero asesino penetró en la habitación por la ventana de Judas; ¿no es cierto?

—Sí.

—Y el asesinato fue cometido utilizando una ballesta. ¿Es ésa su teoría?

—Sí, estoy convencido de ello.

—¿Por qué? quiero decir, ¿por qué con una ballesta?

H. M. pensó un poco antes de responderme.

—Era lo lógico, Ken; era el arma más conveniente para realizar el crimen. Era también el arma más fácil que se podía emplear.

—¿Más fácil de emplear? ¿Ese armatoste tosco y grande que mostró usted?

—Fácil —replicó rápidamente H. M.—. Y no tan grande, hijo. Ancho, sí; no olvide este detalle; pero no largo. Usted la pudo ver: era una ballesta de tipo corto. ¿Fácil? Le oyó declarar a Fleming que, a muy poca distancia, ni un aficionado o principiante podía errar el tiro.

—Quería preguntarle sobre esto. ¿De qué distancia fue disparada la flecha?

H. M. nos dirigió, por encima de sus anteojos, una mirada burlona.

—La manera de expresarse en el tribunal se está volviendo contagiosa. Me siento como un médico que dijo durante un proceso: «Esto es lo mismo que rendir un examen bajo juramento, y me hace recordar a mis años de estudios». No le puedo responder dándole con exactitud la cantidad de pulgadas, si le interesa tanto la precisión. Pero para que no me pueda acusar de evadirme a su pregunta, le diré... la distancia no fue, como máximo, mucho mayor de tres pies. ¿Le basta con este dato?

—No, quisiera saber más. ¿En qué posición se encontraba Hume, cuando le fue disparada la flecha?

—La persona que lo asesinó estaba hablando con él. Hume estaba al lado del escritorio, un poco inclinado hacia adelante para mirar algo que se hallaba colocado sobre el mueble. Cuando se inclinó, el asesino apretó el gatillo de la ballesta: y la posición en que estaba Hume explica el sorprendente ángulo o inclinación con que se clavó la flecha, que fue disparada en línea recta. Walt Storm se burló mucho de todo esto, pero es la pura verdad.

—¿Se había inclinado para mirar algo?

—Sí, en efecto.

Evelyn y yo nos miramos. H. M., mordisqueando el extremo de su cigarro, me pasó el horario.

—Ya que me ha hecho todas las preguntas que deseaba, ¿por qué no concentra su atención en otros puntos igualmente importantes? Spencer Hume, por ejemplo. Al no presentarse a declarar en el tribunal, interrumpe el buen desarrollo del proceso. No es que hiciera nada de mucha importancia al volver a la casa; pero lo que pudo hacer es interesante. Se puede imaginar la desagradable sorpresa que debe de haber tenido Spencer, cuando se enteró que el que había ido a la casa y habían agarrado era Jim Answell, y no Reginald.

—¿Conocía a alguno de los dos primos, y los podía distinguir?

—Sí —respondió H. M., con extraña expresión—. Los conocía a ambos; era el único de este endemoniado caso que los había visto antes.

HORARIO	COMENTARIOS
18:46. Spencer Hume llega a la casa de la calle Grosvenor.	El tío Spencer, de acuerdo con los informes policiales, tiene una coartada perfecta. Desde las 17:10 hasta las 18:40, estaba de guardia en el hospital. A las 18:40, bajó y esperó en el vestíbulo; poco después, salió y se paró en la escalinata. A las 18:40 (manejando muy rápido) llegó A. Jordan, le dijo que subiera inmediatamente y manejara de vuelta, dándole la noticia de que Avory estaba muerto y el novio de Mary estaba loco.

	<p align="center">El tío Spencer está descartado. Adivina, adivinador, busca y sabrás la verdad.</p>
18:46 - 18:50. P. C. Hardcastle intenta interrogar a Answell; después, telefona a la comisaría.	
18:46-18:50. Spencer Hume lleva a Amelia Jordan al piso alto: necesita atención médica.	
18:51 - 18:55. Spencer Hume va al escritorio. En presencia de Fleming y Dyer, Answell le dice: «Es usted médico; por Dios, explíqueme que me han dado un narcótico». Spencer le responde: «No puedo observar ningún síntoma “de ello.”»	<p align="center">¿Por qué no confesó Spencer la verdad y reconoció que la bebida tenía un narcótico? ¿Demasiado peligroso?</p>
18:55. El inspector Mottram y el sargento Raye llegan.	
18:55 - 19:45. El inspector Mottram interroga por primera vez a Answell; son interrogados otros testigos; el insp. Mottram y el sarg. Raye revisan la habitación.	<p align="center">El escritorio es revisado por primera vez por la policía. Hay una fina línea vertical sin polvo, a lo largo del asta de la flecha. Muy extraño; ¿ha sido disparada? Una de las plumas se ha partido, y le falta un pedazo; no pudo ocurrir en la lucha; corte muy neto y bien hecho... fue seccionado el trozo que falta al engancharse la pluma en algo. ¿Mecanismo? ¿Dispararon la flecha? ¿Qué mecanismo se utilizó? Averiguar qué es lo que puede hallarse en la casa de un arquero entusiasta. (Supe después). J. Shanks, peón que trabaja en tres casas, ha informado que ha desaparecido una ballesta, guardada dentro de una caja en el taller que está al fondo del jardín. Falta una ballesta. También un traje para ir al golf. 1 + 1: <i>Equo ne credite</i>, oh policía.</p>
19:45. Llega el doctor Stocking, médico de la Policía.	
19:45 - 20:10. Examen del cadáver.	<p align="center">Fijarse en la posición del cadáver. ¿Dirección de la herida? ¿Sorprendente? ¡Quizás no!</p>
20:15. Spencer Hume telefona a Frawnend a Mary Hume.	<p align="center">Había ido a cenar afuera, pero volvió a tiempo para recibir el mensaje.</p>
20:10 - 21:40. Continúa el interrogatorio y la revisión de la casa. Answell no resiste más, está agotado.	
21:42. El primo de Answell, Reginald, es llamado por teléfono.	<p align="center">Reginald acaba de llegar al departamento, y ha venido en auto desde Rochester. Se sabe que partió de Rochester más o menos a las 17:15; dice que cenó en un hotel en el camino, y se detuvo bastante allí; estaba ebrio al llegar a Londres. No podía recordar ni el nombre del hotel ni el lugar donde se hallaba.</p>
21:55. Reginald Answell llega a la casa de la calle Grosvenor.	
22:10. Answell es llevado a la comisaría; Reginald le acompaña.	
22:35. Mary Hume, habiendo tomado el primer tren que salía, llega a su casa.	
22:50. Se retira de la casa el cadáver; en ese momento, se descubre que han desaparecido dos cartas, que estaban	<p align="center">Mary las había sacado y hecho desaparecer. ¿Por qué causa?</p>

dentro de uno de los bolsillos de la víctima.	
24:15. En la comisaría, se toma por escrito la declaración de Answell.	

Conclusiones: después de analizar con atención el horario y los hechos anotados aquí, no queda ninguna duda sobre la identidad del verdadero asesino. Adivina, adivinador. Medita, y hallarás la solución de este misterio.

—Es una lista muy completa —comenté yo, y le miré fijamente—. ¿De modo que estudiando estos datos podemos llegar a descubrir la verdad? ¿Y por qué repite varias veces «adivina, adivinador»?

—Oh, no sé; porque traducía mi estado de espíritu en ese momento —dijo H. M., respondiendo a mi pregunta—. Me parecía que estaba al borde de la verdad, y por eso escribí con ironía esas dos palabras. Evelyn volvió a estudiar la lista.

—Bueno, a menos que trate de desorientarnos y confundirnos con sus datos, se puede descartar del todo a otro de los que nombra... me refiero a Reginald. Nos informa que está probado que salió de Rochester a las 17:15. ¿Rochester está a treinta y tres millas de Londres, no? Bueno. Pero si es en teoría *posible* hacer treinta y tres millas por hora en auto, con todo el tráfico —y, sobre todo, tráfico del centro de la ciudad— no pudo llegar a la casa de la calle Grosvenor a la hora en que fue perpetrado el crimen, sino mucho más tarde. Usted también descartó antes al doctor Hume.

—¿Descarté a Spencer? —preguntó H. M.—. Oh, no, jovencita. Ni se me ocurrió.

—¡Pero usted mismo admite que la coartada de él es perfecta!

—¡Oh, coartadas! —exclamó con indignación H. M., apretando los puños. Se levantó de su asiento, y se puso a andar de un lado para otro, y a refunfuñar—. ¿El asesino de la Viuda Roja tenía una buena coartada, no? El criminal, en el caso de la pluma del pavo real, tenía también una buena excusa. Pero esto no es lo que me preocupa. Lo que realmente me preocupa es esa endemoniada carta que el tío Spencer le dejó anoche a Mary Hume... y en la que jura que él vio cometer el asesinato, siendo Answell el culpable. ¿Por qué escribió esto? ¿Y si mintió, por qué diablos mentiría? Lo más insidioso de toda la carta, es su comentario sugiriendo que tal vez sea sincero Answell al jurar que es inocente: pues a pesar de haber dado muerte a Hume, quizás no lo recuerde. ¡Oh, extraña coincidencia! ¿No han oído la teoría, según la cual Dickens se proponía terminar en esa forma su *Edwin Drood*?...^[4] ¿Jaspers era el asesino, pero había olvidado su crimen, a causa de haber fumado opio? Es la misma idea que Wilkie Collins utilizó en *La Piedra Lunar*^[5] para el robo de la joya, de modo que no me sorprendería que fuera así. Si mi hermosa y perfecta teoría se viniese abajo por un detalle como ése... ¡pero no es posible! Felizmente carece esa suposición de todo fundamento; ¿pues cómo explica lo de la pluma? La primera persona de quien sospeché fue el tío Spencer...

—¿Sospeché de él porque tenía una buena coartada?

—Es perder el tiempo tratar de hacerle entender lo que pasó —dijo decepcionado H. M.—. No se da cuenta de las dificultades. Pensé que si él no había cometido el asesinato, había intervenido como cómplice...

Se me ocurrió una nueva posibilidad.

—Recuerdo haber leído algo sobre un caso parecido —dije yo—; pero hace tanto tiempo, que me he olvidado si realmente ocurrió o no. Fue hallado un hombre, quien según todas las apariencias había sido asesinado, en un cuarto situado en lo más alto de una torre, construida al borde del mar. El disparo de una escopeta le había atravesado el pecho, y el arma había desaparecido. El único indicio que se halló en el cuarto fue una caña de pescar. Por desgracia, la puerta de la torre había sido observada constantemente por alguien, y se sabía que nadie había entrado o salido. La habitación tenía solamente un ventanuco que se abría a gran altura en la pared muy lisa de la torre, y que miraba al mar. ¿Quién le había matado, y dónde se hallaba el arma?... El secreto era sumamente sencillo. Se trataba de un suicidio. Él había apoyado la escopeta sobre el alféizar de la ventana, apuntando hacia su pecho. Se había parado a varios pies de distancia del arma, y había apretado el gatillo con la caña de pescar. El movimiento de retroceso de la escopeta al ser disparada, la había hecho caer, del borde de la ventana al mar; así se supondría que se trataba de un asesinato, y su familia cobraría el seguro de vida. ¿Supone que habrían instalado algún mecanismo semejante en el escritorio de Avory Hume, de modo que al ser tocado accidentalmente por él, se disparase la flecha y lo matase? ¿O qué demonios quiere sugerirnos?

—No puede ser algo así —protestó Evelyn—. Si H. M. no se propone confundirnos con nuevos engaños, debemos entender que el asesino estaba hablando con Hume en el momento que cometió el crimen.

—Es exacto —afirmó H. M.

—Sin embargo —comenté yo—, me parece que nos estamos desviando del punto más importante. Dejando de lado el descubrir quién fue el asesino, quisiera saber cuál fue el motivo. No puedo creer, por ejemplo, que Answell arrancó una flecha y se la hundió a Hume en el pecho, simplemente porque vio que su futuro suegro le había agregado unas gotas de narcótico al whisky que le había dado. A menos, por supuesto, que esté realmente loco, y no en apariencia, como lo hubiera estado Reginald, si hubiese tenido éxito la trama. Pero no se ha hablado casi sobre el motivo con referencia a este caso. ¿Quién tenía el más leve motivo para querer matar a Hume?

—¿No recuerda el testamento? —me preguntó H. M., dirigiéndome una mirada un tanto distraída.

—¿Qué testamento?

—En el tribunal, se habló con detalle sobre él. La pasión de Avory Hume era llegar a tener un nieto, como les ocurre a casi todos los hombres de origen modesto que han sabido labrarse una posición. Deseos de que no desaparezca el apellido, y

dejar descendientes suyos. Se preparaba a hacer su testamento, dejando todo lo que poseía —fíjese bien, toda su fortuna— como herencia en custodia para un hipotético nieto.

—¿Llegó a hacer ese testamento?

—No. No tuvo tiempo. Por ello me interesó ir a ver a los abogados a Somerset House, y estudiar yo mismo el testamento que había hecho antes, el que ha sido verificado y tiene ahora valor. Su hija es, por supuesto, la mayor heredera; pero todos los demás reciben también buenos legados de la fortuna del viejo Hume; y quizá esta imprudencia le ha costado la vida. No se ha olvidado ni del pobre Dyer; y ha dejado la cuantiosa suma de 3.500 libras para construir un nuevo edificio a los Guardabosques de Kent, suma que tiene que ser entregada al secretario de esa sociedad, para que la use según su propio criterio y sin dar cuentas a nadie...

—¿Y por esto los Guardabosques de Kent se pusieron de acuerdo, vinieron a Londres, y lo ensartaron con una flecha? ¡Qué disparate, H. M.! Semejante tontería no es digna de usted.

—Me limitaba a sugerirle algunas posibilidades —me respondió H. M., con sorprendente humildad. Frunció un poco las cejas, y luego me miró con atención—. Quería probar si era posible iluminarle a usted, y lograr que su cerebro funcionara. Nunca podrá construir una defensa hábil, Ken: no sabe descubrir indicios, entre los hechos que se le presentan, y conseguir en esa forma al testigo que necesita. Por ejemplo: supongamos que yo creyera que es de vital importancia el hallar al tío Spencer, y aunque no me interesara especialmente hacerle declarar en público, quisiera yo tener una entrevista privada con él... ¿Cómo podría yo encontrarlo?

—Sólo Dios lo sabrá. Ésa es una de las especialidades de Masters, a quien le encanta la rutina. Si la policía no puede averiguar su paradero, no veo cómo podría lograrlo usted. No olvide que tuvo bastante tiempo para huir, sin que a nadie se le ocurriera sospechar que él haría esto. Podría estar hasta en Palestina, o en cualquier otro lugar.

Alguien golpeó a la puerta, y esto reanimó en seguida al, en apariencia, rendido y aburrido H. M. Dejó su cigarro en el cenicero, y se sentó muy derecho.

—Entre —dijo H. M.—. Es cierto que podría estar muy lejos —añadió—, pero en realidad no lo está.

La puerta fue abierta de modo cauteloso. Y entró en la habitación el doctor Spencer Hume, vestido impecablemente, con un sombrero hongo en una mano, y un paraguas cerrado y colgado de un brazo.

XV

«LA FORMA DE LA VENTANA DE JUDAS»

SI LA DORADA estatua de la Justicia, colocada sobre la cúpula del Old Bailey, hubiese descendido de allí y se hubiese presentado delante de nosotros, no nos hubiera provocado el verla mayor conmoción ni sorpresa que la que tuvimos. El doctor Hume tenía ese día una expresión menos superficial o frívola, que las veces anteriores cuando yo le había visto. Daba la impresión de que se hallaba enfermo. A pesar de que sus oscuros cabellos estuviesen como siempre peinados a la perfección, su rostro estaba pálido, y sus pequeños ojos mostraban que estaba inquieto y preocupado. Al vernos a Evelyn y a mí, sentados al lado de la chimenea, se sobrecogió en forma visible.

—No tenga miedo —le dijo H. M. para calmarlo. H. M. estaba sentado de nuevo delante de la mesa, y se cubría con una mano los ojos. La mirada del doctor se había dirigido instintivamente hacia la ventana, por la cual se podía ver el imponente y gran edificio, donde debió haberse presentado a declarar en lugar de huir—. Los que se hallan aquí son amigos míos. Creo que conoció ya a uno de ellos ayer. Siéntese tranquilamente, y fúmesse un cigarro. Piense con alegría que «nada es más difícil de ver, que lo que se tiene justo por delante». Si está al alcance de los ojos del juez Bodkin, nadie lo podrá hallar. Podría hacer cola y estar entre el público del tribunal, sentado frente al juez mismo, sin que él pudiera soñar que usted estaba allí, y no en la China o en cualquier otro lugar.

—Yo... ya me he podido dar cuenta de esto —respondió Spencer, sonriendo apenas con amarga ironía. Estaba sentado muy derecho sobre la silla, y con sorprendente dignidad, pese a su rechoncha figura. No aceptó el cigarro que le ofreció H. M., y permaneció sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas—. Para darle la satisfacción de mostrarle la verdad que encierra su teoría, le confesaré que me he pasado toda la mañana sentado entre el público que ocupaba el tribunal.

—Hum... Estaba casi seguro de haberlo visto allí —comentó al pasar H. M. Su interlocutor se puso aún más pálido—. Es un truco muy conocido. Charlie Peace lo hizo, cuando procesaron al joven Harón, por el asesinato que el primero había cometido. Francamente, tiene usted más coraje del que yo le suponía.

—¿Por qué no me denunció... e hizo que me detuvieran?

—Porque odio las escenas en el tribunal —dijo, haciendo una mueca de disgusto H. M., y mirándose las manos—. No me gusta que desaparezca esa tranquila y suave atmósfera, y el buen sentido y paz intelectual que allí predominan. Pero todo esto no interesa. Veo que usted recibió anoche mi mensaje.

El doctor Hume dejó su sombrero sobre el piso, y apoyó con todo cuidado el paraguas contra la silla que ocupaba.

—La mejor respuesta es que estoy aquí —replicó con calma—. Quisiera que me contestara una pregunta. ¿Cómo pudo llegar a saber dónde estaba yo?

—No lo sabía —dijo H. M.—. Por lo tanto, tenía que buscarlo en los lugares donde pensara que tendría mayores posibilidades de encontrarlo. Usted se había fugado. Pero tuvo tiempo de escribir a su sobrina una carta muy larga, muy meditada y redactada con todo cuidado; y las personas que tienen que correr para tomar un avión, un tren o un barco, no tienen generalmente tiempo para escribir cartas semejantes. Sabía que lo iban a tratar de encontrar; y que no comparecer, si estaba citado para declarar en el tribunal, constituía una ofensa criminal. Sólo una excusa le libraría de toda condena... aducir una grave enfermedad. Pensé que se habría ido a toda velocidad a la clínica de su amigo Tregannon, y habría tratado de esconderse entre las sábanas, frazadas y bolsas de hielo, que allí hay en abundancia. Es casi seguro que debe tener, ahora, en su poder, algún certificado, que pruebe el lamentable estado de salud y lo muy enfermo que estaba ayer. He afirmado muchas veces que el descubrir el lugar donde se ha escondido una persona al huir, me hace recordar, por el método que hay que emplear, a ese cuento sobre un chico tonto que logra encontrar el caballo que se le ha perdido: «Pensé dónde me habría ido, si hubiera sido yo un caballo; fui a ese lugar; y allí había ido también el animal». Le envié un mensaje a ese lugar que yo había pensado, y allí estaba escondido.

—Me envió un mensaje muy extraño —le dijo Spencer, mirándole fijamente.

—Sí. Y es mejor que hablemos en seguida sobre este asunto. Pensé que no tendría ningún interés de que alguien pudiera correr el riesgo de ir a la horca.

—¿Se refiere a mí?

—Así es —asintió H. M., alejando de su frente la mano con la que se cubría los ojos. Sacó del bolsillo del chaleco su reloj, grande, barato y ancho, y lo colocó sobre la mesa—. Escúcheme bien, doctor. No intento engañarlo. Y se lo puedo probar, si cree lo contrario. Dentro de quince minutos, tengo que presentarme en el tribunal. Completaré y acabaré esta tarde la defensa de Jim Answell. No le diré ahora lo siguiente con el fin de asustarlo... sino porque estoy convencido de que cuando yo termine de hablar en el tribunal, habrá entonces cien probabilidades contra seis de que a usted lo arresten por asesinato.

El doctor se quedó un momento callado, golpeándose las rodillas con los dedos. Luego sacó una cigarrera de un bolsillo interior de su saco, la abrió y tomó un cigarrillo, cerrándola después de repente y con un ruido seco... y con la prontitud con la que hubiera deseado escapar de la situación en que se hallaba. Al responder, lo hizo con un tono de voz muy tranquilo.

—Ahora sé con seguridad que no sabe nada, intentaba engañarme y hacerme creer lo contrario. Antes lo podía dudar, pero felizmente ya sé a qué atenerme.

—¿Lo engaño o le miento cuando le digo que sé dónde estaban escondidos la almohadilla para sellos, el traje de golf y todas las demás cosas; y cuando le agrego que tengo ahora en mi poder todo esto?

Con expresión impasible, H. M. introdujo una mano en uno de los bolsillos de su saco. Extrajo una almohadilla negra para sellos, guardada en su correspondiente cajita de lata, y un sello de goma bastante grande y que tenía inscripto un nombre; y tiró estos dos objetos sobre la mesa y entre los platos que allí había. Por centésima vez me pregunté qué tendrían que ver con el caso, sobre todo por el contraste entre la violencia con que H. M. los había arrojado y la impasibilidad de su rostro. La sorpresa del doctor Hume no fue tan grande como su angustia y confusión.

—Mi querido señor..., veo que no me mentía usted; ¿pero qué me importa a mí ya todo esto?

—¿No le importa?

—El doctor Quigley —contestó el doctor, con profunda amargura—, me ha desprestigiado ya con las declaraciones que hizo hoy en el tribunal. Nadie dudará de su palabra. Aunque usted exhibiera todos estos interesantes y curiosos objetos, ¿qué podría añadirse a todo lo que ha sido probado en contra mía? El que ya está ahogado no se asusta ante los peligros de un viaje por mar. —Una extraña sonrisa, que iluminó su rostro, me hizo recordar por un instante su anterior espíritu animado y jovial—. No estoy seguro, pero me parece que esta frase es de Kai Lung. Y por consiguiente, al estar yo virtualmente condenado por lo que se dijo en el tribunal, poco me importan las revelaciones sensacionales que se le pueda ocurrir hacer.

Encendió un fósforo frotándolo con fuerza contra su caja, y con él prendió un cigarrillo. H. M. se quedó mirándole durante un rato, y luego la expresión del rostro de nuestro amigo cambió.

—Me parece... —empezó a decir con duda H. M.—. Demonios, estoy por creer que está realmente convencido de que el culpable es Answell.

—Estoy convencido de que el culpable es él.

—Anoche le escribí a Mary, jurándole que había visto cometer el asesinato. ¿Quiere decirme por favor si esto es verdad?

El doctor movió un poco el cigarrillo e hizo caer la ceniza, dejando de fumar por unos instantes.

—Por principio, no me gusta dar nunca mi opinión sobre nada, ni siquiera sobre el tiempo. Pero sin embargo le diré lo siguiente. En todo este asunto, lo que de continuo me ha confundido... y desesperado —e hizo al decirlo un gesto de indignación—, es que yo no he hecho absolutamente nada ni tengo ninguna culpa. Traté de ayudar a Avory. Y también a Mary. A pesar de reconocer que mis métodos fueron poco ortodoxos, lo hice por el bien de los demás... ¿y cuáles son las consecuencias? Me persiguen con ensañamiento: sí, señor, lo repito, se han ensañado contra mí. Hasta ayer mismo, cuando me vi obligado a huir, intenté de nuevo ayudar a Mary. Le confesé que yo era el que había conseguido la brodina, al pedirme Avory un narcótico. Tuve que declarar en esta carta que James Answell es un asesino; y aún con mi último suspiro, volvería a llamarle asesino.

A pesar del continuo empleo que hacía él de frases hechas y la afectación con que hablaba, la aparente sinceridad de aquel hombre era tal, que su voz adquirió un tono seguro y decidido, y se olvidó de compadecerse a sí mismo.

—¿Le vio cometer ese asesinato?

—Tenía que protegerme al redactar esa carta. Si solamente hubiera escrito la primera parte, la hubiera leído en el tribunal, y tal vez hubiera servido para salvar a Answell... un asesino. Agregando el resto, estaba seguro de que usted no se animaría a mostrarla.

—Oh —dijo H. M., con un tono de voz diferente—. Ya veo. Usted añadió deliberadamente esa mentira, para que no pudiéramos usar su carta como prueba.

El doctor Hume no se dignó responder a esto, y habló luego con mayor calma.

—Con considerable riesgo, he venido a verle, *Sir Henry*. Y lo he hecho para que me diera todas las informaciones posibles, lo mismo que yo a usted. ¿Me parece que es lo justo, no?, y que así debe ser. Lo que deseo saber es la posición legal en que me hallo con respecto a este proceso. En primer término, le diré que tengo un certificado médico que atestigua lo enfermo que estuve ayer...

—Sí, pero de un médico a quien se le va a prohibir el ejercicio de su profesión.

—Tal vez, mas hasta ahora ha tenido autorización legal para hacerlo —respondió su interlocutor—. Si usted me aduce tecnicismos legales, yo puedo también utilizarlos y mentarlos a mi favor. No se olvide que asistí esta mañana a la sesión en el tribunal. Y en segundo lugar, la Corona ha abandonado su propósito de hacerme declarar como testigo; y ya ha dado fin a la acusación.

—Todo esto es cierto; pero la defensa aún no está acabada. Y puede todavía ser llamado como testigo, siendo secundario quién lo haga declarar.

Spencer Hume apoyó con todo cuidado su cigarrillo sobre el borde de la mesa, y juntó sus manos.

—*Sir Henry*, usted no me va a llamar como testigo. Y si llegara a hacerlo, destruiré toda su defensa en cinco segundos.

—¡Oh, oh! ¿De modo que ésas tenemos, y me amenaza con mentir aunque haya prestado juramento de decir nada más que la verdad? —El rostro de Hume adquirió una expresión desafiante, y nos dirigió una mirada rápida; pero los ojos de H. M. se iluminaron en cambio con una benevolente complicidad—. No nos vamos a horrorizar —prosiguió H. M.—. Mis métodos no son muy ortodoxos que digamos, por no decir poco escrupulosos. ¿Tendría usted el increíble e ilimitado caradurismo de declarar en el tribunal que vio cometer el crimen, y me amenaza con ser capaz de hacer esto si yo lo obligo a sentarse en el sillón de los testigos? ¡Uy! Francamente, hijo, quiero confesarle que lo admiro.

—No —respondió con calma Hume—. Sólo tendría que decir la verdad.

—Si es usted el que lo dice...

—Esa ironía me sorprende, y me decepciona usted —le respondió el doctor, y levantó y movió ligeramente un dedo en señal de reproche—. Ya se dijo muy claro

esta mañana que se estaba en un tribunal, y no ante una comisión de moral. El que Mary fuera débil y pecara, no cumpliendo con el sexto mandamiento, no podría ser razón para que su testimonio sobre un crimen debiera deshacerse. El que yo intentara, sin derramamiento de sangre o torturas, encerrar y castigar así, a un canalla capaz de un chantaje (y le aseguro que para los castos oídos británicos mi falta es sin duda mucho menor que la de ella) no es razón para que deba ser rechazado mi testimonio sobre un asesinato.

—Hum-hum. ¿Si odia tanto a los que son capaces de hacer un chantaje, por qué me amenaza, haciéndome así uno a mí?

El doctor Hume hizo una profunda aspiración, antes de responderle.

—Le aseguro con toda honestidad y sinceridad que no le hago ningún chantaje. Le aconsejo tan sólo... que no me llame como testigo. Toda su defensa está basada sobre un pedazo de pluma que ha desaparecido. No se ha cansado de preguntarles a todos los testigos, con insistencia y monotonía: «¿Dónde está ahora ese pedazo de pluma?».

—¿Qué quiere decirme?

—Yo tengo en mi poder ese pedazo de pluma —respondió con calma el doctor Hume—. Aquí está.

Volvió a sacar su cigarrera. De abajo de una hilera de cigarrillos, retiró con mucho cuidado un trozo de pluma azul, que tenía aproximadamente una pulgada y cuarto de largo por una de ancho. Y depositó ese fragmento sobre la mesa con igual cuidado.

—Puede notar —prosiguió él, después de unos instantes de profundo silencio, y sin que el rostro de H. M. hubiera perdido su impassibilidad—, que el borde de este trozo de pluma, al cortarse, está un poco más desparejo que el borde del pedazo que quedó en la flecha. Pero sin embargo coincidirán muy bien. ¿Dónde se hallaba este pequeño fragmento? Por Dios, la respuesta es muy sencilla: lo tenía yo. Lo recogí del piso del escritorio la noche en que fue cometido el crimen. No me movió el instinto de buscar huellas o indicios, sino simplemente mi instintiva afición al orden y la prolijidad. ¿Por qué razón no le mostré a nadie este pedacito de pluma? Ya puedo adivinar que me hará esa pregunta. Mi querido señor, ¿sabe que es usted la primera y la única persona, a quien le ha interesado ese pedazo de pluma? A la policía no le interesó ni le preocupó en absoluto este detalle; y le dio la misma importancia... que le di yo. Confesándole la verdad, le diré con toda sinceridad que me olvidé de que yo lo tenía. Pero si ese fragmento de pluma es presentado como prueba, ya puede imaginarse cuáles serán las consecuencias. ¿Le he convencido a usted?

—Sí —dijo H. M., con una gran sonrisa irónica y amenazante—. Por fin me ha convencido usted. No me queda la menor duda de que sabía y sabe realmente todo lo que se refiere a la ventana de Judas.

Spencer Hume se puso de pie bruscamente, y al hacerlo, tiró al suelo, con la mano, el cigarrillo que había colocado sobre el borde de la mesa. Cuando, movido

por su afición al orden, acababa de pisarlo y apagarlo con uno de sus pies, sentimos en ese mismo instante que alguien golpeaba a la puerta. Esta vez se abrió con mayor rapidez. Randolph Fleming, agachándose un poco al pasar bajo el dintel más bien bajo, se presentó en esa habitación, con su agresivo y rojo bigote y su aire marcial... y se interrumpió en la mitad de la frase que había comenzado a decir.

—¿Cómo está, Merrivale, quería preguntarle si me han informado bien sobre...? ¡Oh...!

Fleming se quedó mirando al doctor, con mucho desconcierto, y olvidándose de lo que iba a decir. Estaba vestido sobriamente, y se notaba que, aunque con gustos diferentes, le atraía tanto la indumentaria o la elegancia como a Hume; tenía un sombrero de fieltro gris, muy suave y de buena calidad, puesto inclinado y con el ángulo máximo que le permitía su afición a lo correcto; en la mano, llevaba un bastón con puño de plata. Contempló a Spencer, quedándose con la boca entreabierta al dejar de hablar de repente, y con las arrugadas mejillas un poco hundidas; pareció dudar, demostró cierta confusión, y por último se fijó si había cerrado la puerta al entrar.

—¡Demonios, qué increíble me parece el tenerlo delante! —comentó con brusquedad—. Yo estaba tan convencido de que usted..

—¿Que se había escapado, y que no le veríamos más? —concluyó de decir por él H. M.

Todavía sorprendido y confundido, le dijo por último Fleming a Spencer, volviéndose hacia él:

—Pero dígame, ¿no le traerá una serie de dificultades y complicaciones el haber regresado y presentarse ahora? —Y luego miró a H. M., con el evidente propósito de continuar con lo que había apenas comenzado a decir al entrar.

—Ante todo, quiero decirle que no estoy resentido con usted; ni me he enojado por todo lo que me molestó y atacó ayer en el tribunal. Su profesión le obligaba a actuar en esa forma, y no se ensañó contra mí de modo personal. ¿Los abogados y los mentirosos, no? No tienen más remedio que ser tan pesados y difíciles de aguantar. ¡Ah, ah, ah! Pero quisiera que me enterara de algo. He oído comentar que —por alguna razón, para mí incomprendible— es posible que también me llame para declarar como testigo por la defensa. ¿Para qué me necesita?

—No —respondió H. M.—. Me parece que bastará con la identificación de Shanks. Si se llegara a pedir a usted un informe, sería sólo por fórmula. Tengo en mi poder una ballesta, y deseo que sea identificada para probar que perteneció a Avory Hume. Shanks lo podrá hacer muy bien.

—¿El peón? —murmuró Fleming, y se acarició el bigote con su mano enguantada—. ¿Querría, por favor, decirme, si...?

—Con mucho gusto responderé a su pregunta —dijo H. M., al dudar e interrumpirse su interlocutor.

—Para saber a qué atenerme —continuó Fleming—, ¿siempre sigue creyendo que el pobre Hume fue asesinado, utilizándose como arma una ballesta?

—Estoy convencido de ello.

Fleming entonces le comentó:

—Sostengo siempre todo lo que dije en el tribunal —afirmando así su punto de vista con vehemencia—. Sin embargo, me parece que tengo la obligación moral de contarle lo siguiente. Anoche hice algunas pruebas, para ver si era posible cometer el crimen lanzando la flecha con una ballesta. En realidad, debo reconocer que sería factible. Se *podría* hacerlo, siempre que la distancia fuera suficientemente corta. No digo que se empleó para asesinarle esa arma, pero sí que se podría haberlo hecho. Quiero además agregar...

—Cuénteme todo lo que desee, hijo —le sugirió H. M.; y dirigió una rápida mirada al doctor, quien estaba sentado y escuchaba con mucha atención, tosiendo a veces bajito como para aclararse la reseca garganta.

—Probé hacerlo tres veces... me refiero a disparar flechas con una ballesta —insistió Fleming, subrayando sus palabras con un gesto—. La pluma que sirve de guía se engancha con facilidad en los dientes o muescas del disparador, a menos que no se tenga mucho cuidado. Una vez se enganchó, y al tenderse el arco y ser disparada la flecha, fue del todo arrancada del asta. Otra vez la pluma se partió por la mitad, rasgándose. Lo mismo que la que usted nos mostró en el tribunal. Quiero explicarle de nuevo —dijo, levantando y moviendo un dedo—, que no retiro nada de lo que he dicho antes. Pero detalles de esta índole me preocupan mucho. No lo puedo evitar. Y por esto pensé, al ver el resultado de las pruebas que hice, que tenía la obligación de informarles a ustedes de todo esto. Me pareció lo correcto. Si supone que me agrada venir aquí y contárselo, está muy equivocado; y también cumpliré con el deber de hablarle sobre esto al fiscal. Y así me veré libre de toda preocupación o responsabilidad. Por último, y entre nosotros, ¿quisiera contarme qué se hizo o dónde se halla ese endemoniado pedazo de pluma?

Durante unos instantes, H. M. se quedó mirándolo en silencio. Sobre la mesa, casi oculto entre los platos, estaba el pedazo de pluma azul que Spencer Hume había traído. Spencer hizo un rápido movimiento al terminar de hablar Fleming, pero H. M. se le adelantó. Apoderándose de la pluma, se la colocó H. M. sobre el dorso de una mano, y se la enseñó a Fleming, haciendo como que la iba a soplar.

—Ocurre algo un tanto extraño —comentó H. M., sin mirar a Spencer—. Casualmente estábamos hablando sobre ello al llegar usted. ¿Le parece, por ejemplo, que éste podría ser el pedazo de pluma que faltaba?

—¿Dónde lo encontró?

—Bueno... ése es uno de los puntos que estaban en debate. Pero, le ruego mire bien, como experto en la materia, este pedacito que aquí tengo, y nos diga si es o no el fragmento de pluma que había desaparecido.

Fleming lo tomó y observó con gran cuidado y desconfianza. Después de advertir que H. M. y Spencer se miraban con sospecha, se acercó a la ventana para poder ver

ese fragmento con mejor luz. Lo estudió, mirándolo y volviéndolo a mirar con sus pequeños y astutos ojos.

—Cuentos —dijo por fin bruscamente.

—¿Qué es un cuento, hijo?

—Esto, es un cuento y es mentira. De ningún modo es éste el pedazo de pluma que falta.

Spencer Hume sacó el pañuelo bien doblado que tenía en el bolsillo de arriba de su saco, y, tratando de pasar desapercibido, se lo empezó a pasar por el rostro, como si intentara que se pusiera aún más brillante de lo que estaba. Algo en la expresión de sus ojos, la duda y angustia que en ellos se reflejaban, me resultó familiar. Yo había visto esta misma expresión, hacía muy poco, en algún otro lugar y otro rostro. Lo recordaba bien, y no me había olvidado tampoco de esos ojos y manos huidizos; ¿pero por qué me resultaba tan familiar todo esto?

—¿Ah, sí? —le preguntó con suavidad H. M.—. ¿Está completamente seguro de ello, eh? ¿Por qué no?

—Porque es una pluma de pavo. Yo le conté, o más bien, usted me lo hizo decir, que el pobre Hume empleaba únicamente plumas de ganso.

—¿Hay mucha diferencia entre las dos?

—¿Si hay mucha diferencia? ¡Oh! —dijo Fleming, dándole un golpecito al borde del ala de su sombrero—. Si usted va a un restaurante y pide que le sirvan pavo, y en cambio le dan ganso, ¿se da cuenta de la diferencia, no? Lo mismo pasa con estas plumas.

—Y de pronto, añadió lo que pensaba en ese momento. Pero noto algo raro. ¿Qué es lo que ocurre entre ustedes?

—No tiene mayor importancia —protestó H. M., y luego agregó con un tono de voz indiferente—; acabábamos de tener una conversación de carácter privado. Ahora...

Fleming se puso de pie en seguida.

—No pensaba quedarme más tiempo —dijo con mucha dignidad—. Vine sólo para informarle sobre lo que me preocupaba. Después de haberlo hecho, mi conciencia está tranquila, y no le ocultaré que es para mí un placer el despedirme y poderme ir. Les diré tan sólo que me parece que ocultan algo, y es muy sospechosa la actitud de ustedes. Entre paréntesis, doctor, ¿si llego a conseguir hablar con el fiscal, le digo o no que está usted de vuelta y listo para declarar como testigo?

—Dígale lo que quiera —le respondió con calma Spencer.

Fleming se quedó un instante sin saber qué hacer, abrió la boca como para protestar con indignación e insultarle; en lugar de ello, saludó con correcta gravedad, y se dirigió a la puerta. A pesar de no tener noción de ello, había sido su presencia la que había creado en la habitación esa atmósfera de inquietud, difícil de analizar. H. M. se paró, y miró fijamente a Spencer Hume.

—¿No se alegra de que no le haya ocurrido esto en el tribunal? —le preguntó con mucha suavidad—. Puede estar tranquilo. No lo voy a llamar como testigo. Me parece demasiado arriesgado, dado su estado de ánimo actual. Pero, confidencialmente y aquí entre nosotros, ¿reconoce que nos trajo una prueba falsa, no?

El doctor meditó unos segundos, antes de responderle.

—Supongo que, en cierto modo, tiene derecho a pensar así.

—¿Por qué, demonios, ha hecho esto?

—*Porque Answell es culpable* —dijo Spencer.

Y entonces supe a quién me había hecho recordar por la expresión de sus ojos: al mismo James Answell, y se había reflejado en su rostro la misma desesperación sincera con que el joven procesado había escuchado las acusaciones contra él. Hasta H. M. lo miró un poco impresionado. Hizo el abogado, con gravedad, un gesto que no pude llegar a comprender; sin dejar de mirar a Spencer al hacerlo.

—Si le nombro la ventana de Judas, ¿usted sabe, sin duda alguna, a qué me refiero, no? —insistió H. M., y volvió a hacerle otro gesto incomprensible; mientras Spencer, que dio la impresión de que no le podía entender, lo observaba con desconfianza.

—Le juro que no lo sé.

—Entonces, escúcheme bien —dijo H. M.—. Puede elegir dos caminos. Uno sería volver a desaparecer. Y el otro, presentarse esta tarde en el tribunal. Si Walter Storm declinó llamarle como testigo, y si tiene realmente un certificado médico para explicar su ausencia de ayer, no lo arrestarán, a menos que a Pacífico Bodkin se le ocurra ser extremadamente severo... y estoy seguro de que no lo será. Si estuviera en su lugar me presentaría en el tribunal. Tal vez oiga algo que le pueda interesar, y se decida entonces a hablar. Sin embargo, debe saber dónde está el auténtico pedazo de pluma que no ha sido encontrado hasta ahora. En realidad, faltan dos pedacitos en lugar de uno. Uno de ellos quedó enganchado entre las muescas de la ballesta que me propongo mostrar en el tribunal. El otro está escondido dentro de la ventana de Judas. Si veo que la corriente se vuelve contra mí, le aviso desde ya que lo llamaré como testigo y le haré declarar, pese a lo peligroso que me pueda resultar. Pero no creo que tenga necesidad de hacerlo. Esto es todo lo que le tengo que decir, antes de irme, ahora mismo, al tribunal.

Salimos junto con él, dejando a Spencer sentado al lado de la mesa, con el rostro iluminado por los últimos resplandores del fuego que comenzaba a apagarse, y sumido en profunda meditación. Ayer y a esta misma hora, habíamos oído por primera vez mencionar la ventana de Judas. Antes de que pasara una hora más, sería revelado a todos el sitio en donde se hallaba, muy evidente, a pesar de que nadie lo hubiera podido encontrar: y dicha ventana nos parecía entonces tan fácil de ver como un aparador, aunque su tamaño fuera mucho menor: el público no hablaría sino de

ella en el Juzgado número uno. Por el momento, lo único que sabíamos era que la habitación estaba bien cerrada, y con cerrojo.

Al llegar al rellano de la escalera, Evelyn lo agarró de un brazo a H. M.

—Por lo menos, podría adelantarnos algo —le pidió, hablándole bajito—. Contestarme a una pregunta tan sencilla, que no me explico cómo no se me ha ocurrido hacérsela antes...

—Hum. ¿De qué se trata? —inquirió H. M.

—¿Qué forma tiene la ventana de Judas?

—Es cuadrada —respondió rápido H. M.—. Tenga cuidado con el escalón.

XVI

«YO MISMO TEÑÍ ESA PLUMA»

—¿JURA decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?

—Sí, juro —dijo el testigo.

El testigo no tenía en la boca goma de mascar, pero por el continuo e incansable movimiento de las mandíbulas, por los frecuentes, breves y sonoros chasquidos que hacía con la lengua, daba la impresión de dedicarse a masticar en ese momento una gran cantidad de ella. Tenía un rostro alargado, angosto y desconfiado, que reflejaba alternativamente un espíritu desafiante o tranquilo; su cuello era muy delgado; y su cabello hacía recordar, por su color y su consistencia, al regaliz. Cuando quería decir con énfasis alguna frase, inclinaba la cabeza hacia un lado mientras hablaba, como si estuviera haciendo una prueba y se dedicara a estirar la invisible goma de mascar; al mismo tiempo, miraba con severidad al que lo interrogaba. Además, su tendencia a llamar a todos «Su Señoría», con excepción de H. M., parecía ser causada por un velado respeto o temor, o tal vez era un signo de su naciente inclinación hacia el comunismo, indicado por el gesto despreciativo de sus labios, y por su corbata de adepto, con llamativos dibujos del martillo y la hoz.

H. M. inició con energía el interrogatorio.

—¿Su nombre completo es Horace Carlyle Grabell, y vive en el número 82 de la calle Benjamin, Putney?

—Así es —asintió el testigo, de buen humor, y un tanto a la defensiva, como si desafiara al que se animase a dudar de su palabra.

—¿Trabajaba en el edificio de departamentos de la calle Duke, o sea en el edificio D'Orsay, donde el acusado vivía?

—Sí, señor.

—¿Cuál era su empleo allí?

—Trabajaba, en calidad de extra, como mucamo de limpieza.

—¿En qué consistía exactamente su trabajo?

—Tenía que ocuparme de lo que no les gusta hacer a las mucamas, cuando todo queda hecho un desorden. Mucha gente tiene la mala costumbre de vaciar los ceniceros, cuando están demasiado llenos, volcando la ceniza dentro de los canastos para papeles. Tiran por cualquier lado las hojas de afeitar usadas, para sacárselas de delante y esconderlas. Dejan todo tirado por cualquier parte... bueno, usted está ya al tanto de todo esto. Especialmente después de dar alguien una fiesta, es cuando se emplean como extras a los mucamos o peones de limpieza.

—¿Trabajaba allí el día tres de enero último?

—En esa fecha —asintió Horace Carlyle Grabell, moviendo afirmativamente la cabeza—, *en esa fecha*, estaba trabajando allí.

—Bien. ¿Conocía a la víctima, el señor Hume?

—No tenía el honor de conocerle personalmente...

—Conteste directamente sí o no —le dijo el juez severamente.

—Muy bien, Su Señoría —le respondió con suavidad el testigo, mientras adelantaba un poco la mandíbula inferior y, al mismo tiempo, levantaba y torcía algo el labio superior, con un gesto irónico y despectivo—. Estaba por decir que no lo conocía, hasta un día en que nos hicimos muy compinches, y él me dio diez libras para que me callara la boca y no le acusara como ladrón.

En varias ocasiones anteriores, el que registrara las declaraciones podría haber escrito al margen el adjetivo «sensacional». Pero en este caso, que no se podía en realidad calificar como una declaración sensacional, ya que nadie sabía a lo que él se había referido, las palabras de Grabell resultaron muy impresionantes debido al tono de indiferencia con que las pronunció. El juez se sacó los anteojos con lentitud, pues estaban enganchados en los lados de su peluca, luego los dobló, y por fin lo miró con atención.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? —le preguntó el señor Justice Bodkin.

—Oh, sí, sé muy bien lo que digo, Su Señoría.

—Quería estar seguro de ello. Prosiga, *Sir Henry*.

—Trataremos de probarlo, Usía —gruñó H. M.—. Bueno, continuemos. ¿Por qué conocía tan bien, de vista, a la víctima?

—Yo trabajaba antes en otro sitio, no muy lejos de allí. Todas las semanas, los sábados a la mañana, guardaban las ganancias de la semana dentro de una valija de cuero, e iban a depositar ese dinero en el Capital Counties Bank. Yo tenía que ir siempre, acompañando a los que iban al banco, por si eran atacados, aunque nunca hubo necesidad de defenderlos. La víctima en realidad no intervenía en nada; quiero decir, no era el que recibía el dinero del otro lado de la ventanilla, ni lo guardaba. Salía, en todas las ocasiones, por esa pequeña puerta que hay en el fondo del banco, se quedaba parado, con las manos enlazadas por atrás de la espalda, y saludaba al señor Perkins, quien era el que llevaba siempre la valija con el dinero; daba así la impresión de que le aprobaba y felicitaba por haber venido de nuevo a depositar.

—¿Más o menos cuántas veces lo vio allí?

—Oh, muchas.

—¿Doce veces, tal vez?

—Muchas más —insistió el testigo, moviendo la cabeza para negar que fueran tan pocas, y aspirando el aire por un portillo que tenía, al faltarle uno de sus dientes—. Lo vi todos los sábados, durante seis meses o más.

—Bien. ¿Dónde estaba usted durante la mañana del viernes 3 de enero último?

—Estaba limpiando, y vaciando el tacho de basura en el departamento 3C —respondió en seguida Grabell—. El señor Answell vive allí. —Le hizo al procesado un rápido signo, compasivo y amistoso, empujándose el mentón hacia arriba con el puño, como para darle ánimos; inmediatamente después se contuvo, y se puso grave y solemne.

—¿Dónde estaba el tacho de basura?

—En la cocina.

—¿Esta cocina es pequeña y está al lado del comedor?

—Sí, lo mismo que en todos los demás departamentos —confirmó Grabell.

—¿La puerta que da del comedor a la cocina estaba cerrada?

—Sí. O casi. Sólo había una pequeña rendija.

—¿Qué oyó o vio entonces?

—Bueno, yo estaba limpiando sin hacer ruido. Mientras estaba en la cocina, sentí que alguien abría la puerta que da al comedor, la otra puerta que tiene esta habitación, y por la que se va al pequeño vestíbulo de entrada. Pensé, «¡qué raro!», porque al señor Answell no se lo esperaba todavía de regreso. Espié por la abertura, y vi que un hombre entraba en el comedor, caminando muy rápido y en silencio. Era evidente que había ido allí para hacer algo malo.

Todas las persianas estaban cerradas. Primero tanteó y revisó las paredes, como si buscara una caja fuerte. Luego se puso a abrir los cajones del aparador. Al principio no pude ver lo que había sacado, porque estaba de espaldas a mí. Pero después, cuando abrió una de las persianas para poder ver mejor, supe quién era, y pude ver lo que tenía en la mano.

—¿Quién era?

—Era el señor Hume.

—¿Y qué tenía en la mano? —preguntó H. M., hablando más fuerte.

—El revólver del capitán Answell, que tienen ustedes aquí, sobre esa mesa.

—Entréguenselo al testigo. Así lo mirará de cerca, y con toda atención, para estar seguro de que se trata del mismo que la víctima sacó del aparador ese viernes a la mañana.

—Es este mismo —dijo el testigo, fijándose en el número de serie que tenía el revólver antes de que se lo terminasen de entregar; lo abrió para ver si estaba cargado y lo volvió a cerrar rápidamente, apuntando con el arma para todos lados y moviéndola, de modo que la mujer que era miembro del jurado se estremeció y se echó hacia atrás—. Lo conozco muy bien, porque yo mismo tuve que sacarle las balas, una vez, cuando se pusieron todos demasiado alegres mientras daban una fiesta.

—Díganos lo que pasó, después de ver que era el señor Hume.

—Le aseguro que me costaba creer lo que veía. Sacó una libretita, y se fijó en algo que tenía anotado allí, con mucho interés; luego se guardó el revólver en el bolsillo. Esto me pareció ya el colmo. Me acerqué en seguida y le dije, «¡Hola!». No tenía sentido que le hablara en forma respetuosa a un hombre que había ido allí a robar. Se asustó bastante, a pesar de que trató que no se notara. Se dio vuelta para mirarme, con las manos enlazadas detrás de la espalda, y las cejas fruncidas... como si quisiera impresionarme y parecerse a Napoleón. Me dijo: «¿Sabe quién soy?». Le respondí: «Sí, y también sé que acaba de robarse y de guardar el revólver del capitán

Answell». Me dijo que no fuera ridículo; y que se trataba sólo de una broma. Yo conozco muy bien ese tono que adoptan los ricos cuando han hecho algo mal, e intentan disimularlo; no me engañaba; y él se dio cuenta de ello. Me acuerdo muy bien de una vez, cuando a Lord Borefastleigh le encontraron un as, un rey y una sota, escondidos en el bolsillo del chaleco, y...

—No nos interesa ese cuento —le interrumpió el juez.

—Muy bien, Su Señoría. Yo le dije: «Aunque sea o no una broma, bajará e irá en seguida conmigo adonde está el encargado del edificio, y le tendrá que explicar por qué causa acaba de robar el revólver del capitán Answell». Entonces se volvió mucho más humilde. Me respondió: «Muy bien; ¿pero antes, no le conviene pensar quién lo podría ayudar, y regalarle dinero?». Le dije: «Me gustaría mucho esto, señor, ya que hasta ahora nadie me ha regalado nunca nada». Me habló entonces en tal forma, como estoy seguro jamás lo habría hecho en el banco: «Le regalo una libra si no dice una palabra sobre todo esto». Vi que tenía mucho interés en que yo no contara nada, y le repliqué: «Ésa es una limosna, señor, y no un regalo; y las limosnas no me interesan». Me dijo: «Muy bien; diez libras, de ningún modo le daré más». Y por eso lo dejé irse, y que se llevara el revólver.

—¿Así que aceptó las diez libras? —inquirió el juez.

—Sí, Su Señoría, las acepté —respondió Grabell, con un tono entre desafiante y quejumbroso—. ¿No hubiera usted hecho lo mismo en mi caso?

—Es un asunto sobre el que prefiero reservarme mi juicio —dijo el señor Justice Bodkin—. Continúe, *Sir Henry*.

—De modo que se llevó él este revólver —comentó H. M., moviendo ligeramente la cabeza— ¿y qué hizo usted después?

—Me pareció que proyectaba algo malo, y pensé que lo mejor que podía hacer era poner sobre aviso al capitán Answell.

—¿Oh? ¿Así que le avisó al capitán Answell?

—Sí. Aunque no le tengo simpatía, y sé que no vale nada, consideré que era mi deber contarle lo que había pasado.

—¿Cuándo se lo dijo usted?

—No pude hacerlo en seguida, porque estaba ausente, pasando unos días en el campo. Pero apareció de vuelta, inesperadamente, al día siguiente...

—Hum-m. Por lo tanto, y pese a que se pensara lo contrario, él estaba en Londres ese día sábado, cuando fue cometido el asesinato, ¿no? —dijo H. M. Se quedó callado un momento, miró el rostro de Grabell, el movimiento continuo de sus mandíbulas y las pequeñas muecas que hacía, y pareció aceptar su silencio como una respuesta afirmativa—. ¿Cuándo le vio usted?

—Lo vi el sábado a la tarde, más o menos a las 18:10. Llegó en auto, y lo colocó detrás del edificio, en el lugar reservado para estacionar los vehículos. No había nadie allí en ese momento, ni nos podían oír, y le conté inmediatamente que el señor Hume había entrado en el departamento el día antes, y le había sacado su revólver.

—¿Qué le dijo al enterarse?

—Por unos instantes, puso una cara rara, como si estuviera pensando lo que haría; después me dijo: «Gracias por el dato; me viene muy bien saberlo», y me regaló media libra. Subió al auto, lo puso en marcha, y partió de allí a toda velocidad.

—Ahora, escuche con mucha atención lo que le voy a preguntar, hijo. El revólver que fue hallado dentro del bolsillo del acusado —este revólver— que se supone llevó cuando fue a ver al señor Hume el sábado a la tarde, para atacarlo con él, es el mismo que la víctima fue a robar y sacó del departamento el viernes. ¿No es verdad?

—Es tan cierto como decir que Dios creó a Eva con una costilla de Adán —le replicó el testigo, inclinándose bien hacia adelante y sobre la baranda, para responder a H. M., quien le miraba fijo y con el índice de la mano derecha dirigido hacia él.

H. M. se sentó.

Grabell era, sin duda, un testigo insolente y locuaz, pero el relato de todos estos hechos había causado una profunda impresión. Sabíamos, sin embargo, que ahora se iniciaría la lucha. El antagonismo que sentían, el uno hacia el otro, este testigo y *Sir Walter Storm*, era evidente antes que el fiscal hubiera dicho una sola palabra. Debido al temor instintivo y al respeto reverente que los londinenses experimentan ante una toga roja, que es para ellos como un símbolo de su confusa concepción de la ley, del imperio y otros valores muy arraigados y admirados; debido a todo ello, Grabell le había hablado siempre al juez con mucha sumisión y humildad. Pero su actitud hacia el fiscal no era la misma. Para él, era tan sólo un hombre empeñado en atacar, hacer el mal y hundir a los demás. Desde que Grabell ocupara el sillón de los testigos, había mirado a *Sir Walter* y a sus ayudantes con visible antipatía, listo para erizarse contra ellos y contestarles de mal modo. Esta instintiva aversión aumentó al hablarle el fiscal de modo altivo; y con un aire de superioridad, indudablemente no intencional ni premeditado.

—Ah... Grabell. ¿Nos ha contado que le aceptó diez libras al señor Hume?

—Sí.

—¿No le parece que era incorrecto que las aceptara?

—¿No le parece que era incorrecto que él me las ofreciera?

—La conducta o los actos realizados por el señor Hume no nos interesan, ni están aquí en discusión...

—Pues si no lo están, deberían estarlo. Por causa de ellos, usted está tratando de mandar a la horca a ese pobre diablo.

El rostro del fiscal adquirió una expresión tan amenazante, que el testigo se echó un poco hacia atrás, intimidado.

—¿Sabe las consecuencias que le puede acarrear el no contestar con el debido respeto en el tribunal?

—Sí.

—En caso de que no las sepa, Su Señoría se las hará conocer a usted. Por lo tanto, y para evitárselas, le informo que su obligación es limitarse a contestar a mis

preguntas... sin agregar nada más. ¿Me ha entendido bien?

Grabell, muy pálido, se contrajo como si hubiera recibido una bofetada; pero no hizo el menor comentario, y asintió ligeramente con la cabeza.

—Muy bien. Me alegra que se haya dado cuenta —*Sir Walter* acomodó un poco las carpetas y papeles que tenía por delante—. De acuerdo con algunos juicios suyos, ¿debo deducir que es usted un admirador entusiasta de las doctrinas de Karl Marx?

—No sé quién es.

—¿Es comunista?

—Sí y no.

—¿No se ha decidido todavía?... ¿Se dejó sobornar, y aceptó el dinero que le ofreció el señor Hume?

—Sí. Pero se lo conté al capitán Answell en cuanto lo pude ver.

—Ya lo sabemos. Su sentido del honor no es muy bueno, que digamos, y consiste en arreglar un poco una mala acción. ¿No le parece del todo condenable su actitud? ¿Y qué opinión podemos tener de usted, ya que traicionó a ambos, primero al no denunciar al ladrón, y luego al contarle, pese a haber recibido dinero por callarse?

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué me ataca todo el tiempo? —protestó el testigo, mirando a su alrededor como pidiendo ayuda.

—Nos ha dicho que el 3 de enero todavía trabajaba en el edificio D'Orsay, de la calle Duke. ¿No trabaja ya más allí?

—No. Me fui.

—¿Dejó ese empleo? ¿Por qué?

Silencio.

—¿Lo echaron?

—No seguí trabajando más allí.

—De modo que lo echaron: ¿por qué motivo?

—No me llevaba bien con el encargado, y tenían exceso de personal.

—¿Le dio el encargado alguna recomendación, cuando usted se fue?

—No.

—Pero si dejó realmente de trabajar allí por los motivos que nos ha dado, tendría que haberle dado una carta de recomendación, ¿no?

Sir Walter Storm no se había preparado de antemano para atacar a este testigo. Pero, con la habilidad adquirida por medio de una larga práctica, sabía exactamente cuál era el punto débil y cómo le convenía actuar para desprestigiar a Grabell, a pesar de no tener informes determinados contra él.

—¿Ha declarado que el viernes 3 de enero a la mañana, estaba «limpiando y vaciando el tacho de basura en el departamento del procesado»?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacía que se habían ido el señor Answell y el capitán Answell?

—Se habían ido aproximadamente dos semanas antes.

—Dos semanas. ¿Por qué era necesario limpiar y vaciar el tacho de basura, si hacía tanto tiempo que estaban ausentes?

—Podrían haber llegado de vuelta en cualquier momento.

—Sin embargo, hace un rato, usted informó a mi estimado colega que no se los esperaba de vuelta. ¿No dijo esto?

—Pero alguna vez tendrían que volver.

—¿Nadie se había ocupado de limpiar ese departamento durante dos semanas?

—No... es decir...

—¿No le parece que se debió haber hecho la limpieza, y vaciado el tacho de basura, en cuanto ellos partieron?

—Sí, pero tenía yo que revisar y ver si todo estaba bien limpio. No veo qué interés tienen todos estos detalles, Su Señoría...

—¿Nos ha contado también —prosiguió el fiscal, apoyándose con las dos manos sobre el escritorio y agachándose un poco—, que mientras estaba haciendo la limpieza, todas las persianas estaban cerradas y no hacía usted ningún ruido?

—Sí.

—¿Tiene la costumbre de limpiar a oscuras?

—¿Por qué me hace todas estas preguntas? No se me ocurrió...

—¿O de no hacer ruido para evitar molestar a alguien, en un departamento donde sabía que no había nadie? Le pregunto ahora —si realmente estuvo allí ese día, según nos ha contado—, ¿no entró usted a ese departamento con otros fines, y no para hacer la limpieza?

—No, no tenía otros fines.

—¿Confiesa entonces que no entró al departamento ese día?

—Sí, estuve allí, si me deja hablar y que le conteste; y le digo además que el viejo Hume estuvo allí, y se lo juro si quiere.

—Veamos si, con otros datos, se puede llegar a aclarar mejor todo esto. ¿Tengo entendido, que hay siempre un portero en el edificio D'Orsay?

—Sí.

—¿Sabe que este portero, al ser interrogado por la policía, declaró que no había visto entrar a la víctima, ni a nadie que se le pareciera, en el edificio D'Orsay ese viernes, ni tampoco en ninguna otra ocasión?

—Es posible que no le haya visto. Entró por la escalera de servicio, no por el frente sino por atrás...

—¿Quién entró por la escalera de servicio?

—El señor Hume. O por lo menos salió por ese lado, porque yo vi por dónde se fue.

—¿Le dio usted, hasta ahora, alguna información a la policía sobre todo esto?

—No; ¿cómo iba a poder hacerlo? No estaba más allí. Dejé ese trabajo al día siguiente...

—¿Lo echaron al día siguiente?

—Hacía ya un mes que me habían dado aviso de despido, y el sábado venció ese plazo y terminó mi trabajo. Además, no sabía que todo esto pudiera ser importante.

—Evidentemente no le dio importancia. Muchas de las personas que intervienen en este caso parecen tener una extraña noción sobre lo que podía o no tener importancia entonces, y en cuanto se enteraron del crimen. Pero todo lo que le estoy preguntando tiene mucha importancia ahora —agregó secamente *Sir Walter*—. Cuando dice que lo vio al capitán Answell, en la playa de estacionamiento de los autos, ¿había por allí alguna otra persona que los pudiera haber observado, y que pueda por lo tanto corroborar su declaración?

—No había nadie allí, salvo el capitán Answell. ¿Por qué no le pregunta a él?

El señor Justice Bodkin intervino.

—La indicación del testigo, pese a estar de más —comentó él con cierta aspereza—, resulta en este caso pertinente. ¿Está presente el capitán Answell? Como la evidencia dependerá en parte de la información que él nos pueda dar...

H. M. saltó al oír esto, y le dijo al juez con enfurecida amabilidad.

—Su Señoría, al capitán Answell lo voy a llamar yo como testigo. No se tome usted la molestia de mandarle a buscar. Hace mucho que está citado; y haremos que se presente, aunque no estoy seguro si resultará un buen testigo y querrá colaborar.

(—¿Cómo es posible esto? —me preguntó Evelyn con un murmullo—. Le oímos comentar a él mismo que no lo iban a llamar como testigo. ¡Y desde hace mucho, tiene que haber estado citado! No entiendo, ¿qué es lo que ocurre?).

Se trataba, sin duda alguna, de una sorpresa o maquinación de H. M.; éste, aun a riesgo de que le saliera mal, había decidido actuar como en el pasado, y hacerse el prestidigitador. Pero no nos podíamos imaginar qué era lo que tramaba.

—He terminado con el interrogatorio de este testigo —dijo bruscamente *Sir Walter Storm*.

—Llaman a Joseph George Shanks —pidió H. M.

Mientras Grabell se retiraba, y ocupaba Joseph George Shanks el sillón de los testigos, tenía lugar una consulta entre el fiscal y los abogados que colaboraban con él. Los representantes de la Corona se hallaban en una posición extraña y un tanto incómoda. Debían planear el ataque, y sostener la acusación hasta vencer. Se había logrado demostrar con absoluta certidumbre que se había confundido a James Answell con otro, y que había sido víctima de un error; que Hume había conspirado contra Reginald, para hacerle caer en una trampa; y hasta que Avory había robado el revólver. Pero estos detalles, a pesar de todo lo que se dijera, no probaban de ningún modo que el procesado fuera inocente. Recordé las palabras que dijo, al resumir otra causa célebre, un gran jurista: «Miembros del jurado, existe cierta evidencia circunstancial, de igual valor y tan concluyente como pudiera ser la evidencia de algún testigo que hubiera visto cometer el crimen... Y para darles a ustedes un ejemplo: supongamos que se trata de una habitación con una sola puerta, una ventana cerrada, y un pasillo que lleva a esa puerta. Si un hombre viniera por ese pasillo,

entrara en la habitación por esa puerta, y se encontrara con un hombre que tuviese un revólver en la mano, y viese que yacía allí el cadáver de otro hombre: la evidencia circunstancial sería en ese caso casi tan concluyente como si hubiera visto cometer el crimen».

Esta situación era la misma. El procesado había sido encontrado en una habitación cerrada. La evidencia circunstancial de este hecho era concluyente, y no había sido anulada aún. Hasta ahora, no se había intentado ponerlo en duda, y no se había tocado ese punto central, importantísimo y esencial. A pesar de todo lo que la defensa había logrado probar al margen, la posición de *Sir Walter Storm* era casi tan firme como al principio, y debía basar la acusación sobre ese punto.

La voz de H. M. interrumpió mis reflexiones:

—¿Se llama Joseph George Shanks, y trabajaba como peón en el número 12 de la calle Grosvenor?

—Sí, señor —dijo el testigo. Era un hombre bajo y robusto; en menor escala, se le podía encontrar cierto parecido con la figura de John Bull; no sentándole nada su traje nuevo y reservado para los domingos. Tenía puesto un cuello blanco y duro, muy incómodo, pues las puntas se le clavaban continuamente y al menor movimiento, en su carne; estaba por eso sentado muy rígido, con la cabeza echada hacia atrás, y la voz le salía, quizás debido a esa posición, aguda y muy poco natural.

—¿Durante cuánto tiempo ha trabajado allí?

—Ah —dijo el hombre, y pensó antes de contestar—. Me parece que, más o menos, seis años.

—¿Qué es lo que hacía allí, y en qué consistía sobre todo su trabajo?

—Me ocupaba sobre todo de tener muy en orden los arcos, flechas, y demás accesorios relacionados con este deporte, que tanto le gustaba al señor Hume; hacía los arreglos que hicieran falta, y me encargaba de todo esto.

—Observe con atención esta flecha, con la cual fue asesinado el señor Hume —antes de agarrarla, el testigo se limpió con mucho cuidado las manos, frotándolas contra la parte posterior de sus pantalones azules, usados sólo los domingos—, e infórmeles a los miembros del jurado, si usted ya la ha visto antes, o no.

—La conozco de memoria, señor. Yo mismo le coloqué las plumas. Me acuerdo muy bien de ésta. El tinte es apenas más oscuro que el corriente.

—¿Usted colocaba muchas veces, y fijaba a las flechas, esas plumas especiales que usaba la víctima? ¿Y teñía la pluma que se empleaba como guía? ¿*Son ciertos estos datos, que nos dio ayer el señor Fleming?*

—Sí, continuamente lo hacía, señor.

—Bueno, en caso de que yo le mostrara ahora un pequeño trozo de pluma —prosiguió H. M., hablando con tono amable y persuasivo—, y le pidiera que me dijese, con toda seguridad, si era el pequeño fragmento que le falta a la pluma central de esta flecha, ahí... ¿podría informarme con certeza sobre ello?

—Si era el pedacito que le falta a esta pluma, en seguida lo reconocería, señor. Además coincidiría con el que está ahí.

—Muy bien. ¿Pero —continuó H. M., interrogándolo ahora sobre algo totalmente diferente— trabajaba siempre en ese pequeño taller o cobertizo, que está al fondo del jardín, no?

—Con mucho gusto responderé a todas las preguntas que quiera hacerme, señor —le dijo el testigo muy generosamente—. ¿Qué informe quería que le diera? Ah. Sí, yo trabajaba siempre allí.

—¿Tenía el señor Hume guardadas algunas ballestas en ese taller?

Los crujidos y murmullos, que se sintieron en la sala, le dieron una muy agradable sensación a Shanks, al poderse considerar a sí mismo importante. Su nerviosidad disminuyó, se acomodó en el asiento, y apoyó los codos sobre la baranda que tenía por delante. Era evidente que, alguien entre el público, desde la galería situada en alto, le miraba con severidad y vigilaba su conducta; porque casi en seguida se dio cuenta de que su postura era demasiado cómoda y poco correcta, y se volvió a poner muy rígido y derecho.

—Sí, señor. Tenía tres ballestas. Armas muy curiosas y bien construidas, pero muy impresionantes.

—¿Dónde las tenía guardadas?

—Dentro de una caja muy grande, señor, y que se parecía a una caja de herramientas, con una manija para llevarla. Estaba colocada debajo del banco de carpintero. —El testigo entrecerró los ojos y parpadeó un poco, debido al gran esfuerzo que estaba haciendo, para concentrarse y recordar.

—Dígame, por favor: ¿estuvo en el taller el domingo 5 de enero a la mañana, o sea el día después del asesinato?

—Sí, señor; recuerdo que estuve allí el domingo, aunque muy turbado con todo lo que había ocurrido...

—¿Notó si alguien había estado en el taller, y había tocado o cambiado de sitio alguna cosa?

—Sí, señor. Alguien había tocado la caja de herramientas, quiero decir esa caja donde estaban las ballestas, y que yo llamaba así. Está colocada justo debajo del banco de carpintero, señor, y por eso tiene siempre por encima como una capa de aserrín y virutas de madera; de modo que al mirarla, aun sin prestar mayor atención, uno se da cuenta en seguida si alguien la ha movido o la ha abierto.

—¿Miró dentro de la caja, para ver si faltaba algo?

—Sí, señor, por supuesto. Y había desaparecido una de las ballestas.

—¿Qué hizo al descubrir que alguien la había sacado?

—Lo que hice, señor, fue contárselo en seguida a la señorita Mary; pero ella me respondió que no me preocupara en esos momentos por tales cosas; y por lo tanto, no le di importancia, ni pensé más en ello.

—¿Podría identificar esa ballesta, si la volviera a ver?

—Sí, señor.

Del lugar donde tenía ocultos y encerrados los objetos que utilizaba para la defensa (y que estaban siempre celosamente guardados y bien cuidados), hizo H. M. que Lollypop sacara algo y se lo alcanzara. Fue enseñada un arma, de aspecto muy parecido a la ballesta que había utilizado ayer, para hacer su demostración. Quizás era más corta que la otra, y más ancha; tenía aplicaciones de plata sobre la base o mango, y además una pequeña placa del mismo metal.

—¿Es ésta la ballesta? —le preguntó H. M.

—Sí, es ésta, señor. Aquí está el nombre del señor Hume, grabado sobre esta pequeña placa.

—Observe el disparador, o sea esa grúa con muescas que está por el centro del arma. Fíjese si no ha quedado nada enganchado en esos dientes o muescas... ¡ah, ya lo ha visto usted! Sáquelo. Y páselo, por favor, a los miembros del jurado para que lo puedan ver también. ¿Qué es lo que había allí?

—Es un pedazo de pluma, señor; un pedazo de pluma azul.

Sir Walter Storm se puso de pie. No habló con tono irónico; sino de un modo grave, solemne y amable.

—¿Milord, debemos suponer que se trata de ese misterioso fragmento de pluma, sobre el que se han hecho ya tantos comentarios y averiguaciones?

—Es sólo una parte de esa mitad o fragmento de pluma que había desaparecido —gruñó H. M.—. Si se observa este pedazo con atención, veremos que todavía falta una pequeña parte. Muy chica: de media pulgada de largo por un cuarto de ancho. Pero se ve bien que falta algo. Nosotros queremos indicar que éste es el segundo pedazo. Hay tres, en lugar de dos, y pronto mostraremos el tercero. —Después de todas estas aclaraciones, se volvió a dirigir al testigo—. ¿Podría contestar, con seguridad, si ese pedazo que tiene en la mano es una parte de la pluma rota, que servía de guía de esa flecha?

—Sí, señor, le puedo contestar con seguridad —dijo el testigo, y pestañeó ligeramente.

—En ese caso, observe muy bien ese pedazo de pluma, y díganos su opinión.

Mientras Shanks lo miraba con toda concentración, y aun se inclinaba hacia adelante para poderlo hacer mejor, se sintieron confusos ruidos y murmullos en el tribunal. La gente se paraba de modo subrepticio para poder ver mejor. Hasta el procesado, menos distraído, se fijó en lo que ocurría, y sus penetrantes ojos adquirieron una expresión más optimista; pero se notaba que no sabía nada sobre todo esto, igual que los demás.

—Sí, señor, es un pedazo de esa pluma —declaró Shanks—, y coincide con la otra parte, que había quedado en la flecha.

—¿Está completamente seguro, no? Quiero decir, ¿no es muy fácil confundir un pedacito de pluma con otro parecido? ¿Aun cuando sea una pluma de ganso, y se le

haya dado ese color azul con un tinte especial, no es muy difícil identificar a ese pedazo con toda certidumbre, y saber si es el que había desaparecido?

—Tengo la absoluta seguridad de que es el pequeño fragmento de pluma que falta de esa flecha. Yo mismo teñí esa pluma, y lo hice con un pincel, como si empleara pintura. Me refería al tinte, cuando afirmé que ambos pedazos coincidían. Hay una casi imperceptible falla o manchita más clara, en el color azul, y tiene ella la forma de un signo de interrogación. Usted puede ver la parte superior del signo, pero no están ni la parte inferior ni el punto...

—¿Se animaría a declarar bajo juramento —le preguntó con mucha suavidad H. M.—, que ese pedazo de pluma, que había quedado enganchado en la ballesta, es el que había desaparecido, y es la otra parte de la pluma rota de esta flecha?

—Podría jurarlo, señor.

—Por el momento —dijo H. M.—, eso es todo lo que quería preguntarle.

El fiscal se puso de pie con mucha suavidad, pero al mismo tiempo con cierta impaciencia. Era evidente que su modo de mirar a Shanks, hacía que éste se pusiera nervioso.

—La flecha que han colocado delante suyo, tiene inscripta la fecha del año 1934, si no me equivoco. ¿Quiere esto decir que usted preparó la flecha y la teñió en el año 1934?

—Sí, señor, creo que fue en primavera.

—¿La ha vuelto a ver después, lo suficientemente de cerca como para poder observarla bien? Lo que quiero decir es lo siguiente: ¿cuando el señor Hume ganó el concurso del año 1934, colgó en seguida esa flecha sobre la chimenea del escritorio?

—Sí, señor.

—Desde esa fecha, ¿ha tenido ocasión de poder volver a examinarla de cerca?

—No, hasta que ese señor —e indicó con la mirada a H. M.—, me pidió, hace un mes, que la mirara con atención.

—¡Ah! ¿Pero desde el año 1934 hasta hace muy poco, usted no había vuelto a ver esa flecha?

—En efecto, señor.

—¿Durante todos esos meses y años, puedo suponer que tuvo entre sus manos, arregló y preparó muchas flechas para el señor Hume?

—Sí, señor.

—¿Tal vez cientos de flechas?

—En verdad, señor, no me animaría a decir que tantas.

—Trate de darnos el número aproximado. ¿Sería más o menos exacto el decir que ha arreglado o preparado más de cien flechas?

—Sí, señor, podría haber sido ese número. Se usa una gran cantidad de ellas al practicar este deporte.

—Ya veo, de modo que se usan muchas flechas... ¿Se anima ahora a volver a decirnos que, después de varios años y de haber tenido en las manos más de cien

flechas, puede identificar, en forma infalible, una flecha que tiñó en el año 1934? Le recuerdo que está prestando su declaración bajo juramento.

Al serle subrayada la solemnidad de su situación, el testigo dirigió la mirada hacia la galería, donde se hallaba el público, como si buscara ayuda o a alguien que le diese ánimos.

—Bueno, señor, usted sabe que este es mi oficio...

—Conteste directamente mi pregunta. ¿De entre más de cien flechas, y después de varios años, puede identificar, de manera infalible, a una que tiñó en 1934?

—Preferiría no responderle, señor, me impresiona la responsabilidad de haber jurado... se lo diría... pero las consecuencias...

—Está bien —dijo el fiscal, satisfecho por haber logrado el efecto que deseaba—. Continuemos...

—¡Pero quiero aclararle que estoy convencido, y me dejaría cortar la cabeza!

—Pero no se anima a declararlo bajo juramento. Bueno. Y ahora —prosiguió el abogado, tomando unas hojas muy finas, y escritas a máquina—, tengo aquí una copia de la declaración del procesado a la policía. (Por favor, entréguensela al testigo). Señor Shanks, ¿quiere tener la amabilidad de leernos el primer párrafo?

Shanks, sorprendido, tomó las hojas con un movimiento automático. Empezó por pestañear, un poco nervioso, lo mismo que lo había hecho otras veces. Luego se puso a buscar algo dentro de sus bolsillos, sin poderlo encontrar; y al demorarse, y hacer perder el tiempo en el tribunal, se sintió progresivamente más agitado y confuso, hasta perder del todo la calma y no poder contenerse más.

—No puedo encontrar mis anteojos, señor. Y sin mis anteojos...

—¿Debo suponer entonces —le dijo el fiscal, quien había adivinado que veía mal, al verle pestañear—, que sin tener los anteojos puestos, no puede leer esa declaración?

—En realidad, no es que *no pueda*, señor; pero...

—¿Y sin embargo, puede identificar una pluma, a la que tiñó en el año 1934? —le preguntó *Sir Walter Storm*... y después de esto, tomó asiento.

Inmediatamente H. M. comenzó a reexaminar al testigo, con voz muy fuerte, y preparado para luchar. Pero sus preguntas fueron muy breves.

—¿Cuántas veces ganó *Avory Hume* los concursos anuales?

—Tres veces, señor.

—¿La flecha tenía mucha importancia; y en esas ocasiones, a ella se debía en gran parte el éxito, no?

—Sí, señor.

—¿De modo que no se trataba de una del montón, «entre más de cien flechas», no? ¿Por el contrario, tenía mucho valor, y se conservaba como recuerdo?

—En efecto, señor.

—¿Le mostró la flecha el señor *Hume*, y la observaron juntos con todo detenimiento, después de ganar el concurso?

—Sí, señor.

—Ah, muy bien —dijo H. M., abriéndose un poco la toga, con un gesto de satisfacción—. He terminado. No, no se vaya por allí, hijo; por ese lado, iría hacia el recinto privado del juez; el guarda del tribunal le indicará la salida. —Esperó hasta que se terminara de retirar Shanks, y después se puso de pie nuevamente.

—Llamen a Reginald Answell —dijo H. M.

XVII

«AL VER LA VENTANA...»

REGINALD Answell no estaba en realidad bajo custodia: al acompañarlo un oficial de policía, y conducirlo hasta el sillón de los testigos, iba aparentemente por su propia voluntad, y actuando como un hombre libre. Pero justo detrás de él, vi una silueta que me resultó familiar, y cuyo nombre no podía precisar, hasta acordarme de pronto que era el sargento mayor Carstairs, quien estaba siempre de guardia en la puerta de la oficina —cuartel general o guarida— que posee H. M. en Whitehall. El rostro del sargento tenía la expresión, entre siniestra y benévola, de un verdadero guardián.

Nuevamente se pudo oír un confuso rumor de escándalo, muy parecido al murmullo del viento entre el follaje; casi todos buscaron con la mirada a Mary Hume, pero la joven no estaba en el tribunal. El alargado rostro de Reginald, delgado y atractivo, estaba en ese momento muy pálido, pero tenía una expresión muy decidida. Pensé que su aspecto no inspiraba la menor confianza, y que a H. M. le convendría actuar con precaución y tener mucho cuidado con él, al interrogarle y atacarle. Tal vez esa impresión desagradable me la había causado, cuando lo miré, la onda (artificial) de sus rubios cabellos, o la expresión cínica e indiferente de su rostro; sobre todo me había chocado mucho esto último.

H. M. aspiró profundamente, antes de empezar a hablar. Me intrigaba saber cómo conduciría este interrogatorio el abogado defensor, debido al tejido de mentiras y engaños que tendría que desenmarañar.

—¿Se llama Reginald Wentworth Answell; no tiene lugar de residencia fija; pero, cuando se halla en Londres, vive en el edificio Chambers, de la calle Duke?

—Sí.

—Ante todo, quiero enterarle —dijo H. M., cruzando los brazos—, que no tiene obligación de responder a ninguna pregunta que le pueda incriminar... referente a cualquier actuación suya. —Hizo una pausa—. Pero esta pregunta que le voy a hacer, no lo va a incriminar o perjudicar. Cuando la policía le interrogó sobre lo que había hecho, o dónde estaba, el 4 de enero a la tarde, ¿todo lo que contó usted era verdad?

—No todo era verdad.

—¿Quiere ahora, y después de haber prestado juramento, contar toda la verdad?

—Deseo hacerlo —respondió Reginald, aparentemente con mucha sinceridad. Pestañeó varias veces seguidas, pero aparte de esto, nada traicionó su nerviosidad.

—¿A qué hora de la tarde llegó a Londres el 4 de enero?

—Llegué unos minutos después de las 18 al edificio Chambers. Venía en auto desde Rochester.

H. M. se reconcentró, y predominó una extraña tensión entre ambos. El abogado inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado.

—¿Ah, sí? Yo creía que había llegado a las 18:10. ¿Llegó a esa hora, no?

—Exactamente a esa hora, no. Era un poco más temprano. Recuerdo muy bien, pues miré el reloj que hay en el tablero de mi auto.

—¿Tenía el propósito de ir a ver al señor Hume esa noche?

—Sí. Pensaba hacerle una visita amistosa.

—¿Al llegar al edificio Chambers, se encontró con el testigo Horace Grabbell?

—Sí, lo vi.

—¿Le contó que el señor Hume había estado allí, en el departamento de su primo, el día antes, o sea el viernes?

—Sí, me informó sobre esto.

—¿Le relató que la víctima había agarrado su revólver y se lo había llevado?

—Sí, me contó todo.

—¿Qué hizo usted al enterarse?

—Me resultaba incomprensible que hubiera hecho esto, pero al mismo tiempo me causó muy mala impresión. De modo que pensé que era mejor que no fuera a visitar al señor Hume. Volví a subir al auto, y me fui. Di... unas cuantas vueltas... y, muy pronto, me alejé de la ciudad. No volví hasta bastante más tarde.

H. M. terminó casi en seguida, y se sentó. El capitán Answell había dicho con un tono muy particular ese comentario de «muy pronto». H. M. pareció darse cuenta de ello, casi todos habíamos notado ese extraño tono. *Sir Walter Storm* se puso de pie rápidamente.

—Nos informa usted, capitán Answell —comenzó a decir el fiscal—, que «dio unas cuantas vueltas en auto», y que «muy pronto» se alejó de la ciudad. ¿Cuánto tiempo estuvo dando vueltas, antes de decidirse a partir?

—Durante media hora, o tal vez un poco más.

—¿Durante media hora? ¿Tanto tiempo?

—Sí, quería meditar sobre lo que había pasado.

—¿Adónde fue con el auto?

Silencio.

—¿Adónde fue usted, capitán Answell? Debo volver a hacerle esa pregunta.

—Me dirigí a la casa del señor Hume, en la calle Grosvenor —respondió el testigo.

Por un segundo, no reaccionamos ante la importancia de semejante declaración. Hasta el fiscal, fueran cuales fueran sus pensamientos, dudó antes de continuar interrogándolo. El testigo estaba pálido y tenía aire de inocente; pero, a pesar de todo, resultaba el mismo «simpático» Reginald, que yo había visto ayer.

—¿Dice que fue, con el auto, a la casa del señor Hume?

—Sí. Tenía esperanzas de que no me preguntara sobre esto. —Dirigió una rápida mirada al procesado, que tenía los ojos clavados en él—. Les dije que mi intervención no le ayudaría. Y pensaba que no tendría que declarar como testigo.

—¿No ignora usted, por supuesto, que su obligación es decirnos toda la verdad? Ya lo sabe. ¿Qué motivo lo impulsó a ir a la casa del señor Hume?

—No sé por qué me decidí a ir allí. Me parecía que lo que había ocurrido era muy extraño, y que se tramaba algo raro. No pensaba entrar en la casa; sino solamente pasar por delante, y espiar un poco si podía, pues estaba muy intrigado...

—¿A qué hora llegó usted allí? —le preguntó el fiscal. Hasta al mismo *Sir Walter Storm* le costaba hablar con tono indiferente, dado que le interesaba mucho enterarse de lo que le contaría el testigo.

—Llegué a las 18:10.

El juez levantó rápidamente los ojos, y habló.

—Un minuto, por favor, *Sir Walter*. —Dirigió luego una penetrante mirada al testigo—. Si llegó a las 18:10, ¿estuvo allí a la misma hora que el procesado, y tal vez le vio?

—Sí, milord. Lo vi cuando entró a la casa.

La gente se mueve o no, y yo no suponía que pudiera haber diferentes grados de inmovilidad. Sin embargo, yo no había visto nunca a nadie tan absolutamente quieto e impasible, como a H. M. en ese momento. Estaba sentado con un lápiz en la mano, enorme bajo su negra toga; y daba la impresión de que no respiraba siquiera. La silla, sobre la que estaba sentado James Answell, crujió al moverse éste, como si no pudiera contenerse. Hizo el procesado un extraño y desesperado gesto, que hacía recordar al de un chico al levantar la mano en el aula, pero luego se dominó, y se calló.

—¿Qué hizo al estar allí? —le preguntó el fiscal.

—No sabía al principio qué hacer. Me intrigaba saber lo que pasaba, y por qué razón habría ido de visita Jim. No me había dicho que se proponía ir allí, cuando le vi, hacía muy poco, antes de partir de Frawnend. Me pregunté si hablarían de mí, ya que le había hecho la corte a la señorita Hume para casarme con ella. No trato de disculparme por lo que hice después —dijo el testigo, poniéndose derecho y mirando muy de frente—. Cualquiera otro hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Yo sabía que, entre la casa del señor Hume y la de al lado, había un corredor, cuya puerta de entrada estaba casi siempre abierta...

Sir Walter Storm tosió un poco, antes de empezar a hablar, para aclararse la voz. No era, en ese momento, un hombre que se preocupara solamente de conducir bien un interrogatorio, y de demostrar su habilidad, sino que se podía notar que su gran afán era llegar a la verdad.

—¿Había ido anteriormente y otras veces a esa casa?

—Sí, muchas veces, pero no había sido presentado al señor Hume. Había estado allí con la señorita Hume. Yo no le resultaba conveniente al señor Hume como candidato para su hija, y no le gustaba que nos viéramos.

—Continúe, por favor.

—Bueno... a mí se me ocurrió...

—Ha escuchado lo que le dijo el fiscal —observó el juez, mirándolo con severidad—. Continúe contándonos lo que hizo después.

—La señorita Hume me había hablado muchas veces acerca del escritorio de su padre. Tenía la seguridad de que éste recibiría a Jim en esa habitación. Caminé por el corredor, que había a un lado de la casa..., sin ningún plan preconcebido, se lo juro, salvo acercarme adonde estaban ellos e intentar ver lo que pasaba. A los pocos metros, y del lado derecho, después de entrar y continuar andando por el corredor, hay unos cuantos escalones, por los que se llega a una puerta, con los paneles superiores de vidrio y cubiertos con una cortina de encaje. Esa puerta da al pequeño pasillo, por el que se va al escritorio del señor Hume. Al mirar, a través de la cortina, vi que el mucamo —quien había hecho pasar a Jim al escritorio— golpeaba a la puerta de esa habitación.

En el tribunal, todos escuchaban con palpitante interés. Se tenía la impresión de que una fuerte ráfaga hubiera dispersado los papeles y legajos de los abogados, y se esperaba tal vez una declaración sensacional.

—¿Qué hizo al verle allí?

—... Esperé.

—¿Esperó?

—Sí, me quedé parado detrás de la puerta que da al corredor, sin saber qué hacer.

—¿Durante cuánto tiempo se quedó allí parado y esperando?

—Desde las 18:10, o 18:20, hasta un poco después de las 18:30, cuando penetraron ellos en el escritorio.

—¿Y usted —preguntó *Sir* Walter, con tono de reproche—, usted, como todos los demás, no le había hablado a nadie, hasta ahora, sobre todo esto?

—No. ¿Le parece que podía querer intervenir, y ayudar para que condenaran más pronto a mi primo?

—No es ésa la forma correcta de responder —protestó el juez.

—Le ruego a Su Señoría que me perdone. Yo... tenía miedo de la influencia que pudieran tener mis palabras, si contaba que había estado allí a esa hora, o de la importancia que se les daría.

Sir Walter inclinó hacia abajo la cabeza, y dijo, después de una pequeña pausa.

—¿Qué vio usted, al estar allí y mirar a través de los vidrios de esa puerta?

—Lo vi salir a Dyer a las 18:15. Luego, bajó la señorita Jordan a las 18:30, y llamó a la puerta del escritorio. Volvió en ese momento Dyer, y ella le contó en seguida que se estaban peleando, dentro de esa habitación. Ustedes ya están enterados de todo lo que pasó después...

—Un minuto, no siga. Entre las 18:15, cuando Dyer se fue del escritorio, y las 18:30, cuando la señorita Jordan bajó del primer piso y fue a la puerta de esa habitación, ¿se acercó alguien a la puerta y entró adonde estaban el señor Hume y el procesado?

—Nadie se acercó a la puerta del escritorio, ni vi a nadie.

—¿Podía ver bien lo que pasaba adentro?

—Sí, el pasillo no tenía luz; pero el vestíbulo estaba bien iluminado.

—Del sitio donde usted estaba parado, frente a esa puerta que da al corredor — entréguenle, por favor, un plano al testigo—, ¿podía ver también las ventanas del escritorio?

—Sí. Como usted puede observar en el plano, estaban muy cerca de mí y a mi izquierda.

—¿Se aproximó alguien a esas ventanas, mientras estaba allí?

—No.

—¿Se podría haber acercado alguien a esas ventanas, sin notarlo usted?

—No, lo siento, pero si se hubiera acercado alguien, yo lo hubiera visto sin duda alguna. Supongo que recibiré alguna pena o castigo por no haber contado nada hasta ahora...

Quiero hacer una pausa, antes de continuar transcribiendo el interrogatorio, para comentar lo profundamente impresionados que estábamos todos en el tribunal. Habíamos escuchado a muchos testigos inesperados, llamados por el abogado defensor. Pero éste, a pesar de haberle hecho declarar como testigo H. M., resultaba muy útil al fiscal, y ceñía aún más la cuerda alrededor del cuello del procesado. James Answell estaba más pálido que nunca; y no apartaba los ojos de su primo, observándole con una expresión de sorpresa y aturdimiento.

Nuestra actitud, como ya dije, había cambiado y estábamos muy impresionados. Pero también había cambiado el estado de ánimo del testigo, a menos que mi imaginación no me engañara y me hiciera ver visiones. Hasta ese momento, el pálido y demacrado Reginald había hablado con mucha seguridad, con tono sereno, y casi con inspiración. Había logrado que no se dudara de lo que él decía. Hasta ahora, no había relatado lo que viera, ningún testigo visual: y esto debilitaba la acusación. Pero las últimas palabras, que acababa de pronunciar, hicieron que perdiéramos la confianza en él, y dudáramos de lo que nos había contado. Fue cuando dijo: «Supongo que recibiré alguna pena o castigo por no haber contado nada hasta ahora...». La mala impresión no duró mucho. Fue equivalente a notar la primera falla en un mecanismo que marchara muy bien, ver abrirse unos postigos o correrse un cortinado y atisbar lo que estuviera oculto; me desagradó profundamente el tono falso, pegajoso e hipócrita con que se expresó, y que ya le había oído antes al bajar las escaleras del Old Bailey. Tuve la seguridad absoluta de que ese hombre mentía. Y aún más, era fácil darse cuenta de que se había prestado a declarar, con el propósito deliberado de mentir en esa forma. Resultaba obvio que había conseguido, con gran habilidad, que *Sir Walter Storm* le interrogara sobre lo que afirmaba haber visto...

Pero, sin duda, H. M. había notado todo esto. ¿Y no le tomaba de sorpresa? Todavía estaba sentado en la misma posición, inmóvil, y con las sienes entre las manos. Sin embargo, lo importante no era la opinión de H. M., sino que el testigo hubiera decepcionado y causado mala impresión al jurado.

—He terminado el interrogatorio —dijo *Sir Walter Storm*, con un rostro perplejo.

H. M. se puso de pie para reexaminar al testigo que él había llamado, y que hasta ahora le resultara tan eficaz al fiscal. Al hablarle a Reginald, empleó palabras que no se pronunciaban nunca en el Old Bailey, desde la época del sargento Arabin. No se expresó con violencia, sino con una manifiesta satisfacción y seguridad, que le hizo hasta parecer más alto.

—Le doy dos segundos —le dijo H. M.—, para que confiese que ha tenido un ataque de *delirium tremens*, y que todo lo que acaba de contamos no es cierto.

—Debe retirar lo que ha dicho, *Sir Henry* —le corrigió el juez—. Puede formularle al testigo todas las preguntas que quiera, o dudar de lo que ha dicho; pero tiene la obligación de hablarle con corrección.

—Si me permite *Usía* —dijo H. M.—, se verá por qué le he hablado así... ¿Capitán Answell, no quiere retractarse o revocar lo que ha dicho?

—No, no tengo por qué hacerlo.

—Como usted prefiera —le respondió H. M., con gran indiferencia—. ¿De modo que vio todo esto a través de los vidrios de la puerta que daba al corredor, no?

—Sí.

—¿Estaba abierta la puerta?

—No. Ni entré yo a la casa.

—Bien. ¿Sin contar esa noche del 4 de enero, cuándo fue, por última vez, de visita a esa casa?

—Hacía casi un año que no había vuelto a ir.

—Hum. Me lo figuré. ¿Pero no le oyó declarar a Dyer ayer, que la puerta con paneles de vidrio, o sea la que había antes, fue sacada hacía seis meses; y había sido colocada, en lugar de ella, una puerta corriente y maciza de madera? Si le quedara alguna duda sobre esto, puede leer lo que dice el informe del sobrestante oficial — que está aquí, entre los demás informes y pruebas relacionados con este proceso— y se convencerá del todo al ver la descripción que hace de dicha puerta. ¿Qué nos puede decir usted ahora?

El testigo le respondió con mucha dificultad y embarazo.

—Quizás... la puerta estaba abierta...

—Eso es todo —le interrumpió H. M.—. Al terminar la defensa, milord, sugeriré que se tome alguna medida para castigar toda esta serie de mentiras y engaños.

Aun con toda imparcialidad e indiferencia, debía juzgarse que la contraofensiva de H. M. había resultado perfecta. De modo imprevisto, un testigo ocular había conseguido confirmar la culpabilidad de James Answell; tan sólo ocho segundos después, se lograba probar que había dado un falso testimonio, y había perjurado. Pero no era esto el mayor triunfo. Se tenía la impresión de que una transformación química se había operado en las simpatías del jurado. Por primera vez, observé que algunos miembros miraban con interés al procesado, y semejante actitud parecía preludiar una futura simpatía. Las palabras «víctima de una conspiración» casi resonaban en el aire, como si hubieran sido dichas en alta voz. Si H. M. había

previsto que Reginald inventaría todas esas falsedades, el efecto logrado, al dejarle hablar y luego contradecirle, no podía ser mejor. La simpatía aumentaba, y se había volcado hacia otra persona.

¿Habría previsto H. M. todo lo que había ocurrido...?

—Llame al testigo siguiente, *Sir Henry* —le dijo amablemente el juez.

—Milord —si el fiscal no se opone— desearía que volviera a declarar uno de los testigos de la Corona. Quiero simplemente hacerle identificar algunos artículos, que me propongo utilizar y presentar como evidencia; y pienso que el más indicado para hacerlo es uno de los que viven en la casa de la calle Grosvenor, y del que sabemos, con toda seguridad, que conocía muy bien todas las cosas que había allí.

—No tengo ningún inconveniente, milord —dijo *Sir Walter Storm*, quien, con todo disimulo, se había estado pasando un pañuelo por la frente, para secarse la transpiración.

—Muy bien, llámelo. ¿Se halla ese testigo en el tribunal?

—Sí, milord. Deseo interrogar nuevamente a Herbert William Dyer.

No podíamos perder tiempo, ni detenernos a reflexionar, dado el ritmo rápido con que se sucedían las sorpresas, que brindaba de continuo este endemoniado proceso. Dyer ocupó el sillón de los testigos. El acusado se preparó con gran interés a escucharle, se sentó muy derecho, y le brillaron los ojos. El grave Dyer, tan impecable como ayer, aunque con un traje un poco menos oscuro, inclinó hacia adelante la canosa cabeza, con mucha concentración. Mientras tanto, Lollypop acomodaba, con todo cuidado, cerca de la mesa, varios misteriosos paquetes, envueltos en papel madera. Lo primero que exhibió H. M. fue un traje de hombre de paño marrón... con pantalones de golf. Evelyn y yo nos miramos.

—¿Ha visto antes este traje? —le preguntó H. M.—. Por favor, entréguenselo, para que lo pueda mirar bien.

—Sí, señor —afirmó Dyer, después de una corta pausa—. Es el traje para jugar al golf del doctor Spencer Hume.

—Ya que no está aquí presente el doctor Hume, ¿supongo que usted puede identificarlo igualmente, no? Bien. ¿Es éste el traje que usted no pudo encontrar la noche en que fue asesinado el señor Hume?

—Es éste.

—Bueno. Ahora busque dentro del bolsillo derecho del saco. ¿Qué ha encontrado allí?

—Una almohadilla para sellos, y también dos sellos, de goma —respondió Dyer, y los mostró.

—¿Es ésta la misma almohadilla que usted buscaba esa noche del crimen?

—Sí, es ésta.

—Muy bien. Hemos traído además otras cosas —continuó diciendo H. M., enumerándolas con indiferencia—; ropa interior de hombre, un par de zapatillas, y otros artículos de ese tipo; pero no es usted el más indicado para identificarlos, sino

que podemos pedirle a la señorita Jordan que lo haga. ¿Dígame, sin embargo, si puede identificar esto?

Se mostró al testigo una valija grande, de cuero negro y de forma alargada, que tenía grabadas en la tapa unas iniciales doradas.

—Sí, señor —replicó Dyer, después de mirarla con atención—. Es, sin lugar a dudas, la valija del doctor Hume. Creo que es la misma que la señorita Jordan le preparó al doctor Hume esa noche... de la tragedia. Tanto la señorita Jordan como yo nos olvidamos completamente de esta valija; y sobre todo yo... ya que ella estuvo después muy enferma; y, cuando se sintió mejor, y me preguntó dónde estaba, yo no tenía la menor idea. Desde esa noche, no volví a ver más esta valija.

—Bueno. Pero aquí tengo un objeto que deseo que identifique, siendo usted quien mejor lo puede hacer. Observe con atención este botellón de cristal tallado, fíjese en el tapón, y en todos los detalles que tenga. Puede ver que está casi lleno de whisky, y que deben haberse servido solamente dos copas. ¿Lo reconoce usted?

Durante unos instantes, pensé que H. M. mostraba nuevamente uno de los objetos de prueba traídos por el fiscal. El botellón que exhibió era aparentemente idéntico al que nos había enseñado antes la Corona. Evidentemente Dyer pensó lo mismo que yo.

—Es idéntico —respondió el testigo— al botellón que el señor Hume tenía en el escritorio sobre el aparador. Igual... a ése...

—Es verdad, y esto fue lo que se intentó: que se pudiera confundir a uno con otro. Entre estos dos, ¿se anima a declarar bajo juramento cuál es el verdadero, el que estaba hacía tiempo en el escritorio?

—No me animaría ni podría hacerlo, señor.

—Tome uno con cada mano. Obsérvelos bien, y dígame si no podría jurar que el que tiene en la mano derecha es el verdadero, o sea el que usted compró en Hartley, en la calle Regent; y el que le enseñaron antes, el de la izquierda, es una copia del primero, siendo de peor calidad el cristal.

—No me animo, señor, no estoy seguro.

—Gracias. No necesito hacerle ninguna otra pregunta.

Luego, se sucedieron con toda rapidez tres testigos, que no tardaron en declarar, entre todos, más de cinco minutos. El señor Reardon Hartley, de la firma Hartley and Son, situada en la calle Regent, declaró que el botellón presentado por H. M. era el auténtico, habiendo sido vendido al señor Hume hacía ya tiempo; el que había mostrado el fiscal era una copia, de inferior calidad, comprada por Ivory Hume el viernes 3 de enero. El señor Dennis Moretón, químico de un laboratorio, declaró que había analizado el whisky del botellón —al que H. M. llamaba «mi» botellón— y había encontrado, en dicha bebida, ciento veinte centigramos de brodina, que era un derivado de la escopolamina. Tal vez, lo que dijo el doctor Ashton Parker, profesor de Criminología Comparada de la Universidad de Manchester, constituyó la evidencia más importante entre estas tres últimas.

—He examinado con el microscopio esta ballesta, la cual, según me han informado, perteneció a Avory Hume. En la fina ranura que tiene el arma, y dentro de la cual se coloca evidentemente el proyectil para ser disparado, aquí... —señaló el doctor Parker—, el microscopio me permitió ver unas partículas, que yo pensé habrían sido dejadas por alguna pintura seca. Supuse que se habrían desprendido esas partículas, debido al violento roce que habría sufrido algún proyectil de madera al ser disparado por el arco de la ballesta. Sin embargo, al analizarlas, no era pintura, sino una sustancia llamada «barniz X», usada exclusivamente por los señores Harrigan, en cuyo negocio había comprado el señor Hume dicha flecha. He escrito y presentado una declaración jurada sobre todo esto.

»El inspector de detectives Mottram tuvo la gentileza de permitirme que examinara esta flecha. Con el microscopio, pude observar que faltaban partículas de pintura, o más exactamente de barniz, a lo largo del asta de dicha flecha, habiendo sido raspadas siguiendo una línea irregular.

»En los dientes o muescas del disparador de esta ballesta, encontré el pedacito de pluma azul, que aún se puede ver allí. Comparé este fragmento con el pedazo de pluma que le había quedado a la flecha. Uniendo estas dos partes, se conseguía formar la pluma completa, faltando tan sólo un trozo muy pequeño e irregular. He traído microfotografías de estos dos pedazos, con un aumento diez veces mayor al de su tamaño original. Se pueden apreciar muy bien la contextura y fibras de la pluma, y después de estudiarlas no me ha quedado la menor duda de que son las dos partes de una misma y única pluma.

—¿Opina que la flecha ha sido disparada con esta ballesta?

—Estoy absolutamente convencido de ello.

Estas rotundas afirmaciones eran muy eficaces para la defensa. Al ser reexaminado por el fiscal, el doctor Parker aceptó únicamente la posibilidad científica de un error; salvo esto, siguió sosteniendo con profunda convicción todo lo anterior.

—Quisiera aclarar, milord —dijo H. M., al responder a una pregunta del juez—, que, hasta este momento, no hemos explicado dónde hallamos esta ballesta y los demás artículos que acabamos de exhibir, ni hemos dicho dónde está el pedacito de pluma que aún falta. Pero lo haremos en el acto; y por esto, llamo a declarar a William Cochrane.

—(¿Quién será ese hombre, y qué tendrá que ver con todo este misterio? —me susurró Evelyn).

Le habíamos oído comentar a H. M. que era tan difícil causar sensación en el tribunal, donde actuara como juez Bodkin, como lucirse con una brillante o aparatosa jugada de ajedrez; sin embargo, la apasionada curiosidad del público había llegado a su punto culminante. Fue avivada aún más por la aparición de un hombre de cierta edad, vestido modesta y correctamente, a quien se le hizo prestar juramento.

—¿Cómo se llama usted?

—William Rath Cochrane.

—¿Cuál es su ocupación, señor Cochrane?

—Está a mi cargo el depósito de equipajes, en la estación Paddington, siendo ésta la estación terminal del ferrocarril Oeste.

—Supongo yo que todos sabemos, y recordamos, cómo se deposita una valija. De todos modos, explicaré detalladamente el proceso. Si deseamos depositar una valija, o un bulto, y dejarla allí durante unas cuantas horas, la colocamos sobre una especie de mostrador y se la entregamos al encargado del depósito, dándonos éste un recibo escrito, por medio del cual la reclamamos y recuperamos nuevamente.

—En efecto, así se hace.

—¿Sabe con exactitud la fecha y la hora, cuando le han dejado la valija o el bulto?

—Oh, sí; se anotan siempre estos datos en el recibo.

—Supongamos —le dijo H. M., con tono persuasivo—, que alguien le entrega un bulto, y no vuelve a recogerlo y reclamarlo. ¿Qué hacen ustedes con ese bulto?

—Todo depende del tiempo que quede allí. Si pasa mucho tiempo, y se supone que ya nadie lo reclamará, se transfiere ese bulto a otro depósito, destinado especialmente para ese fin. Si, después de dos meses, no es retirado dicho equipaje, se lo vende, y el dinero se destina a los fondos de caridad del ferrocarril Oeste; pero antes, hacemos todos los esfuerzos posibles para encontrar al propietario.

—¿A cargo de quién está esta sección para depósito de equipajes?

—Yo soy el encargado, y se halla bajo mi control.

—¿El 3 de febrero último, mientras estaba trabajando, fue a verlo una persona, y le preguntó por una valija, que había sido depositada en una fecha y hora determinadas?

—Sí, usted fue a verme —le respondió el testigo, sonriendo casi imperceptiblemente.

—¿Fui solo, o acompañado por otras personas?

—Con dos señores más, que ahora sé eran el doctor Parker y el señor Shanks.

—*¿Una semana después de haber ido nosotros, no fue también allí otra persona —que interviene en este proceso— y le pidió dicha valija?*

—Sí; un hombre, y me dijo que se llamaba...

—No nos interesa su nombre —le interrumpió bruscamente H. M.—, ni nos concierne. Pero volviendo a las primeras personas que le reclamaron la valija, ¿abrió ésta, en su presencia, antes de dársela?

—Sí, y me convencí de que era propiedad de uno de ellos —respondió Cochrane, mirando fijamente a H. M.—. Él me había descripto, antes de abrir dicha valija, todos los artículos que contenía, y que por cierto no eran nada usuales.

H. M. le indicó la valija de cuero negro, grande, y con las iniciales de Spencer Hume.

—¿Quiere mirarla bien, y decirnos si ésta era la valija?

—Sí, es la misma.

—Quisiera también que usted identifique algunos artículos que ella contenía. Muéstrenle esos artículos, a medida que yo los vaya nombrando. ¿Estaba esto? —Era el traje de golf—. Bien. ¿Y estas otras cosas? —Varias prendas interiores, incluso un par de llamativas zapatillas rojas—. ¿Esto? —Se trataba del botellón, que H. M. había presentado como evidencia, dentro del cual estaba el whisky con un narcótico, faltándole más o menos dos copas de bebida—. ¿Y esto?

«Esto» era un sifón de soda, a cuyo contenido le faltaban dos pulgadas. Después, fueron mostrados unos guantes más bien finos, que por el lado de adentro tenían escrito con tinta indeleble el nombre de Ivory Hume. Tras ellos, un destornillador chico. Luego, dos vasos y una botella pequeña con licor de menta.

—Por último, ¿estaba también esta ballesta dentro de la valija? —le preguntó H. M.

—Sí, estaba allí, y cabía bien.

—¿Vio este pedacito de pluma, enganchado en una de las muescas o dientes del disparador de la ballesta?

—Sí, me llamó la atención por el color. Es el mismo pedacito.

—Hum. Por lo tanto, el sábado 4 de enero a la noche, ¿fue alguien a la estación, y dejó allí en depósito dicha valija?

—Sí.

—Si fuera necesario, ¿podría ser identificada esa persona?

—Sí, uno de mis ayudantes la recuerda, porque...

—Muchas gracias; eso es todo lo que quería saber.

Durante un breve espacio de tiempo, y a medias levantado, *Sir Walter Storm* pareció dudar.

—Puede retirarse el testigo —dijo el fiscal.

Se sintió un suspiro de alivio general. El juez Bodkin, cuya mano no se detenía ni se fatigaba nunca, continuó como siempre escribiendo. Luego puso con cuidado un punto, y levantó los ojos. H. M. miraba a los que le rodeaban con expresión desafiante.

—Milord, deseo hacer declarar a un último testigo. Lo hago con el propósito de demostrar, por medio de una teoría alternativa, cómo fue posible que el asesino entrara y saliera de esa habitación herméticamente cerrada.

—(¡Dios Santo, ahora viene lo bueno! —me susurró Evelyn).

—Este testigo —dijo H. M., pasándose una mano por la frente como para concentrar sus pensamientos—, ha estado en el tribunal desde el principio del proceso. El único inconveniente es que no puede hablar. Por lo tanto, tengo que comenzar por darles algunas explicaciones. Si tuvieran algún reparo, y prefieren que no lo haga, puedo postergarlas y dejarlas para mi resumen final. Pero como unas pocas palabras aclaratorias me permitirán presentar otra prueba —u otra evidencia conveniente para la defensa— les ruego tengan la indulgencia de dejarme hablar, para poderles someter así todos los elementos necesarios.

—Accedemos con mucho gusto al pedido de nuestro estimado colega, milord.

El juez asintió. H. M. hizo una prolongada pausa, antes de comenzar a hablar.

—Veo al inspector Mottram, sentado entre los abogados —dijo H. M., y el aludido volvió hacia él su tosco rostro, con sorpresa—. Le ruego que muestre de nuevo uno de los objetos, utilizados como evidencia por la Corona. Han sido exhibidos los postigos de acero de las ventanas del escritorio, y la maciza puerta de roble. Vuelva a enseñarnos, por favor, esa puerta.

»El inspector —y todos los agentes que se hallan en la sala, saben muy bien qué es una ventana de Judas.

Al principio, se encontraban solamente en las prisiones. Y estaban en las puertas de las celdas. Una ventana de Judas es un ventanillo, o pequeña abertura redonda o cuadrada, resguardada por una puertita que se abre, y mirando por ella, el guardián de la prisión puede vigilar al prisionero, sin ser visto por él. Y el empleo de uno de estos ventanillos, ha sido esencial para perpetrar este crimen.

—No veo qué tiene que ver todo esto con el caso, *Sir Henry* —le comentó severamente el juez—. Esta puerta no tiene ventanillo, ni orificio alguno.

—Oh, sí, tiene una ventana de Judas —le respondió H. M....

»Milord —prosiguió él—, si nos fijamos bien, veremos que en casi todas las puertas se puede hallar una. Todas las puertas están provistas de una manija o pomo, para abrirlas o cerrarlas con mayor comodidad. Esta puerta tiene un pomo, y como ya se lo he indicado a varias personas, ¡qué grande es!...

»Supongamos que retiramos ese pomo, o botón de la puerta; ¿qué queda al sacarlo? Una espiga de acero, cuadrada, encajada dentro de un pequeño agujero, también cuadrado, que ha sido hecho en la madera de la puerta. Retirando después esta espiga, además del pomo, podemos mirar dentro de la habitación, y tenemos así una verdadera ventana de Judas. En este caso, y ya lo comprobaremos al sacar el pomo, queda un orificio de media pulgada de ancho y de alto. Si no tienen ustedes una idea clara de lo grande que es este espacio abierto, y de todo lo que se puede abarcar mirando por él, lo sabrán prácticamente dentro de unos pocos minutos. Después de esta explicación, comprenderán por qué me opuse antes a que se empleara la definición de “habitación sellada”.

»Bueno, supongan ahora que tienen preparado de antemano este simple mecanismo. Del lado exterior de la puerta destornillan el pomo, de modo que se pueda retirar con toda facilidad de la espiga. Recordarán que había un destornillador chico, entre los objetos que contenía la valija, que fue dejada en depósito en la estación Paddington; le pediremos ahora al inspector que ejecute esto. ¡Ah! aparece en la espiga, un pequeño agujero, donde estaba colocado el tornillo. Por este orificio, pasamos y atamos un piolín oscuro y resistente, bastante largo, para que se pueda manipular bien con él. Luego, con un dedo, empujamos la espiga, por el agujero de la madera, hacia el lado opuesto, o sea el lado interior de la puerta. Queda ahora sólo un pomo, el del lado de adentro... sujeto a la espiga; en el otro extremo de ésta, han

atado el piolín. De este modo, podemos sacar del todo la espiga y el pomo, haciéndolos descender con el piolín, pero al mismo tiempo, conservándolos sujetos. Cuando queremos volver a colocarlos en su sitio, tiramos del piolín, y vuelven a entrar dentro del agujero de la madera. El peso, bastante grande, del pomo, hace que baje bien derecho y sin torcerse la espiga, y por esta razón se puede volverla a encajar con toda facilidad en la puerta, deslizándose y haciendo desaparecer el orificio. Cuando está nuevamente en su lugar, arrancamos el piolín; volvemos a poner el pomo, que estaba del lado de afuera, en su sitio; y lo sujetamos bien con el tomillo... El procedimiento no puede ser más sencillo, y la puerta está aparentemente sellada, y no presenta el menor orificio.

»Supongan nuevamente que han preparado con anticipación este mecanismo, dejando el piolín enrollado dentro. Alguien está encerrado en dicha habitación, y ha corrido el cerrojo. Comienzan a hacer funcionar ese mecanismo. La persona que está adentro no se da cuenta de nada, hasta ver de repente que el pomo y la espiga han sido sacados de su sitio, y son descendidos lentamente. Pongámonos en el lugar del asesino y analicemos sus planes. Esto es lo que ha deseado la persona que cometió el crimen, o sea atraer la atención de Avory Hume. Comienza a hablarle por el agujero de la puerta. Se sorprende la víctima, y se dice que todo esto es muy raro. Se dirige hacia la puerta. Se agacha, como haríamos cualquiera de nosotros si quisiéramos observar bien algún pomo o cerradura de una puerta. Al acercarse e inclinarse hacia adelante, se coloca el señor Hume sólo a tres pasos de distancia del asesino, y se convierte en un blanco que no es posible errar.

—Milord —interrumpió *Sir Walter Storm*—, no deseamos hacer objeciones innecesarias; sin embargo, debemos protestar contra semejante argumento...

—Se introduce la punta de la flecha en el agujero de la puerta —prosiguió diciendo H. M.—, y se dispara a través de la ventana de Judas.

Hizo luego una pausa, cargada de amenazas, mirando a su alrededor con expresión desafiante, mientras el inspector Mottram permanecía parado, con el destornillador en la mano.

—Milord, he tenido que adelantarme y continuar contando todo esto —dijo a modo de disculpa H. M.—, porque deseo mostrarle a ustedes algo. Como saben muy bien, esta puerta ha estado en poder de la policía, desde la noche en que fue cometido el crimen. Nadie ha podido tocarla, y está lo mismo que cuando fue sacada de la casa... Inspector, ¿ha retirado ya el tornillo que sujetaba uno de los pomos? Bien. ¿Quiere decirles, por favor, a Su Señoría y a los miembros del jurado, qué es lo que encontró atado, de manera de utilizar para ello el agujerito para el tornillo que tiene la espiga?

—Hable más fuerte —dijo el juez Bodkin—, porque de aquí no puedo ver nada.

En el silencio, y con un efecto macabro, resonó la voz del inspector Mottram. Me parece difícil que me pueda olvidar de él, parado allí, en medio de la sala, bajo el resplandor de las luces amarillentas, entre paredes revestidas de roble, muebles de

color claro, y rodeado por un público excitado, que se había puesto de pie. Hasta los abogados se habían levantado con disimulo, y sus blancas pelucas y negras togas nos impedían ver tan bien como antes. En el centro, y como iluminado por un reflector, bajo la blanca cúpula del Old Bailey se hallaba el inspector Mottram, mirando alternativamente al destornillador o a la espiga.

—Su Señoría —dijo el inspector—, he hallado un trozo de piolín oscuro, atado al agujerito de la espiga, enrollado y escondido detrás del pomo...

El juez tomó nota de ello, y lo escribió con todo cuidado.

—Bien. Continúe, *Sir Henry*.

—Y ahora, por favor —le dijo H. M. al inspector—, empuje con un dedo la espiga —o si le resulta más fácil, utilice la punta del destornillador— y sáquela del todo. Muy bien; ya lo ha hecho. Queremos ver la ventana de Judas que queda al retirarlo, y... ¿ha hallado algo, además, no es así? ¿Ha quedado esto sujeto o enganchado entre la espiga y la ventana, no? ¡Díganos rápido qué es!

El inspector Mottram se enderezó, después de haberse inclinado para observar con mucha atención lo que tenía en la palma de la mano.

—Parece ser —respondió lentamente—, un pedacito de pluma de color azul, cuyo tamaño será de un cuarto de pulgada, siendo su forma triangular. Evidentemente, se ha desgarrado, y ha quedado allí al engancharse...

Se sintieron innumerables crujidos, producidos por las tablas o listones de madera del piso, por todos los asientos, siales o sillas de la sala, al moverse el público. A mi lado, Evelyn se dejó caer en su asiento, suspirando con alivio.

—Y esta última prueba, milord —terminó diciendo muy suavemente H. M.—, junto con la identificación, ya realizada, del otro pedazo de pluma que había desaparecido, ponen fin a la evidencia que desea presentar la defensa. He concluido ya.

XVIII

«EL VEREDICTO DE TODOS»

16:15 - 16:32

*Parte del resumen final, hecho por el abogado defensor,
Sir Henry Merrivale*

—... y por lo tanto, con las explicaciones y datos que os he dado, he tratado de haceros un esquema y de proporcionaros los detalles más importantes con respecto a este caso. Se ha intentado demostraros, y creo que habéis quedado convencidos, de que este hombre fue víctima de una conspiración o trama deliberada. Os habéis enterado de que, en lugar de llevar un revólver al dirigirse a esa casa, había ido, por el contrario, a visitar a la persona a quien deseaba causar mejor impresión en este mundo. Habéis visto cómo fueron erróneamente interpretados hasta sus menores actos o palabras, atribuyéndose a todos ellos intenciones criminales, y os aseguro que, con este ejemplo, tendré yo gran cuidado en el futuro con todo lo que diga o haga. Esa trama había sido planeada, con mucho sigilo, por varias personas, y, sobre todo, ha habido alguien, que al declarar aquí como testigo, tuvo la perversidad y la osadía de incriminar aún más al procesado, para enviarle más pronto a la horca. No debéis olvidar esto, cuando meditéis sobre el veredicto.

»No debéis tomar una decisión, movidos por algún sentimiento de simpatía o de piedad. La obligación que tenéis es hacer justicia, justicia simple y llana, y no os solicito nada, sino que cumpláis con vuestro deber. Por consiguiente, os afirmaré que todo el misterio de este caso, puede ser explicado por medio de dos objetos: un pedazo de pluma y una ballesta.

»La Corona pretende que creáis que este hombre —sin ningún motivo— arrancó la flecha, que estaba colgada de la pared, y la hundió, como si fuera un puñal, en el pecho de Avory Hume. Presenta el fiscal un caso simple, y una solución simple. Todo se reduce a saber si el procesado realizó esto o no. Si lo hizo, es culpable; si, por el contrario, no lo hizo, es sin duda inocente.

»Quiero referirme en primer término a la pluma. Cuando Dyer acompañó al procesado al escritorio, y lo dejó solo con Avory Hume, la pluma estaba todavía en la flecha, entera, e intacta. Éste es un hecho evidente, que todos han aceptado, y al que no se ha opuesto el fiscal. Cuando fue descorrido el cerrojo, abierta la puerta, y entraron Dyer y Fleming en la habitación, la pluma estaba rota y había desaparecido una parte de ella. La buscaron por todas partes, y no pudieron hallar la parte que faltaba: éste es también un hecho simple y aceptado. El inspector Mottram revisó la habitación, y no pudo encontrar ese pedazo de pluma. Éste es también un hecho

simple, y que no ha sido puesto en duda. Durante todo este tiempo, como recordaréis, el procesado no había salido del escritorio.

»¿Qué se había hecho de ese fragmento de pluma? La única sugestión que nos ha podido dar la policía ha sido que tal vez el procesado se la llevó entre sus ropas y adherida a ellas, sin darse cuenta. Yo os aseguro que esto no pudo ocurrir en ninguna forma. Por dos razones. La primera es, y lo habéis comprobado, que dos personas, aun luchando y actuando con violencia, no pueden romper o desgarrar esa pluma, como había sido hecho; por lo tanto no fue rota en una lucha, ni hubo tal lucha, y todo esto debilita mucho la acusación del fiscal. La segunda razón, y la más importante, es que nosotros sabemos ahora dónde se hallaba ese pedazo de pluma que faltaba.

»Habéis oído declarar al encargado del depósito de equipajes, de Paddington, que otra persona —y no el procesado— había dejado una valija para guardar en esa estación, más bien temprano, la noche del 4 de enero. (De todos modos, el procesado no podía salir y hacer semejante cosa, ya que estuvo vigilado por la policía, desde el momento en que se descubrió el asesinato hasta el día siguiente a la mañana). En esa valija estaba la ballesta que habéis visto; y enganchado en uno de los dientes o muescas del disparador, había quedado un pedazo grande de la parte que faltaba de la pluma.

No se puede tener la menor duda, de que se trataba en realidad del trozo de pluma que había desaparecido. Se os han mostrado microfotografías, por medio de las cuales habéis podido comparar hasta los más ínfimos detalles; el hombre que había colocado dicha pluma en la flecha identificó este pedazo; en una palabra, y como con respecto a otros puntos de este caso, os han sido sometidos diferentes testimonios, para que podáis daros cuenta y decidir por sí solos. ¿Pero cómo fue a parar allí ese pedazo de pluma? ¿Cómo se puede conciliar este hecho con la teoría del fiscal, quien sostiene que el procesado se apoderó de esta flecha, y la usó como un puñal? Éste es el cuadro que os presento, rogándoos meditéis sobre todo ello. Si ultimó a la víctima, deseo jurar con una mano apoyada sobre mi corazón, que muchas cosas que se le achacan al procesado son inciertas y falsas. No pudo haber roto la pluma en esa forma, como si poseyera una fuerza sobrehumana. No escondió un pedazo de ésta entre los dientes de una ballesta. No guardó, dentro de la valija de Spencer Hume, esa ballesta y todas las otras cosas que allí había —y *no debéis dejar de recordar que dicha valija fue terminada de preparar y traída al piso bajo, sólo a las 18.30.*

»Quiero agregar algo más con respecto a esta valija. Os sugiero que ella aleja hasta la última duda que se pudiera tener sobre la evidente inocencia del procesado. No intento sugerir con esto, que la señorita Jordan colocó la ballesta dentro de la valija, guardándola entre los cuellos y las zapatillas. No; lo que afirmo es que se hallaba esta valija en el vestíbulo, y que alguien la utilizó. ¿Pero cómo podría haberlo hecho el procesado? Fue terminada de hacer y traída a la planta baja a las 18:30. Desde ese momento, hasta que entraron los tres testigos en el escritorio, siempre

estuvo a la vista de alguno de ellos. ¿Abandonó el procesado tan sólo por un instante el escritorio? No. El fiscal ha insistido sobre este punto... con excesiva frecuencia. ¿Pudo acercarse a la valija, para guardar dentro de ella una ballesta, un botellón o cualquier otro objeto (agregando, entre paréntesis, que todos estos artículos estaban en otro sitio, y listos para ser guardados)? En resumen, ¿pudo el procesado tocar dicha valija? No tuvo ocasión de hacerlo, antes que fuera descubierto el crimen; y sin la menor duda, no tuvo la menor oportunidad para poder hacerlo después.

»Además es tan claro como el agua... hum... señores miembros del jurado, deseo que consideréis otro punto. Una parte del pedazo de pluma desaparecido, fue hallado dentro de una valija que, sabemos con absoluta certidumbre, no pudo haber sido llevada a Paddington por James Answell, ni en persona ni en espíritu. Pero faltaba todavía otra parte de esa pluma. Estáis ahora enterados del sitio donde estaba hasta hoy. La vieron en dicho lugar. Se había quedado dentro de, lo que llamaré, la ventana de Judas. Si quisiéramos aceptar, de acuerdo con lo que nos sugiere el fiscal, que Answell empleó dicha flecha como un puñal, ¿cómo podríamos conciliar esto, con el hallazgo de ese trozo de pluma dentro de la ventana de Judas?

»No es posible hacerlo. Y no nos queda la menor duda de que la pluma estaba en ese sitio. Tampoco podemos dudar que se rompió al engancharse allí, en el momento en que fue cometido el asesinato. Como sabéis, el inspector Mottram se llevó la puerta la noche del crimen, y ha estado en manos de la policía desde entonces. Desde el instante en que fue descubierto el asesinato, hasta que el inspector sacó la puerta, siempre estuvo alguno con el procesado en el escritorio, de modo que la pluma no pudo haber sido puesta, sino que estaba dentro de la ventana desde que se perpetró el crimen. Hace sólo unos minutos, habéis podido oír la declaración del doctor Parker; identificó este pedazo de pluma, y dijo que era, con toda seguridad, la última parte que faltaba; expresando las razones por las cuales estaba convencido de ello. Es por lo tanto un pedazo de la pluma, y estaba dentro de la ventana de Judas.

»¿Cómo explica mi estimado colega que estuviera allí? No deseo en lo más mínimo criticar o ridiculizar a varios abogados muy capaces, al fiscal y a sus ayudantes, quienes han acusado a mi cliente con escrupulosa corrección, y no han trabado a la defensa con inútiles reparos, brindándole gran libertad de palabra y de actuación. ¿Pero cómo es posible que personas inteligentes se hayan equivocado en tal forma? Si no desechamos la sorprendente declaración de que Answell se puso, repentinamente enfurecido, de pie y asesinó a Avory Hume; ¿cómo nos podemos explicar, *al mismo tiempo*, la presencia de ese pedacito de pluma de la flecha dentro del orificio, en el cual se halla colocada la espiga, que sostiene al doble pomo de la puerta? Por más que intentemos imaginar la razón más increíble o novedosa, todas las posibilidades que se nos ocurran resultarán completamente disparatadas y ridículas.

»Habéis escuchado los motivos por los cuales tenemos la absoluta certidumbre de que el procesado no pudo acercarse a la valija, o tener en sus manos la ballesta; en realidad, nadie ha hecho la menor sugestión con respecto a ello. Y lo mismo se puede

argüir sobre el pedazo de la pluma que estaba dentro de la ventana de Judas, o sobre el ingenioso mecanismo y el piolín que estaba atado a la espiga. Creo que vosotros coincidiréis conmigo, al afirmaros que ese mecanismo había sido preparado de antemano. Era la primera vez que Answell iba a esa casa. Ese piolín estaba atado del lado de la puerta que daba al pasillo, de modo que se pudiera manipular dicho mecanismo desde afuera del escritorio. Answell estaba dentro de la habitación, con la puerta cerrada y el cerrojo corrido. Como ya he dicho, no me interesa burlarme de teorías disparatadas; pero estoy convencido de que, cuanto más se analiza, más disparatada resulta la teoría del fiscal, y si no os dais cuenta en seguida de esto, son... hum... no son los muy inteligentes miembros de un jurado inglés, siempre rápidos, capaces y comprensivos.

»No podemos olvidar entonces que ese pedazo de pluma fue hallado dentro de la ventana de Judas. Estaba sin duda alguna allí; y no es un lugar corriente, o donde, en circunstancias normales, podría haber logrado entrar. Podría aseguraros que, si al volver a vuestras casas esta noche, os dedicarais a retirar los pomos de todas las puertas, o los de las casas de los vecinos en la misma cuadra, no encontraríais ni una pluma dentro de las ventanas de Judas que observarais. El crimen no fue cometido por un hombre enfurecido, que arrancó una flecha colgada de la pared; por el contrario, éste es inocente, y se ha pretendido hacer recaer la culpa sobre el pobre Answell, quien había sido narcotizado y había perdido el conocimiento. El hallazgo de la valija y de la pluma, todas esas circunstancias y detalles que he mencionado, me han permitido saber, con absoluta certeza, que el crimen fue cometido por alguien que estaba fuera de la habitación, tras de la puerta cerrada con cerrojo; y que disparó la flecha por el agujero de la puerta, clavándosela a Avory Hume en el corazón (cuando la víctima se aproximó al asesino, y se colocó tan sólo a dos o tres pasos de distancia del arma).

»Os ruego tengáis la bondad de escuchar la reconstrucción del crimen que os haré a continuación, explicándoos la forma en que estoy convencido fue perpetrado este asesinato; intentaré demostraros cómo las pruebas y hechos que os he presentado lo confirman, y quitan todo valor a la acusación del fiscal.

»Pero antes de comenzar, quiero aclararos en seguida un punto muy importante. Es tan imposible pasar por alto e ignorar una declaración hecha en un tribunal como permanecer impasibles cuando una avispa zumba alrededor de nosotros. Señores miembros del jurado, ayer a la tarde el procesado os dijo una mentira tan grande como una casa; la única mentira que ha pronunciado en este tribunal: la increíble mentira de deciros que era culpable. En realidad, no hizo esto después de haber prestado juramento; y tal vez por este motivo, habéis creído con más facilidad que era cierto lo que había dicho. Sabéis ahora para proteger a quién inventó semejante mentira. Es posible que, en ese momento, le resultara indiferente que lo condenaran o no; y, como habéis podido observar, otros se han ensañado contra él, y han pretendido impedir que fuera absuelto. Os corresponde juzgar si debe ser admirado o criticado

por la mentira que os dijo. Fiel a la verdad, quiero ahora acusar públicamente al hombre que defiendo, por haber intentado engañarnos y haber hecho una declaración falsa. Dijo que había asesinado a Avory Hume con una flecha, una de cuyas plumas se había roto mientras luchaba con la víctima. A menos que creáis que todo esto es cierto, no os animaréis ni podréis declararle culpable; debéis rechazar esa declaración, y os diré por qué razones.

»Señores miembros del jurado, estamos profundamente convencidos de que este crimen fue cometido en la siguiente forma...

16:32 - 16:55

*Parte del resumen final hecho por el fiscal de la Corona
Sir Walter Storm.*

—... por lo tanto, aseguro a mi estimado colega que puede desechar desde ya toda inquietud o temor. No esperaré a que Su Señoría os hable para indicaros la gran responsabilidad que ha recaído sobre vosotros, al formar parte de un jurado; quiero deciros ahora que, si no os ha convencido la acusación presentada por la Corona, dicha explicación del crimen no ha logrado lo que se proponía, vuestra obligación es absolver al procesado. Creo que, después de haber escuchado mis palabras iniciales, al comenzar esta causa, no os puede quedar la menor duda o errónea interpretación sobre lo que me había propuesto demostraros. Todo el peso de la acusación le corresponde al fiscal, y ha sido mi deber el intentar convencerlos.

»Ha sido también mi deber reunir contra el procesado todos los hechos materiales que constituyen la evidencia. Hechos: os dije, desde el primer momento, al abrirse este proceso. Hechos: os he continuado diciendo, durante todo su transcurso. Por consiguiente, debo preguntaros, fríamente y con actitud imparcial: ¿Ha sido posible refutar o modificar alguno de los hechos materiales y reales de este caso?

»Mi estimado colega ha tratado de explicarlo todo, con suma habilidad y elocuencia; pero al explicar, no ha logrado negar lo que era evidente.

»¿Cuáles son los hechos? Es evidente que el procesado tenía un revólver cargado dentro de un bolsillo. Niega, por supuesto, haber llevado el arma al ir a esa casa; ¿pero qué prueba existe que corrobore sus palabras? Hemos escuchado el testimonio del testigo Grabell. Habéis visto a este testigo, habéis oído sus respuestas a mis preguntas, y habéis podido observar su aspecto. Él, y sólo él, asegura que la víctima estuvo en el edificio D'Orsay el viernes a la mañana. ¿Cómo es posible que la presencia de un desconocido, en esa casa de departamentos, pasara tan desapercibida, y no lo viera el portero o cualquier otra persona? ¿Cómo pudo entrar la víctima al departamento de Answell? ¿Cómo se explica la casualidad de que Grabell estuviera allí, limpiando y vaciando el tacho de basura en la oscuridad, cuando hasta el mismo testigo reconoce que esta limpieza debió ser hecha quince días antes? Grabell —cuyo concepto del honor y la verdad habéis podido apreciar— es el único testigo que

tenemos sobre esto. ¿Existe algún otro testigo que pueda corroborar, aunque sea indirectamente, que Avory Hume robó ese revólver? Tenemos a Reginald Answell. Quiero confesaros que, al nombrarle, siento que me aventuro en un terreno peligroso. Señores miembros del jurado, quiero declararos francamente que, cuando él nos contó lo que había hecho, con el propósito de sugerirnos la culpabilidad del procesado, yo no creí lo que dijo. Se había transformado en un testigo favorable para la acusación; y, sin embargo, no creí en sus palabras. Habéis podido juzgar si mi estimado colega logró o no anular el testimonio del capitán Answell; pues, tanto el abogado defensor como la acusación, deseamos ardientemente rechazar y no valernos del engaño. Y es este Reginald, quien confirma parte de la declaración de Grabell, y dice que este último lo enteró del robo del revólver. Si tenemos la seguridad de que toda la parte final de la declaración de un testigo es falsa, ¿podemos después de esto creer que la primera parte sea cierta?

»Si el procesado llevó realmente el revólver al ir a la casa del señor Hume, obró con premeditación. Y yo os afirmo que hizo tal cosa.

»¿Qué otros hechos tenemos? Las impresiones digitales del procesado fueron halladas sobre la flecha. Semejante hecho es innegable. Son señales, y quedan. Prueban, sin duda alguna, dichas señales, que el acusado tuvo en la mano esa flecha —aceptemos o no la sugestión de mi estimado colega, de que otra persona apoyó los dedos del procesado sobre el asta de la flecha, mientras éste estaba sin conocimiento, quedando así marcadas esas impresiones digitales.

»¿Qué evidencia se presenta para demostrar que el acusado había bebido sin saberlo un narcótico, perdiendo en seguida el conocimiento, para deducir de ello que recién entonces, alguien apoyó los dedos del acusado sobre dicha flecha? Si no creemos que el procesado fue narcotizado, esas impresiones digitales constituirían una importantísima evidencia contra él. ¿Pero cuáles son los objetos que han sido exhibidos para probarlo? Se descubre una valija, que ha sido dejada en el depósito de equipajes, en la estación de Paddington, y que contiene un botellón, similar al que yo presenté, dentro del cual hay whisky al que se le ha agregado un narcótico, hallándose también un sifón al que le falta un poco de soda. Sin duda alguna, hay muchos botellones iguales en Londres; y, por consiguiente, desearía una prueba irrefutable de que el procesado *haya* bebido whisky, con algún narcótico dentro o por lo menos whisky solo. En contra de semejante afirmación, el médico policial ha declarado que, según su opinión, el acusado no había tomado ningún narcótico. Deseo advertiros, sin embargo, que uno de los testigos, cuya opinión coincide con la del médico, ha desaparecido; me refiero al doctor Spencer Hume; su desaparición resulta inexplicable, pero de esto no debemos inferir que haya mentido, sin oírle antes. Todos los que yo os he presentado han sido hechos, y no meras sugerencias.

»Se han efectuado, durante este proceso, insinuaciones contra el doctor Stocking. A pesar de ellas, creo que no se pueden juzgar con tanta ligereza las opiniones dadas

por un hombre como el doctor Stocking, que trabaja, desde hace mucho tiempo, en el Hospital St. Praed.

»Analicemos todavía otras pruebas. El testigo Dyer ha repetido algunos comentarios hechos por el acusado a la víctima. “No he venido a asesinar a nadie, a menos que no tenga otro remedio”; pero el procesado afirma que se ha omitido una parte. “No he venido a robar los cubiertos de plata”, y mi estimado colega insiste sobre esta frase. Habéis podido observar que todas las demás declaraciones de Dyer han sido aceptadas por el abogado defensor, de inmediato y con muy buena voluntad, ya que parte de su evidencia se basa sobre ellas. Acepta todas, menos ésta. ¿Qué conclusión debemos sacar de ello? ¿Es Dyer un testigo que dice la verdad o miente, en forma alternativa?

»Señores miembros del jurado, ya conocéis mi punto de vista con respecto a este caso, y espero haber logrado convencerlos. Después de deciros esto, deseo someteros y analizar nuevamente la evidencia, punto por punto, línea tras línea, y desde el principio...

»... hemos analizado así, punto por punto, toda la evidencia. En cuanto a las sugerencias que han sido presentadas, referentes a una ballesta y a una pluma, partida en tres pedazos, debemos confesar que no estábamos preparados para este sorprendente ataque. Que esta revelación haya sido hecha en esa forma, y sin que se nos pusiera sobre aviso, no implica, por supuesto, que dicha conducta haya sido, en lo más mínimo, poco ética o ilegal; la defensa tiene el lógico derecho de actuar con reserva, aunque es costumbre que el fiscal le informe sobre los planes y delineamiento de la acusación. Quiero deciros, al pasar, que no abrigo el propósito o la intención de hacer comentarios sobre esa ballesta y fragmentos de pluma. Os he presentado la evidencia de la Corona, pues era mi deber someterla a vuestro juicio. No puedo deciros, ni me interesa saber, cómo se introdujo ese pedacito de pluma dentro del agujero de la puerta, si es que, en realidad, se trata de un fragmento de la pluma de esa flecha, con la cual se cometió el crimen. No sé tampoco cómo se enganchó en uno de los dientes de la ballesta el otro pedacito; por supuesto, siempre implicada en mis palabras la reserva anterior. Digo tan sólo: estaban en esos sitios, y no agrego nada más. Si juzgáis que estos, y otros detalles, son favorables al procesado, es vuestro deber dejaros influir por ellos al dar el veredicto. No podéis condenar a este hombre, a menos que estéis del todo convencidos de su culpabilidad, y siempre que la acusación que yo he formulado contra él os lo indique con irresistible énfasis, y haya logrado disipar hasta vuestra última duda sobre ello. Por supuesto, el fallo o decisión final corresponde a Su Señoría, y estoy seguro que os dirá...

16:00 - 17:20

Extracto del resumen final, hecho por el juez Bodkin.

—... por lo tanto, señores miembros del jurado, nos hallamos ante un caso de evidencia circunstancial. El mejor método para conocer el valor de la evidencia circunstancial es el siguiente: ¿Excluye ésta cualquier otra razonable posibilidad? O profundizando aún más: ¿Consigue excluir a todas las demás teorías o posibilidades? Si juzgáis que la evidencia contra el acusado indica tan sólo una probabilidad, debéis rechazar la acusación, ya que no ha logrado hacer desvanecer todas vuestras dudas. La ley es, con respecto a todo esto, de una claridad meridiana, y no es posible interpretarla mal. No se puede condenar a nadie por algún crimen, y menos aún por asesinato, basándose tan sólo en meras probabilidades: salvo que sean tan poderosas como para llegar a convencernos totalmente. Siempre que queden otras posibilidades, no debe ser aceptada la acusación ni formularse una condena.

»La pregunta que tenéis que haceros no es: ¿Quién cometió este crimen? La pregunta que tenéis que haceros es: ¿Lo cometió el acusado o no? Os ha sido presentada, con todo detalle, la evidencia que se refiere a este caso, habéis escuchado con toda atención al abogado defensor y al fiscal, correspondiéndome ahora realizar un examen de dicha evidencia. Debéis tener presente que os toca a vosotros y no a mí, juzgar los hechos; y debéis recordarlo especialmente si os parece que omito o exagero la importancia de algún punto, o cuando mi opinión no coincida con la vuestra.

»Quiero analizar, en primer término, todos los hechos relevantes. Muchos comentarios han sido hechos, desde un principio, sobre la conducta o reacción del acusado. Sabéis que están permitidos los testimonios sobre el aspecto o estado de ánimo del procesado, es decir, si estaba abatido, tranquilo, agitado, etc. Por consiguiente, deben ser tenidos en cuenta. Pero quiero aconsejaros que no les deis demasiada importancia a tales declaraciones. Sabéis probablemente que no es posible basarse sobre estos detalles con respecto a los acontecimientos de la vida diaria. Al juzgar la actitud de una persona, suponemos siempre que sus reacciones ante un hecho determinado —trágico, extraño o corriente— son invariablemente iguales a las nuestras; y no necesito advertiros de los peligros que implica semejante juicio. Por tanto, considerando los hechos que os han sido sometidos, pienso...

»... creo, por las razones que os acabo de formular, que no os incumbe solamente juzgar los hechos, sino también interpretarlos. Un libro de aritmética no puede consistir en un conjunto de respuestas, pues tiene que contener además problemas. Un caso como éste no puede consistir en un conjunto de efectos, sin presentar además causas: y son, en realidad, dichas causas las que se hallan en debate. Los dos puntos más importantes, que debéis considerar, son: 1º, ¿había preparado Avory Hume una trampa para el capitán Answell, se propuso darle a beber un narcótico, simular que había sido víctima de un feroz ataque, y encerrarle en una clínica para locos?; 2º, ¿hubo una equivocación, y se confundió al procesado con el capitán Answell?

»Os he indicado ya las razones por las cuales pienso que es convincente la evidencia que ha sido presentada a favor de estos dos hechos. Habéis escuchado la

declaración del doctor Peter Quigley, representante del Consejo Médico Internacional, quien os ha repetido las palabras que oyó al ser pronunciadas por la víctima. Avory Hume dijo que pensaba apoderarse del revólver, perteneciente al capitán Answell, agregó que había decidido invitarle a su casa, dijo además que había planeado darle brodina, narcótico que le haría beber mezclado con whisky y soda, tenía ya ideado el método para deshacerse después de toda evidencia, lograría hacer creer que había tenido que sostener una lucha; conseguiría que las impresiones digitales del capitán Answell apareciesen sobre una flecha, y el revólver dentro del bolsillo de su propietario. Os he repetido una serie de testimonios, y os he explicado por qué considero que debe aceptarse esta posibilidad. ¿Creéis o no que había sido preparada esa trampa? Si no lo creéis debéis decidir de acuerdo con ello; os corresponde el aceptar o negar todo esto. Si creéis que fue planeada esa ingeniosa conspiración, os costará aceptar la evidencia en contra del procesado, y os hallaréis confundidos ante los simples *hechos*.

»¿Había ideado la víctima que fuera encontrado ese revólver dentro del bolsillo del hombre que había ido a verle? Si había combinado esto, no podemos pensar que sea una prueba en contra del procesado el hecho de que fuera hallado sobre su persona. Si pensó el señor Hume darle, junto con el whisky, un narcótico, deshaciéndose luego de toda evidencia de ello, y si logró hacerlo, no podemos incriminar al procesado por el hecho de que este plan fuera llevado a cabo con éxito. Si combinó que se descubrieran impresiones digitales sobre la flecha —y si aceptamos que fueron colocadas mientras estaba sin conocimiento el acusado— no podemos acusar a este último por semejante hecho. Si (por ejemplo) se afirma que A ha robado la cartera de B, y ésta es encontrada dentro de un bolsillo de A, este sólo hecho no tendría valor para nosotros, si estuviérais convencidos de que C era el verdadero autor del robo.

»De acuerdo con la evidencia presentada, debo confesaros que no he hallado ningún motivo que pueda haber implicado a James Answell a cometer este asesinato. En realidad, no os ha sido sugerido ninguno, excepto la aversión que parecía sentir el señor Hume contra el procesado; pero si aceptamos que hubo un error, y se le confundió con Reginald, no existía esta aversión contra él. Por lo tanto, llega el novio a la casa, sin haber llevado un arma, ni tener ningún motivo que le pueda empujar a cometer un crimen. Habéis escuchado declaraciones, según las cuales tuvo lugar una disputa o lucha entre la víctima y el procesado. Deben ser analizadas con mucho cuidado todas esas afirmaciones. Pues sobre otros puntos de este caso, hemos visto que la evidencia circunstancial podía ser interpretada, según el punto de vista, a favor o en contra del acusado, y la multiplicación de estas instancias no nos ayudará en nuestra búsqueda de la verdad.

»Analicemos a continuación la declaración de cada testigo...

»Por último, señores miembros del jurado, debéis formularos una pregunta, cuya respuesta constituirá un elemento esencial para llegar a una decisión con respecto a

este caso: ¿La víctima fue asesinada por medio de una flecha que blandía en su mano el procesado?

»Si el procesado arrancó esa flecha de la pared, y cometió un homicidio voluntario al clavarla en el pecho de la víctima, debe ser declarado culpable y condenado. Por una parte, tenemos sus impresiones digitales sobre el asta de la flecha, y la circunstancia de que las ventanas y la puerta estaban herméticamente cerradas, y corrido el cerrojo por el lado de adentro. Por otra parte, están las indicaciones que les acabo de dar, y tenemos una explicación alternativa, cuya evidencia analizaré a continuación. Sabemos que, cuando el procesado entró al escritorio donde le recibió el señor Hume, la pluma guía de esa flecha estaba intacta. Nos han informado que, cuando se revisó la habitación, después de haber sido descubierto el crimen, había desaparecido un pedazo de pluma, de una pulgada y cuarto de largo por una de ancho. Ni el señor Fleming ni Dyer pudieron encontrarlo. El inspector Mottram no lo pudo hallar. El fiscal nos ha sugerido que tal vez quedó escondido o se adhirió a las ropas del procesado.

»No debemos, en realidad, preguntarnos: ¿Dónde se halla ese pedacito de pluma que había desaparecido? La pregunta que debemos formularnos, debe de ser exactamente: ¿Los dos pequeños fragmentos de pluma, presentados por el abogado defensor —uno, sacado de una ballesta; y el otro, oculto detrás del pomo de la puerta— constituyen la evidencia que deseábamos obtener? ¿Eran pedacitos de esa pluma rota de la flecha, con la cual se cometió el crimen? ¿Pertenece a una misma pluma? Si decidierais que no —o, más claramente, que ninguno de esos dos pedacitos pertenecen a dicha pluma— entonces no tienen nada que ver con el caso. Sin duda alguna, fueron hallados ambos en lugares muy extraños; pero esto no nos interesa. Por el contrario, si estamos convencidos de que uno o ambos constituyen parte de esa pluma, resulta muy lógico deducir de ello que la acusación es en extremo débil y dudosa.

»Debo confesaros que no comprendo qué es lo que nos ha querido sugerir el fiscal. Ha afirmado que el primer pedacito de la pluma, el que se hallaba en la ballesta, no pertenecía a la pluma rota que tenía la flecha; pero no nos ha aclarado por qué razón lo negaba. Consideremos, pues, la evidencia que nos ha sido presentada, y veamos cómo nos conduce, sin lugar a dudas, a la siguiente conclusión...

17:20 - 17:26

*Notas finales, tomadas por el taquígrafo, señor
John Keyes.*

El jurado, después de una ausencia de cinco minutos, se presentó nuevamente en el tribunal.

Ujier del tribunal: Señores miembros del jurado, ¿os habéis puesto de acuerdo, y habéis decidido cuál ha de ser el veredicto?

Jefe del jurado: Sí.

Ujier del tribunal: ¿Decidisteis que el procesado es culpable de este asesinato, o inocente?

Jefe del jurado: Es inocente.

Ujier del tribunal: ¿Le declararéis inocente, por decisión unánime?

Jefe del jurado: Hemos decidido esto por unanimidad.

El Juez Bodkin: James Caplon Answell: el jurado, después de haber considerado la evidencia con respecto a este asesinato, ha declarado que es usted inocente. Estoy en un todo de acuerdo con este veredicto. Debo añadirle que, como ha sido absuelto, se halla en completa libertad, y le deseo, por lo tanto, muy buena suerte. El procesado está libre, y puede retirarse.

Notas: El fiscal sonríe satisfecho; y da la impresión de haber deseado este veredicto. El viejo Merrivale se ha puesto de pie, furioso e indignado y no es posible imaginarse por qué causa: el hombre a quien él defendía, ha sido absuelto. Le entregan al procesado su sombrero, está tan emocionado que no puede encontrar la salida. La gente se arremolina alrededor de él; incluso Mary Hume (???). El público de la galería está entusiasmado y radiante. «¡Y hasta las tropas de Toscana no pudieron contener su entusiasmo y su alegría!».

17:45

Relato de un episodio ocurrido en el Old Bailey.

Habían comenzado a ser apagadas las luces en el Juzgado número uno. Dos guardias estaban allí todavía; se habían sacado los cascos, perdiendo por esto su aspecto de agentes de policía; parecían hallarse perdidos y solitarios dentro de un aula desierta e inmensa. El ruido que hacía el público al alejarse se iba apagando gradualmente; tan sólo unos pocos ecos, atravesaban las puertas, pareciendo ser los últimos que hubieran quedado flotando en el aire. Sobre el techo de vidrios, se estrellaban monótonamente las gotas de la lluvia, y se podía oír con gran claridad su incesante tamborileo. Se escuchó un ruidito seco: se apagaron las luces, que iluminaban una parte de la cornisa, oscureciéndose las paredes revestidas de roble y la cúpula de piedra blanca. Después de otros dos ruiditos secos, la sala quedó casi totalmente a oscuras. El repiqueteo de la lluvia al caer pareció resonar con mayor intensidad; e igualmente, los pasos de los dos guardias sobre el crujiente piso de madera; las cabezas de estos hombres se reflejaban y movían como alargadas sombras. Apenas se podía ver ya el alto respaldo del sitial del juez, o el oro mate de la Espada de la Justicia. La puerta que daba al vestíbulo rechinó, en la oscuridad, al abrirla uno de los guardias.

—No se vaya todavía —le dijo repentinamente su compañero. Y su voz fue repetida por el eco—. No cierre la puerta. Se ha quedado alguien en la sala.

—¿No será algún fantasma?

—No, hablo en serio. Hay alguien sentado en el extremo de ese banco, detrás del banquillo de los acusados. Aquí. ¡Póngase de pie, ya cerramos! ¿Me oye?

La persona no respondió, y el guardia tuvo una sensación parecida a la que hubiera experimentado si se le hubiera aparecido un fantasma, en algún tétrico paraje próximo al antiguo cementerio de Newgate. En la semioscuridad, llegó a ver una sombría figura, sentada sola en el extremo del banco, y doblada hacia delante sobre sí misma. No se movió, después que el guardia le habló con voz bastante alta. Éste se aproximó y se inclinó sobre ella.

—¿No me oye? —le preguntó, con benévola impaciencia—. Tiene que irse...

La persona, doblada hacia adelante, no le miró, pero le dijo:

—No sé... si podré hacerlo. Acabo de tomar...

—¿Qué ha tomado?

—He tomado un desinfectante, que contiene veneno. Pensé que tendría valor para afrontar lo que había hecho, pero no lo tengo. Me siento... muy mal. Lléveme, por favor, a un hospital.

—¡Joe! —le gritó el guardia a su compañero—. ¡Llévemola pronto entre los dos; ayúdame en seguida!

—Yo lo maté. Y por eso, he tomado el veneno.

—¿A quién mató?

—Al pobre Ivory. Me arrepiento de haberlo hecho; me arrepentí en cuanto acabé de cometer el crimen. Quise suicidarme, y no me imaginé que sentiría estos terribles dolores. Soy Amelia Jordan.

EPÍLOGO

LO QUE REALMENTE OCURRIÓ

Quiero confesarles —observó Evelyn—, que, para mí, el que mejor habló fue el fiscal. Hasta el último momento, tuve miedo de que lograra convencer al jurado y hacerle condenar. Ese hombre me impresionó profundamente; no me avergüenza el decirlo; y...

—¡Oh! —dijo H. M.—. ¿De modo que creyó que iba a poder convencer al jurado? No, jovencita. Walt Storm es mucho más capaz, y mejor abogado de lo que usted se supone. No afirmaré que lo hizo deliberadamente, pero presentó su evidencia con suma habilidad, para que el juez pudiera refutarle con toda facilidad sus argumentos. Fue una de las acusaciones mejor planeadas que he escuchado, y así logró lucirse a pesar de ser vencido. Se enteró demasiado tarde de que el procesado era inocente. Pudo haber retirado su acusación; pero yo deseaba que no se suspendiera la causa, para que la inocencia de Answell quedara del todo manifiesta y supiera el criminal que estábamos al tanto de la forma en que había sido perpetrado el asesinato. Así vieron cómo un hombre inteligente hizo el milagro de acusar en forma plausible, a pesar de carecer de elementos convincentes. Sus palabras eran aparentemente muy impresionantes; pero sus argumentos no tenían ninguna solidez o valor.

Estábamos sentados, esa tempestuosa noche de marzo, en el escritorio de H. M., situado en lo alto de un edificio frente al Támesis. H. M., después de haber terminado de preparar un ponche hecho con whisky (para festejar, según nos dijo, el triunfo logrado en el proceso de Answell) se había sentado con los pies apoyados sobre el escritorio, e inclinado hacia abajo la pantalla de la lámpara de escribir, para que no le molestase la luz. La chimenea estaba encendida, y Lollypop, sentada, hacía cuentas, frente a la mesita colocada a un lado, debajo de la ventana. H. M., con el humo del cigarro entrándole casi dentro de los ojos y aspirando con la nariz el vaho del ponche, se ahogaba o se reía satisfecho, en forma alternada.

En realidad, no se podía —declaró H. M.—, tener la menor duda sobre cuál sería el veredicto...

—¿Así que estaba tan seguro? —le dijo Evelyn—. ¿Se ha olvidado de lo que hizo usted al enterarse? Después que leyeron el veredicto, y se levantó la sesión, alguien se acercó a felicitarlo, y al hacerlo, tiró al suelo, sin querer, un libro que se hallaba sobre su escritorio. Estaba usted tan emocionado por el resultado que, en lugar de agradecerle, se puso a insultarlo, a protestar y a burlarse de él durante más de dos minutos...

—Debo confesar que resulta un alivio terminar con un caso como éste —reconoció a regañadientes H. M.—. Todavía tenía reservadas algunas sorpresas, por si fueran necesarias; pero, para explicarle mi estado de ánimo con una comparación, usted sabe muy bien que, aunque sepamos que el favorito no puede fallar, lo mismo

estamos muy nerviosos mientras dura la carrera. Fue un proceso difícil, y tuve que luchar al máximo. En mi resumen final, me propuse hacerle algunas insinuaciones y advertencias a quien yo sabía había cometido el crimen, para que supiera que habíamos descubierto toda la verdad...

—Amelia Jordan —dije yo. Nos quedamos un rato en silencio, y H. M. se quedó contemplando la punta de su cigarro, refunfuñó un poco, y terminó por beberse un buen trago de ponche—. ¿Así que usted sabía, desde un principio, que ella había asesinado a Hume?

—Era evidente, hijo. Y si hubiera hecho falta, lo podría haber probado. Pero primero tenía que defender a ese joven, y conseguir que fuera absuelto. Por eso no podía *revelar* en el tribunal que ella era la verdadera asesina. Recordarán tal vez que yo escribí, al margen del horario que les entregué para que estudiaran, que sólo una persona pudo haber perpetrado ese crimen.

—Continúe explicándonos, por favor.

—Les contaré todo lo que ustedes quieran —dijo H. M., arrellanándose en su asiento—, porque no se pueden imaginar el placer que es poder hablarles sin tener que atenerme a ninguna regla, y no cuidándome como en el tribunal.

»Me parece que no hace falta que les repita todos los hechos. Ustedes saben todo lo que ocurrió, hasta el momento en que Jim Answell bebe ese whisky con narcótico, y cae sin conocimiento, en el escritorio de Hume. Están al tanto de todos los detalles, salvo de las poderosas razones por las cuales me convencí que sólo una persona podía ser culpable.

»Desde el comienzo del caso, descubrí la trama que había sido planeada contra el capitán Answell, a fin de encerrarle por loco. Pero me desesperaba tratando de adivinar en qué forma había sido posible realizar el crimen, si Answell era en verdad inocente. Y de repente, Mary Hume tuvo la buena idea de referirme que lo que más deprimía a su novio era la mirilla que tenía la puerta de la celda y por la cual le vigilaban los guardias. Se me ocurrió entonces que todas las puertas tienen mirillas, aunque no nos fijemos en este detalle, y así se iluminó mi mente. Me puse a caminar, con mucha agitación, de un lado para otro. Reflexioné sobre todos los hechos que conocía, y los analicé bajo sus diferentes aspectos. Luego me senté, y escribí ese horario, que ustedes han leído; obteniendo en esta forma la revelación de la verdad.

»Al analizar por primera vez el caso, yo pensé que únicamente dos personas habían preparado juntas la trampa para quitar del medio a Reginald Answell; y que los cómplices eran Avory y Spencer. Todavía sigo convencido de ello. Era sin embargo evidente, que alguien se había enterado de esa trama, y había insistido a último momento para intervenir también en ella.

»¿Por qué llegué a esta conclusión? ¡Es muy sencillo! Si había sido utilizada la mirilla para cometer el asesinato, el criminal tenía que haber estado en combinación con Avory Hume. Por lo menos, debió estar lo suficientemente cerca, para saber lo que pasaba dentro del escritorio. Debió haber sido el asesino, quien llevó uno de los

botellones —recordarán que yo me formulé una pregunta sobre este misterio en el horario— para que no lo pudiera hallar la policía. Todo eso implica que ayudaba a Avory. Alguien había intervenido además como cómplice en este complot: había actuado según los planes hasta un determinado momento: y luego había rematado esa confabulación matando al señor Hume.

»¿Quién fue? Al principio, lo más lógico era pensar que el culpable debería ser su hermano Spencer, y que éste era el único cómplice de Avory. Pero después de reflexionar un poco, había que descartar semejante idea, pues era imposible que el tío Spencer pudiera realizar con su propia mano dicho asesinato. Tenía una coartada perfecta, que podía ser confirmada por la mitad del personal del hospital.

Entonces, ¿qué otra persona pudo haber cometido el crimen? Es extraordinario cómo simplifica el problema el tener la seguridad de que había intervenido otro cómplice. Avory Hume era un hombre que tenía muy pocos amigos, y menos íntimos, salvo su propia familia. Era un hombre muy hogareño. Si había llegado a confiar su plan a alguna otra persona —aun contra su voluntad, y por haberse visto obligado a ello— debió de habérselo contado a alguien íntimo.

»Como pueden ver, yo no tenía ningún dato concreto, sino que me había sentado a reflexionar y a tratar de desarrollar una simple teoría. Alguien muy íntimo o que estaba siempre con él, me decía yo. Pues si bien no era imposible, en teoría, que alguien hubiera podido entrar sin ser visto (como Fleming, por ejemplo), esto me parecía muy poco probable. Fleming no era un amigo íntimo: y por la forma en que hablaban el uno del otro, se podía deducir que era más un conocido que un verdadero amigo. Además, una persona de afuera de la casa, tendría que haber logrado entrar sin ser descubierto por Dyer o por Amelia Jordan, pues uno de los dos había estado siempre allí, y tendría que haber conseguido eludir sus ojos. Aun aceptando que fuera *posible*, dediquémonos, por el contrario, a desarrollar la otra teoría, y veamos adonde nos lleva.

»Llegamos a la conclusión que el otro cómplice debió de ser o Amelia Jordan o Dyer. Resulta esto tan claro, que nos cuesta un poco el poder comprender y aceptar una verdad tan sencilla. Pero tenemos la seguridad de que no pudo ser Dyer. Estaba convencido yo de que la última persona a quien tomaría por confidente el reservado y respetable señor Hume sería a su solemne, correcto y reservado mucamo Dyer, y de que jamás lo enteraría a éste de las intimidades de la familia. Como testigo del ataque repentino de locura del capitán Answell, sí. Pero como cómplice, nunca. Además, al estudiar el horario, resulta evidente que no pudo ser Dyer.

»Bueno. Ustedes conocen las razones por las cuales yo estaba seguro de que Hume había sido asesinado con esa flecha, disparada con una ballesta. Alguien había tenido que esperar hasta que Jim Answell perdiera el conocimiento, después de haber tomado el narcótico. Esa persona había entrado entonces al escritorio, había ayudado a Hume, cuando éste le hizo beber un poco de licor de menta al pobre joven, y luego se había llevado el botellón y el sifón. Alguien había sacado, con algún pretexto, esa

flecha, y la retiró de la habitación; le había dicho a Hume que se encerrara y corriera el cerrojo: aunque no me podía imaginar cómo había logrado persuadirlo para que lo hiciera, hallándose la flecha fuera del escritorio. Esa misma persona había hecho funcionar el simple mecanismo para abrir la ventana de Judas. Alguien había asesinado a Hume, colocado nuevamente en su sitio el doble pomo y cerrado el orificio de la puerta, hecho desaparecer el botellón y el sifón, y acomodado todo para que no quedaran indicios. ¿Se dan ahora cuenta de todo?

»Continuemos: Dyer abrió la puerta de calle, e hizo pasar a Jim Answell a las 18:10 (hecho declarado y comprobado). Transcurrieron por lo menos tres minutos hasta que Answell tomara la bebida con el narcótico, y un poco más de tiempo hasta que perdiera el conocimiento. (Según la declaración de Answell). Dyer salió de la casa a las 18:15. (Comprobado por mí mismo; he anotado en la columna derecha del horario, entre los hechos evidentes, y que no pueden ponerse en duda, que él llegó al garage a las 18:18; y como declaró el mucamo con toda exactitud durante el proceso, el garage queda a sólo tres o cuatro minutos de distancia a pie). ¿Era posible que, contando únicamente con un minuto y medio, tuviera tiempo para ayudar a Hume, acomodar todo en el escritorio, abrir y cerrar la ventana de Judas, y cometer el asesinato? Había que descartar a Dyer como presunto culpable, pues el horario probaba que era inocente.

»Y así tuve la revelación de que Amelia Jordan era quien se había quedado sola en la casa, junto con Hume y un hombre que había perdido el conocimiento, al habersele hecho tomar un narcótico. Había estado sola durante diecisiete minutos, hasta que Dyer volvió con el auto a las 18:32.

»¿Oh? Había pues que observar y analizar a esta mujer. ¿Se podía aceptar la posibilidad de que ella hubiera estado enterada, y hubiera intervenido en el complot? Había vivido en la casa de Hume durante catorce años; y catorce años me parecieron suficientes como para que se la pudiera considerar casi como de la familia. Aparentemente, se podía suponer que le tenía un sincero y profundo afecto a Avory. En el tribunal, al ponerse nerviosa —recordarán ustedes sin duda— le llamó por su nombre, suprimiendo el apellido, y nadie, salvo su hermano Spencer, se había animado a nombrarle con tanta intimidad. Estaba en situación ideal para poder enterarse de lo que ocurría en la casa, o las complicaciones que pudieran tener los que con ella vivían. Si Avory había tenido que confiar su plan a alguien, debería habérselo comunicado a esa mujer práctica, eficiente y trabajadora, que estaba con él desde hacía mucho tiempo y no revelaría los secretos de la familia.

»Pero, como pueden ver, yo no tenía por ahora sino teorías: por lo tanto, y para confirmarlas, veamos qué hizo ella durante estos misteriosos diecisiete minutos, entre las 18:15 y las 18:32. Según contó, baja a las 18:30, después de haber terminado de preparar las valijas. Presten ahora atención a lo que ella declaró en el tribunal, pues repitió lo mismo que le había dicho por primera vez a la policía —yo había estudiado ya con mucho cuidado su declaración inicial, junto con las de los demás testigos.

Contó que había preparado una valija chica para ella, otra grande para el tío Spencer, y las había llevado a la planta baja.

»Una frase muy curiosa e interesante de la declaración de Dyer, confirma lo que había dicho ella. Al volver Dyer, éste la halla frente a la puerta del escritorio; fíjense bien, frente a la puerta del escritorio. Muy agitada, le informa al mucamo que el señor Hume y su visitante están luchando allí dentro, y que se van a matar, ordenándole que vaya de inmediato a la casa de al lado y llame a Fleming. Y es entonces cuando, según el relato de Dyer, “la señorita Jordan tropezó contra una valija grande, perteneciente al doctor Spencer Hume”.

»Me pregunté cómo era posible que dicha valija estuviera en el pasillo que lleva al escritorio. Usted pudo ver, Ken, que la escalera principal de la casa, o sea la del vestíbulo, está al frente y no al fondo de la casa, como ese pasillo. Ella había bajado con las dos valijas; y, al ir hacia el escritorio para despedirse de Avory, las llevó consigo; o por lo menos no dejó en el vestíbulo la más grande. ¡Qué conducta tan extraña! Cuando alguien baja la escalera de su casa, cargado con unas cuantas valijas, lo natural es que las deje sobre el piso, muy cerca del último escalón, para tenerlas a mano cuando salga. A nadie se le ocurre irse hacia el fondo de la casa, sin separarse de ellas, ni soltarlas un minuto, cuando se despide de los que quedan.

»Fue en ese instante cuando empezó a iluminarse mi mente. Gradualmente, fui sospechando y adivinando la verdad. En el horario, coloqué un signo de interrogación como comentario a los actos y movimientos de Amelia Jordan. ¿Qué datos tenía yo hasta ahora sobre el asesinato? Estaba convencido, sin que coincidiera conmigo la policía, de que: a) Avory Hume había sido asesinado, clavándosele una flecha, disparada por medio de una ballesta a través de la mirilla de la puerta; dicha ballesta había desaparecido esa misma noche del taller que está al fondo del jardín; b) Amelia Jordan era la única persona que había permanecido sola en la casa durante diecisiete minutos; c) el mucamo la había encontrado frente a la puerta del escritorio, resultando inexplicable el hecho de que hubiera llevado hasta ese pasillo la valija grande, sin dejarla cerca de la puerta de entrada como era lógico; nadie había vuelto a ver dicha valija desde esa noche; y entonces, por fin, me di cuenta de que el traje para ir a jugar al golf del tío Spencer había desaparecido también inexplicablemente esa misma noche.

»¡Oh! Y hasta sabemos con exactitud en qué momento notaron que faltaba ese traje. Recordarán que, en cuanto descubren el cadáver, se le ocurre a Randolph Fleming tomarle las impresiones digitales al procesado. Dyer dice que hay una almohadilla para sellos, en el piso alto, dentro de uno de los bolsillos de un traje de Spencer. Sube corriendo a buscarla, y el traje ha desaparecido. Dyer no se puede explicar esto, y baja sumamente perplejo. ¿Dónde podía estar ese traje? Si no hubieran estado todos muy nerviosos y agitados, después de descubrir que el señor Hume había sido asesinado, ¿cuál habría sido el primer lugar donde lo habrían buscado? ¿Eh, qué opinan ustedes?

Nos quedamos callados un momento.

—Ya sé —respondió Evelyn—. Hubieran pensado que tenía que estar guardado dentro de la valija.

—Por supuesto —afirmó H. M., exhalando una bocanada de humo y frunciendo el ceño—. Esa mujer acababa de hacerle la valija al poseedor de dicho traje. El tío Spencer se iba a pasar el fin de semana en el campo. Bueno, ¿qué es lo primero que le colocaríamos dentro de la valija a un hombre que pensara hacer tal cosa? Un traje muy deportivo, que, como sabéis, es la vestimenta típica, esencial e imprescindible para todo inglés.

»Mis reflexiones fueron bastante simples: escuchadlas con atención. De acuerdo al horario, veréis que a las 18:39 Fleming le pide a Amelia que vaya al hospital a buscar a Spencer. En seguida, agrega que quiere tomar las impresiones digitales del presunto culpable. ¡Si tuvieran en la casa una almohadilla para sellos! comenta él. Dyer dice que hay una dentro de un bolsillo del traje de golf, y se aleja para sacarla y traerla. Observen que, según el horario, esa mujer estaba todavía allí. Oye esas palabras. *¿Por qué razón* se calla entonces, en lugar de decirle: “No vaya a buscar el traje; está aquí al lado, dentro de la valija que dejé en el pasillo”? (Aun si suponemos que hubiera retirado del bolsillo dicha almohadilla, antes de guardar el traje, lo lógico hubiera sido que les indicara: “No está más allí; yo la puse en tal lugar”). En un caso u otro, ¿por qué se quedó callada? No pudo olvidarse tan pronto de que lo había colocado dentro de la valija; es una mujer eficiente, con buen sentido, acostumbrada a ocuparse de la casa y los asuntos de Avory. Sin embargo, no dice absolutamente nada. ¿Por qué?

»Observen otro detalle. No sólo no se halla el traje en ese momento —sino que continúa sin aparecer. No se lo vuelve a encontrar más. Agreguen a esto, el hecho de que han desaparecido también unas llamativas zapatillas rojas (dado el color, es difícil que pasen desapercibidas); y por último, nos enteramos de que no aparece tampoco la valija grande de Spencer.

»Extraño misterio. ¿Sabemos si desapareció además algún otro objeto? Nos consta muy bien que sí. Alguien se ha llevado una ballesta. ¿No era acaso de un formato corto y ancho? Sería semejante arma demasiado grande para poderla esconder dentro de una valija pequeña... pero, en cambio, dentro de la grande, hubiera cabido muy bien, y nadie hubiera sabido que estaba guardada allí.

El cigarro de H. M. se había apagado, y lo retiró de entre sus labios con disgusto. Yo me decía interiormente que ésta era una de las mejores reconstrucciones que le había escuchado hacer; pero no me animaba a felicitarle porque no me lo agradecería, y se dedicaría a divertirse confundiéndonos, y complicando sus explicaciones.

—Continúe, por favor —me limité a decirle, agregando—: no nos insinuó, en privado, que la señorita Jordan era la culpable, y sólo lo anunció en el resumen final que hizo públicamente en el tribunal; no nos sorprende, pues sabemos que le gusta

obrar como mejor le parece; de modo que no se interrumpa, y cuéntenos pronto todo lo que falte.

—Si suponemos —dijo H. M., dejando traslucir a pesar suyo su satisfacción—, si aceptamos momentáneamente mi teoría de que la ballesta fue escondida dentro de la valija, podemos comprender muy bien por qué esa mujer guardó silencio, y no le dijo a Dyer que el traje ya no estaba en el piso alto. No le podía pedir que abriera la valija y descubriera allí la ballesta. Ni la podía tampoco abrir ella ante testigos. Por el contrario, ¿qué camino le quedaba? Dyer había subido a buscar el traje. Me animaría a apostar que ella temió que se enterasen de todo, y averiguaran la verdad, al ver que había desaparecido ese traje. Sería terrible para ella, pues al encontrar el arma adivinarían en seguida que era la asesina. Al bajar Dyer, lo lógico sería que hubiera tenido ya tiempo para reflexionar, y le pidiera: «¿Por favor, señorita, quiere abrir la valija y retirar de allí la almohadilla?». Por consiguiente, tenía que partir de inmediato, y alejar de la casa esa comprometedor valija. Por suerte, tenía una magnífica excusa para salir de allí, o sea ir a buscar al doctor. Fleming estaba en el escritorio, y Dyer en el piso alto; podía llevarse esa valija y colocarla en el auto, sin que nadie viera lo que ella hacía.

»Mientras imaginaba todo esto, tenía la seguridad de que no me equivocaba. Pero...

—Explíqueme algo, por favor, antes de seguir más adelante —le interrumpió Evelyn, preocupada—. No comprendo, ni me he podido dar cuenta nunca de lo que le voy a preguntar: ¿Qué creía usted que había dentro de esa valija? Es decir, además de la ropa del tío Spencer.

—Yo pensaba que tenía que contener —le respondió H. M.—, una ballesta, un botellón de cristal tallado, un sifón empezado, una botella del licor empleado para hacer desaparecer el olor a whisky, probablemente un destornillador, y, sin duda alguna, dos vasos.

—Sí, ya sé. Y eso es lo que no me explico. ¿Por qué necesitaba Avory Hume, o cualquiera, que fueran sacados de la casa, o escondidos en algún lado, todos esos objetos? ¿Por qué necesitaban tener a mano dos botellones? ¿No hubiera sido más sencillo tirar el whisky que contenía el narcótico, lavar ese botellón que estaba hacía tiempo en la casa, y llenarlo con whisky puro? ¿No era asimismo más fácil limpiar los vasos y volverlos a colocar en su sitio? Y si se ponía simplemente el sifón de soda en un estante de la antecocina, ¿cómo era posible que esto pudiera llegar a ser sospechoso? No me refiero a la ballesta, porque no estaba incluida en el plan de Hume; sino que fue al asesino a quien se le ocurrió emplearla: pero ¿para qué todas esas complicaciones que acabo de nombrar?

H. M. se rió en una forma un tanto siniestra.

—¿No se olvida —le preguntó—, que al principio intervenían en este complot solamente Avory y Spencer?

—Bueno, ¿y qué aclara esto?

—Escuche con atención mi respuesta —le dijo H. M., subrayando sus palabras con el cigarro apagado en la mano—. Dyer no está al tanto del plan contra Reginald. Amelia Jordan tampoco está enterada. El pobre capitán Answell llegará a la casa, y Avory se encerrará con él dentro del escritorio. Desde que entre Reginald hasta que se demuestre que está loco de atar, *¿podrá salir Avory de esa habitación?* Dyer y la señorita Jordan estarán siempre, uno u otro, en la casa. La segunda se quedará allí mientras Dyer vaya a buscar el auto; y Dyer no saldrá cuando ella lo haga para ir a encontrarse con el tío Spencer. *¿Comprende ahora el porqué?* Avory no se podía permitir el lujo ni aun actuando con mucha velocidad, de abandonar el escritorio, tirar el whisky, lavar el botellón, llenarlo nuevamente, y luego volver de la cocina, ya que había dejado solo, en una habitación a la que podía entrar alguno de los que estaban en la casa, a un hombre que había perdido el conocimiento; corriendo el riesgo de que lo viera alejarse o volver uno de los dos testigos que estuviese en ese momento por allí.

Nadie se animaría a hacer esto, habiendo otras personas en la casa, y aún menos estando ellas sobre aviso y a la espera de alguna pelea o lío: se le había advertido a Dyer, y sin duda también a esa mujer, que podría causar complicaciones el visitante. Igualmente, a Avory no le era posible lavar los vasos, secarlos y volverlos a su sitio. O dedicarse a esconder sifones en la despensa. No le convenía moverse del escritorio. Por todas esas razones he afirmado y sigo diciendo que sólo dos personas participaban originariamente en este complot.

»Al analizar el plan y los acontecimientos, relacionémoslos con mis crecientes sospechas de que Amelia era la culpable. Según lo planeado, Avory tenía listos sobre el aparador el botellón y los vasos; y, dentro del mueble, había guardado los otros objetos idénticos, para colocarlos en lugar de los que usara. ¡Pero, por Dios, no se olviden ustedes de un detalle muy importante! Es éste: en el complot de Avory, no intervendría para nada la policía. Después de haber tenido éxito la trampa para hacer pasar por loco a Reginald, no serían revisados con todo cuidado el escritorio y la casa. Todo estaba preparado para engañar a sus propios testigos, a esos testigos elegidos por el señor Hume, a quienes no se les ocurriría desconfiar o espiar. Lo que tenía que hacer éste era muy simple, pues se limitaba a esconder, dentro del aparador, el botellón, el sifón, los vasos y el licor de menta, y guardarlos con llave. Vuelvo a decirles que tenía que engañar a sus propios testigos, y le era imposible salir para nada de la habitación. Tenía tiempo para hacer desaparecer todos esos objetos, después que se llevaran a Reginald, quien, mareado aún por el efecto del narcótico, daría la impresión de haber contado una serie de incoherencias.

»Pero, cuando Amelia decidió intervenir también en el complot, se proponía llevar las cosas mucho más lejos. Iba a matarlo. Y eso significaba que la policía se ocuparía del crimen. No podían dejar todos esos objetos, que la podrían incriminar, dentro del aparador; tenía que sacarlos de la casa, para que se pensara que el culpable era ese hombre, a quien Avory le había hecho beber un narcótico.

—Me resultaba simpática —dijo repentinamente Evelyn—. ¡Oh, cómo me engañó! Me parecía que era...

—Le voy a leer algo —dijo H. M.

Abrió el cajón del escritorio. Sacó una de esas grandes e impresionantes carpetas azules, que me eran muy familiares (no estando ésta cubierta de polvo, por hacer muy poco que estaba guardada) y la abrió.

—Están enterados de que ella falleció anoche en el hospital St. Bartholomew's —nos comentó—. También saben que hizo una declaración antes de morir; todos los diarios no han hablado sino de esto. Aquí tengo una copia de lo que dijo. Escuchen uno o dos párrafos:

«... he estado a su servicio durante catorce años. No sólo he trabajado, sino que me he agotado por él. No me importaba esto, porque creía, hasta hace poco, que estaba enamorada de él. Pensé que, al morir su esposa, se casaría conmigo, pero no lo hizo. Otros hombres querían que me casara con ellos, pero los rechacé porque tenía esperanzas de que él me lo pediría. No me lo propuso jamás; y decía que no se iba a casar para permanecer fiel a la memoria de su esposa. Sin embargo, como no tenía familia, me quedé lo mismo en esa casa.

»Sabía que, en su testamento, había resuelto dejarme la suma de cinco mil libras. La única ilusión que me había quedado en el mundo era pensar que llegaría a poseer algún día ese dinero. Pero hace poco nos enteramos de que Mary se iba a casar. De repente, me comunicó su disparatada idea: iba a cambiar el testamento, y dejaría toda su fortuna como herencia para un nieto, que ni siquiera había nacido. Lo horrible fue el darme cuenta que estaba del todo decidido a hacerlo. No podía permitir que cometiera conmigo semejante injusticia, y estaba dispuesta a todo para impedirlo.

»... por supuesto, estaba al tanto de lo que se proponía hacer, con la ayuda de Spencer y el doctor Tregannon. Desde un principio, conocía los planes de Avory, a pesar de que éste creyera que yo no sabía nada. Según él, las mujeres no podían intervenir en asuntos como ése, y no se hubiera confiado a mí nunca. Debo decirles todavía algo más, y es que siempre he sentido cariño por Mary. Si hubiera sabido que ese joven era Caplon Answell, no hubiera matado a Avory, ni hubiera tratado de hacerlo pasar como culpable; pero Reginald Answell había querido hacerle un chantaje a Mary, y me pareció que al incriminarlo yo, recibía en realidad el castigo que merecía. ¿Cómo podía adivinar que por equivocación había venido su primo en lugar del capitán?».

—No ha mentado al decir esto —concedió de mala gana H. M.—. Y por eso se enfermó y se desesperó tanto al ver las consecuencias de lo que había hecho.

—Sin embargo, no confesó ella la verdad —comentó Evelyn—. Después de prestar juramento en el tribunal, declaró que Avory había mostrado que sentía aversión hacia Jim Answell.

—Protegía el buen nombre y el honor de la familia —respondió H. M.—. ¿Le parece esto tan extraño? No, tengo la impresión de que me ha comprendido usted. Protegía tanto al apellido Hume, como a sí misma.

«... no le hice el menor comentario a Avory, ni le dije que había descubierto sus planes, hasta un cuarto de hora antes de matarlo. Cuando Dyer salió de la casa, para ir a buscar el auto, bajé con las valijas. Fui en seguida a la puerta del escritorio, golpeé y le dije: “Sé que lo tiene encerrado adentro de esa habitación, y que le ha hecho beber un narcótico que se llama brodina, para hacerle perder el conocimiento; soy la única persona que ha quedado en la casa, de modo que puede abrirme la puerta, así lo puedo ayudar”.

»Lo raro fue que no se sorprendió mucho al escuchar mis palabras. Le venía bien que alguien se ofreciera a ayudarlo: era la primera vez que cometía una acción de índole tan

dudosa, y mientras la realizaba no le desagradó tenerme a su lado. Era también la primera vez que yo hacía algo fuera de la ley; pero lo supe hacer mucho mejor que él. Y por esto le pude dominar, y conseguí que hiciera lo que yo quería.

»Le dije que era un disparate que no tomara mayores precauciones porque, cuando el capitán Answell recobrará el conocimiento —creía que el hombre que lo había ido a visitar era él— seguramente armaría un escándalo y exigiría que fuera revisada toda la casa. Le hice recordar que el señor Fleming estaría presente, y, dado su carácter, insistiría y no se conformaría hasta que fueran revisados todos los rincones, acabando por descubrir los vasos, sifones y demás cosas. Sabía que era muy posible que así ocurriera, y logré asustarle. Hacía siete años que me había enamorado de Avory; pero, en ese momento, sentí un profundo odio hacia él.

»Le dije que tenía allí cerca las valijas, y que dentro de unos minutos me iba a ir al campo. Le ofrecí llevarme todos esos objetos comprometedores, y deshacerme después de ellos. Aceptó mi ayuda.

»Colocamos el revólver dentro del bolsillo del visitante —estaba todavía sin conocimiento— y le hicimos tragar un poco de licor de menta. Yo tenía miedo de que lo pudiéramos ahogar. Debo confesar algo más. Fue entonces cuando comencé a sospechar que ese joven, que yacía en esa habitación, era en realidad Caplon Answell; y me di cuenta de esto, después de leer las etiquetas con su nombre, que tenían tanto su sobretodo como su saco. Pero ya había ido yo demasiado lejos, y no me era posible echarme atrás. Arrancamos la flecha de la pared, le hice yo con ella un pequeño tajo en la mano a Avory, para que pareciera que habían luchado; y luego colocamos los dedos de Answell sobre dicha flecha para que quedaran así marcadas sus impresiones digitales. Lo más difícil fue para mí el lograr sacar esa flecha del escritorio, sin que él desconfiara o adivinara mis planes. Les diré cómo conseguí hacer esto. Ya estaban fuera de la habitación el botellón, los vasos y demás objetos. Simulé oír un ruido, y le dije que debía haber vuelto ya Dyer, salí corriendo del escritorio, sosteniendo la flecha por la punta, y le pedí que se encerrara bien y corriera el cerrojo de la puerta. Me obedeció, sin detenerse a pensar en lo que hacía, y sin sospechar de mí, quizás por estar ya viejo y ser ésta la primera vez que había tenido que afrontar una situación semejante.

»Entonces, tuve que actuar a toda velocidad. Había escondido, en un oscuro rincón del vestíbulo, la ballesta; y había pensado volverla a colocar en su lugar, en el taller, después de haber cometido el crimen. El hilo ya estaba atado, listo; el pomo de la puerta estaba suelto y podía retirarlo en un instante...».

H. M. dejó de leer, y guardó las hojas dentro de la carpeta azul, colocada sobre el escritorio.

—Pero lo malo para ella fue —nos explicó H. M.—, que, justo cuando terminó de cometer el asesinato, sintió que la puerta de calle se abría y supo que acababa de volver Dyer. Yo me imaginé desde el principio que todo no le había resultado de acuerdo con sus cálculos; había tenido que perder tiempo para persuadir a Avory, y el mucamo había vuelto demasiado pronto. En el momento en que terminó ella de colocar el pomo, y sostenerlo con el tornillo (utilizando para hacer esto un par de guantes de Avory, que luego fueron encontrados dentro de la valija), Dyer volvió a la casa. Su plan original no incluía el esconder la ballesta dentro de una valija. Su primera idea había sido guardarla nuevamente en el taller, para que nadie supiera que la había usado. Pero ya no tenía tiempo para hacerlo. No pudo tampoco retirar el pedacito de pluma, que había quedado enganchado entre los dientes del disparador de la ballesta. En esa situación desesperada, ¿qué podía atinar a hacer para que no vieran esa ballesta? Medio minuto más tarde, ya habría llegado Dyer al pasillo, y hubiera podido descubrirlo todo.

»Estos detalles me confundieron al principio, y casi lograron impedirme que pudiera al fin llegar a conocer la verdad. Ella había bajado dos valijas, una grande y otra pequeña, y las había dejado en el vestíbulo. Su primera intención fue guardar todos los objetos utilizados dentro de su valija chica, hacerlos desaparecer más tarde, y llevar la ballesta de vuelta al taller, como les expliqué antes. Pero, como Dyer volvió demasiado pronto, tuvo que esconder la ballesta dentro de la valija de Spencer, pues en la suya, dado su tamaño, no hubiera cabido el arma.

»Debido a todo esto, sospeché que Spencer tendría que haber intervenido en ese asesinato. ¿No era fácil pensarlo? Esa mujer había utilizado la valija del doctor Hume. Desaparece toda la ropa que ella le había preparado para ese fin de semana, él se calla, y no se queja en lo más mínimo...

—En realidad, él quiso impedir en todas formas que se supiera que había perdido esa ropa —opiné yo—. Cuando le vi, el primer día del proceso, a la tarde, declaró con todo énfasis que había enviado el traje de golf a la tintorería.

—Bueno, debo confesar que pensé que él había intervenido como cómplice en ese asesinato —dijo, un tanto avergonzado H. M.—. Y que él y Amelia habían planeado juntos el crimen, teniendo Spencer buen cuidado de prepararse una coartada perfecta en el hospital. Les acabo de reconstruir los hechos, hasta el momento en que Amelia sale de la casa con todo apuro, para ir a buscar a Spencer al St. Praed; y hasta ahora, nada se oponía a que yo pudiera sospechar de él.

»Sin embargo, mientras estaba sumido en mis reflexiones, un detalle no dejaba de preocuparme en alto grado. Ella había conseguido sacar esa valija de la casa, y no podía traerla de vuelta —por lo menos esa noche— para que nadie pudiera desconfiar, o continuara alguno insistiendo y buscando una almohadilla para sellos. Tenía que deshacerse, con suma rapidez, de esa valija, ya que tenía que ir al hospital, y traerlo en seguida de vuelta a Spencer. Si ella y el doctor hubieran sido cómplices, lo lógico hubiera sido que ella la escondiera en el hospital; donde él tendría una habitación, o por lo menos un roperito, donde guardar sus cosas. Pero no ocurrió así. Al leer ustedes el horario, se enteraron de que el portero del hospital la vio llegar, y luego partir junto con Spencer, sin que fuera bajada del auto ninguna valija. ¿En qué lugar la habría dejado ella? No podía haberla abandonado dentro de una alcantarilla, ni habérsela regalado a un mendigo, y resulta endemoniado y muy difícil el conseguir deshacerse de una valija, en la cual se han colocado una serie de objetos comprometedores (aun por corto tiempo, es muy complicado el poder dejarla oculta en algún lado). Según el horario, el tiempo de que ella pudo disponer fue muy escaso; por lo tanto, debió dejar la valija en depósito en un solo lugar. Saben que el Hospital St. Praed está situado en la calle del mismo nombre, y se halla muy cerca de la estación Paddington (y aun cuando no lo supieran, pudieron enterarse de ello durante el proceso). Ella se libró de la valija, entregándola en el depósito para equipajes de dicha estación. Era inevitable que hiciera esto; pues, dadas las circunstancias, era lo único que podía haber hecho.

»Debo reconocer que tuve bastante suerte. En el mes de febrero, adiviné que ella había escondido en dicho sitio la valija. Desde la noche del asesinato, Amelia había estado muy enferma, con mucha fiebre, y le había sido imposible salir de la casa. Cuando a mí se me ocurrió pensar en todo esto, ella estaba todavía convaleciente, y no había podido ir aún a reclamarla. Por lo tanto, era lógico suponer que esa maldita valija tendría que estar todavía guardada allí...

»Bueno, actuando lo mismo que el chico del cuento, yo fui a ese lugar; y allí encontré la valija. Me dirigí a la estación, en compañía de mi antiguo conocido el profesor Parker, y de Shanks, el peón que trabajaba en la casa de Hume; los necesitaba, no solamente como testigos, sino que deseaba además que observaran con toda atención los objetos allí escondidos. Yo no podía evitar que el proceso continuara su curso. En primer término, se había iniciado éste hacía ya un mes. El segundo motivo, mucho más importante, era el siguiente: ¿Qué podía decir o contar yo a las autoridades? A pesar de no gozar de las simpatías del ministro del Interior o del director del Ministerio Público, tendría que haberlos ido a ver, e indicarles con superioridad lo que tendrían que hacer: “Bueno, amigos, vengo a darles informes exactos sobre el crimen. Quiero que retiren la acusación por el siguiente motivo: Amelia Jordan, Spencer Hume y Reginald Answell no han contado sino mentiras. Mary Hume tampoco ha dicho la verdad. En una palabra, casi todos los que intervienen en este endemoniado proceso han mentado, salvo el hombre a quien yo defiendo”. ¿Les parece que me hubieran creído? Si tienen un poco de inteligencia y comprensión, verán que yo tenía razón. Lo que a mí me convenía hacer era interrogar a todos los testigos; es decir, lanzarme al ataque; y obtener así justicia, después de reñida lucha. Debido a esto, decidí guardar silencio sobre lo que había hallado; y me conduje por ello con tanto misterio.

»Saben ustedes por qué razones llamé a ciertos testigos, y dónde los conseguí. Pero aún continuaba preocupándome mucho un punto dudoso, y no pude resolver el problema hasta el segundo día del proceso. ¿Spencer Hume era realmente cómplice de ese asesinato, o era inocente?

»Les aclararé mis dudas. Yo tenía en mi poder la valija. Había quedado en depósito en Paddington desde la noche del crimen. Ahora bien, si Amelia y Spencer fueron cómplices, seguramente ella le habría pedido a él que fuera a sacarla de allí, para evitar el peligro de que a algún curioso se le ocurriera revisarla. No había estado Amelia gravemente enferma durante todo ese mes, y hubiera podido indicarle que hiciera tal cosa. Sólo una semana después de haber ido yo a la estación, se presentó allí otro hombre —no Spencer— e hizo, con tono un tanto inseguro, averiguaciones sobre esa valija.

»Yo no sabía qué pensar, y me inclinaba indistintamente hacia un juicio u otro: pero desaparecieron mis dudas en la noche del primer día del proceso. Spencer Hume se había escapado, dejándole a Mary una carta, en la cual afirmaba que había visto a James Answell cometer el crimen. Al leer lo que había escrito, se tenía la impresión

de que decía la verdad, mucho más que al enterarse uno de otras declaraciones de él. Tenía la certidumbre de que había mentido, hasta que de pronto se iluminó mi cerebro y adiviné lo que había pasado. Durante este proceso, Amelia Jordan ha actuado siempre con sencilla inocencia. El tío Spencer me había inspirado desde un principio gran desconfianza, y había parecido a todos demasiado astuto. El mayor defecto de Spencer consiste en ser por demás cándido. Cree con tanta facilidad como un niño todo lo que le cuentan. Durante catorce años, no se le había ocurrido dudar en lo más mínimo de la veracidad de lo que pudiera decirle esa modesta y eficiente mujer: y tal vez, hasta ese momento, había tenido razón al creerla. *Ella le contó* que había visto a Answell cometer el crimen, y a él no se le ocurrió pensar que ella le podía haber mentido. Eso era todo. No sé si ustedes habrán notado que todas las tonterías que ha dicho él con tono enfático y solemne, han sido siempre expresadas con profunda sinceridad y convicción. No le costó a ella el engañarle. Le refirió que había ayudado a Avory a realizar su pequeño complot, y había utilizado la valija de Spencer para guardar en ella el botellón, los vasos, y todas las demás cosas. Le dijo que se había deshecho de esa valija, tirándola al río, y por lo tanto tenía él que conformarse con haberla perdido. Lo había hecho para protegerle, pues si hubiera sido hallada la valija y se hubiera descubierto lo que contenía, esto lo hubiera comprometido. Por supuesto, no le mencionó para nada la ballesta. Y por lo que acabo de contarles, Spencer decidió que le convenía guardar silencio. Juzgó que su deber era no complicarla en lo más mínimo, y por eso, en la carta que le escribió él a Mary, no la nombró ni nos dijo que era Amelia quien había presenciado ese asesinato. Me di cuenta entonces de que había subestimado al tío Spencer, y mi concepto sobre él había sido erróneo.

—No vaya tan rápido —le protesté yo—. Antes de seguir, tiene que decirme quién era ese hombre que fue a la estación de Paddington, una semana después que usted, y reclamó la valija. Usted le preguntó sobre él al encargado del depósito de equipajes, cuando este último se presentó como testigo. Lo recuerdo muy bien, porque sus preguntas me confundieron. Me despisté, y pensé que había sido un hombre el asesino. ¿Quién fue a Paddington?

—Reginald Answell —me respondió H. M., con tono satisfecho.

—¿Quién?

—El ejemplar Reginald —continuó informándome H. M., con despiadada benevolencia—, ha sido condenado a dos años de prisión por habernos hecho declaraciones falsas; ¿no lo sabían ustedes? Hum-m. A pesar de haber prestado juramento, al ser llamado como testigo, se animó a contarnos que había visto casi cometer el asesinato. Yo quería obligarle a declarar; pues así, si intentaba engañarnos (y tenía grandes esperanzas de que no dijera la verdad), le costaría muy cara su fechoría; y se le podría castigar por mentir en el tribunal, ya que por desgracia no podíamos probar suficientemente su chantaje. Ah, sí; es cierto que, para tranquilizarle, le dije que el comparendo que había recibido era sólo una fórmula, y que probablemente no sería llamado para declarar. Naturalmente, quería yo evitar que

huyera como el tío Spencer, como lo hubiera hecho, con toda seguridad, si se hubiera imaginado que yo iba a animarme a hablar del chantaje que pretendió hacerle a Mary Hume. De modo que se presentó como testigo de muy buen grado, e intentó hundirme y vencerme con sus mentiras. En castigo por haberlas dicho, tendrá que estar preso durante dos años. Pero lo divertido, increíble y fantástico del caso, es que, salvo querer incriminar a una persona inocente, todo lo que nos contó era, sin lugar a dudas, la pura verdad: y en realidad fue el único testigo que estuvo presente cuando se cometió el asesinato.

—¿Cómo? No es posible.

—Le aseguro que sí. No se imaginaba él que yo estuviera enterado de la conversación que había sostenido con Grabell —cuando éste le comunicó que Hume había robado el revólver— y no supo que yo estaba al tanto de este episodio, hasta el segundo día del proceso. Estaba furibundo conmigo por haber relatado yo el asunto del chantaje, y no me podía perdonar el mal rato que le había hecho pasar en el tribunal; por consiguiente, deseaba vengarse de mí. En la primera parte de su declaración, dijo la verdad. Había ido a la casa de la calle Grosvenor. Había entrado por el corredor que hay entre las dos casas, y subido los escalones que conducían a la pequeña puerta lateral...

—Pero, por Dios, ¿no recuerda que, en el tribunal, demostró que era imposible que él hubiera visto algo a través de una maciza puerta de madera?

—Me parece que el que se ha olvidado de un detalle muy importante es usted —me corrigió amablemente H. M.—. ¿No recuerda que se usaron dos vasos de whisky?

—¿Dos vasos de whisky?

—Sí. Avory Hume llenó dos vasos, sirviéndole uno al visitante, quien bebió solamente la mitad de su contenido; el dueño de casa no tocó el otro, porque no quería tomar el narcótico. Después, se enteraron de que Amelia Jordan había escondido ambos vasos dentro de la valija. Sin embargo, es evidente que no se le pudo ocurrir guardar dos vasos con whisky dentro de dicha valija. Primero, tenía que vaciarlos. Cerca del escritorio, no había ninguna piletta donde pudiera volcar las bebidas; y no quiso abrir las ventanas, para no tocar nada en esa habitación. Por lo tanto, lo que hizo fue abrir esa puerta, que se hallaba muy a mano, al fondo del pasillo, y tirar afuera el líquido, y debido a esto...

—¿Qué pasó?

—Pudo espiar Reginald, quien estaba rondando por allí, y se había escondido detrás de esa puerta. ¿Recuerdan lo que me contestó él, cuando probé en seguida que mentía, al explicar que esa puerta con paneles de vidrio había sido cambiada por una puerta toda de madera? Se puso pálido, y me dijo: «La puerta estaba entreabierta...» y, en ese momento, no me mentía. La puerta estaba, en realidad, abierta. Él no se había fijado cómo era ésta; se acordó que, cuando iba antes a la casa, había una con vidrios en su parte superior, y dijo que había mirado a través de ellos, porque no quería confesar que había podido asomar la cabeza por la abertura de la puerta, y, si

hubiera querido, entrar al pasillo. No podría asegurarles qué fue lo que logró ver. Dudo mucho que haya podido ver cometer el crimen. Pero meditó que lo que había conseguido espiar era más que suficiente para hacerle un chantaje a Amelia Jordan, y se dio cuenta que la desaparición de la valija era muy sospechosa. Lo malo era que él no sabía dónde estaba escondida. No pudo dormir tranquilo, y no cejó hasta averiguar dónde se hallaba dicha valija. Es muy difícil saber con exactitud lo que planeó o pensó Reginald, y si llegó a hablar con Amelia y a amenazarla. La situación en que esa mujer se encontraba me pareció muy triste y desesperante, por lo que sentí compasión hacia ella; pero, por supuesto, lo que sobre todo me interesaba era salvar a Jim Answell. Medité que a ella le convenía saber, al escuchar mi defensa en el tribunal, que yo conocía con todo detalle cómo había sido ejecutado el asesinato. Se me ocurrió que le vendría muy bien a Reginald recibir un merecido castigo, y por eso le hice declarar como testigo, mintiendo y condenándose él mismo. Por último, me divierte la ironía del destino, ya que si aparentemente mintió el capitán, en realidad le tocará estar preso durante dos años pese a haber dicho, en el fondo, la verdad.

Nos quedamos mirando a H. M., mientras tomaba un buen trago de ponche. Había querido deslumbrarnos con su habilidad; y, con toda sinceridad, teníamos que admitir que lo había conseguido.

—Me parece —comentó Evelyn—, que sus métodos son demasiado originales, y que no se ajusta usted para nada a la magnífica tradición y concepto de la justicia, por los cuales se dejan guiar los demás abogados ingleses. Ya que estamos entre amigos, reconozca que es la oveja negra entre sus colegas...

—Sí, creo que tiene razón —admitió meditabundo H. M.—. No me atuve a los más estrictos cánones cuando le pedí a un ladrón amigo, Shrimp Calloway, que se deslizara una noche dentro de la comisaría, donde había guardado el inspector Mottram la puerta del escritorio de Hume, y comprobara si yo había deducido bien al suponer que el pedacito de pluma se había quedado en la mirilla. No podía correrme el riesgo de que mi magnífico efecto dramático fracasara en el tribunal, si no estaba, donde yo decía, el fragmento de pluma... Pero, con mis métodos, logré que fuera absuelto un inocente. Ya estoy viejo, y nada me causa tanto placer como el contemplar la felicidad de la gente joven: y me animaría a asegurar que Jim Answell y Mary Answell van a ser, después de casados, tan felices como ustedes dos. De modo que debería estar alabándome, en lugar de criticarme.

Bebió otra copa de ese ponche, hecho con whisky; y volvió a encender el cigarro, que se le había apagado.

—De modo que el nada ejemplar Reginald cayó en la trampa —le dije—, al no cumplir con el principio esencial de la justicia, o sea el de no mentir jamás; y veo que usted logró que Jim Answell fuera absuelto por medio de una treta. ¿Cómo se las arregla para poder triunfar siempre, y hacer esos milagros?

—Le diré cuál es el secreto de mi éxito —me respondió, muy serio, H. M.—. Jamás me dejo guiar por las apariencias, pues sé que el destino se ensaña muchas

veces contra seres inocentes.

F I N



JOHN DICKSON CARR, que suele emplear el seudónimo de «CARTER DICKSON», nació en Uniontown, Pensilvania, Estados Unidos de Norteamérica en 1905. Por el lugar de su residencia y por el escenario de sus novelas se le considera, sin embargo, un escritor inglés. Es secretario del Detection Club de Londres.

Sus obras policiales, que ya pasan de treinta, combinan hábilmente la rapidez de la escuela americana con el rigor intelectual de la escuela inglesa. Se distinguen por un planteo increíble, por un desarrollo vivísimo y por una solución impecable; su ambiente fantasmagórico suele recordar *The Murders in the Rue Morgue* de Poe, las *New Arabian Nights* de Stevenson y las invenciones de Chesterton.

Del vasto catálogo de sus obras mencionaremos: *Los anteojos negros* (*The Black Spectacles*), *El crimen de las figuras de cera* (*The Wax Works Murders*), *Hasta que la muerte nos separe* (*Till Death Do Us Part*), *La sede de la soberbia* (*The Seat of the Scornful*), *El hombre hueco* (*The Hollow Man*), *El barbero ciego* (*The Blind Barber*), *The Emperor's Snuff Box*, *El ocho de espadas* (*The Eight of Swords*), *El que susurra* (*He Who Wispers*), *Las cuatro armas falsas* (*The Four False Weapons*), *Los suicidios constantes* (*The Case of the Constant Suicides*).

Como Carter Dickson ha publicado: *Mis mujeres muertas* (*My Late Wives*), *The Magic Lantern Murders*, *The Gilded Man*, *The Unicorn Murders*, *The Punch and Judy Murder*, *Night at the Mocking Widow*, *Death in Five Boxes*.

Notas

[1] En general, el abogado defensor actúa en el Old Bailey en representación de otro abogado. Pero pueden haber dos excepciones: los casos de «ayuda legal», y los «Dock briefs». En los casos de ayuda legal, y si el procesado no tiene dinero, el juez designa un defensor de pobres. Si no se concede ayuda legal, el caso es un «dock brief» o «docker»; y el procesado tiene derecho a elegir como defensor a cualquiera de los abogados, con toga, presentes en el tribunal. En el caso de Answell, no se trataba, por supuesto, de falta de dinero. Pero como Answell —según veremos— quiso ser defendido sólo por H. M., desde el punto de vista técnico, el caso fue un «dock brief». He sido informado que este procedimiento, aunque poco convencional, es estrictamente legal. Este tipo de casos es una de las mejores pruebas de la imparcialidad del Tribunal Criminal Central. Cualquier abogado, sea cual fuere su eminencia, puede ser elegido; y es cuestión de honor hacer una brillante defensa; sus honorarios deben de ser —exactamente— £1. 3s. 6d. C. D. <<

[2] Sueño que deshace el confuso enredo de las penas. (*N. de la T.*) <<

[3] ¿Oh, quién querrá por los prados pasear conmigo? (*N. de la T.*) <<

[4] El Séptimo Círculo, N° 78. <<

[5] El Séptimo Círculo, N° 23. <<